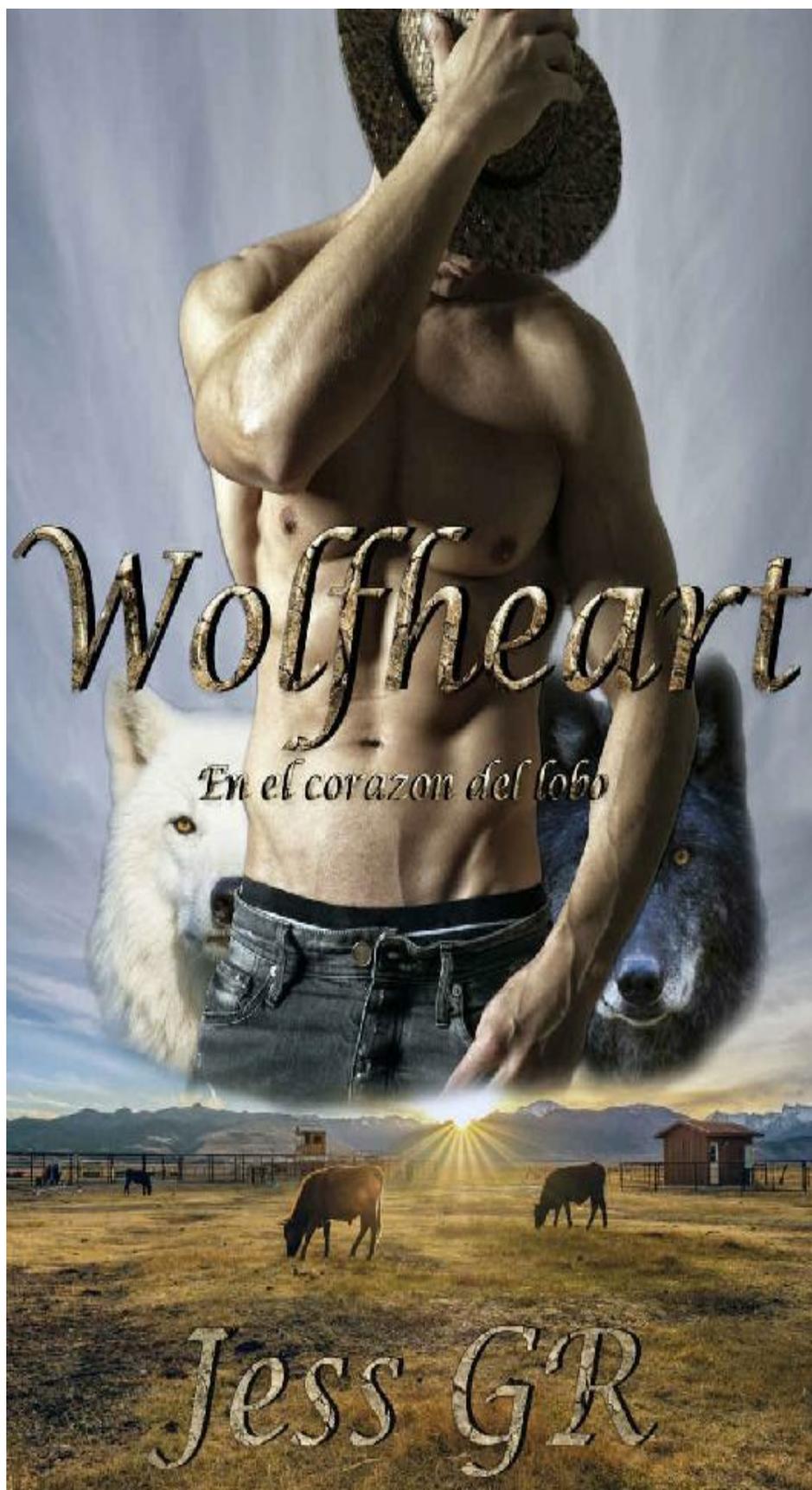


# Wolfheart

*En el corazón del lobo*

Jess GR



# Wolfheart

*En el corazón del lobo*

Jess GR

WOLFHEART

*EN EL CORAZÓN DEL LOBO*

JESS GR

## Sinopsis

Desde Niño siempre se me ha dicho que el carácter de un hombre es como tener dos lobos que habitan en constante pelea en el corazón. El lobo negro es violento y sediento de venganza mientras el blanco es compasivo, misericordioso y sabe amar. Y que solo ganará la pelea el que yo alimente más.

En ese entonces no entendí a qué se refería, hasta ahora...

¿Cómo puedo vivir debatiéndome entre el amor por Johanna y el deseo de venganza hacia su padre por haber destrozado a mi familia?

Los dos lobos que viven en mi interior pelean a muerte por gobernar mi corazón, fragmentándome en mis dos anhelos. Ni siquiera yo sé a cuál alimentar, al que desea derramar la sangre de mi enemigo o al que quiere perdonar por amor a una mujer, generando en mí una sola pregunta:

¿Cuál de los dos ganará la batalla?

Título: Wolfheart. En el corazón del Lobo.

© 2019, Jess GR

Portada: RachelRP

Maquetación: RachelRP

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

*Soñar es solo el principio.*

## Una de las personas más importantes de mi existencia

### *Johanna*

Cruzo el jardín corriendo en dirección al establo. Papá siempre insiste en que no puedo salir sola a caballo, pero yo nunca he sido demasiado obediente. Él siempre dice que eso es culpa de mi madre, que he heredado su alma rebelde. Nada más entrar en el establo, el olor a caballo inunda mis fosas nasales. Al fondo veo a Chris, cepillando a uno de los sementales.

—Chris, ¿puedes ensillarme a Tormenta? —le pregunto a mi amigo.

Chris se gira al escucharme y me sonrío. Le conozco desde que nací, él es hijo de Nala, la mujer que me crío tras la muerte de mi madre, y tiene quince años, dos más que yo.

—Jo, a tu padre no le va a gustar esto. Ya sabes que tienes prohibido salir del rancho tú sola a caballo.

—Vamos Chris —digo poniendo mi mejor cara de niña buena—, solo voy a dar un paseo y mi padre no tiene por qué enterarse. ¡Por favor!

Al verle sonreír, soy consciente de que una vez más me he salido con la mía.

—Está bien, te ayudaré a ensillarlo, pero tienes que tener cuidado y no volver tarde. Como tu padre se entere, me va a matar.

—Hablas de él como si fuese un tirano. Si se llega a enterar, como mucho te pegará cuatro gritos y a mí me castigará sin salir de mi habitación durante un par de días. Tampoco es para tanto.

Chris chasquea la lengua y niega con la cabeza antes de empezar a andar entre las caballerizas. Nada más verme, Tormenta empieza a agitarse en su cuadra. Es una yegua pinta preciosa que padre me regaló cuando cumplí ocho años. Aún no llegaba a los estribos y ya la montaba.

—Hola preciosa —susurro acariciando su morro— ahora tú y yo vamos a dar un paseo.

—Nada de acercarse al río, Jo —me dice Chris sacando a Tormenta de su cuadra.

—Tranquilo, me mantendré alejada de las tierras de los Wolfheart. No vaya a ser que los lobos me coman —digo divertida.

—Johanna, no te lo tomes a broma. Si te encuentras con algún hombre del rancho Wolfheart, tu padre va a ser el menor de tus problemas. Ya sabes que las disputas por las lindes cada vez van a peor y...

—Sí, ya lo sé. Mi padre no deja de repetir que los Wolfheart son unos

indios salvajes igual que sus antepasados y quieren robarle sus tierras, empezando por el río que divide los dos ranchos. Me pregunto cuándo terminará esta guerra.

—Nunca —contesta Chris—. Las familias Wolfheart y Callaghan llevan en guerra desde que tu bisabuelo Henry murió a manos de Kendrew Wolfheart. Él nunca aceptó que un descendiente Cherokee fuese dueño de unas tierras tan extensas y prosperas como son las del rancho Wolfheart, y más aún cuando quería esas tierras para él.

—Conozco la historia. En una de sus disputas, Kendrew Wolfheart mató a mi bisabuelo y mi abuelo vengó su muerte matando a su primogénito.

—Sí, desde entonces los Wolfheart y los Callaghan han estado en guerra. Una guerra que ya se ha llevado muchas vidas. Obviamente, hoy en día ya no se matan entre sí, pero las disputas por el río que divide los dos ranchos son constantes. Cada familia dice que el río les pertenece y son incapaces de llegar a un acuerdo.

—Pero tú te llevas bien con las dos familias. Incluso estudias en la escuela de los Wolfheart.

—Tampoco es que tenga demasiadas opciones —me dice con media sonrisa mientras aprieta las correas de la silla de Tormenta—. Yo no me puedo permitir recorrer los quince kilómetros diarios hacia Black Mountain para ir al colegio.

—Ya, y ¿cómo es esa escuela? ¿Es verdad que golpean a los niños si no llevan los deberes hechos?

—¿¿Qué?! ¡No! —Chris suelta una carcajada—. ¿Quién te ha contado eso? Allí no golpean a nadie. Solo es una escuela para los niños que no pueden ir hasta Black Mountain igual que yo. Es totalmente normal.

—En mi colegio dicen cosas como esa, dicen que los Wolfheart usan la escuela para secuestrar a los niños y ponerlos a trabajar en el campo.

—Eso son tonterías, Jo. No les hagas caso. Los hijos de Jack Wolfheart también van a esa escuela. Bueno, ahora mismo solo van los dos pequeños porque el otro ya es mayor. No son tan malos como dicen ¿sabes?

—Mi padre no estaría de acuerdo contigo —le digo sonriendo.

—Por eso no vas a decírselo. Esto ya está. Ten cuidado ¿vale? Puede que tu padre solo me pegue un par de gritos si se entera que has salido tú sola, pero si te pasa algo, me despellejará vivo.

—Eres un exagerado —Sonrío subiéndome a Tormenta de un salto y sujetando firmemente las riendas.

—Cuídate y no tardes mucho —dice palmeando el cuello de Tormenta.

—No lo haré —contesto robándole su sombrero de vaquero.

Me pongo el sombrero sobre mi pelo castaño y clavo los talones en Tormenta. Ella enseguida sale disparada hacia la salida del establo y puedo escuchar como Chris grita mi nombre. Sonrío y azuzo a Tormenta para que vaya más rápido. Tengo que cruzar toda la extensión de las tierras del rancho Callaghan para llegar al río. Sí, obviamente, voy a ir al río. Me da igual que sea peligroso, me encanta ese lugar. El único problema es que alguno de los hombres de los Wolfheart puede andar cerca, pero nunca me han pillado allí, además, nadie del rancho Wolfheart se atrevería a cruzar a este lado del río e invadir nuestras tierras. Eso crearía un nuevo conflicto entre las dos familias.

En el largo camino que separa el establo del río, no puedo dejar de admirar el bello paisaje que se presenta ante mí. Llevo toda mi vida viviendo en uno de los dos ranchos más grandes de Black Mountain, en el condado de Buncombe, en Carolina del Norte. El rancho Callaghan mide cinco mil acres de los cuales, dos mil quinientos de la mejor tierra está dedicada a la cría de ganado Black Angus. Los mejores toros y vacas del país son criados en estas tierras y así ha sido desde que mi tatarabuelo llegó aquí en el año mil novecientos setenta. Él era uno de los ingleses que vino a las colonias británicas a Carolina del Norte en busca de nuevas oportunidades. El Rancho Callaghan está a quince kilómetros del pueblo Black Mountain y a treinta y seis kilómetros de Asheville, la ciudad más cercana. Aquí no disponemos de grandes lujos como en las grandes ciudades, pero este es mi hogar. Con tan solo trece años, ya sé lo que quiero ser de mayor. Lo he tenido siempre muy claro. Me encantan los animales y cuidar de ellos, así que voy a estudiar para ser veterinaria.

Paro frente al río y me bajo de un salto de la yegua. La ato al tronco de un árbol y me quedo mirando el paisaje. Es una preciosidad. No me extraña que haya creado tantos conflictos. Cualquiera mataría por ser el dueño de este pedazo de maravilla. El río en cuestión es un afluente del río Swannanoa que es en sí mismo un afluente del río French Broad. En la zona en la que estoy es bastante estrecho, pero lleva suficiente caudal. La distancia de una orilla a la otra no tiene más de cinco metros, pero según va bajando se alarga hasta llegar a medir más de treinta metros. Este lado de la orilla nos pertenece a nosotros, los Callaghan, y el otro lado a los Wolfheart.

Se supone que no debería estar aquí, así que echo un vistazo a mí alrededor para comprobar que no hay nadie cerca. Cuando estoy segura de

que estoy sola, me quito las botas y me siento en una piedra en la orilla del río. Cierro los ojos y lo único que escucho es el sonido del agua corriendo río abajo y el canto de los pájaros. Meto mis pies en el agua y me acuesto sobre la roca mientras disfruto de la sensación del agua fría bañando mis pies. A estas alturas del verano hace mucho calor, pero esta parte del río está repleta de árboles frondosos que dan mucha sombra, así que la temperatura es perfecta.

Me paso unos cuantos minutos en esa posición, hasta que escucho un sonido que me alerta. Me incorporo rápidamente y me quedo alucinada mirando al precioso animal que está frente a mí.

—Eres tú —susurro mirando fijamente al precioso caballo negro que está bebiendo en la otra orilla del río.

Todos en Black Mountain han escuchado hablar de este animal. Es un caballo salvaje de color azabache. Se rumorea que es uno de los caballos más rápidos que hay, tan rápido que nadie es capaz de cogerlo.

Me quedo muy quieta observándole. Sé que si muevo, aunque sea un musculo, se asustará y saldrá corriendo. De pronto, él parece escuchar algo porque deja de beber y levanta la cabeza mirando hacia atrás. Lo siguiente que veo es un lazo viniendo en su dirección y cayendo alrededor de su cuello. El animal empieza a relinchar y se pone sobre sus dos patas traseras provocando que la persona que está al otro lado de la cuerda salga de entre los árboles. Me levanto de golpe al ver a un chico de no más de dieciséis años intentando sujetar al enorme caballo. Él no se deja y empieza a correr haciendo que su captor caiga al suelo de morros. El chico se queda tirado en el suelo y le escucho maldecir mientras golpea la tierra con su puño.

—¡Oye! ¿Estás bien? —grito.

El muchacho me mira y parece darse cuenta de que estoy allí porque achina los ojos levantándose como un resorte. Es moreno, delgado, de pelo negro, y bastante alto. Lleva un pantalón vaquero, una camisa de cuadros roja y unas botas de montar. Su ropa está cubierta de polvo gracias a la caída y su sombrero vaquero aún sigue tirado en el suelo.

—¿Quién demonios eres tú?! —me pregunta de mala leche—. ¿Qué haces aquí sola, niña?

—No soy una niña —le contesto cruzándome de brazos.

—¿Ah no? Pues lo pareces —replica divertido.

—Pues no lo soy, ya tengo trece años, así que casi soy una adulta.

—Discúlpeme usted, señorita casi adulta —dice en tono burlón mientras

se pone el sombrero sobre la cabeza, tras hacer una reverencia.

—No te burles de mí, imbécil. Ni que tú fueras tan mayor —cuestiono fulminándole con la mirada.

Él me sonrío acercándose a la orilla del río sin dejar de mirarme.

—¿Acabas de llamarme imbécil, niña? Para que lo sepas, tengo dieciséis años y yo no tengo la culpa de que seas tan pequeña, eres muy bajita para tener trece años. Mi hermana tiene tu edad y es bastante más alta.

Aprieto los dientes con ganas de pegarle cuatro gritos a este idiota. No hace falta que me diga que soy bajita, eso ya lo sé.

—No soy tan baja. Tú me ves así porque estás lejos, pero desde más cerca...—Aún no he terminado la frase cuando se quita las botas y se lanza al río de cabeza—. ¡¿Pero, qué haces?!

Veo como nada con agilidad y cruza el río en cuestión de segundos. Al llegar a la orilla se levanta y camina hacia mí que me he quedado muda por la sorpresa. Se planta frente a mí y me mira desde arriba sonriendo de oreja a oreja.

—Desde cerca sigues siendo bajita —dice sacudiéndose el agua del pelo.

—¡Hey! Me estás mojando. ¿Estás loco? ¿Quién eres tú?

—Me llamo Alec Wolfheart —me contesta sin dejar de sonreír.

¡¿Ha dicho Wolfheart?! ¡Mierda! Es uno de los hijos de Jack Wolfheart, por su edad probablemente sea el mediano. Doy un paso hacia atrás y él pierde la sonrisa.

—¿Qué pasa, niña? Parece que has visto un fantasma.

—Tengo que irme —susurro negando con la cabeza.

—¡Oye, espera! —dice agarrando mi brazo justo cuando empezaba a girarme para escapar.

—¡Suéltame Wolfheart! —le digo atravesándole con la mirada.

—¿Por qué te vas? Siento mucho si te he ofendido llamándote bajita. Te prometo que no lo volveré a hacer.

—No es eso, tengo que irme —contesto tirando de mi brazo, pero él aprieta su agarre.

—Parece que quieras huir. No voy a hacerte daño. ¿A qué viene tanta prisa? —pregunta buscando mi mirada.

—¡Eres un Wolfheart y yo no debería estar aquí!

—¿Qué pasa? ¿No puedo ser un Wolfheart?

—¡Yo soy una Callaghan! —le grito.

En ese mismo instante, Alec abre los ojos sorprendido y suelta mi brazo

como si le quemara.

—¡Oh, Mierda! Eres la hija de Mathew Callaghan ¿Verdad?

Asiento cruzándome de brazos y levantando a barbilla. No pienso permitirle a este Wolfheart que hable mal de mi padre.

—¿Algún problema con mi padre? —pregunto clavando mis ojos en los suyos.

Alec me mira fijamente unos segundos y una sonrisa empieza a tirar de sus labios mientras niega con la cabeza.

—Eres muy valiente, niña. Te saco dos cabezas y nuestras familias tienen por costumbre matarse una a la otra. Cualquiera en tu lugar estaría corriendo de vuelta a casa, pero tú sigues aquí y desafiándome con la mirada.

—No te tengo miedo —afirmo alzando aún más la cabeza—. Estás en mis tierras, Wolfheart, y deja de llamarme niña de una vez.

—Es que no me has dicho tu nombre.

—Me llamo Johanna. Johanna Callaghan.

—Me quedo con lo de Johanna e intentaré olvidar tu apellido —susurra estirando su mano hacia mí.

¿Qué pretende? ¿Qué le de la mano? Se supone que no deberíamos estar hablando, mucho menos tocarnos.

—¿Qué haces? —le pregunto apuntando hacia su mano extendida.

—Intento ser educado. Cuando dos personas se presentan, lo normal es que se estrechen la mano —me contesta con media sonrisa.

—Eso es cuando intentas hacer amigos, pero nuestras familias son enemigas.

—¿Tú y yo somos enemigos? —me pregunta buscando de nuevo mi mirada.

¿Por qué tiene que mirarme siempre a los ojos? Su mirada me pone nerviosa. Tiene los ojos de un color gris oscuro, muy poco frecuente. En realidad, nunca había visto unos ojos así.

—No, pero...

—¿Te he hecho algo? ¿De alguna manera te he ofendido o hecho daño?

—No, bueno no me ha gustado que me llames bajita, pero no me has ofendido.

—¿Entonces por qué no podemos ser amigos?

—Porque nuestras familias son...

—Sí, enemigas. Eso ya lo has dicho y te repito que tú y yo no lo somos. Yo no te he hecho nada malo a ti y tú tampoco a mí, así que agarra ya mi

mano que se me está cansando el brazo.

Miro hacia abajo y no puedo evitar sonreír al verle aún con el brazo estirado. Agarro su mano y la aprieto levantando la mirada y observando sus facciones. Tiene la piel muy bronceada y los pómulos altos. El color de su pelo es de un negro intenso como el carbón y su mano es grande, con la piel áspera y callosa.

—Encantado de conocerte, Johanna —dice luciendo su sonrisa ladeada.

—Igualmente, Alec.

—No me has contestado a mi pregunta ¿Qué estás haciendo aquí tú sola? No creo que a tu padre le guste que estés tan cerca de las tierras de mi familia.

—Si no lo sabe, no pude hacerle daño —contesto soltando su mano.

Veo como amplía su sonrisa y decido que no tiene por qué ser alguien peligroso, al menos no lo parece. Si no llevara el apellido Wolfheart estoy segura de que incluso me plantearía que fuésemos amigos.

—Eres una rebelde. Me gusta eso.

—Ya, la rebelde tiene que irse a casa. Un placer haberte conocido, Alec.

Estoy a punto de darme la vuelta cuando siento de nuevo su mano en mi brazo.

—¿De verdad tienes que irte o solo te vas porque me tienes miedo? —me pregunta perdiendo la sonrisa.

—Yo no le tengo miedo a nada —contesto levantando la barbilla.

—Bien, pues entonces quédate y charlemos un rato. No voy a comerte, pequeña.

—Tienes que dejar de llamarme pequeña y niña —digo frunciendo los labios.

—Olvídalo. Ven vamos a sentarnos junto al río y me cuentas que haces aquí.

—Mejor cuéntame tú que hacías intentando coger a ese caballo salvaje, y no sé si te has dado cuenta, pero estás en tierras Callaghan. Como alguien te vea de este lado del río, vas a meterte en problemas.

—Tú no se lo vas a decir a nadie ¿verdad? —Niego con la cabeza—. Pues nadie va a enterarse.

De pronto escuchamos un ruido entre los árboles y los dos nos ponemos alerta. Viene de este lado del río, así que tiene que ser algún trabajador del rancho Callaghan.

— ¿Alguien más sabe que estás aquí? —vuelvo a negar con la cabeza y

Alec se pasa la mano por el pelo mojado.

Veo como mira hacia un lado y al otro y corre hacia tormenta. Empieza a desamarrarla y tira de las riendas hacia una gran roca que hay al lado del río.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo, Wolfheart?! ¡Suelta mi caballo!

—Es una yegua y deja de gritar o van a pillarnos. Ven conmigo, conozco un lugar donde no nos encontrarán.

—Yo no voy a ninguna parte contigo —le increpo cruzándome de brazos.

—Deja esa rebeldía, niña. Ahora no es un buen momento, como nos pillen aquí se nos va a caer el pelo —Alzo una ceja y él resopla sacudiendo la cabeza—. Además de rebelde, terca. Eres toda una joyita ¿eh?

Volvemos a escuchar de nuevo otro ruido y empiezo a plantearme seriamente irme con él. Si es alguno de los hombres de mi padre y me ve con un Wolfheart, no saldré de casa hasta que cumpla los cuarenta.

—Está bien. ¿Dónde vamos? —le pregunto caminando hacia él.

—Por aquí. Sígueme.

Alec empieza a rodear la roca adentrándose entre los árboles. Caminamos un par de minutos hasta que veo como se detiene frente a lo que parece una cueva. Alec lleva a Tormenta sujeta por las riendas, así que se mete en la cueva y tira de ella para que le siga. La entrada es bastante estrecha, pero lo suficientemente alta como para que la yegua pase sin dificultad. Yo les sigo mirando hacia la roca que me rodea. No esperaré que nos quedemos escondidos en una cueva ¿verdad? La respuesta a mi pregunta no se hace esperar. Alec suelta las riendas de Tormenta y aparta un montón de ramas secas del final de la cueva. La luz del día se filtra entre las ramas, así que supongo que esta cueva es una especie de entrada a algún lugar. Alec sale al exterior tirando de Tormenta y yo les sigo. Cuando veo lo que hay al otro lado, no puedo hacer más que abrir la boca alucinada.

—Pero ¿Qué...?

—Impresionante ¿verdad? —pregunta Alec atando las riendas de la yegua al único árbol que hay en este lugar—. casi nadie conoce este sitio. Aquí nadie nos encontrará.

No soy capaz de hacer otra cosa que asentir con la cabeza. Mis ojos están clavados en el impresionante paisaje que tengo frente a mí. Este sitio es precioso. Es una especie de poza a la que cae una pequeña cascada. Está rodeada de prado verde y hay un árbol muy frondoso para resguardarse del intenso sol que está en lo alto del cielo. Está totalmente rodeado de rocas.

Como un lugar secreto de ensueño.

—Llevo toda mi vida viviendo aquí. ¿Cómo es que no conocía la existencia de este lugar? —murmuro alucinada.

Alec se encoje de hombros caminando hacia el borde de la poza.

—Yo lo conozco desde que era un niño. Llevo viniendo aquí desde siempre.

—Vamos, que entras en las tierras Callaghan cada vez que te place y ¿la rebelde soy yo?

—Nunca dije que yo no lo fuera —contesta con media sonrisa.

Se sienta en el borde de la poza y empieza a desabrocharse la camisa mojada.

—No me has contestado a lo que te pregunté. ¿Por qué intentabas coger al caballo salvaje?

— ¿Kitchi? Algún día lo cogeré y lo domaré —dice sonriendo.

—¿Qué es Kitchi? —le pregunto quitándome mis botas y sentándome junto a él. Alec termina de quitarse la camisa y la deja sobre una roca para secarla. No puedo evitar mirarle de arriba abajo. Es muy guapo, con esos rasgos salvajes, aunque está muy delgado.

—Kitchi significa valiente en Cherokee —me contesta introduciendo los pies descalzos en el agua.

—¿Sabes hablar Cherokee?

—Algunas palabras. Como ya sabrás, mi bisabuelo era nativo de la tribu Cherokee y en mi familia aún se siguen utilizando muchas palabras.

—Debe ser genial tener ese tipo de raíces.

—Lo es. Mis hermanos y yo hemos crecido escuchando historias y leyendas Cherokees. ¿Sabías que el apellido Wolfheart viene porque mi abuelo a mi bisabuelo le llamaban Lobo?

—¿Por qué le llamaban Lobo? —le pregunto uniéndome a él y metiendo mis pies en el agua.

— ¿Conoces la leyenda Cherokee de los dos lobos? —Niego con la cabeza.

La leyenda dice que un abuelo un día le dijo a su nieto que dentro de cada hombre habitan dos lobos. Uno es el lobo negro, que simboliza la avaricia, ira, celos, tristeza, pesar, autocompasión, culpa, resentimiento, mentiras, falso orgullo, superioridad y ego. El otro es el lobo blanco, que simboliza alegría, paz, amor, esperanza, serenidad, humildad, bondad, benevolencia, amistad, empatía, verdad, compasión y fe. El niño meditó durante unos segundos y

después le preguntó al abuelo cuál de los dos lobos es el más fuerte, cual gana. A lo que el abuelo le contestó <El que tú decidas alimentar>.

Mi bisabuelo siempre fue un hombre temperamental, era un buen hombre, pero por las malas se convertía en un animal feroz y despiadado.

—Mi bisabuelo puede dar fe de ello —murmuro para mí. Alec parece haberme escuchado porque gira su cara hacia mí y aprieta los labios en un gesto de disgusto—. No quise ofenderte. Lo digo por eso eh... ya sabes, lo de tu bisabuelo matando a mío y después mi abuelo vengándose.

—Conozco la historia. No entiendo como a día de hoy siguen con esa estúpida guerra. Te aseguro que cuando yo me haga cargo del rancho Wolfheart, lo primero que voy a hacer es ir a hablar con tu padre y terminar con esto de una vez.

—Creo que el problema ya no es la venganza, sino el río.

—Ahí lo tienes. El río podría ser utilizado por los dos ranchos y sin embargo nadie lo utiliza. Se pelean por él y ninguno le da uso, eso no tiene sentido.

—¿Cómo es eso de que tú te vas a hacer cargo del rancho? Y ¿Tu hermano mayor?

—Carter no quiere saber nada ni del rancho, ni de ganado, ni de nada que no sea pasarse el día encerrado en La Casa de Muñecas —me sonrojo provocando que Alec me mire sonriendo de medio lado—. Sabes lo que es la casa de muñecas ¿verdad?

Asiento. La Casa de Muñecas es el local de animación para hombres, del pueblo. Dicho de otra manera, es un prostíbulo.

—Entonces, tú te harás cargo del rancho.

—Así es, ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer de mayor?

—Voy a ser veterinaria. Pienso irme a estudiar a la universidad de Charlotte. Es la mejor universidad veterinaria del país. Después volveré a casa y me encargaré de los animales.

—Tienes todo planeado ¿Eh pequeña?

—Deja de llamarme así —farfullo dándole un golpe en el brazo.

Alec suelta una carcajada y niega con la cabeza.

—Ahora sí que no voy a dejar de hacerlo. Ya que te molesta tanto, te llamaré niña y pequeña por el resto de tu vida.

Pongo los ojos en blanco y él vuelve a reír.

—Ya tengo que irme. Supongo que quien estuviese ahí fuera ya se ha ido y tengo que volver a casa antes de meter en problemas a Chris.

— ¿Chris Einfield? —me pregunta.

—Sí, ¿Le conoces?

—Vamos juntos a la escuela. Es un buen tipo. ¿Es tu novio?

—¿Qué?! ¡No! Yo no tengo novio. Chris es como mi hermano, hemos crecido juntos.

—Él más que tú —dice aguantándose la risa.

Vuelvo a poner los ojos en blanco y me levanto. Me pongo las botas y empiezo a desamarrar las riendas de Tormenta.

—Ha sido un placer conocerte, Alec. Ya nos veremos por ahí.

—¿Por qué no mañana aquí mismo?

Su pregunta me toma por sorpresa.

—Eh... no sé. No creo que...

—Si vas a volver a decir lo de nuestras familias y bla, bla, bla, ahórratelo. Ya te dije lo que pienso al respecto. Me has caído bien y me gustaría seguir hablando contigo. ¿Qué me dices? ¿Nos vemos mañana?

—Eh... Está bien. Mañana aquí a la misma hora.

Alec asiente y yo me voy de ese hermoso lugar tirando de Tormenta.

Aunque en ese momento no me di cuenta, ese encuentro con Alec Wolfheart cambiaría mi vida para siempre. Él estaba a punto de convertirse en una de las personas más importantes de mi existencia.

## No quiero ver tu cosita, podría crearme un trauma

### *Johanna*

Nada más abrir los ojos un trozo de tela impacta contra mi cara haciendo que me sobresalte. Me siento sobre mi cama y miro hacia Nala, la mujer que ha sido como una madre para mí desde que tengo uso de razón.

—Arriba, Johanna. Son las diez de la mañana y se supone que ibas a ir al pueblo a visitar a tu tía —me dice cruzándose de brazos.

Intenta ponerse seria, pero no logra intimidarme. Nala es un cielo de persona. Una mujer tierna y cariñosa a la que nunca he visto cabreada, a pesar de haberle dado motivos muchas veces.

—Solo un ratito más, nana —contesto dejándome caer de nuevo de espaldas sobre el colchón.

—De eso nada, niña —Agarra las mantas y tira de ellas dejándome completamente destapada—. Levántate ahora mismo, Johanna. Ya no eres una niña para hacerte la remolona. Mañana cumples dieciséis años y tienes que empezar a hacerte responsable. Dijiste que ibas a ir a ver a tu tía y eso es lo que vas hacer.

—Está bien, ¿Qué hora dijiste que es?

—Las diez de la mañana, niña. Sal ya de la cama.

—¡¿Las diez?! ¡Oh mierda!

Me levanto de la cama de un salto y agarro el primer pantalón vaquero que encuentro en el guardarropa.

—¿A qué viene tanta prisa? —me pregunta Nala tendiéndome una camiseta de manga corta.

—He quedado con Alec a las nueve y media. Debe estar esperándome.

Veo como mi nana tuerce la boca y niega con la cabeza.

—Como tu padre se entere...

—No se va a enterar, porque yo no se lo voy a decir y tú tampoco.

—Jo, cielo. Sabes que esto está mal. Ese muchacho no es bueno para ti —me dice en tono maternal.

—Nana, es mi amigo. Llevamos siendo amigos desde hace tres años. Él no es como los demás Wolfheart. Ni siquiera creo que los Wolfheart sean tan malos como papá los pinta.

Me pongo unas botas de caña para montar a caballo y me ato el pelo en una coleta alta antes de entrar en el baño. No entiendo por qué todos piensan que los Wolfheart son tan malos. Conozco a Alec y sé que es una buena

persona. En estos años se ha convertido en mi mejor amigo y confidente. No sé qué haría sin él.

—Ten cuidado, ¿vale? —me pide Nala cuando salgo del baño.

—Que sí, pesada. No te preocupes por mí. Alec nunca dejaría que nada malo me pasara.

—Lo sé. No conozco demasiado a ese muchacho, pero sé que te tiene mucho cariño. Chris me ha contado que es muy protector cuando se trata de ti.

—Tu hijo es un bocazas —contesto sonriendo—, pero le adoro.

—Y él también a ti, mi niña. Eres como una hermana pequeña para él y una segunda hija para mí.

—Tú también eres una madre para mí, nana. La única madre que he conocido.

Nala sonríe y me hace un gesto con la cabeza para que me vaya. Le doy un beso en la mejilla y salgo corriendo de la habitación. Al llegar a la planta baja, me encuentro de frente con mi padre.

— ¿Dónde vas tan deprisa, cielo?

—He quedado con la tía Cami, llego tarde —contesto acercándome a él y dándole un sonoro beso en la mejilla.

—Pídele a uno de los trabajadores que te lleve, no vayas tú sola a caballo.

—Estaré bien, viejo. Nos vemos a la vuelta.

Me despido con la mano y salgo rápidamente de casa.

Al llegar al establo, veo a Chris esperándome con tormenta ya ensillada.

—Llegas tarde, para no variar —dice nada más verme.

— ¿Cómo sabes que llego tarde?

—Acabo de llegar del río. Alec lleva un buen rato esperándote. Me ha dado un recado para ti.

No puedo evitar sonreír al verle fruncir el ceño. Su pelo castaño que siempre lleva despeinado, está más largo de lo habitual y le cubre parte de la cara. Sé que detesta hacer de correo entre Alec y yo, pero él es el único que va y viene entre el rancho Wolfheart y el Callaghan.

—No pongas esa cara, Chris. Esta vez nadie te ha pedido que hagas de correo.

—Aun así, lo estoy haciendo —me contesta enfurruñado.

Le despeino el pelo con la mano arrancándole una sonrisa y subo de un salto a lomos de tormenta.

—¿Me prestas tu sombrero? —pregunto poniendo mi mejor cara de niña

buena.

Chris pone los ojos en blanco y me tira su sombrero de vaquero a la cara.

—¿Algún día te acordarás de coger el tuyo?

—No lo creo. Me gusta más el tuyo.

Le guiño un ojo y clavo los talones en tormenta, que sale disparada hacia el prado. Aprieto bastante a la yegua y unos minutos después llego al río. No veo a Alec, pero conociéndole, probablemente esté ya en la poza.

Bajo de un salto de mi montura y dirijo a Tormenta hacia la entrada de la cueva. Nada más atravesar la roca mis ojos se quedan clavados en un trasero moreno y desnudo.

—¿Qué demonios haces?! —grito poniéndome la mano sobre los ojos.

—¡Mierda! Creí que ya no vendrías —contesta Alec. Escucho como se abrocha el pantalón maldiciendo en voz baja—. Ya puedes mirar.

—¿Seguro? —pregunto divertida—. No quiero ver tu cosita, podría crearme un trauma.

—Niña, no te pases de lista. Cualquiera estaría encantada de ver mi cosita, como tú la llamas.

No puedo evitar soltar una carcajada. Le miro y veo que él también está sonriendo.

—Siento llegar tarde —digo tras tranquilizarme.

—Apuesto a que te has quedado dormida. Duermes como una marmota.

—Estoy de vacaciones. Puedo dormir como una marmota si quiero —contesto alzando la barbilla.

Amarro las riendas de Tormenta a un árbol y miro hacia Alec. Ha cambiado mucho en estos años. Ya no es tan delgado como antes. Está sin camiseta y su pecho moreno brilla por el agua. En su abdomen se marcan unos pequeños montículos en forma de abdominales y sus brazos ahora son mucho más fuertes. Eso es gracias al duro trabajo del campo. Desde que acabó el instituto se ha dedicado a trabajar con su padre en el rancho y eso se nota. Sigo repasándole con la mirada. Sus ojos grises siguen siendo impresionantes y sus labios carnosos... No puedo evitar suspirar mirando sus labios. Es guapísimo.

—¿Se puede saber por qué me miras así, niña? —me pregunta sacándome de mis extraños pensamientos.

—Eh... nada. Yo solo... — Noto como el calor se adueña de mi rostro. Tengo que estar roja como un tomate.

—¿Tú solo...? —me pregunta Alec alzando una ceja y sonriendo

socarrón.

—Tengo que ir al pueblo —digo tras respirar profundamente.

Me acerco al borde de la poza y me desabrocho la camisa de cuadros bajo la atenta mirada de Alec. Llevo una camiseta de tirantes ajustada por dentro. Me quito la camisa, la dejo sobre una roca y me siento sobre otra para quitarme las botas.

—¿Qué vas a hacer al pueblo? —me pregunta agachándose frente a mí.

Agarra mi pierna y empieza a bajar la cremallera de una de mis botas. Al ver que no respondo tira mi pierna hacia arriba y tengo que sujetarme a sus hombros para no perder el equilibrio y caer hacia atrás.

—No seas payaso —digo golpeando su brazo. Alec sonrío, me quita una bota y agarra mi otra pierna—. Voy a ver a mi tía Camila. Creo que quiere darme un regalo de cumpleaños adelantado.

Alec se queda pensativo un momento, termina de quitarme la bota y se sienta a mi lado en la roca. Me mira de reojo y empieza a morderse el interior del labio. He aprendido a descifrar sus gestos y manías y sé que solo hace eso cuando está nervioso.

—¿Qué te pasa? —pregunto dándole un pequeño toque con mi hombro en su brazo—. ¿Tú también tienes un regalo para mí?

Alec me mira y sigue mordiéndose el interior del labio.

—Sí, bueno... Tengo un regalo, pero no adelantado. Te lo daré mañana —contesta desviando la mirada.

—De eso nada, chaval. ¿Me has comprado un regalo? Lo quiero ahora ¿Dónde está? ¿Lo has traído? Déjame verlo, porfa, porfa...

—Relájate niña —dice sonriendo—. No lo tengo aquí, además tu cumpleaños es mañana. Te lo daré entonces.

—Ya, pero mañana me van a hacer la fiesta en casa y no sé si podré venir hasta aquí —susurro haciendo pucheros.

Alec amplía su sonrisa y niega con la cabeza.

—Sabes que esa expresión de niñita abandonada no funciona conmigo ¿Verdad? Si quieres tu regalo, tienes que venir sea como sea.

—Eres... eres...

—¿Simpático, encantador, increíblemente atractivo?

—Un capullo —le contesto levantándome de malas maneras.

Escucho su carcajada, pero le ignoro mientras me acerco al agua. Ya llego tarde a casa de la tía Cam, así que decido darme un baño antes de salir para el pueblo. Son pasadas las once de la mañana y en pleno Agosto aquí el calor es

infernál. Me desabrocho el pantalón vaquero y escucho a Alec a mi espalda.

—¿Qué haces? Creí que tenías prisa.

—Voy a darme un chapuzón para aguantar el calor hasta el pueblo —Me bajo el vaquero y me quedo únicamente vestida con mi braguita negra de algodón y la camiseta de tirantes. Hace mucho que perdí el pudor frente a Alec. En estos días veraniegos, no siempre andamos con el traje de baño puesto, así que estamos acostumbrados a vernos el uno al otro en ropa interior—. ¿Te vienes? —pregunto girándome hacia él. Alec se queda mirándome ensimismado unos instantes y lo veo tragar saliva, niega con la cabeza y desvía la mirada.

Me encojo de hombros y me lanzo al agua de cabeza. El cambio de temperatura me resulta muy placentero. Nado hacia la orilla y le sonrío a Alec que no me quita la vista de encima.

—Vamos, ven. El agua está muy buena —grito.

Alec niega con la cabeza sonriendo y mueve las piernas en el agua. Me zambullo y buceo hasta que consigo ver sus piernas bajo el agua. Tiro de una de ellas hacia abajo, al principio noto como se resiste, pero seguramente le hago perder el equilibrio porque cuando me doy cuenta, está cayendo sobre mí y empujándome hacia el fondo de la poza. Tras unos segundos tragando agua, siento sus manos en mis brazos y como tira de mí hacia arriba. Intento coger aire, pero empiezo a toser y a escupir agua sin parar.

—¿Estás bien, pequeña? —Alec agarra mi cara con una mano, mientras me sujeta la cintura con la otra para mantenerme a flote—. ¡¿Estás loca?! Podría haberte matado. ¡Joder! Dime que estás bien.

Asiento sin dejar de toser y él me abraza contra su costado y empieza a nadar hacia la orilla llevándome con él. Antes de que pueda sacarme del agua consigo parar de toser y tiro de su brazo para que me mire.

—Alec, estoy bien —digo con voz afónica—. Alec, ¿me estás escuchando?

Él no me hace caso e intenta cogerme en brazos para sacarme del agua, pero me aparto negando con la cabeza. Me fulmina con la mirada y se pasa la mano por el pelo empapado en un gesto de frustración.

—Sal del agua ahora mismo, Johanna. Si no sales, te saco a la fuerza.

Su cara de mala leche, me hace fruncir el ceño.

—Deja el melodrama, Alec. Estoy perfectamente. No esperaba que cayeras justo encima de mí —Sonrío intentado suavizarle y aparto con mi mano unos mechones de pelo que le tapan la visión—. Deja de preocuparte

por mí. Soy mayorcita ¿sabes?

Alec resopla y niega de nuevo con la cabeza.

—Si no quieres que me preocupe, deja de comportarte como una niña. Te dije que no quería bañarme y aun así me arrastraste hacia el agua.

—¿Pero a ti qué te pasa?! ¿Se puede saber desde cuando no puedo bromear contigo? Últimamente te cabreas por todo.

—¡No estoy cabreado! —grita, alzo una ceja y él suaviza la mirada—. Está bien, lo siento. No quería hablarte así, es que me desquicias.

—Eso no es nada nuevo —le digo sonriendo.

Alec sonrío levemente y agarra mi mano entrelazando sus dedos con los míos.

—Cierto. Tú siempre me desquicias. Debería estar acostumbrado.

—Alec, ¿Vas a decirme qué es lo que te sucede? —pregunto buscando su mirada—. ¿Has vuelto a tener problemas con tu padre?

—No es eso —me contesta acariciando el interior de mi muñeca con su dedo pulgar.

Estamos en una zona de la poza donde podemos ponernos de pie, así que no tenemos que estar pataleando para mantenernos a flote. Mis ojos van a parar a nuestras manos unidas bajo el agua y una sensación demasiado familiar para mí, se instala en mi pecho. Cada vez que Alec hace algo como cogerme de la mano o acariciarme, mi corazón empieza a latir con fuerza y un cosquilleo eléctrico recorre mi columna vertebral.

Jo, déjate de fantasías. Pienso tirando de mi mano. Este encaprichamiento que tengo por Alec está hiendo demasiado lejos. Cada vez es más fuerte y sé que no está bien. Somos amigos y sé que él solo me ve como a una hermana pequeña. Tengo que sacarme estas ideas tontas de la cabeza.

Aparto mi mano de la suya y desvío la mirada dando un paso hacia atrás.

—Tienes razón, deberíamos salir del agua —le indico empezando a caminar hacia la orilla.

Salgo de la poza y estoy escurriendo mi pelo cuando escucho a Alec a mi espalda.

—Dices que a mí me pasa algo, pero eres tú la que actúa de forma rara — Me giro para mirarle y le veo cruzado de pie frente a mí, cruzado de brazos y con cara de mala leche. No puedo evitar repararle con la mirada. Es reamente guapo y...—. ¿Qué te pasa, Jo? ¿Por qué tengo la sensación de que huyes de mí cada vez que me acerco a ti?

Vuelvo a girarme para escapar de su mirada y sigo escurriéndome el pelo.

—No digas tonterías, Alec. Yo no huyo de ti.

—Estás mintiendo. Siempre has sido muy mala mentirosa, así que mírame a la cara y explícame porqué me rehúyes.

Decido ignorarle a sabiendas que no va a darse por vencido. Cuando Alec se emperrea con algo es como un perro con un hueso. Como me esperaba, no tarda ni diez segundos en agarrar mi brazo y darme la vuelta.

—No me pasa nada. Ya te lo he dicho. No tengo ningún motivo para huir de ti — murmuro tras resoplar.

—Ahora prueba a repetirlo de nuevo, pero con más convicción. Quizás así tú llegues a creértelo, yo no lo haré.

Resoplo de nuevo y tiro de mi brazo para zafarme de su agarre. Recojo mi pantalón y empiezo a vestirme sin siquiera dirigirle una mirada.

—Mi tía me está esperando. ¿Nos vemos mañana por la mañana?

—No.

Le miro extrañada por su negativa y él frunce aún más el ceño.

—¿Cómo qué no? Por la tarde no puedo venir, tengo que asistir a mi fiesta de cumpleaños.

—Niña, tú no vas a salir de aquí hasta que me digas qué es lo que te pasa conmigo. ¿He hecho algo que te ha ofendido?

—Alec, ya te he dicho que...

Antes de que pueda seguir hablando, Alec se acerca a mí en un par de zancadas y pone las manos sobre mis hombros.

—Nada de mentiras, Jo. Dime la verdad de una vez. ¿Me tienes miedo, es eso?

Clavo mis ojos en los suyos y niego con la cabeza. Sus ojos grises enmarcados por sus espesas y largas pestañas, me miran fijamente y tengo que obligarme a no desviar la mirada. Mi corazón vuelve golpear con fuerza en mi pecho dificultándome la respiración.

—No te tengo miedo —susurro.

Alec pestañea lentamente y cuando quiero darme cuenta, lo tengo completamente pegado a mí. Sus manos que antes estaban sobre mis hombros, han ido a parar a mi cintura y su pecho desnudo y húmedo, se pega contra mi camiseta mojada. Sus ojos se apartan de los míos y su mirada se clava en mis labios. ¿Puede ser que...? ¿Es posible? Alza una de sus manos hacia mi cara sin dejar de mirar fijamente mi boca y posa su mano sobre mi mejilla. Acerca su dedo pulgar a mi boca y acaricia mi labio inferior mientras veo como sus dientes aprisionan el suyo.

—¿Qué estás haciendo, Alec? —pregunto con un hilo de voz.

—Lo mismo que llevo haciendo tres malditos años —contesta en un susurro—. Intento resistirme, pero cada día me resulta más complicado —de pronto levanta la mirada y deja caer su mano sacudiendo la cabeza como si acabara de salir de un estado de trance—. Vete —dice volviendo a colocar su mano en mi cintura—. Mañana nos vemos aquí a primera hora y vas a ser sincera conmigo de una jodida vez. Se acabaron las mentiras.

—Yo nunca te he mentado.

—Tampoco me estás diciendo toda la verdad —Voy a negarlo, pero él alza una mano haciéndome callar—. No puedo culparte por eso, yo tampoco estoy siendo completamente sincero contigo.

—Menuda novedad —murmuro en tono sarcástico.

—¿Por qué siempre tienes que tener la última palabra?

Me encojo de hombros divertida y me pongo las botas viendo como Alec me observa cruzado de brazos.

—Tengo que irme. Intentaré escaparme mañana temprano.

—No lo intentes. Hazlo —ordena tendiéndome las riendas de Tormenta.

Le miro a los ojos y asiento.

—Solo si mañana traes la guitarra y me cantas una canción de esos grupos raros que a ti te gustan —le digo aguantándome una sonrisa.

—¡No son grupos raros! Es Rock alternativo, música de verdad.

—Lo que tú digas —contesto tirando de Tormenta hacia la cueva—, nos vemos mañana, y no te olvides de la guitarra ni de mi regalo.

Alec asiente sonriendo y atravieso la enorme roca. Al llegar al otro lado siento una sensación de inquietud. Por un momento creí que iba a besarme. ¿Es eso posible? ¿Es posible que Alec sienta la misma atracción por mí que la que yo siento por él? Sacudo mi cabeza para librarme de esos pensamientos. Solo son fantasías. Incluso aunque se sintiera atraído por mí... Eso nunca sucedería, no siendo quienes somos y teniendo los apellidos que tenemos.

Media hora después, estoy frente a la puerta de la casa de mi tía Camila. Ella es la única hermana de mi madre. Mis abuelos paternos fallecieron muy jóvenes, dejando a mi madre y mi tía Cam solas en el mundo. Para entonces, mi madre ya estaba comprometida con mi padre, pero la tía Cam solo tenía doce años. Mi madre murió antes de que yo cumpliera los tres años. No sé exactamente qué fue lo que pasó porque mi padre no habla del tema, pero a mi tía Cam le afectó muchísimo. Ella aún era menor de edad y tuvo que quedarse a vivir en casa del marido de su difunta hermana hasta que pudo

independizarse. Ahora a sus treinta y un años, trabaja como profesora de primaria en la escuela de Black Mountain. Es una mujer fantástica y un ejemplo a seguir para mí.

Antes de que pueda tocar a la puerta, esta se abre y la tía Cam me sonrío. Sus ojos azules del mismo tono que los míos, se clavan en mí y me repasan de arriba abajo.

—¿De dónde vienes, cielo? No me lo digas. Por esa sonrisa que traes puesta, juraría que vienes del río. Has estado con Alec ¿verdad?

—Pues sí. ¿Me vas a dejar entrar o nos quedamos aquí en la puerta?

La tía Cami se aparta y me indica con la mano que entre en casa. Ella me conoce perfectamente y no juzga mi amistad con Alec, además a ella es a la única persona que le he confesado mis extraños sentimientos hacia mi mejor amigo. Cuando se lo conté, me obligó a invitar a Alec a comer a su casa para conocerlo mejor, y así lo hice. Nada más cruzar dos palabras, empezaron a llevarse bien. Los dos son personas muy divertidas y afables, así que pasamos un buen rato los tres juntos. Cuando Alec se marchó, mi tía Cam me miró fijamente y me dijo “Este muchacho está loco por ti”. Yo no le hice caso. Conozco a mi tía Camila y sé que es una mujer extremadamente romántica. De esas que vomitan flores y estornudan corazones.

—¿Vas a contarme a qué viene esa sonrisa?

Miro a Cami y me encojo de hombros antes de sentarme sobre el sofá. Ella me tiende un refresco que ha cogido del frigorífico y se sienta en el sillón frente a mí.

—Mañana es mi cumpleaños. Estoy contenta, nada más.

—¿Eso quiere decir que tu buen humor no tiene nada que ver con cierto joven que está prohibido para ti? —me pregunta sonriendo de manera pilla.

—Tía Cam, se supone que tú tendrías que hacerme desistir de mis ideas fantasiosas en relación a Alec, no apoyarlas.

—¿Por qué? Alec es un gran chico. Por cierto, invítale a comer un día de estos. Hace tiempo que no viene.

Pongo los ojos en blanco y ella vuelve a sonreír.

—Eso no va a pasar.

—¿No vas a invitarle a comer?

—Me refiero a Alec y a mí. El que yo tenga este atontamiento por él, no quiere decir...

—Está loco por ti, cielo —me interrumpe—. Creo que tú eres la única que no se ha dado cuenta.

—¿A qué te refieres? ¿Quién más sabe que yo y Alec somos amigos?

—Ayer estuve hablando con Chris —me contesta dándole un trago a su refresco.

—¿Chris? ¿Desde cuándo sois tú y Chris tan amigos?

—No somos amigos. Solo... nos encontramos por casualidad. Hacía tiempo que no le veía. Lo recordaba como un niño, pero ha crecido mucho, y está muy guapo.

Alzo una ceja sin poder evitar que se me escape una sonrisa.

—Te das cuenta que casi tiene edad para ser tu hijo ¿verdad?

—¡¿Qué?! Yo no he dicho que...—Suelto una carcajada y ella resopla lanzándome un cojín a la cara que agarro al vuelo—. No me interesa Chris. Es solo un crío. Pero que conste que tampoco soy tan mayor. Le llevo solo trece años.

—Casi nada —murmuro divertida—, pronto vas a tener que empezar a buscar residencia. Seguramente allí encuentres al hombre de tu vida.

Me gano otro golpe de cojín ya que esta vez mis reflejos no me han librado. Me encanta meterme con la tía Cam. Ella es como una hermana mayor para mí y sé que siempre estará a mi lado apoyando cualquier decisión que pueda tomar en mi vida. Aun no entiendo por qué sigue soltera. Es una mujer muy guapa, morena, alta y con unos precisos azules que yo he heredado de ella y de mi madre. Todo el mundo dice que yo soy clavada a ella, en todo menos en la altura, ya que a mí me tocó ser la bajita de la familia, y no entiendo por qué ya que en mi núcleo familiar todos tienen o han tenido una altura considerable. Supongo que simplemente soy la rarita.

—Hablando de edad. Dieciséis años ya ¿eh? Te haces mayor —dice mirándome con una sonrisa en los labios—. ¿Qué te han regalado?

—Hasta ahora, nada. Mi cumpleaños es mañana y todo el mundo está esperando hasta entonces para darme los regalos. Se supone que tiene que ser una sorpresa.

Hago una mueca y Cami suelta una carcajada. Ella me conoce y sabe que no soy muy fan de las sorpresas, Soy demasiado impaciente para disfrutarlas. ¿Por qué ocultar algo si puedes decirlo, hacerlo o darlo en el momento? Me parece una pérdida de tiempo y me saca de quicio.

—Yo no te voy a hacer esperar —me dice levantándose del sillón y caminando hacia el mueble de la televisión.

Abre un cajón y saca de dentro un pequeño paquete cuadrado envuelto en papel de regalo. Yo no puedo evitar aplaudir emocionada sonriendo de oreja

a oreja.

—Dámelo, dámelo.

Cami sonrío y me tiende mi regalo, sentándose a continuación en el mismo lugar que ocupaba antes. Rasgo el envoltorio y abro la boca y los ojos de manera desorbitada.

—Es broma ¿no? —pregunto perdiendo la sonrisa mientras le doy vueltas en mis manos a la caja del CD que he recibido como regalo por parte de la que acaba de dejar de ser mi tía preferida.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta?

—Tía Cam, ¿Quién te ha dicho que me gusta este grupo? —le pregunto viendo el nombre en la caratula del CD, “Art of Dying”, el grupo de rock alternativo preferido de Alec.

—Eh... pues Alec. Se lo pregunté hace tiempo, la última vez que estuvo aquí en casa. No sabía que regalarte y él insistió en que te encanta ese grupo.

—¡La madre que lo parió! Yo me lo cargo, es un... un... ¡Arghh!

—¿Qué pasa, cielo? —De pronto parece darse cuenta de lo que ha pasado—. Ese grupo no es tu preferido ¿verdad? Es el suyo.

—Exactamente y el muy capullo... —Cam empieza a reír a carcajadas aumentando aún más mi cabreo—. ¡No te rías! No tiene gracia. Está empeñado en que me guste este dichoso grupo y no entiende que no puede salirse siempre con la suya.

La tía Cami intenta dejar de reír, pero sigue sonriendo.

—Conociéndote, estoy segura que el grupo te agrada, pero eres tan cabezota que no vas a admitirlo nunca para no darle la razón.

—No está mal. Tiene algunas canciones buenas y la mayoría me las conozco por escuchárselas cantar a él, pero es que es tan...

—¿Guapo? ¿Encantador?

—Insistente, tozudo, cabezón y metomentodo son adjetivos que lo definen mejor. Mañana me va a escuchar, voy a tirarle el disco a la cabeza al muy...

—¿Vas a verle mañana?

—Sí, se supone que tiene un regalo para mí, pero el puñetero solo me lo va a dar mañana. Hemos quedado temprano en el río.

Mi tía asiente y pasamos el resto de la mañana charlando sobre su trabajo en la escuela. Me gusta escucharle contar historias sobre sus alumnos. Ella les adora a todos y cada uno y se nota a simple vista lo mucho que le apasiona su trabajo. Al final acabamos llamando a mi casa y avisando que no

voy a ir a comer. Nos preparamos unos sándwiches y pasamos la tarde cotilleando y escuchando el disco de la discordia. Nunca lo admitiré en voz alta, pero me gusta mucho más de lo que cualquiera puede imaginar, y aún más cuando es Alec quien canta esas canciones. Tiene una voz rasgada que me pone los pelos de punta y le pone tanto sentimiento... creo que la primera vez que le escuché cantar, fue cuando me di cuenta realmente de mis sentimientos por él. No podía dejar de mirarle mientras rasgaba las cuerdas de la guitarra y cerraba los ojos cantando a pleno pulmón. Lo sé. Estoy jodida. Cada día me doy estoy colgando más por mi mejor amigo y tengo claro que nunca voy a ser correspondida, incluso si ocurriera un milagro y él... Nunca será posible.

Si prefieres toco una de las Spice Girls

*Alec*

Cuando suena el despertador yo ya estoy despierto. Son las cuatro y media de la madrugada y aún faltan un par de horas para que salga el sol, pero tengo que levantarme a esta hora si quiero ver a Jo. Antes de ir al río con ella tengo que dejar todas mis tareas hechas en el rancho. Me levanto de la cama frotándome los ojos y me meto directamente en la ducha. Mientras el

agua caliente me cae sobre la cabeza, no puedo dejar de pensar en mi cita con Johanna. En realidad, en quien no puedo dejar de pensar es en Johanna. Para ella va mi primer pensamiento de la mañana y el último de la noche, y para qué negarlo, la mayoría de mis pensamientos durante todo el día. Estoy sencilla e irremediabilmente loco por ella desde que la conocí. Han pasado más de tres años desde ese día y cada uno de esos mil ciento cincuenta y siete días, he tenido que reprimir todos mis impulsos y contenerme para no confesarle que me gusta. Ella era muy joven, cuando la conocí apenas tenía trece años y yo dieciséis, pero ahora todo ha cambiado. Sigo teniendo tres años más que ella, pero Jo ya no es una niña. Hoy cumple dieciséis y finalmente he decidido tirarme de cabeza. Sé que yo también le gusto, la he visto mirarme de reojo demasiadas veces. La he escuchado suspirar cada vez que le canto. Aunque nada más terminar la canción, ponía cara seria y actuaba como si no le afectara en absoluto. Yo sé la verdad. Sé que le afecta escucharme cantar y que cada vez que estamos el uno pegado al otro, tiene que controlarse para no besarme. Lo sé, porque yo siento exactamente lo mismo.

—Hoy es el día, Alec —me digo a mi mismo saliendo de la ducha y anudándome una toalla a la cintura.

Me visto con un pantalón vaquero y una camisa de cuadros roja y blanca, mis inseparables botas de montar y mi sombrero. Antes de salir de mi habitación, recuerdo que tengo que coger mi guitarra y el regalo que tengo para Jo. No quiero tener que volver a casa después. Me acerco a la cómoda y saco del primer cajón un colgante que es muy especial para mí. Es el colmillo de un lobo engarzado en un enganche de plata con la imagen de un lobo y sujeto por un sencillo cordón. No sé si le gustará, pero es muy importante para mí que lo lleve puesto.

A las siete de la mañana ya estoy agotado. He dado de comer a los caballos. Los he cepillado y también me he encargado del resto de animales del rancho. Todos, excepto del ganado. Mi padre es de esos hombres que piensa que para hacerse cargo del negocio familiar, tengo que empezar desde abajo, y aunque sabe que soy perfectamente capaz de arrear ganado, rara vez me permite hacerlo.

—Buenos días, Alec —me saluda Barry entrando en el establo—. Hoy has madrugado.

Le sonrío levemente al capataz del rancho Wolfheart. Barry lleva toda la vida trabajando para mi padre. Son amigos desde niños, pero no se parecen

en nada. Barry es un hombre risueño y amable, sin perder esa dureza típica de los vaqueros, y mi padre... Bueno, no es mal padre, pero no se puede decir que es un hombre cariñoso. No digo que sea agresivo ni nada por el estilo, al menos no con su familia, pero siempre ha sido un hombre distante. Con la única persona que parece ablandarse es con mi madre. La peor parte de lidiar con mi padre, siempre se la ha llevado mi hermano Carter. Él es tan... creo que la palabra indicada sería pasota. Todo le da igual. Su único objetivo en la vida es tener un vaso de cerveza en la mano y una mujer colgada del cuello. Obviamente Jack, nuestro padre, no lo lleva eso demasiado bien. Supongo que siempre pensó que Carter sería quien se haría cargo del rancho cuando él faltara y fue duro darse cuenta que eso nunca ocurriría. Mi hermano no tiene ninguna intención de trabajar en nuestras tierras. En realidad, no creo que tenga intención de trabajar en nada.

—Buenos días, Barry. Ya estoy terminando aquí —le contesto mientras termino de abrochar la correa de la silla de Syler, mi caballo.

—¿Vas a salir? Estaba pensando que podrías ayudarme a trasladar a la manada a los pastos del norte.

Me rasco la cabeza haciendo una mueca. Tengo muchas ganas de ir, pero si lo hago no volveré hasta la tarde y no podré ver a Jo. Cualquiera otro día, me pondría en contacto con mi amigo Chris y él le transmitiría de mi parte a Jo el cambio de planes, pero hoy es su cumpleaños y le van a hacer una fiesta en el rancho Callaghan. No podrá escaparse y yo no puedo esperar hasta mañana para verla y darle su regalo.

—Lo siento, Barry. He quedado con un amigo y no puedo posponerlo.

—¿Alec Wolfheart negándose a arrear ganado? Sí que tiene que ser importante esa cita. ¿Estás seguro que es un amigo y no una señorita? —La forma en la que me sonrojo debe servirle como pista al viejo porque suelta una carcajada—. Está bien, muchacho. Sí has terminado tus tareas, vete ya. No queremos que tu “amigo” se canse de esperarte.

Le sonrío a modo de respuesta y me subo al caballo despidiéndome con la mano antes de salir del establo. Llevo mi guitarra enganchada a la silla de Syler, así que no puedo cabalgar tan rápido como me gustaría.

Poco después, estoy atravesando la cueva que lleva a la poza. Nuestra poza, de Jo y mía. Este ha sido nuestro lugar secreto desde que nos conocimos. Aquí hemos pasado muchas tardes bañándonos en sus frías aguas o simplemente sentados bajo el árbol. Muchas veces yo tocaba la guitarra y cantaba mientras Johanna me escuchaba y fingía estar leyendo un libro, otras

veces ella leía en alto una de sus novelas románticas mientras yo la escuchaba y me burlaba de ella, pero la mayoría de los días, solo nos sentábamos a conversar. Hablamos de todo. Nuestros problemas, inquietudes, sueños... todo. No hay nada de Jo que yo no sepa y no hay nada de mí que ella no conozca.

Nada más verla, mi corazón empieza a latir con fuerza en el interior de mi pecho. Está tumbada boca arriba en una roca junto a la orilla de la poza. Tiene los ojos cerrados y su pelo castaño esparcido sobre la piedra. Se ha quitado las botas y lleva el pantalón vaquero recogido por encima de los tobillos. También se ha deshecho de su camisa y viste únicamente con una camiseta de tirantes blanca. Está guapísima. Creo que incluso estoy babeando. Podría observarla durante todo el día y no me cansaría.

—¿Estás planeando cómo tirarme al agua? —pregunta sin abrir los ojos y sacándome de mis pensamientos.

—¿Tienes calor? —Me acerco y me siento junto a ella—. No necesito hacer planes. Si quiero tirarte al agua, solo tengo que hacer esto —La empujo despacio para asustarla y ella se incorpora de golpe sujetándose a mi brazo.

—Eres un imbécil. Sabía que intentarías tirarme ¿Sabes lo que es madurar?

—Niña, no me hables de madurar que hace poco aún jugabas con muñecas.

Jo me saca la lengua arrancándome una carcajada y se sienta sobre la roca. Estira la mano y me lanza una caja de un CD al pecho.

—¿Esto qué es? —le pregunto mirando la caratula “Art of Dying” mi grupo preferido—. ¿Un regalo? Se supone que hoy es tu cumpleaños, no el mío.

—Muy gracioso. Ese ha sido el regalo que me ha dado la tía Cam. Estaba segura que ese grupo me encantaba ¿Tú no sabrás por casualidad de dónde ha sacado esa idea?

Tras pensarlo unos segundos, recuerdo el día que Cami me preguntó qué tipo de música le gustaba a su sobrina. Quise gastarle una broma a Jo, así que le contesté que era “Art of Dying”. Empiezo a reír a carcajadas y Jo me mira cruzándose de brazos y alzando una ceja. Pretende hacerme creer que está enfadada, pero puedo ver como intenta retener la sonrisa.

—Era una broma. No creí que realmente fuese a regalarte algo del grupo.

—Muy bien. Pues tu regalo ya puede ser muy bueno para corregir tu metedura de pata —Extiende la mano hacia mí con la palma hacia arriba—.

Dámelo.

—Pequeña, tienes que aprender a disfrutar de las sorpresas. La impaciencia no es buena —digo sonriendo de medio lado.

Sé que odia las sorpresas. Es demasiado impaciente y curiosa. Estoy seguro que no ha pegado ojo en toda la noche, pesando cual sería mi regalo.

—No te rías de mí, Wolfheart. Quiero mi regalo ¡Ahora!

Sonríó negando con la cabeza y agarro su mano mirándola directamente los ojos. Su mirada se desvía a nuestras manos unidas y puedo ver como empieza a ponerse nerviosa. “Sí pequeña, yo también lo siento”, pienso mientras acaricio su muñeca con el dedo pulgar.

—Antes de darte tu regalo, hay algo de lo que tenemos que hablar.

—¿Qué...? —carraspea para aclararse la voz—. ¿De qué quieres hablar? Si esto es una de tus bromas infantiles o de tus juegos, te digo desde ya que...

Pongo mi dedo índice sobre sus labios haciéndole callar y acerco mi cara a la suya hasta que puedo notar su aliento contra mi boca.

—No es ningún juego, pequeña. En realidad, nunca he estado más serio en mi vida —Veo como traga saliva y desvía la mirada—. Mírame, Jo —Sujeto su cara moviendo mi mano hacia su mejilla y clavo mis ojos de nuevo en los suyos.

—¿Qué estás haciendo, Alec? —susurra confundida.

—¿De verdad no lo sabes? ¿No sabes lo que siento por ti? —Intenta desviar la mirada de nuevo, pero retengo su cara para que no lo haga—. No dejes de mirarme, Jo. Soy yo, Alec. Tú amigo, el que siempre va a estar a tu lado. Nada ha cambiado. Llevo loco por ti desde el día que te vi por primera vez junto al río, tan pequeña y preciosa. Parecías un ángel, pero con una mirada desafiante que me robó el corazón al instante. Quiero pensar que tú también sientes algo por mí, que no soy solo...

No puedo terminar la frase porque sus labios se pegan a los míos. No puedo evitar sonreír contra su boca mientras mis manos se aferran a su cintura y la pego a mi cuerpo.

—Llevo demasiado tiempo esperando este momento —susurro antes de profundizar nuestro beso.

Me aventuro a lamer sus labios y su boca se abre dándome paso. Sabe tan bien... un sabor dulce y ácido a la vez. Como una fresa. Nos besamos durante lo que me parece una eternidad, hasta que siento sus manos en mi pecho apartándose levemente. Así que a regañadientes, me aparto de ella y apoyo mi frente contra la suya.

—¿Esto es real? —susurra mirándome alucinada—. ¿No estoy soñando?

—Eso espero —contesto sonriendo de oreja a oreja.

Vuelvo a besar sus labios suavemente, disfrutando de su cercanía, de su olor, de su sabor.

—Alec, yo... yo también...

—Lo sé, pequeña. Siempre lo he sabido, pero tenía que esperar. Tú eras demasiado joven. Aún lo eres, pero ya no podía aguantarlo más. Sabes que esto va a ser difícil ¿verdad? —Johanna asiente con la cabeza—. Si antes siendo solo amigos, no podía enterarse nadie, ahora con más razón. Si nuestros padres se enteran...

—No lo harán —Veo como lleva su mano a mi cabeza y peina mi pelo con los dedos en un gesto que me parece de lo más tierno. Quiero sentir sus dedos en mi cabeza el resto de mi vida—. Nadie va a enterarse.

—¿Aún sigues queriendo tu regalo? —le pregunto sonriendo de medio lado.

—Creí que este era mi regalo —contesta haciendo gala de su descaro.

No puedo evitar soltar una carcajada. Aparte de su belleza, estas fueron las cosas que me enamoraron de ella. Su desparpajo y su descaro. No se guarda nada. Es como un libro abierto para mí.

—Toma —le digo tendiéndole el colgante en forma de diente de lobo.

Ella lo coge y lo mira sonriendo.

—Es precioso, Alec. Parece muy antiguo.

—Lleva en mi familia muchas generaciones —Cojo el colgante y me acomodo tras ella dejándola sentada en el hueco que hay entre mis piernas. Se lo coloco al cuello y anudo el cordón junto a su nuca—. ¿te gusta?

—Me encanta —susurra acariciando el diente. Gira la cabeza hacia atrás y aprovecho ese momento para volver a besar sus labios—. Podría acostumbrarme a esto —dice agarrando mis brazos y rodeando su cuerpo con ellos. Apoya la parte posterior de la cabeza en mi hombro y cierra los ojos.

Nos quedamos así, abrazados durante varios minutos. Estoy seguro que ella puede sentir los desbocados latidos de mi corazón retumbando contra su espalda. Me siento tan bien así... Tengo una sola cosa clara y es que voy a luchar contra cualquiera que intente apartarla de mí. Me da igual su familia o la mía y nuestros apellidos. No voy a dejar que nos separen nunca.

*Johanna*

Aún no puede creerme lo que acaba de pasar. Estoy sentada entre las

piernas de Alec, con sus brazos rodeando mi cuerpo y su aliento bañando mi cuello. Siento su corazón palpitando a toda velocidad contra mi espalda, a la misma velocidad que late el mío. Tengo los ojos cerrados y me aterra abrirlos y darme cuenta que todo esto es un sueño. No quiero despertar. Vuelvo a tocar por enésima vez el colgante que reposa sobre mi pecho. Aquí está. Es real.

—¿Aún quieres escuchar mi música rarita, como tú la llamas? —su susurro en mi oído me produce un escalofrío—. He traído la guitarra.

Me debato entre escucharle cantar y mantenerlo a mi lado. Estoy muy a gusto con sus brazos a mi alrededor, pero está tan sexi tocando la guitarra y cantando...

—Solo si después vuelves a abrazarme.

—Eso está hecho. Te abrazaré siempre que quieras.

—Eso suena a promesa —digo sonriendo mientras me incorporo y me giro hacia él.

—Lo es —contesta tocando mi colgante.

En cuanto le veo levantarse, me arrepiento de haber decidido dejarle tocar. Siento frío al instante allí dónde su cuerpo estaba pegado al mío, y eso es algo extraño, ya que estamos en pleno verano.

Veo como coge la guitarra que tenía enganchada a la silla de su caballo y se vuelve a sentar junto a mí. He vivido esta escena en cientos de ocasiones, pero esta vez es distinto. Ahora todo es distinto. Esas fantasías que yo tenía en mi cabeza, resultaron no serlo. Todo es real. Está sucediendo y aún no sé cómo asimilarlo.

—¿Estás bien, pequeña? —pregunta pegando su pierna a la mía. Asiento con la cabeza y él coge el CD de la discordia y empieza a repasar las canciones que está escritas en la caratula —. ¿Alguna en especial?

—¿Tiene que ser de ese disco? —cuestiono haciendo una mueca.

—No, si prefieres toco una de las Spice Girls.

Le doy un manotazo y él, suelta una carcajada haciéndome reír. Cuando se tranquiliza, deja el CD en el suelo y empieza a tocar las primeras notas. No tardo en reconocer la canción. “I will follow”. Nunca admitiré en voz alta que me encanta esa canción. No le daré ese gusto.

*I know nothing is easy (Sé que nada es fácil)*

*For better or worse (Para bien o para mal)*

*I want you to see me (Quiero que me veas)*

*For all that it's worth (Por todo lo que vale la pena)*

*You need to know if I'm ready (Necesitas saber si estoy listo)*

*For all that will follow (Por todo lo que vendrá)*

*I'm through pretending (Estoy por fingir)*  
*I'm here for it all (Estoy aquí para todo)*  
*And I will follow (Y seguiré)*  
*I will follow you (Yo te seguiré)*  
*Into the highest of fires (En lo más alto de los incendios)*  
*The most violent storms (En las tormentas más violentas)*  
*I will follow you (Yo te seguiré)*

Lo miro embelesada. Tiene una voz preciosa que consigue erizarme la piel. Alec me mira de reojo mientras sigue rasgando las cuerdas de la guitarra y sonrío de medio lado. Es... es... Perfecto.

*Like ending the season (Como terminar la temporada)*  
*I'm forever changed (Estoy cambiando para siempre)*  
*You are the reason (Tú eres la razón)*  
*I am no longer afraid (Ya no tengo miedo)*  
*I'm not afraid (No estoy asustado)*  
*And I will follow (Y seguiré)*  
*I will follow you (Yo te seguiré)*  
*Into the highest of fires (En lo más alto de los incendios)*  
*The most violent storms (En las tormentas más violentas)*  
*I will follow you (Yo te seguiré)*  
*Ohhh I will follow (Ohhh y seguiré)*  
*I will follow you (Yo te seguiré)*  
*Into the highest of fires (En lo más alto de los incendios)*  
*The most violent storms (En las tormentas más violentas)*  
*I will follow you (Yo te seguiré)*

—Admítelo. Te encanta mi música rarita —dice Alec, dejando la guitarra a un lado de la roca en la que estamos sentados.

—Me gustas tú —le contesto acercando mi boca a la suya y besando sus labios.

—Me alegra escuchar eso, pero no descansaré hasta que confieses que te gusta mi música.

—Sigue esperando. Eso nunca ocurrirá.

Alec vuelve a besarme y juro que ahora mismo sería capaz de confesarle cualquier cosa. Me desarma por completo con sus besos y sus caricias.

—¿Quieres darte un baño? Empieza a hacer mucho calor.

—¿Qué? —Tengo que hacer un esfuerzo en concentrarme en lo que dice para poder entenderle. Sus besos me dejan medio tonta—. ¿Bañarnos? Eh... sí, claro. Espera... ¿Qué hora es?

—La una y media.

—¿La una y media? ¡Mierda! —Me levanto de golpe y empiezo a ponerme las botas a toda prisa—. ¿Cuándo se ha hecho tan tarde? Mi padre me va a matar como no llegue a comer.

—Dile que estuviste con tu tía Camila, ella te cubrirá.

—Lo haría, pero Cami va a comer con nosotros. Ya debe estar en la casa. Alec hace una mueca y me acerco a él para darle un beso rápido en los labios.

—Gracias por el regalo. ¿Nos vemos mañana aquí a la hora de siempre?

—¿No te ha gustado madrugar? —me pregunta abrazándome por la cintura. Es mucho más alto que yo así que tengo que mirar hacia arriba para mirarle a la cara.

—No, pero ha valido la pena.

—Sí, lo ha valido. Nos vemos mañana, pequeña, y por cierto, feliz cumpleaños.

Sonrío dándole un último beso y me voy a toda prisa. Durante todo el camino de vuelta a casa, soy incapaz de dejar de sonreír. Cualquiera que me vea pensará que soy medio tarada, riéndome sola en mitad del bosque, pero me da igual lo que piense la gente. Soy feliz y nadie va a poder arrebatarme ese sentimiento.

¿Te pareció que te estaba arrancado el cinturón a disgusto?

*Johanna*

Hace ya siete meses que Alec y yo nos sinceramos el uno con el otro. Siete maravillosos meses en los que he contado cada segundo que pasábamos separados. Con el final del verano, yo empecé de nuevo las clases y Alec también ha estado muy ocupado porque su padre le permite inmiscuirse cada vez más en la gerencia del rancho. Así que cada momento que conseguimos escaparnos para estar juntos, lo disfrutamos al máximo. Momentos como este, en los que estamos sentados bajo nuestro árbol, y digo “nuestro” porque lleva nuestras iniciales. Una tarde llegué aquí y Alec estaba tallándolas con una navaja. Cuando le pregunté porque lo hacía, solo me contestó, “Un día nuestros nietos jugarán bajo este árbol y sabrán que aquí empezó todo”. Después de esa preciosa declaración, no pude hacer otra cosa que comérmelo a besos. Es muy dulce cuando quiere.

—¿En qué piensas? —me pregunta besando mi cuello.

Alec está sentado con la espalda apoyada en el árbol y conmigo sentada sobre sus muslos a horcajadas. Sus manos están bajo mi jersey tocando mi espalda de arriba abajo en una leve caricia.

—Nada en particular. Estaba pensando en estos meses y en el poco tiempo que tenemos para estar juntos. Cada vez se hace más difícil.

—Lo sé —Sopla para sacase un mechón de pelo de la frente y yo sonrío apartándolo con la mano. Necesita un corte de pelo, ya lo tiene muy largo—. ¿Has pensado en lo que te dije? Podríamos irnos este fin de semana a Ashville. Camila puede cubrirte con tu padre y yo me las arreglaré para librarme de mío.

—No lo sé, Alec. Es muy arriesgado. Cualquiera puede vernos.

—Es un riesgo que tarde o temprano tenemos que correr. Piensa que tendremos un fin de semana para nosotros solos. Podríamos ir al cine, a cenar, a pasear cogidos de la mano como cualquier pareja. No tendríamos que escondernos.

—Suena bien, pero... ¿y si alguien nos reconoce a alguno de los dos? Podrían decírselo a mi padre o al tuyo y solo empeoraríamos las cosas.

Alec resopla hundiendo la cara en el hueco de mi cuello.

—Quiero estar contigo, pequeña. Solo contigo. Estoy harto de tener que escondirme. Ni siquiera voy a poder llevarte a ese dichoso baile.

Le agarro del pelo y levanto su cabeza para que me mire a la cara.

—Alec, tenemos que ser cuidadosos. Yo también tengo ganas, pero...

—Pero vas a decir que no.

—Yo no he dicho eso, y respecto al baile... —Cojo aire y me preparo para soltar la bomba. Sé que lo que estoy a punto de decirle no le va a gustar nada, pero espero que lo entienda. ¿A quién quiero engañar? No va a entenderlo.

—¿Qué pasa con el baile?

—Pues verás. Ayer estuve hablando con mi padre y...—Muy bien. Ahí va—. Voy a ir al baile con Rob Anderson.

—¿¡Que vas a qué?! Estás bromeando ¿verdad? —Niego con la cabeza y Alec frunce el ceño. Me aparta dejándome sentada sobre el suelo mojado y se levanta de un salto—. ¡Por encima de mi cadáver! ¡¿Qué demonios vas a hacer tú en ese baile con Anderson?!

Me levanto antes de que mi pantalón vaquero acabe empapado por el agua que ha dejado en el suelo la nieve al derretirse y me cruzo de brazos. Mientras Alec me estaba abrazando, no sentía el frío, pero al apartarse de mí empiezo a notar como se me congelan los brazos.

—Alec, relájate ¿quieres? No es que me muera de ganas de ir con Rob al baile. Fue idea de mi padre y no pude decirle que no.

—¿Por qué?

—Porque tendría que darle una explicación lógica para no ir con él. No puedo decirle que no puedo salir con Rob porque mi novio, “Alec Wolfheart” se pone celoso.

—Podrías haberle dicho que no querías salir con él, y punto.

—¡Ya lo hice! Pero mi padre insistió y me quedé sin argumentos.

—¡Maldita sea! ¡Pues dile que no te gusta de ese modo!

—¿¡De qué modo?! Solo somos amigos, Alec. Vamos a ese baile como amigos.

—Ya. Lo que tú digas —dice de malos modos poniéndose la chaqueta.

—¿En serio, Wolfheart? ¿Ahora te vas?

—Sí, me voy. Ya veo que aquí no tengo nada que hacer. Tú ya has decidido que vas a salir con ese tipo. Pasadlo bien.

Va a darse la vuelta para marcharse, pero le detengo agarrándole por el brazo.

—¡Ni se te ocurra darme la espalda, Alec! Estamos hablando.

—¡No! —grita señalándome con el dedo—. Tú estás hablando, yo lo

único que hago es escuchar cómo me cuentas que “Mí” novia va a tener una cita con un tipo que no soy yo.

—¿De verdad crees que lo hago por gusto?! ¿Crees que quiero ir con él?

—No lo sé, Jo. Dímelo tú ¿Quieres ir con él? —Sonríe de manera cínica y enseguida me doy cuenta de que está a punto de decir algo hiriente—. ¿Qué pasa? ¿Te gusta Anderson? ¿No tienes suficiente conmigo? ¿Es que necesitas...?

—¡Ni se te ocurra terminar esa frase, Wolfheart! —le corto clavando un dedo en su pecho. Este hombre consigue sacarme de mis casillas en décimas de segundo—. Como termines esa frase, te juro que te abofetearé —Abre la boca para decir algo, pero se lo piensa mejor y aprieta la mandíbula desviando la mirada. Respiro profundamente y vuelvo a clavar el dedo en su pecho—. Controla a ese lobo, Alec. No me obligues a hacerlo a mí.

Vuelvo a respirar profundamente para intentar tranquilizarme y me acerco a él poniendo mi mano sobre su mejilla. No se aparta, pero tampoco me mira ni hace ademán de girarse hacia mí. Está totalmente rígido, con los puños apretados a ambos lados de su cuerpo y mirando hacia la nada.

—Mírame, Alec —susurro—. Mírame, por favor —Suspira y gira su cara hacia mí clavando sus ojos en los míos—, ¿De verdad piensas que prefiero estar con él que contigo? ¿Eso es lo que piensas de mí?

Cierra los ojos con fuerza y veo como su cuerpo se relaja. Cuando vuelve a abrir los ojos, ya no hay rabia en su mirada. Solo una profunda tristeza y preocupación.

—Vas a ir con él y va querer besarte. Eso es lo que se hace después de una cita normal. Acompañas a la chica a casa y la besas. Eso si no lo intenta antes mientras estáis bailando. Yo solo... —Vuelve a cerrar los ojos y traga saliva—. Yo solo quiero estar en su lugar. Quiero llevarte a ese baile y bailar contigo delante de todo el mundo y después llevarte a casa y besarte.

—Alec, tú puedes besarme siempre que quieras y también podemos bailar. Hemos bailado aquí muchas veces.

—Sabes de lo que hablo, Jo. No quiero tener que esconderme para poder estar contigo.

—Ya sabíamos que sería difícil —digo rodeando su cuello con mis brazos.

—Lo sé, soy consciente de los riesgos que corremos, pero no imaginé que a todo eso tendría que sumarle lo de Anderson. Prométeme que no le dejarás besarte.

—Prometido.

—Y que no bailarás con él —Alzo una ceja y Alec sonrío de medio lado—. Tenía que intentarlo.

—No va a pasar nada. Solo iré a ese baile. Bailaremos un rato y después me llevará a casa. Mañana por la mañana nos veremos aquí y te lo contaré todo con pelos y señales. Lo prometo.

—Bien —dice con gesto derrotado—, pero vas a ponerle unas cosas bien claras a Anderson. Sus manos no van a pasar de aquí —Pone las manos en mi cintura—, este es el límite.

Sonríó agarrando una de sus manos y bajándola levemente por mi cadera.

—Entonces este es un límite prohibido ¿verdad? —Alec sonrío asintiendo con la cabeza y bajo aún más su mano hasta el lateral de mi muslo—. Doy por hecho que este también.

El brillo travieso en su mirada me muestra que él también se está divirtiendo con este jueguito, y como esperaba, su mano no tarda en moverse hasta mi trasero.

—No juegues conmigo, niña —susurra contra mis labios tirando de mí hasta que estamos completamente pegados.

Vuelvo a colgarme de su cuello y tiro de él hacia abajo para poder besarle. Nuestras bocas se unen en un beso dulce y cariñoso que no tarda en volverse apasionado y salvaje. Cada vez nos cuesta más mantener nuestras manos alejados del otro. En este tiempo hemos saltado varias bases, pero nunca hemos llegado a culminar nuestro deseo. Alec siempre se detiene antes de que la cosa se nos vaya de las manos, pero ya estoy cansada de esperar. Le quiero, y quiero que él sea el primero. El primero y el último. El único.

Camino hacia atrás sin despegar mis nuestras bocas hasta que mi espalda choca contra nuestro árbol. Alec me devora mientras sus manos recorren mi cuerpo por encima de mi ropa. Siento su erección pegada a mi bajo vientre, así que llevo mi mano a su entrepierna y le acaricio pon encima del pantalón. Alec gime contra mis labios y su beso se vuelve aún más salvaje. Sé que estoy llevándole al límite y es exactamente lo que pretendo. Mientras una de mis manos sigue acariciando su erección, con la otra empiezo a desabrocharle el cinturón.

—Para, Jo —susurra rompiendo nuestro beso y apoyando su frente contra la mía. Aparta mi mano de su entrepierna negando con la cabeza mientras su aliento baña mi cara. Su pecho sube y baja de manera descontrolada y puedo notar su lucha interna por dejarse llevar o para esta situación.

—¿Por qué? ¿Por qué tengo que parar? Yo te quiero, Alec. No estamos haciendo nada malo.

—Yo también te quiero, mi niña, pero...—resopla volviendo a abrocharse el cinturón —Tú eres muy joven y es tu primera vez. No quiero que...

—Hablas como si tú tuvieses mucha experiencia. Te recuerdo que eres tan virgen como yo. A no ser que me hayas mentido sobre eso.

—Sabes que nunca te mentaría —dice frunciendo el ceño.

Asiento. Lo sé. Sé que Alec nunca me mentaría. Él no es así. Me dijo que a pesar de haber tenido oportunidades de estrenarse, nunca quiso hacerlo porque me esperaba a mí, y yo le creo.

—Lo sé. Lo que no entiendo es porqué eres tan reticente con este tema. Los dos nos queremos, nos deseamos ¿Dónde está el problema?

—No quiero que te veas obligada a hacer algo de lo que después te arrepientas. No me perdonaría que te sintieras presionada a hacer algo que no quieres para complacerme a mí.

—¿Obligada? ¿Algo que no quiero? —Suelto una carcajada—. Alec, solo me ha faltado violarte ¿Te pareció que te estaba arrancando el cinturón a disgusto? —Abre a boca y vuelve a cerrarla algo descolocado. Me encanta verle sorprendido cuando digo o hago algo que no se espera. Es tan mono... —. Nene, yo deseo esto tanto como tú.

—Me matas, pequeña —susurra contra mis labios— ¿De verdad es esto lo que quieres? —Asiento—. Muy bien. Este fin de semana nos vamos a Ashville. Tú y yo solos, y todo el fin de semana para hacer lo que nos dé la gana.

—Suena genial. Hablaré con Cam. Puedo decirle a mi padre que me voy con ella a Ashville.

—Yo le pediré a Barry que me deje ir a mí a buscar las vacunas que necesita el veterinario para el ganado. No tendré problema, Barry detesta ir a la ciudad.

—Entonces ya tenemos plan —le digo antes de besar sus labios.

—Lo tenemos. Ahora ve a casa antes que te quedes helada, y no vayas muy guapa a ese baile.

Le saco la lengua y él sonrío besando mi frente.

—Te quiero, Alec. Nos vemos mañana.

—Y yo a ti, mi niña. Mañana en cuanto se derrita un poco la nieve, te espero aquí.

Después de un par de besos más. Nos despedimos y salgo directamente

hacia mi casa. Nada más llegar, tengo que llamar por teléfono a mi tía Cami. Estoy segura que me cubrirá las espaldas. Ella sabe todo a cerca de mi relación con Alec y aunque tiene miedo de lo que podría pasar si nos descubren, me apoya al cien por ciento.

## *Alec*

No puedo dejar de pensar en el dichoso baile de esta noche. Soy yo el que debería llevar a Jo, y no el estúpido de Rob Anderson. Siempre me ha caído mal ese tipo. Con su pelo perfectamente peinado y su sonrisa de marca de dentífrico. Su padre es el dueño del rancho Anderson. Lo sé, por estos lugares no son muy originales poniendo nombres. Casi todos los ranchos llevan el nombre de la familia a la que pertenece. El rancho Anderson no es tan grande ni extenso como el Wolfheart o el Callaghan, pero aun así tiene un tamaño considerable.

Me acerco al establo y me pongo en guardia al escuchar gritos que vienen del interior. Salto del caballo y entro corriendo en el lugar. Mi padre y mi hermano están uno frente al otro. Los dos están alterados y se gritan el uno al otro.

—¡Eres una vergüenza! ¡Un maldito inútil sin oficio ni beneficio! —le grita el viejo.

Carter aprieta los puños y da un paso hacia él. Conozco a Carter y no creo que sea capaz de golpear a papá, pero nunca le había visto tan enfadado.

—¡Carter! —grito poniéndome entre ellos. Sujeto a mi hermano por los hombros y tiro de él hacia atrás—. Tranquilízate, hombre. ¿Qué pensabas hacer?

No contesta y sigue mirando a mi padre con una mirada asesina.

—Hazle caso a tu hermano, muchacho. Deberías intentar parecerte un poco a él.

Mi hermano me mira con rabia y empieza a revolverse para zafarse de mi agarre.

—¿Papá, puedes dejarnos solos? —Mi padre me mira extrañado—. Por favor.

Chasquea la lengua y sale del establo a largas zancadas murmurando insultos hacia mi hermano. Carter vuelve a revolverse y esta vez le suelto. Se acomoda la ropa y se peina con las manos antes de respirar profundamente. Cuando se gira hacia mí, ya parece haber recuperado la compostura y su auto control.

— ¿Por qué ha sido la pelea esta vez? —le pregunto cruzándome de brazos.

—Por lo de siempre. Papá no está de acuerdo con mi forma de vida. Quiere que sea una réplica de ti —contesta de malos modos. Alzo una ceja y él se da cuenta del tono que está utilizando conmigo—. Lo siento, hermano. Tú no tienes la culpa, pero es que el viejo me saca de mis casillas.

—Ya lo veo. Nunca te había visto en ese plan. Creía que tú eras el tranquilo de la familia. El que siempre mantenía la calma, el que...

—El que no tiene carácter ¿verdad?

—Yo no he dicho eso, Carter.

—Pero lo piensas y papá también. Yo no soy como vosotros dos, no tengo ese lobo agresivo en mi interior que sale a la luz cuando me cabreo, y me alegro de que así sea. Me gusta poder controlar mis emociones y que no me controlen ellas a mí.

—Yo no soy así —susurro desviando la mirada.

—Sí lo eres. Eres igual que papá, y yo y Nadia hemos salido a mamá. Por eso eres su favorito —Sonríe de medio lado—. Me pregunto qué pensaría el viejo de ti si conociese tu pequeño secreto.

En cuanto las palabras salen de su boca, me pongo alerta. ¿Lo sabe? ¿Conoce mi secreto? ¿Sabe lo de Johanna?

—No sé de qué me hablas, hermano —digo poniendo mi mejor cara de póker.

Carter suelta una carcajada y pone la mano sobre mi hombro dándome un apretón cariñoso.

—Tranquilo, Alec. Tu secreto está a salvo conmigo. Hace años que sé que te encuentras con esa chica en el río.

—¿Sabes...? ¿Sabes quién es?

—No recuerdo su nombre, pero sé que es la hija de Mathew Callaghan.

—¡Joder! ¿Cómo lo sabes? ¿Se lo has dicho a alguien? ¿Cómo...?

—Tranquilo, hermano. Por mi parte nadie se va a enterar. La pregunta es, ¿Estás seguro de lo que estás haciendo? Has escogido a la chica menos indicada.

—La quiero. Estoy loco por ella.

—Eso es aún peor —dice sonriendo. Se sienta sobre una paca de paja y me indica con la mano que me siente a su lado—. ¿Qué tienes pensado hacer cuando os descubran? Y digo os descubran, no cuándo, porque pasará. Lo sabes ¿verdad? Si yo me enteré, cualquiera puede hacerlo.

—¿Cómo te enteraste?

—Me pareció raro que te fueras hacia al bosque tan seguido y te seguí, pero eso no tiene importancia ahora. No me has contestado. ¿Qué pensáis hacer? ¿Vais a huir juntos en plan Bonnie y Clyde?

—No te burles. No sé lo que va a pasar. Por el momento, espero que no nos pillen. Este fin de semana voy a llevarla a Ashville. Iré a por las vacunas del ganado y me la llevaré conmigo.

—Una escapada romántica ¿eh? Menudo playboy estás hecho, y yo que llegué a pensar que no te gustaban las mujeres.

—¿Por qué demonios pensaste eso?

—Vamos, hermanito. Te llevé varias veces a La Casa de Muñecas y ni siquiera te acercaste a ninguna de las chicas.

—El que no quiera acostarme con una... Señorita de dudosa reputación, no significa que sea gay.

—¿Señorita de dudosa reputación? —dice conteniendo la risa—. Son prostitutas, hermano. Puedes decirlo, no se van a ofender. Con lo tímido que eres respecto a las mujeres, me extraña que no sigas siendo virgen —No puedo evitar agachar la cabeza para que no vea como me sonrojo—. ¡Mierda! ¡¿Eres virgen?!

—¿Puedes dejar de gritar? No hace falta que todos los peones del rancho se enteren de mi vida sexual.

—Querrás decir, de tu inexistente vida sexual —me contesta partiéndose de risa.

—¿Qué pasa? Tampoco es tan raro. Tampoco es que sea un monje. He hecho cosas, pero... digamos que no he llegado a culminar —Carter sigue riendo a carcajadas mientras yo le miro frunciendo el ceño—. Está bien, olvídalo. Me largo.

Me voy a levantar, pero mi hermano me agarra del brazo impidiendo mi huida.

—Lo siento. Te prometo que no volveré a burlarme. Es solo... tienes diecinueve años. Es extraño que a estas alturaa aun no te hayas estrenado, y aún más si tienes novia. ¿Es ella la que no quiere?

—No es eso. Sencillamente, no ha surgido la ocasión. Jo es muy joven aún y...

—Y tú estás cagado —Niego con la cabeza y Carter sonrío—. Oh sí, hermano. Estás muerto de miedo. No te juzgo ¿okey? Quieres hacerlo bien con tu chica y eso es algo que respeto. ¿Quieres un consejo?

—Vas a soltarlo igual aunque diga que no ¿verdad?

—Sí. No te preocupes por nada. Está claro que esa chica te gusta mucho y supongo que estarás ansioso por “culminar” como tú lo llamas. No lo pienses tanto. Si los dos lo queréis, adelante. Deja los miedos y las inseguridades atrás.

—¿De verdad me estás dando consejos sobre sexo? —pregunto sin poder evitar soltar una carcajada.

—Así es. Ya ves, algún consejo de hermano mayor tendría que darte algún día y eso es algo que se me da bien.

—Bien. Creo que ya tengo suficiente de tu ego por un día. Voy a saludar a mamá y a Nad.

—¿Vas a ir al baile esta noche?

—¿Vas a ir tú?

—Mierda, no. No pisaría ese lugar ni aunque me pagaran. Voy a hacerles una visita a las chicas.

—Vamos, que estarás en tu segunda casa. La Casa de Muñecas.

—Exacto ¿quieres venir? Quizás te vendría bien algo de experiencia para ponerla en práctica con tu chica.

—Paso. Creo que sí que iré al baile —susurro pensando seriamente en ello.

Si estuviese allí, podría vigilar que el imbécil de Anderson no se acerque demasiado a Jo. El único problema es que si lo hace, no sé si podré controlarme y no partirle la cara delante de toda la población de Black Mountain.

Con la decisión ya tomada, me despido de Carter y camino en dirección a mi casa. Nada más entrar en el salón, escucho las voces de mi madre y de mi hermana Nadia.

—Mamá, por favor. Te prometo que volveré pronto.

—Nadia, tu padre no va a permitir que vayas sola a ese baile. Olvídalo.

—Pero, tú puedes convencerlo. Uno de los trabajadores puede llevarme al pueblo y hasta puede quedarse a vigilarme, por favor, por favor.

Creo que acabo de tener una gran idea. Ya tengo la excusa perfecta para ir a ese baile sin levantar sospechas.

—Hola familia ¿Qué está pasando? —pregunto entrando en el salón.

Mi madre me sonrío y me acerco a ella para besarla en la mejilla.

—Hola cielo. Tu hermana se está poniendo pesadita con el dichoso baile de esta noche.

—Es que esto no es normal. Tengo dieciséis años. No tendría que suplicar ir a un baile. Todas las chicas de mi edad lo hacen.

—Nadia, cariño, entiendo que quieras ir, pero ya sabes cómo es tu padre. No creo que se quede tranquilo sabiendo que vas a ir sola.

—Pero, mamá...

—Yo puedo ir con ella —En cuanto las palabras salen de mi boca, dos pares de ojos se giran hacia mí—. Yo la llevaré, así papá no pondrá ningún impedimento.

—¿Tú? —susurra Nad.

—Sí, yo. Te llevaré al baile y me quedaré allí contigo hasta que quieras volver. No te preocupes, mamá. No llegaremos tarde.

—Eh... ¿estás seguro, hijo?

—Sí, completamente.

—En ese caso, no creo que tu padre se moleste —Mira hacia Nadia y le sonrío—. Ve a cambiarte.

—¿De verdad? —pregunta ella emocionada. Asiento y se tira a mis brazos—. Eres un amor, hermanito. Te debo una bien grande.

—Ya me la cobraré —le contesto sonriendo, pero ella ya no me escucha. Se pierde escaleras arriba en dirección a su habitación.

—Acabas de hacer muy feliz a tu hermana.

—Sí, bueno. No tenía nada mejor que hacer. Te dejo mamá. Tengo que ir a buscar a Barry. Este fin de semana voy a ir yo a Ashville a buscar las vacunas del ganado.

—¿Todo el fin de semana?

—Sí. Hay que hacer el pedido en la clínica y pagarlo como muy tarde el viernes a última hora de la tarde y recogerlo el lunes a primera hora de la mañana, así que aprovecharé para quedarme allí el fin de semana. Estaré de vuelta el lunes por la mañana.

—Está bien, hijo. Habla con Barry y supongo que no habrá problema. ¿Vas a ir solo?

—Eh... Sí. Seguramente salga a dar una vuelta por Ashville. Ya sabes... cambiar un poco de aires.

—Ya —susurra entrecerrando los ojos.

¡Retirada! Conozco esa mirada de mi madre y solo la usa cuando quiere sonsacarnos algo. Ha llegado el momento de irse.

—Te dejo. Vuelvo en un rato —Le doy un beso en la mejilla a modo de despedida y salgo prácticamente corriendo de la casa.

Ahora solo me falta hablar con Barry. Si todo sale como tengo planeado, pasado mañana por la tarde, Jo y yo estaremos de camino a Ashville.

## Mi idea a lo Rapunzel, no le hace demasiada gracia *Johanna*

—Estás muy guapa, Johanna —me dice Rob tendiéndome un refresco.

Le sonrío a modo de agradecimiento y doy un sorbo a mi bebida. Hace un rato que llegamos al baile. Una gran carpa está dispuesta en el la plaza central de la ciudad y casi toda la población de Black Mountain está aquí reunida. Unos bailan, otros conversan, otros ríen y yo estoy aquí parada frente a Robert Anderson que me sonrío sin dejar de mirarme de arriba abajo. No ha dejado de hacer eso desde que me vino a buscar mi casa, y la verdad es que ya empieza a ponerme nerviosa. Me siento como si llevara puesto un vestido indecente, nada más lejos de la realidad. Llevo un vestido gris plata que me llega por debajo de las rodillas, con muy poco escote y de manga larga. También llevo puesto un abrigo, ya que el frío se hace notar a estas horas. No sé a qué viene tantas miraditas. Le dejé bien claro desde un principio que esto no era una cita, solo una salida de amigos.

—¿Bailamos?

—Quizás más tarde —contesto de forma evasiva.

—Johanna, llevamos más de una hora aquí parados. Esto es un baile. Tarde o temprano tendremos que bailar ¿no crees?

Mierda. Ahí me ha pillado. Le tiendo mi refresco y agarro su mano dejándome guiar hacia la pista de baile. La orquesta está tocando una versión de la canción de Bryan Adams “I do it for you”. Mientras nos mecemos al ritmo de la música, no puedo evitar sonreír al pensar que si Alec estuviese aquí, estaría soltando pestes por la boca. No es muy fan de Bryan Adams.

—¿Te gusta la canción? —susurra Rob en mi oído acrecentando su agarre en mi cintura.

No está excediendo ningún límite prohibido así que únicamente aparto mi cara un poco de la suya y desvío la mirada tras asentir con la cabeza. Mis ojos vagan por la plaza abarrotada hasta que se quedan clavados en una mirada gris que conozco a la perfección. ¡Está aquí! ¡¿Qué demonios está haciendo aquí?! Me sonrío de medio lado y me hace un gesto con la cabeza indicándome una zona apartada de la plaza donde no se ve ninguna luz. Niego con la cabeza casi imperceptiblemente, justo cuando las manos de Rob empiezan a bajar por mi cintura acercándose peligrosamente al límite prohibido. Alec también lo ve, porque aprieta ambos puños a cada lado de su cuerpo y clava una mirada asesina en la espalda de Rob. Me mira y vuelve a indicarme con la cabeza que vaya hacia la zona apartada. Vuelvo a negar con la cabeza agarrando las manos de Rob y subiéndolas a un espacio más seguro, justo cuando veo que Alec empieza a caminar hacia nosotros con cara de mala leche.

—¿Me disculpas un minuto, Rob? —digo apartándome de él.

Por el rabillo del ojo, veo como Alec detiene su recorrido y vuelve al lugar en el que estaba, cerca de la barra donde están sirviendo las bebidas.

—¿Todo bien? —pregunta mi acompañante llamando mi atención.

—Sí, todo perfecto —contesto con demasiado entusiasmo—. Tengo que ir un momento al baño, enseguida vuelvo.

—Bien. Voy a aprovechar para saludar a unos amigos.

Veo como se marcha y camino con paso seguro hacia la barra. No voy a ir a la zona apartada de la plaza. Es demasiado peligroso. Cualquiera podría verme hablando con Alec en privado y llamaríamos demasiado la atención. Mientras camino hacia él, siento sus ojos repasándome de arriba abajo. No le miro directamente, pero por el vistazo que le he echado antes, me doy cuenta que no lleva sus vaqueros gastados y su camisa de cuadros habitual. Hoy lleva puesto un pantalón de tejido negro, una cazadora de cuero y ha cambiado sus fieles botas de montar por unas deportivas negras. Está guapísimo, con su pelo negro despeinado y esa expresión pilla. Lo sé, estoy

muy pillada. Es algo que tengo asumido.

Me pongo a su lado sin mirarle y me dirijo directamente al barman.

—¿Qué le sirvo, señorita?

—Un refresco de cola, por favor.

Aprovecho que el muchacho va a buscar mi bebida para mirar a Alec de reojo. Está apoyado de espaldas a la barra con una botella de cerveza en la mano.

—¿Qué se supone que estás haciendo aquí? —susurro entre dientes sin girarme hacia él.

—He venido con mi hermana. Quería venir y me ofrecí a traerla —me contesta del mismo modo.

—¿Entonces, no has venido hasta aquí a vigilarme?

—No precisamente, pero al menos tengo vigilado a tu amigo el imbécil. Por cierto, como sus manos vuelvan a acercarse al límite prohibido, le parto la cara y me importa una mierda quién lo vea — Le miro directamente fulminándole con la mirada y él sonrío bebiendo de su cerveza —. Ven conmigo —susurra volviendo a indicarme con un gesto de cabeza el camino que lleva a la parte trasera de la plaza.

—Estás jugando con fuego, Alec, y recuerda que en este juego nos quemamos los dos.

—Lo tengo controlado, vamos.

—No.

El muchacho vuelve con mi bebida, y tras pagarle veo como Alec está girado hacia mí. ¡¿Qué mierda hace?! Puede verlo todo el mundo.

—Alec —digo entre dientes intentando disimular.

—Vamos, ¡ahora!

Empieza a caminar hacia el sendero que lleva a la parte trasera y al ver que no me muevo se gira hacia mí. Asiento rápidamente con la cabeza antes de que alguien se dé cuenta, y el muy capullo sonrío satisfecho volviendo a caminar. Dejo pasar un par de minutos antes de seguirle. Mientras camino hacia el punto de encuentro, no puedo dejar de pensar que nos estamos arriesgando demasiado. Esto es una locura y solo espero que no pase lo peor.

Camino unos metros más por una zona poco iluminada mientras escucho a lo lejos la música y el jolgorio proveniente de la plaza. Busco a Alec, pero no logro encontrarlo. De pronto una mano me tapa la boca mientras un brazo se enrosca alrededor de mi cintura y tira de mí hacia atrás. Grito, pero el sonido queda ahogado en la mano que ahora que lo pienso... Yo conozco esa

mano. ¡Alec!

—No grites. Soy yo, pequeña —susurra en mi oído.

Me revuelvo y me aparto de él dándole manotazos para que me suelte.

—¡¿Pretendes matarme de un maldito infarto?! ¡Eres un inconsciente! Van a pillarnos aquí por culpa de tus jodidas locuras —Me mira sonriendo de oreja a oreja, provocando que mi cabreo crezca aún más—. ¡No te rías! —Le doy un manotazo en el brazo y él intenta ponerse serio mientras se frota el lugar donde acabo de golpearle.

—No me pegues. No quería asustarte. Solo intentaba estar a solas contigo un momento.

—¡¿Te has vuelto loco?! Todo el jodido pueblo está aquí al lado y tú te pones en plan Romeo. ¿Qué haces aquí, Alec? Tú nunca vienes a estos eventos. Es la primera vez que te veo en el baile de invierno.

—Ya te dije que vine a traer a mi hermana —me contesta cruzándose de brazos y frunciendo el ceño.

—Muy bien y ¿Dónde está tu hermana?

Alzo una ceja y él resopla desviando la mirada.

—Anda por ahí. Esta divirtiéndose con sus amigas.

—Ahora sigue repitiéndote eso a ver si tú te lo crees. Te voy a decir yo lo que haces aquí, has venido a vigilarme. Sabías que iba a venir con Rob y estabas celoso.

—Por supuesto que estoy celoso. Ese capullo de Anderson se está pavoneando frente a todo el mundo con mi chica. ¡Mierda! Lo raro sería que no estuviese celoso.

Suspiro acercándome a él y agarrando su cara con ambas manos.

—Te dije que no iba a pasar nada. Le dejé bien claro a Rob que esto no era una cita. Solo somos dos amigos que han venido a un baile juntos.

—Pues deberías repetírselo, ya que ha estado a punto de tocarte el culo.

—Pero no lo ha hecho ¿verdad? ¿A qué ha venido ese arranque de testosterona en plena pista de baile? ¿Qué pensabas hacer? ¿Liarte a puñetazos con Rob para defender mi honor?

—No te burles de mí. No pensé lo que estaba haciendo. Le vi tocándote y... perdí la cabeza ¿vale?

—¿Sabes qué? Será mejor que te vayas, o aún mejor... Me voy yo. Voy a pedirle a Rob que me lleve a casa. Mañana nos vemos.

Voy a salir de nuestro escondite, pero no logro dar ni dos pasos cuando siento su pecho pegado a mi espalda. Sus brazos rodean mi cuerpo y me

abrazan dejándome completamente cubierta.

—Lo siento —susurra en mi oído—, no te enfades conmigo. No quiero fastidiarte la noche. Perdóname. Me iré a casa y prometo que no volveré a hacer algo así.

Suspiro agarrando sus manos que reposan en mi vientre y me giro para poder mirarle a la cara.

—Alec, tienes que confiar en mí. ¿De verdad crees que yo sería capaz de engañarte?

—No, claro que no. Confío en ti plenamente. Es de Anderson del que no me fío. Ese busca algo más que ser tu amigo.

—Pues a mí no me interesa en lo más mínimo —le digo abrazando su cuello.

Alec me abraza por la cintura atrayéndome hacia él y busca mi boca con la suya. Nos besamos durante un par de minutos hasta que escucho un ruido, como un jadeo ahogado. Abro los ojos aún con mi boca pegada a la suya y veo a Nadia, la hermana de Alec mirándonos con la boca abierta. Aparto a Alec de un empujón y él se gira hacia ella sorprendido.

—No es lo que estás pensando, Nadia —dice acercándose a ella.

—¿No? Yo juraría que acabo de verte morrearte con la hija de Mathew Callaghan.

—Sí, bueno. Eso... puedo explicarlo.

—¡Maldita sea! Sabía que esto iba a pasar. Tú y tus malditos celos van a acabar descubriéndonos frente a todo el mundo —grito clavando un dedo en su pecho. Alec entorna los ojos pidiéndome con la mirada que me calle, pero solo consigue encenderme más—. No te atrevas a mirarme así, Wolfheart. Como si esto fuese culpa mía. Fuiste tú quien vino a este dichoso baile para mantenerme bajo vigilancia.

—Pequeña, ayudaría bastante si cerraras la boca un momento —dice entre dientes. Me cruzo de brazos y él se vuelve a girar hacia su hermana—. Nad, no puedes contarle esto a nadie.

—¿Esto? ¿Qué es esto, Alec? ¿Estáis juntos? Es una pregunta tonta, claro que estáis juntos. ¿Desde cuándo?

—Eso no importa. Tienes que prometerme que no lo vas a contar. Si papá se entera de esto...

—Te matará, y supongo que su padre hará lo mismo con ella —dice Nadia señalándome.

Resoplo y me acerco a ellos.

—Oye Nadia. Sé que tú prácticamente no me conoces. Nunca hemos hablado. Es más, creo que ni siquiera nos hemos saludado nunca, pero yo quiero a tu hermano. Estoy enamorada de él y no puedo perderle —Agarro la mano de Alec y entrelazo mis dedos con los suyos. Él me mira y me sonrío para que siga hablando—. Te lo pido por favor. No se lo cuentes a nadie.

—Tranquila. No lo haré. Por mi parte nadie se enterará nunca.

Respiro aliviada y Alec sonrío de oreja a oreja.

—Gracias, hermanita. En un día, mis dos hermanos se han enterado de mi máspreciado secreto.

—¿Qué?! ¿Tu hermano también lo sabe?! —Alec hace una mueca al escuchar mi grito—. ¿Cuándo demonios pensabas decírmelo?! ¡Mierda, Alec! Se nos está hiendo de las manos por descuidados y tú aún vienes hasta aquí y te comportas como un Romeo de feria.

—¿Romeo de feria?

—Sí. Da igual. Tengo que irme. Robbie tiene que estar buscándome hace tiempo.

—¿Robbie? ¿Desde cuándo le llamas Robbie?

—¿Ves lo que te digo? Tú y tus malditos celos van a acabar metiéndonos en serios problemas. Me voy.

—Dame un beso antes de irte con Robbie —dice en tono burlón cerrándome el paso.

Me acerco a él y le doy un beso rápido en los labios.

—Ahora que he pagado el peaje, ¿Me dejas pasar, por favor?

Alec se aparta resoplando y miro hacia Nadia que nos observa divertida.

—Gracias Nadia. Ahora llévate a tu hermano a casa antes de que pierda la paciencia y lo mande yo misma de una patada en el trasero.

—Te encanta mi trasero —añade Alec.

—Cierto, pero estoy dispuesta a patearlo si no te vas a casa. Ahora mismo Alec.

—No te preocupes. Ya me lo llevo —me dice Nadia.

—Nos vemos mañana y lo del fin de semana ya está listo ¿Hablaste con Cam?

—Sí. Ella me cubre con mi padre. Te veo mañana donde siempre y no hagas ninguna tontería más esta noche.

Me despido de Nadia con la mano y camino de vuelta a la fiesta. Este hombre saca lo peor y lo mejor de mí a partes iguales. Al final va a conseguir que nos pillen.

Al llegar a la plaza, Rob viene corriendo hacia mí.

—¿Dónde estabas? Te he estado buscando por todos lados. Llegué a pensar que te habías marchado a casa sin avisarme.

—No. Me entretuve hablando con una amiga. ¿Bailamos una más y nos vamos? Empieza a hacer mucho frío.

—Eh... Sí, claro.

Tras bailar un par de temas más, damos por terminada la fiesta y Rob me lleva de vuelta a casa. Se comporta conmigo como un perfecto caballero y no intenta nada fuera de lugar. Como ya me imaginaba, los celos de Alec son totalmente infundados.

Sin darnos cuenta, la cosa se está complicando cada vez más. En un solo día, los dos hermanos de Alec se han enterado de nuestra relación. ¿Cuánto tardarán en enterarse el resto de la gente? Solo es cuestión de tiempo. No se puede guardar un secreto eternamente. Tarde o temprano, siempre acaba saliendo a la luz. Con eso en la cabeza, caigo en un profundo sueño y tengo pesadillas en donde mi padre y Jack Wolfheart nos descubren y nueva guerra resurge entre nuestras familias.

## *Alec*

Estoy a punto de hacer la quincuagésima locura de esta noche. Nada más dejar a Nadie en casa, conduje hasta el Rancho Callaghan. Al llegar a la entrada de la casa, no podía hacer ruido, así que aparqué el viejo todo terreno una zona escondida y salté el muro que rodea la casa. Esperé durante lo que me pareció una eternidad, hasta que vi aparecer el coche de Anderson. Estaba alerta por si tenía que romperle la cara al imbécil en el caso de que intentara algo con Jo, pero no sucedió. Únicamente se despidieron con la mano y ella entró en la casa. Unos minutos después, vi como una luz se encendía en el piso superior y eso me dijo exactamente cuál es su habitación y mi nuevo objetivo.

Así que aquí estoy, parado bajo su ventana como un idiota, con el corazón latiéndome a mil por hora y las pelotas heladas del frío de la madrugada. Hace más de media hora que la luz de la habitación se ha apagado, así que he decidido a intentar subir por la fachada. Espero poder hablar con Johanna. Esta noche estaba realmente cabreada conmigo y no puedo esperar hasta mañana para arreglar las cosas. Llegados a este punto, pueden suceder varias cosas, pueden pillarme intentando colarme en la habitación de Jo y mandarme directamente a la cárcel, puedo pegarme un leñazo intentando subir y acabar

en el hospital con varios huesos rotos, eso si no me mato, o la opción número tres que es la que espero lograr, llego a la habitación de Jo, consigo que me perdone por haberme comportado como un capullo y me paso el resto de la noche haciendo las paces con ella. Sí, esa es una muy buena opción.

Empiezo a trepar por la pared de piedra y después de varios sustos, consigo llegar a su ventana. Bien. La opción número dos queda descartada. Estoy vivo. Ahora voy a intentar evitar la número uno. Si Johanna se despierta y ve a alguien en su habitación, puede gritar y alertar a toda la casa, incluyendo a su padre. Espero que no tenga un arma.

—Qué esté abierta, por favor —susurro empujando el marco de la ventana.

No puedo evitar sonreír al ver que se abre sin esfuerzo. No estaba cerrada por dentro. Me introduzco en la habitación y vuelvo a cerrar la ventana lentamente y sin hacer ningún ruido. Miro hacia la cama que preside la habitación y sonrío viéndola dormir profundamente. Está preciosa y es mía. Me acerco a la cama y pongo una mano sobre su boca para evitar que grite. En cuanto nota mi tacto, abre los ojos de golpe y como me esperaba, intenta gritar.

—Shhh. No grites. No grites, pequeña. Soy yo.

Parece reconocerme, así que aparto lentamente la mano de su boca.

—¿Te has vuelto loco o es que has hecho una apuesta a ver en cuanto tiempo consigues que nos pillen?

—Necesitaba hablar contigo.

—¿Y no podías esperar hasta mañana?

—No podría dormir sabiendo que estás cabreada conmigo. Necesito que me perdones.

—A ver si lo he entendido —dice incorporándose y sentándose sobre el colchón. Por la expresión de su cara, puedo adivinar que mi idea a lo Rapunzel, no le hace demasiada gracia—. Vienes a disculparte por ponernos a los dos y a nuestra relación en peligro, poniéndonos a los dos y a nuestra relación, aún más en peligro ¿Voy bien?

—Hombre. Dicho de ese modo...

—¿Es que hay otro modo de decirlo? —Me estremezco por el frío y Jo entrecierra los ojos y me coge de la mano —. ¡Dios, estás helado!

—Es que ahí fuera hace un frío de mil demonios —digo intentando que mis dientes no castañeen.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí fuera? —Desvío la mirada—. Alec, te estoy

hablando. ¿Cuánto tiempo has estado fuera?

—Desde que dejé a mi hermana en casa —contesto haciendo una mueca—. Vi como llegabas a casa y esperé a que te durmieras para no alertar a todo el mundo.

—No me extraña que estés helado. Ven aquí — Levanta la manta y me hace un sitio en la cama—. Vamos, Alec.

—¿Me estás invitando a meterme en la cama contigo? Eso suena a proposición indecente —digo intentando sonar divertido. La verdad es que el frío me hace temblar fuertemente.

—Intento que no pierdas una extremidad o acabes con una hipotermia. Metete en la cama.

Me quito las deportivas de un puntapié e intento quitarme la chaqueta, pero tengo los dedos helados y no consigo bajar la cremallera. Johanna me ayuda a hacerlo y vuelve a levantar la manta y a hacerse a un lado. Me meto en la cama y me pego a ella todo lo que puedo sintiendo al instante el calor que irradia su pequeño cuerpo.

—Dios cariño, estás congelado— susurra abrazándome.

Apoyo la cabeza en su pecho y rodeo su cuerpo con mis brazos.

—Qué calentita estás.

—Es normal, yo no estoy tan mal de la cabeza como para pasarme media noche a la intemperie con el frío que hace. ¿Te encuentras mejor? ¿Estás entrando en calor?

Deslizo mis manos por el interior de su camiseta de pijama tocando la piel de su vientre y ella pega un gritito agudo.

—Shhh. No grites ¿Quieres que nos pillen?

—Tiene gracias que seas precisamente tú quien me pregunte eso.

Sonrío moviendo mi mano de manera ascendente, noto como se estremece cuando toco sus costillas, pero no me detengo. Sigo subiendo hasta que abarco uno de sus pechos con mi mano.

—¿Se puede saber que se supone que estás haciendo?

—Intento entrar en calor ¿no es obvio? —contesto alzando la cabeza y mirándole con una sonrisa pilla mientras mis dedos se entretienen acariciando su pezón.

—Alec, vuelves a jugar con fuego. No podemos hacer esto aquí. Si mi padre nos pilla en esta situación, te matará.

—¿Tiene un arma? —pregunto besando su cuello.

—Muchas, tiene muchas armas. Tienes que parar con esto — Bajo mi

otra mano hacia la unión de sus muslos y acaricio su intimidad por encima de la ropa—. ¿De verdad quieres que pare?

—Sí —susurra echando la cabeza hacia atrás y gimiendo.

—¿Estás segura? No pareces muy convencida.

—Lo estoy —me contesta moviendo las caderas para frotarse contra mi mano que sigue acariciándola a través del pantalón de pijama.

—En ese caso, creo que tendré que darte más incentivos para hacerte cambiar de idea.

Me pongo sobre ella acomodándome entre sus piernas abiertas y beso su clavícula de manera ascendente. Bajo por su abdomen y levanto su camiseta arrastrándola con los dientes. La piel de su torso queda expuesta ante mí, así que aprovecho para besar la zona de sus costillas. Jo se retuerce gimiendo en voz baja, provocando que mi ya creciente erección, se clave en la cremallera de mi pantalón de una forma que resulta incluso dolorosa.

—¿Sigues pensando igual? ¿Me detengo? —digo contra su piel justo antes de introducir mi lengua en su ombligo.

—Dios, Alec —gime en alto así que levanto la cabeza y la miro a la cara.

—Baja la voz. Estás gritando.

—No estoy gritando. Tú a lo tuyo —contesta arrancándome una carcajada que ahogo contra su piel.

—¿Entonces sigo? —pregunto metiendo la mano por la cinturilla de su pantalón.

—Ni se te ocurra detenerte ahora.

—Justo eso era lo que quería escuchar —digo arrastrando la prenda por sus piernas hasta que queda frente a mí completamente desnuda de cintura para abajo. Su camiseta se une al pantalón en el suelo y me incorporo en la cama para poder admirar su cuerpo—. Eres la chica más guapa que he visto en mi vida.

Johanna sonrío desabrochando los botones de mi camisa.

—Tampoco es que hayas visto muchas mujeres desnudas —dice sacándome la camisa por los hombros y empezando a desabrochar mi cinturón. Agarro sus manos deteniendo su avance y niego con la cabeza.

—Esta noche no va a suceder. No he venido preparado —aclaro haciendo una mueca.

Johana alza una ceja apartando sus manos de las mías.

—Me estás diciendo que has entrado por mi ventana a mitad de la noche, te has metido en mi cama, me has besado, acariciado, tocado íntimamente, ¿y

ahora piensas dejarme más salida que el pico de una mesa? ¡Pues qué divertido!

—Yo no he dicho eso. Créeme, me encantaría poder hundirme en ti ahora mismo. No puedo pensar en otra cosa, pero no queremos accidentes ¿verdad? No me malinterpretes. Quiero tener hijos en un futuro, pero creo que ahora sería muy precipitado.

—No puedo estar más de acuerdo contigo, pero eso no cambia lo que te acabo de decir.

—Ah, sí. Lo de tu problemita con eso de la mesa. Creo que puedo hacer algo con eso —susurro sonriendo de medio lado.

La beso profundamente tragándome sus gemidos cuando mi mano vuelve a su intimidad, esta vez desnuda, y poco después noto como su cuerpo se retuerce entre mis brazos, para a continuación quedar completamente laxo.

—¿He resuelto su problema, señorita Callaghan? —Jo abre los ojos y asiente sonriendo.

Sus ojos se vuelven a cerrar lánguidamente como clara señal de que está agotada. Me tumbo a su lado de espaldas al colchón y tiro de ella hacia mí. Su cabeza reposa contra mi pecho desnudo y apoya su mano sobre mi vientre con nuestras piernas entrelazadas.

—Creo que esta es una muy buena forma de pedir perdón —susurra tras bostezar.

—Lo tendré en cuenta, pequeña. Duerme.

—Te amo, Alec.

—Y yo a ti, mi niña. Siempre lo haré —contesto besando su pelo y cerrando los ojos.

## Nunca te interpongas entre una mujer y su chocolate

### *Johanna*

El viernes por la tarde estoy sentada en el pequeño coche de Cam. Atravesamos todo el pueblo de Black Mountain para llegar al punto de encuentro que he acordado con Alec. Hemos decidido hacerlo así, ya que sería muy peligroso que nos vieran juntos en el pueblo.

—¿Estás nerviosa? —me pregunta mi tía mirándome de reojo.

—No. Bueno sí, pero no por lo que estás pensando. Es Alec. Con él nunca me pongo nerviosa. Lo que me tiene algo desquiciada es el miedo a que alguien pueda reconocernos.

—Intentad no dejaros ver mucho por las calles.

—Cami, vamos a Ashville precisamente porque allí no tenemos porqué escondernos. Queremos salir a cenar o al cine, como hacen las parejas normales.

—Vosotros no sois una pareja normal. Probablemente nunca lo seréis.

—Gracias por los ánimos, tía. Me dejas mucho más tranquila —digo en tono sarcástico.

—Es la verdad, cielo. Sabes que Alec me cae muy bien. Es un buen chico y te quiere con locura, pero vuestra situación... No va a ser nada fácil.

—Eso ya lo sé, y te agradezco que te estés arriesgando tanto por mí.

—Siempre voy a estar ahí para ti, cariño. Eres mi sobrina y sé que mi hermana te apoyaría en esto igual que yo lo estoy haciendo. Ella estaba totalmente en contra de esta guerra entre los Callaghan y los Wolfheart.

Estoy a punto de preguntarle cómo está tan segura de ello, cuando veo el todoterreno de Alec parado a un lado de la carretera. Cam aminora la velocidad y vemos como Alec arranca el coche y se mete por un camino secundario. Le seguimos durante unos metros más y nos detenemos en una zona alejada de la carretera principal.

—¿Estás lista? —pregunta Cam mientras vemos como Alec sale del todoterreno y abre el maletero.

Asiento y salimos del coche. Alec nos saluda con la mano y camina hacia nosotras sonriendo.

—Hola, chicas. Estáis muy guapas las dos —dice sonriendo de medio lado.

Le conozco y sé que ese piropo va dirigido directamente a Cam. Sabe cómo engatusarla.

—Tú siempre tan galante, Alec— le contesta mi tía abrazándole—. Eres un amor. ¿Coges la mochila de Jo del maletero?

—Por supuesto —Pasa frente a mí y me guiña un ojo—. Hola, pequeña.

Sacudo la cabeza dándole por imposible y abrazo a mi tía mientras Alec carga mi mochila en la maleta del todoterreno.

—Muy bien, chicos. ¿Lo lleváis todo? ¿Ropa, dinero, teléfonos móviles?

Los dos asentimos. Normalmente los habitantes de los ranchos de Black Mountain, no solemos utilizar teléfonos móviles ya que solo tienen cobertura en el pueblo. Pero esta es una buena ocasión para usarlos.

—Tenemos todo, Cami. No te preocupes. En cuanto lleguemos a Ashville te llamamos y nos mantenemos en contacto —le contesta Alec agarrando mi mano.

—Bien. Cuidaos mucho, y cuando digo cuidaros, me refiero a todos los sentidos.

—¡Cam! —exclamo fulminándole con la mirada.

—¿Qué? Una cosa es que te vayas todo el fin de semana con tu novio y otra es que vuelas con un regalito. Tu padre me asesinaría. Además, soy demasiado joven para ser tía segunda.

—Para ya, Cam. Te hemos entendido perfectamente —susurro entre dientes.

—Tranquila, los llevo de colores y de sabores —le dice Alec muerto de risa ganándose un codazo de mi parte.

—Eso, tú dale alas.

—Ahora en serio. No te preocupes. Estaremos bien, y gracias por cubrirnos.

—De nada. Mi sobrina es lo suficientemente madura para saber lo que hace y yo soy lo suficientemente inconsciente como para confiar en ella. Marchaos ya y pasarlo bien. Yo voy a esconder el coche y a llamar un taxi que me lleve a casa. Nos vemos el lunes a primera hora aquí mismo.

Asentimos y nos subimos al todoterreno. Nada más salir de nuevo a la carretera, Alec me mira de reojo sonriendo de oreja a oreja.

—¿Por qué sonríes tanto? —le pregunto poniendo una mano sobre su muslo.

—Porque tengo por delante un fin de semana a solas contigo, y con...— Toca un botón del radio CD y empiezan a sonar Art of Dying a todo volumen por los altavoces.

Pongo los ojos en blanco bajando el volumen.

—¿En serio vas a hacerme escuchar esto todo el camino?

—Sí, efectivamente. Ahora relájate y disfruta del viaje.

Vuelve a subir el volumen y empieza a cantar a dúo con el vocalista de la banda la canción “I will be there”.

*Somebody's leaving (Alguien se va)*

*Somebody gives a damn (A alguien le importa un bledo)*

*Somebody's dreaming (Alguien está soñando)*

*'cause somebody knows they can (Porque alguien sabe que ellos pueden)*

*You can (Tú puedes)*

*For all the times this world ain't fair (Por todas las veces que este mundo no es justo)*

*I want you to know (Quiero que sepas)*

*I will be there (Yo estaré ahí)*

*To watch you go, (Para verte ir)*

*To let you know somebody cares (Para hacerte saber que a alguien le importa)*

*I will be there (Yo estaré ahí)*

*To love you when nothing hurts and no one cares (Para amarte cuando nada duele y nadie le importa)*

No puedo evitar soltar una enorme carcajada al verle poner la mano en un puño frente a la boca como si llevara un micrófono y cantar a pleno pulmón poniendo cara de malote como si realmente fuese una estrella del rock. Al final termina contagiándome su tontería y acabo cantando con él.

*Somebody's dying (Alguien se está muriendo)*

*Somebody's lost their wings (Alguien ha perdido sus alas)*

*And somebody's losing their mind (Y alguien está perdiendo la cabeza)*

*Somebody knows no other way (Alguien no conoce otra manera)*

*And when this life gets hard to bear (Y cuando esta vida se pone difícil de soportar)*

*I want you to know (Quiero que sepas)*

—Sí. Vamos, canta conmigo, pequeña.

*I will be there (Yo estaré ahí)*

*To watch you go, (Para verte ir)*

*To let you know somebody cares (Para hacerte saber que a alguien le importa)*

*I will be there (Yo estaré ahí)*

*To love you when nothing hurts and no one cares (Para amarte cuando nada duele y nadie le importa)*

*I will be there (Yo estaré ahí)*

*I will be. I will be there (Estaré. Estaré allí)*

Cuando entramos en Ashville, ya hemos cantado todo el CD. A mitad de camino, paramos a repostar y Alec me compró unas chocolatinas que he estado devorado sin parar.

—Niña, si sigues engullendo azúcar de esa manera, vas a enfermar. Me estoy arrepintiendo de haberte comprado las chocolatinas.

—Alec, apunta esto. Nunca te interpongas entre una mujer y su chocolate.

Sigue este consejo y te irá bien en la vida.

—Muy graciosa —Sonríe robándome una chocolatina y metiéndosela en la boca—. Tenemos que parar un momento en la tienda de suministros de la clínica veterinaria.

Asiento y un par de minutos después, Alec detiene el todo terreno frente a un edificio de hormigón con un gran cartel verde en la puerta que dice “Clínica veterinaria Ashville”

—Ve tú —digo cuando apaga el motor—, yo me quedo aquí con mis chocolates.

Alec sacude la cabeza dándome por imposible y me da un beso en los labios antes de abrir su puerta.

—No te los comas todos que después quiero llevarte a cenar y no vas a tener hambre.

—Sí, papá —contesto en tono aburrido.

Sale del coche y en poco más de veinte minutos regresa de nuevo. No puedo dejar de mirarle. Está guapísimo. Tengo que convencerle para que se corte el pelo, aunque pensándolo bien... Creo que si lo hace, echaré de menos su pelo largo.

—¿Has terminado de hacerme el repaso? —me pregunta entrando de nuevo en el todo terreno.

—Aún no, pero voy a posponerlo. Ahora tienes que llevarme a cenar.

—Antes vamos a registrarnos en el hotel. Después de cenar vamos al cine y llegaremos demasiado tarde para hacer el registro.

—¿Hotel? Creí que nos quedaríamos en una pensión o un motel.

—No. Hice una reserva esta mañana. No esperes nada lujoso. Es un hotel sencillo, pero según las fotos de la página web, tiene una enorme bañera.

—¿Cuándo las viste? En el rancho no hay internet.

—Me levanté temprano esta mañana y estuve en el pueblo. No pude dormir en toda la noche pensando en este viaje.

—¡Uy, qué mono! ¿Estabas nervioso, bebé? —le pregunto en tono de burla.

—Cállate, tonta—contesta sonriendo.

—A mí no me llames tonta, imbécil. ¿Nos vamos? Quiero ver esa enoorme bañera.

—A veces eres insufrible —susurra arrancando el motor.

—Y tú insoportable.

—Bruja.

—Capullo.

—Niña de papá.

—Chucho sarnoso.

El camino hacia el hotel es amenizado por nuestras risas e insultos cariñosos. Este es el tipo de relación que tenemos. No hemos cambiado nada. Alec sigue siendo mi mejor amigo y confidente, a pesar de nuestra relación de pareja.

## *Alec*

Nada más aparcar el todo terreno en el parking del hotel, me quito el cinturón y me abalanzo sobre Jo. Aprieto su cintura con mis dedos haciéndole cosquillas mientras ella ríe a carcajadas.

—¡Para Alec! Eso es un golpe bajo —grita entre risas

—Un golpe bajo es llamarme chucho sarnoso.

—Mi lobito se ha ofendido —susurra haciendo pucheritos y abrazando mi cuello.

—Eres insoportable —digo contra sus labios.

—Lo sé, pero me quieres.

—Cierto —Pego mi boca a la suya y la beso lentamente. Me encanta besarla. Su olor, su sabor... Podría besarla durante todo el día—. Vamos dentro. Se está haciendo tarde y no vamos a llegar al restaurante.

—¿Restaurante? Creí que me llevarías a un Burger o a una pizzería.

—¿Qué concepto tienes de mí, niña? Soy un caballero. No voy a llevarte a un Burger en nuestra primera cita.

—Verdad, es nuestra primera cita. ¿Eso significa que vas a besarme al acabar la noche?

—Pequeña, espero hacer mucho más que besarte.

Veo como Jo abre la boca sorprendida por mi descarro y aprovecho para salir del todoterreno, abro su puerta como todo un caballero y agarro su mano tirando de ella hacia la entrada del hotel.

—Hola, buenas tardes —nos saluda la recepcionista.

—Buenas tardes. Tengo una reserva a nombre de Carter Wolfheart.

—Espere un segundo por favor.

Mientras la chica se gira para buscar el registro en el ordenador, Jo me mira alzando una ceja.

—¿Carter Wolfheart? — me pregunta susurrando.

—Yo no tengo tarjeta de crédito. Tuve que pedirle la suya prestada a mi

hermano. No te preocupes, Carter no dirá nada.

—Eso espero.

—Muy bien. Su habitación es la veinticuatro. ¿Necesitan ayuda para llevar el equipaje?

—No es necesario. Muchas gracias.

Agarro la llave que me tiende y tiro de la mano de Jo hacia unas escaleras. Abro la puerta de nuestra habitación y me aparto para que ella pueda pasar. Dejo nuestras mochilas junto a la gran cama King Size que preside la habitación y miro a mi alrededor, es tal cual la vi en las fotos. Cama grande, con una mesita de noche a cada lado, un mueble frente a la cama con un televisor de treinta y dos pulgadas, un secreter a un lado y una puerta que supongo que lleva al baño.

—Vamos a ver esa bañera —dice Jo tirando de mí hacia el baño—. Tampoco es tan grande.

—Cabemos los dos perfectamente —susurro abrazándola por detrás.

—¿Tú crees? —me pregunta pegando su trasero a mi entrepierna.

—Eres un demonio. Vamos a cenar antes que cambie de idea.

Jo suelta una carcajada y salimos del hotel en dirección al restaurante.

Cenamos en un restaurante italiano, de esos con manteles a cuadros y velas sobre mesa. No paramos de reír y hacer bromas durante toda la cena. Es increíble lo cómodo que me siento con Jo en cualquier lugar. Solo somos nosotros dos.

Después de comer un enorme trozo de tarta de chocolate, de la que yo solo he probado una cucharada, salimos del restaurante y vamos al cine. La verdad es que nos costó muchísimo escoger una película. Yo quería ver una de acción y Jo una romántica, después de debatirlo durante más de media hora, acabamos viendo una comedia romántica de Ashton Kutcher que casi me obliga a sacarme mis propios ojos varias veces durante la sesión. Obviamente, si yo no podía disfrutar de la película, Jo tampoco lo haría, así que me pasé las casi dos horas que dura la película, distrayéndola con caricias y besos furtivos.

De camino de vuelta al hotel, los dos estábamos eufóricos, por primera vez podíamos caminar por la calle cogidos de la mano sin temer a nada ni a nadie. La cita fue perfecta y cuando llegamos al hotel mejoró mucho más. Nada más entrar en la habitación, dejé de reprimirme de una vez y me abalancé sobre ella, la besé con pasión arrancándole la ropa mientras ella hacía lo mismo con la mía, la tumbé sobre la cama y besé cada rincón de su

cuerpo mientras ella gemía de placer, y aquí estoy, a punto de hacer realidad lo que llevo soñando hace más de tres años.

—¿Estás segura de esto, pequeña? —pregunto besando su cuello—. Si quieres que pare, solo tienes que decirlo.

—Nunca he estado tan segura de nada en mi vida, Alec —contesta apartando un mechón de pelo de mi frente.

Estoy tumbado sobre ella en el centro de la gran cama, los dos estamos completamente desnudos y muy excitados. Mi corazón retumba contra mi pecho hasta el punto que resulta casi doloroso y gotas de sudor resbalan por mi espalda. Guio mi miembro a su hendidura con ayuda de mi mano y poco a poco voy adentrándome en su cavidad. Está caliente, húmeda y apretada a más no poder.

—Hazlo de una vez —gime ella con un punto de desesperación en su voz.

No la hago esperar más y con un golpe de caderas me introduzco totalmente en su interior. Jo suelta un grito agudo que queda ahogado por mis besos y cuando parece haber recuperado la compostura, empieza a moverse dándome permiso para hacer lo mismo. No consigo describir la sensación que me produce entrar y salir de su interior una y otra vez. Es tan placentero, tan... No creo que pueda aguantar mucho más esta dulce tortura.

—No pares, Alec —grita Jo arañando mi espalda.

Acelero mis movimientos hasta que siento como ella se tensa y llega al orgasmo gritando mi nombre. Finalmente puedo dejarme llevar yo también y me desplomo sobre ella intentando recuperar el aliento.

—Alec, no puedo respirar.

—Yo tampoco, pequeña —digo entrecortadamente, sonriendo como un bobo.

—No, me estás aplastando. No me dejas respirar.

Me aparto rápidamente rodando sobre el colchón y le miro.

—¿Estás bien?

—Ahora sí. Creí que iba a morir asfixiada —me contesta con una sonrisa—. Eso ha sido... Guau.

—Sí, guau —Los dos sonreímos como dos tontos y la abrazo hundiendo mi cara en su cuello y aspirando su aroma—. Te amo, pequeña.

—Y yo a ti, lobito —Pongo mis dedos en su cadera y aprieto haciéndole cosquillas—. Está bien, está bien, nada de lobito. Lobo, mi guapo y sexy lobo feroz.

—Así está mejor. Vamos.

—¿A dónde? —me pregunta confundida al ver que me levanto de la cama.

—Vamos a probar esa bañera.

## *Johanna*

El resto del fin de semana, lo pasamos encerrados en la habitación del hotel. Se supone que veníamos hasta aquí para pasear y poder caminar juntos por la calle, pero no hemos podido mantener nuestras manos alejadas uno del otro. Alec, ha ido varias veces a por provisiones para que no muriéramos de hambre y el resto del tiempo hemos estado viendo películas, hablando y haciendo el amor. Oh sí, ha habido mucho amor entre nosotros estos días. En la cama, en la bañera, en el suelo y en cualquier superficie que pudiese soportar nuestro peso.

Salgo de la ducha secándome el pelo con una toalla y se la lanzo a Alec a la cara. Esta sentado sobre la cama, vestido únicamente con un pantalón vaquero.

—Estoy hambrienta ¿Queda algo de comida?

—Mmmm... Creo que no.

—¿Y qué esperas para ir a comprar más? Tendremos que cenar algo ¿no?

—¿Desde cuando eres tan mandona? —me pregunta levantándose.

—Siempre lo he sido. Voy a aprovechar para llamar a mi tía Cam. Se supone que iba a llamarla todos los días y solo le avisé que habíamos llegado bien. Me extraña que no me haya llamado aún.

Cojo el teléfono móvil de la mesita de noche y compruebo que está apagado.

—¿Qué pasa? — pregunta Alec poniéndose una camiseta.

—Estoy sin batería. Déjame tu teléfono.

Rebusca entre su ropa y cuando encuentra su móvil, hace una mueca al mirar la pantalla.

—El mío también está muerto.

—¡Mierda! —Conecto rápidamente el cargador y en cuanto la pantalla se enciende, empiezan a sonar un montón de llamadas y mensajes de mi tía Cam —. Va a matarme.

Marco su número llevándome el teléfono a la oreja y al segundo tono escucho su voz al otro lado de la línea.

—¡¿Por qué demonios no cogías el teléfono, Johanna?!

—Lo siento, tía. Me quedé sin batería y...

—¡Tienes que salir de ahí ahora mismo!

—¿Qué? Espera... ¿Qué pasa, Cami?

—Tu padre lleva buscándote todo el día. Lo sabe, Jo. No sé cómo, pero se ha enterado que estás en Ashville con Alec. Ha estado llamando a todos los moteles, hoteles y pensiones.

—¡¿Qué?! ¡¿Cómo?!

Las piernas empiezan a fallarme y mis manos tiemblan sin control, siento las manos de Alec sobre mis hombros ayudándome a sentarme sobre la cama.

—No lo sé, cielo. Se presentó aquí en casa hecho una furia preguntando por ti. No me esperaba que fuese él así que cometí el error de abrir la puerta y...

—¡Dios Cam! —susurro notando como las lágrimas corren por mis mejillas.

Se acabó. El día que tanto temía, ha llegado.

—Eso no es lo peor, cariño. Tu padre estaba como loco al no saber de ti y... —Suspira poniéndome aún más nerviosa— fue al rancho Wolfheart.

—¿Qué? ¿Qué pasó, Cam? ¿Papá está bien?

—Sí, pero se peleó con Jack Wolfheart. Tuvieron una bronca muy fuerte y ahora los dos os están buscando. Tenéis que salir ahora mismo de ahí. No creo que tarden en llegar.

En ese mismo instante escuchamos unos golpes en la puerta. Intento decirle a Alec que no habrá, pero él ya lo está haciendo. Lo siguiente que veo es a Alec tirado en mitad de la habitación mientras mi padre le asesina con la mirada. Alec sacude la cabeza y lleva su mano a su mandíbula, allí donde el puño de mi padre ha impactado.

—¡Papá!

—¡Tú, cállate! No me puedo creer que hayas caído tan bajo. Yo no te crié para que estuvieses retozando en un hotel con un sinvergüenza —Alec se levanta de un salto y se sitúa entre mi padre y yo, tapándome con su cuerpo—. ¡Maldito hijo de perra! Apártate del medio antes que pierda el poco auto control que me queda y te muela a palos.

—Eso no va a pasar, señor —le contesta Alec apretando los puños a ambos lados de su cuerpo.

Mi padre da un paso amenazante hacia él cuando escuchamos una voz que proviene de la puerta.

—¡Callaghan! Ponle un solo dedo encima a mi hijo y te juro que...

—¿Qué?! ¿Qué vas a hacer, Wolfheart?! —Mi padre camina hacia Jack Wolfheart que entra en la habitación seguido de Carter y los dos se enfrentan hasta que sus caras quedan a pocos milímetros.

Alec da un paso adelante, pero le agarro por el brazo llorando desconsoladamente. Yo no quería esto.

—Papá, por favor. No lo hagas —susurro intentando hacerle entrar en razón.

—Hazle caso a tu hija, Callaghan. Vete a casa y dejemos esto por la paz.

—Tenías que hacerlo ¿verdad? Sabía que tarde o temprano lo harías, pero... ¿Mi hija? ¿Tenías que pagarlo con mi hija? Eso es un golpe bajo incluso para ti.

—¿Golpe bajo? —contesta Jack agarrándole por el cuello de la camisa—. ¿Quieres hablar tú de golpes bajos? Eres el ser más rastrero que conozco. Tú y toda tu maldita familia, sois unos malditos desgraciados.

—¿Es mi hija! ¡Mandaste a tu hijo a seducir a mi hija por venganza! ¿Yo soy el rastrero?

Miro a Alec y él me devuelve la mirada sorprendido. Estoy segura que no sabe de qué demonios están hablando nuestros padres.

—Señor Callaghan. No sé lo que usted piensa que está pasando, pero yo no he sido mandado por nadie para seducir a su hija. Yo la quiero y...

No sé cómo, mi padre consigue zafarse del agarre de Jack y se abalanza contra Alec. Le agarra del cuello y le golpea dos veces con el puño en el estómago. Carter agarra a mi padre que intenta revolverse y veo como Alec se incorpora mirando a mi padre con rabia. Le conozco y sé que está a punto de explotar. Veo sus puños apretados y el hueso de su mandíbula a punto de estallar y no me lo pienso, antes de que pueda dar un paso, me pongo frente a él y le detengo poniendo mis manos sobre su pecho.

—¿Alec! No lo hagas. Por favor. Mírame, Alec —Su mirada se pierde sobre mi hombro. Sé que está mirando a mi padre y como no lo detenga, va a acabar dándole una paliza—. Alec, por favor.

—¡Aléjate de él, Johanna!

—¡Cállate, papá! —Pongo las palmas de mis manos sobre las mejillas de Alec y fuerzo su cabeza dirigiéndola hacia mí—. Mírame, Alec. Soy yo amor. Por favor, no lo hagas.

De pronto me mira y su mirada se suaviza, asiente dando un paso hacia atrás y siento como alguien me agarra de brazo y tira de mí.

—¡Nos vamos! —grita mi padre zarandeándome.

Alec intenta acercarse a nosotros, pero su hermano se interpone y lo agarra para detener su avance.

—¡No la toques! —brama Alec empujando a su hermano.

Mi padre tira de mí y veo como Jack Wolfheart se acerca a sus hijos para ayudar a Carter a sujetar a su hermano.

—Lárgate de aquí, Callaghan. Como suelte a mi hijo, te destrozará, y yo no haré nada para evitarlo.

—Esto no va a quedar así, Wolfheart. Voy a acabar contigo, aunque sea lo último que haga— le contesta mi padre saliendo de la habitación y arrastrándome tras él.

Intento mirar a Alec, pero no puedo. Mi padre me arrastra por todo el hotel hasta que llegamos a su vieja camioneta. Me mete prácticamente a la fuerza en el asiento del acompañante mientras lloro desconsoladamente. No puedo hacer otra cosa. Todo se ha venido abajo. Sabía que esto iba a suceder, pero creí que tendría más tiempo. Creí que podría hacer más.

—¿En qué demonios estabas pensando, Johanna?! ¿Un Wolfheart? Me has mentado, me has engañado y todo para estar con ese malnacido.

—¡No es ningún malnacido! Tú no lo conoces, papá. Es un buen hombre.

—¡Es un puto Wolfheart!

Las ruedas del coche chirrían cuando da una curva a demasiada velocidad y tengo que sujetarme al salpicadero.

—Le quiero —susurro cerrando los ojos.

—¿Qué?! ¿Qué has dicho?!

—¿He dicho que le quiero?! —grito mirándole con rabia—. ¡Le quiero, papá! Así revientes de disgusto, no puedo cambiarlo. ¡Le quiero!

Mi cuerpo se sacude cuando el coche se detiene de golpe a un lado de la carretera. Mi padre aprieta el volante con fuerza respirando agitadamente.

—Tú no sabes lo que quieres. Eres una niña —Me mira y veo las lágrimas acumuladas en sus ojos—. Te ha utilizado, cariño. Todo es culpa mía. Ese cabrón te está usando para hacerme daño.

—No, papá. Alec no es así, él...

—No quiero volver a escucharte hablar de ningún Wolfheart. Y escúchame bien, tienes terminantemente prohibido volver a verle.

—No puedes hacer eso.

—Por supuesto que puedo. Eres menor de edad, puedo hacer lo que vea conveniente para ti, y te juro que como me desobedezcas, te mandaré lejos. Irás a un internado.

—No, no serías capaz de hacer algo así —susurro mirándole a los ojos mientras las lágrimas corren en cascada por mis mejillas.

—No quiero hacerlo, mi vida. De verdad que no, pero lo haré si no me dejas otra opción.

Papá vuelve a arrancar el coche y yo me encojo en mi asiento abrazándome a mí misma mientras lloro desconsoladamente. Toco el colgante de diente de lobo que me regaló Alec por mi cumpleaños y me limpio las lágrimas de un manotazo. Lucharé por él hasta mi último aliento. Huiremos juntos si es necesarios, pero no voy a permitir que nos separen.

Está claro que ya has decidido a qué lobo alimentar

*Alec*

Una semana. Hace siete malditos días que no veo a Johanna. He intentado contactar con ella a través de Chris, pero él tampoco la ha visto. Dice que la tienen encerrada en su casa y no la dejan salir. He ido a ver a Cami y me ha aconsejado que deje pasar algo de tiempo, que las aguas vuelvan a su cauce. A ella tampoco le permiten ver a su sobrina. Yo por mi parte, no he vuelto a hablar con mi padre desde el día del incidente en el hotel. Tuvimos una enorme discusión. Habíamos discutido antes, especialmente por culpa de Carter. Mi padre siempre ha sido muy duro con él y cada vez que yo salía en su defensa, acabábamos discutiendo. Pero nunca nada parecido a esto. Ahora ni siquiera nos miramos. Le dejé bien claro que no voy a renunciar a Johanna y él me dijo que si esa era mi decisión, yo dejaba de ser hijo suyo. Esas palabras me han dolido más de lo nunca admitiré.

Tiro otra piedra hacia la poza viendo como rebota una y otra vez en el agua. A esto se resume mi vida ahora. Ya no trabajo en el rancho. Me paso todo el maldito día en este lugar, sentado bajo nuestro árbol esperando a que ella venga.

Escucho un ruido a la salida de la cueva y me levanto de un salto.

—¿Jo?

—Soy yo —me contesta Chris haciendo una mueca.

—Hey, hola. ¿Has podido hablar con ella? ¿La has visto?

Chris niega con la cabeza.

—Lo he intentado, hermano. Mi madre dice que ella está bien. Está triste, pero bien. Las cosas se están calmando poco a poco en la casa Callaghan.

—Necesito verla, Chris. Me estoy volviendo loco sin saber nada de ella.

—Para eso he venido, para que sepas algo. Tienes que tener paciencia, colega. Verás cómo pronto la dejan salir.

—Voy a ir a su casa. Hablaré con su padre. Tiene que entender que yo la quiero. Me da igual los problemas que tenga con mi padre, Johanna y yo no tenemos nada que ver en eso.

—No. Vas a empeorar la situación. Hazle caso a Cam y no hagas nada.

—¿Podrías darle una carta a tu madre para que se la entregue?

—Vamos, hermano. No me hagas esto. Una cosa es que me tengáis a mí de recadero entre los dos. Llevo años haciéndolo, pero mi madre... Ella podría perder su trabajo.

—Por favor, Chris. Sabes que no te pediría esto si no fuese importante. Eres mi amigo, mi único amigo. Te lo suplico.

Chris resopla y asiente con la cabeza.

—Está bien, cuando la tengas...—Saco el papel arrugado de mi bolsillo trasero y se lo tiendo—. Ya sabías que iba a acceder ¿verdad?

—Eres un buen hombre y un buen amigo, Chris.

—Y tú un pelota. Le haré llegar esta carta. Tú no hagas ninguna tontería ¿vale?

Asiento y Chris se despide de mí con la mano antes de marcharse. Voy a esperar a que lea la carta y si las cosas no salen como espero que salgan, no dudaré en presentarme en casa de los Callaghan. No voy a dejar que su padre la aleje de mí por culpa de una estúpida guerra.

Un par de horas después, empieza a anochecer así que decido marcharme a casa. Toda mi familia está enterada de lo sucedido y la verdad es que tanto Nadia como Carter se están comportando como dos hermanos modelo. Intentan animarme y sé que Carter ha discutido varias veces con mi padre recriminándole su actitud hacia mí. Mi madre no se ha pronunciado. Sé que esta es una situación muy difícil para ella, está dividida entre su marido y su hijo, y no la culpo si decide ponerse de su parte. Es el hombre al que ama. Yo iría contra cualquiera para defender a Jo, incluso contra mi propia familia.

A mitad de camino, empieza a llover con fuerza así que clavo los talones en la parte trasera de mi caballo y cabalgo a toda velocidad. Voy directamente al establo, pero al llegar a la puerta, enseguida me doy cuenta que algo no va bien. Barry está parado frente al establo rodeado de varios peones y parece muy preocupado.

Me bajo de un salto del caballo y camino hacia él que en cuanto me ve, agacha la mirada.

—¿Qué está pasando, Barry? ¿Qué es todo este revuelo?

—Alec, hijo. Ha sucedido algo. Yo...

—¿Qué pasa, viejo?! Me estás asustando.

Barry se queda callado y mira de reojo hacia el interior del establo. Camino hacia la entrada, pero me corta el paso.

—¡No! No entres ahí, muchacho. Hazme caso —Me sujeta por los brazos, pero me revuelvo zafándome de su agarre y corro hacia el interior del establo.

La imagen que se presenta ante mí, me deja totalmente paralizado. Mi padre está tirado en el suelo sobre un enorme charco de sangre. Tiene la cara girada hacia un lado y los ojos abiertos.

—¿Papá? —susurro acercándome a él. Me agacho a su lado y toco su cara. Está helado. Está... Está muerto—. ¡No! ¡Papá! Mírame papá.

Lo abrazo mientras las lágrimas corren por mis mejillas. Está muerto. Mi padre está muerto.

## *Johanna*

Miro una vez más hacia el jardín. No es que tenga nada mejor que hacer. Llevo mirando por la ventana de mi habitación ocho puñeteros días. Eso es lo que tienen los castigos, son aburridísimos. No puedo salir de casa hasta nueva orden. Mi padre ha puesto a Nala como perro guardián y no quiero meterla en problemas, pero es que extraño tanto a Alec... No sé cómo está y si tuvo problemas con su familia después de lo que pasó en el hotel. No he sabido nada de él desde entonces.

—Buenos días, cielo. Sabía que no bajarías a desayunar así que te he traído el desayuno.

—No tengo hambre, nana —susurro volviendo a mirar por la ventana mientras acaricio mi colgante.

—Johanna, no puedes seguir así. Casi no comes, ni duermes.

—Estoy bien, nana. Solo estoy preocupada por Alec. Le echo mucho de menos.

—Ay, niña. Sabía que tarde o temprano toda esta situación acabaría explotándoos en la cara. No sé si estoy haciendo bien, pero no puedo verte así.

—¿De qué hablas?

—Toma —dice tendiéndome un papel arrugado—. Chris me dio esto anoche para ti. Es de Alec.

Me levanto de un salto y agarro el papel desdoblándolo a toda velocidad.

*Hola Pequeña:*

*Espero que esta carta te llegue. Ya sabes que yo no soy muy bueno con las palabras, pero necesitaba hablar contigo. Chris me ha contado que estás castigada y no te dejan salir de casa. He hablado con Cami, ella también está preocupada por ti. Me aconsejó que no intentara contactarte contigo y que dejara pasar algo de tiempo, pero ya me conoces, la paciencia no es una de mis virtudes.*

*No sé si realmente creíste lo que dijo tu padre, eso de que yo solo te estaba utilizando siguiendo las órdenes de mi viejo. Sí es así, no me conoces en absoluto. Sería incapaz de hacer algo semejante, y menos a ti. Te amo, pequeña. Te amo más que a nada en el mundo y no puedo esperar a que nuestros padres recapaciten y decidan dejar esta guerra a un lado. Por eso quiero hacerte esta propuesta. Sé que te va a parecer una locura, a mí también me lo parece, pero no encuentro otra solución.*

*Fuguémonos juntos. Vayámonos lejos de aquí, solos tú y yo. Estoy siendo un inmaduro y un irresponsable, pero me da absolutamente igual. Yo puedo buscar trabajo en cualquier rancho y podemos salir adelante con eso. Después ya veremos que hacer, pero lo importante es estar juntos y solo lo conseguiremos si salimos de este lugar.*

*No voy a intentar convencerte. Entendería que te negaras a dejar tu casa y tu familia. Yo siempre estaré aquí esperándote. Cuando puedas o quieras, solo tienes que venir a nuestro lugar, a nuestra poza. Yo voy allí cada día con la esperanza que aparezcas.*

*Te amo*

*Alec Wolfheart*

Cuando termino de leer, me doy cuenta que tengo las mejillas húmedas. No me había dado cuenta de que estaba llorando. ¿Huir juntos? ¿Funcionaría? ¡¿Qué mierda?! Me da igual si funciona o no. Quiero estar con Alec y si está es la solución, que así sea.

—¿Todo bien, cielo?

—Sí, nana. Todo perfecto— le contesto limpiándome las lágrimas y guardando la carta mi bolsillo. No voy a decirle nada, ni ella ni a nadie —. ¿Sabes qué? Sí que voy a desayunar.

—Bien, empieza a comer. Yo voy a...

Nala se interrumpe al escuchar como la puerta de mi habitación se abre. Es Chris. ¿Qué hace aquí? Se supone que no puede venir a verme.

—¿Chris, qué haces aquí?

—Lo siento, mamá. Tenía que venir. Esto es demasiado importante como para que ella no lo sepa.

—¿De qué hablas, muchacho?

—¿Qué pasa, Chris? —pregunto acercándome a él. Su cara no augura nada bueno—. ¿Qué es lo que tengo que saber?

—Ha pasado algo.

—¿Es Alec?

—No. Es su padre. Jack Wolfheart ha muerto. Anoche lo encontraron en el establo con un disparo en el pecho. Alguien lo ha asesinado.

## Alec

*Cuando tenía once años, mi padre me llevó al bosque. Nos adentramos en lo más profundo. Recuerdo que me dolían los pies y las ramas me arañaban los brazos, pero mi padre no se detuvo, y cuando estaba a punto de anochecer se paró y se sentó sobre un árbol caído.*

—¿Qué hacemos aquí, papá?

—Ha llegado el día en el que vas a convertirte en un hombre —me contestó. Me senté a su lado intentando descansar un rato y le miré sin entender lo que quería decir—. Esto que vamos a hacer es un ritual de nuestros antepasados Cherokee. Ha llegado el momento de que tú demuestres que has dejado de ser un niño y eres un hombre valiente.

—Yo soy valiente —le dije hinchando el pecho y alzando la barbilla.

*Mi padre me sonrió y puso una mano sobre mi cabeza.*

—Lo sé, hijo. Eres muy valiente y ha llegado el día en que vas a demostrarlo —Sacó un pañuelo negro de su bolsillo y me tapó los ojos con él.

—¿Para qué es esto, papá?

—Esto es para privarte de la visión. Esta noche tienes que utilizar tus otros sentidos. Tienes que fundirte con la naturaleza y abrazar tus orígenes. Escúchame bien, Alec. Yo me voy a ir y voy a dejarte aquí.

—¿Cuánto tiempo? —pregunté intentando ocultar el pánico que sentía en ese momento al saber que iba a quedarme solo en ese inhóspito lugar.

—Toda la noche. Tienes que quedarte aquí quieto y no puedes quitarte la venda de los ojos. Por la mañana vendré a buscarte. Hazme caso, hijo. No salgas de aquí por ningún motivo. Podrías perderte en el bosque y no lograría encontrarte. Cuando salga el sol podrás quitarte la venda y habrás

*demostrado que ya eres un hombre. Un valiente Cherokee, un gran guerrero, un lobo.*

*Escuché los pasos de mi padre alejándose y poco a poco la noche fue cayendo. No recuerdo haber estado nunca tan asustado. Escuchaba los ruidos de los animales nocturnos, el roce de las ramas contra los árboles, el viento moviendo la tierra bajo mis pies. Todos esos ruidos me asustaban, pero con el pasar de las horas empecé a identificarlos y me tranquilicé. Cuando me di cuenta, estaba disfrutando de esos sonidos, ya no los temía. Cuando escuché cantar a los primeros pájaros de la mañana, no me destapé los ojos. Solo sonreí y me tumbé sobre el tronco disfrutando del calor que el sol me proporcionaba. No tenía miedo. Sabía que mi padre no tardaría en venir a buscarme. Confiaba en él ciegamente y estaba seguro de que nunca me abandonaría en ese lugar. Tras un largo rato, escuché una risa. Me quité la venda y mi padre estaba sentado a mi lado.*

*—Buenos días, hijo. Creí que nunca ibas a destaparte los ojos.*

*—¿Cuánto tiempo llevas aquí, papá?*

*—Nunca me fui.*

*—Alec. Alec, hijo —escucho la voz de mi madre llamando mi nombre y sacándome de mis recuerdos—, ¿Estás bien, cariño?*

Asiento y clavo la vista en el ataúd de mi padre. Estamos en el cementerio y la lluvia está amenazando con caer desde que salimos de la iglesia. Mi hermana Nadia llora abrazada a Carter. Le miro y asiento. Esta mañana tuvimos una conversación no muy agradable. Mi querido hermano se pasó toda la noche bebiendo en La Casa de Muñecas y esta mañana era una piltrafa humana. Se negaba a venir al funeral. No le culpo. Supongo que cada uno asimila el duelo a su manera. A mí me encantaría seguir su ejemplo y emborracharme hasta perder el conocimiento, me encantaría no tener que ver a mi hermana llorando desconsoladamente, a mi hermano auto destruyéndose y a mi madre destrozada. Me encantaría no tener que ver a mi familia hacerse pedazos.

Respiro profundamente y aprieto la mano de mi madre. Ella apoya la cabeza en mi hombro mientras vemos como bajan a mi padre al que será su sepulcro para siempre. La lluvia empieza a caer con fuerza mientras cubren con tierra su ataúd. Quiero llorar, necesito llorar, pero no puedo. Tengo que ser fuerte por mi madre y por mi hermana, ya que no me creo que Carter se mantenga sobrio durante mucho más tiempo. Me limpio las gotas de lluvia que gotean de mi cabello tapándome la visión y clavo mí mirada más allá de

toda la gente que está reunida frente a la tumba de mi padre presentando sus respetos. Es él.

Suelto la mano de mi madre y camino a largas zancadas hacia el que estoy seguro es el asesino de mi padre. Escucho los gritos de mi madre a mi espalda y pasos siguiéndome, pero no me detengo. Corro hasta que estoy frente a Mathew Callaghan. El primer golpe no lo ve venir, un puñetazo directo a su mandíbula que lo tumba.

—¡Levántate maldito hijo de puta! —grito agarrándole de la chaqueta y poniéndolo en pie. Vuelvo a golpearlo esta vez en las costillas y siento como tiran de mí—. ¡Soltadme! ¡Voy a matar a este desgraciado!

—Muchacho, voy a dejártelo pasar porque entiendo tu duelo —me dice él tras escupir sangre. Le he roto el labio. Bien.

—¿Entiendes mi duelo? ¡Tú le has matado! Dijiste que acabarías con él. ¡Has matado a mi padre! ¡Eres un puto asesino!

—Eso no es verdad. Yo no lo hice. He hablado con la policía y...

—¡Me importa una mierda la policía! —bramo sacudiéndome y zafándome del agarre de los brazos que me inmovilizan—. Tú mereces algo mucho peor que la cárcel. Has destrozado mi familia.

—¿Piensas matarme? ¿Es eso lo que quieres? ¡Adelante! ¿Crees que eso va hacerte sentir mejor?

—No. No voy a matarte —digo apretando la mandíbula—. Eso sería poco castigo para ti. Aquí, delante de la tumba de mi padre. Te juro, Mathew Callaghan que no voy a descansar hasta verte totalmente destruido. Solo me sentiré satisfecho cuando te vea humillado y en la miseria.

Le miro con más odio del que nunca creí que podría llegar a sentir y él asiente.

—Entonces, creo que la guerra entre los Callaghan y los Wolfheart ha vuelto a resurgir.

Da media vuelta y se pierde por el cementerio dejándome con más rabia de la que puedo manejar en mi interior. Las lágrimas me escuecen los ojos y todo mi cuerpo es víctima de violentos temblores.

—Alec —Me saca la mano de mi hermano de encima con un manotazo y empiezo a correr sin rumbo fijo. Solo quiero escapar.

Corro sin parar durante lo que me parecen horas, hasta que llego al borde del río que divide mis tierras de las de los Callaghan. Sí, mis tierras. Eso es lo que son ahora que mi padre ya no está. ¡Mierda, papá! Daría cualquier cosa por volverle a ver, por poder hablar con él al menos una vez más, por decirle

que le quiero. Las últimas palabras que me dijo fueron que yo ya no era su hijo.

—¡Mierda! ¡Joder! —grito pateando el tronco de un árbol.

Escucho un crujido al otro lado del río y me quedo paralizado mirando hacia esos ojos negros.

—Kitchi —susurro caminando lentamente hacia el borde del río.

Llueve a mares. Estoy completamente empapado, pero no me importa lo más mínimo. Por alguna extraña razón, mis ojos se quedan clavados en los del hermoso caballo salvaje que tengo frente a mí. No se mueve. Solo me mira fijamente. Todos quieren ser poseedores de tan enorme belleza, especialmente Mathew Callaghan. Lleva media vida intentando pillar a este animal. Este va a ser mi primer logro. Voy a arrebatárselo todo lo que quiere, empezando por este caballo.

Aparto mis ojos de los suyos y me muevo lentamente hacia un árbol cercano. Allí, junto a unos matorrales, encuentro lo que busco, una cuerda que suelo utilizar para cruzar el río sin tener que meterme en el agua. Caminando casi de puntillas, lanzo la cuerda enredándola en una rama cercana y como he hecho tantas veces, la uso a modo de liana. Aterrizo con suavidad en la otra orilla y desenredo la cuerda. Kitchi me mira de reojo y da un paso hacia atrás asustado por mi cercanía.

—Shhh. Tranquilo muchacho. No voy a hacerte daño.

Ato un extremo de la cuerda a un árbol cercano y hago una soga con un nudo corredero en el otro extremo, así como me enseñó mi padre. Doy un paso más hacia él, levanto la cuerda y la agito en círculos en el aire antes de lanzarla. La cuerda aterriza alrededor de su cuello limpiamente. Al sentirla, Kitchi se asusta y he intenta huir, pero el extremo que está amarrado al árbol se lo impide. Ya es mío. Me acerco él con cuidado y tras unos minutos, consigo acariciar su lomo. Su pelaje es suave y de un negro brillante. Necesito que se acostumbre a la cuerda antes de intentar desatarlo, así que me siento junto al río viendo como lucha contra su cautiverio con todas sus fuerzas.

Un par de hora después, Kitchi parece haberse dado por vencido. Ya no se resiste a la cuerda y ha vuelto al río a beber agua. Supongo que estará sediento después de su esfuerzo. Mi mirada no se ha apartado de la entrada a la cueva que lleva a la poza. No sé si alguna vez podré volver allí. ¿Para qué? Ahora ya no... Johanna ya no está allí y aunque estuviese... yo no puedo... Resoplo levantándome y caminando hacia la cueva. No sé qué es lo que busco ni lo que pretendo encontrar, y la verdad es que ni siquiera quiero

pensar en ello. Solo me dejo llevar por un impulso, un instinto o lo que sea que estoy sintiendo, y entro en la cueva.

## *Johanna*

Aún no sé cómo he sido capaz de escaparme de casa. Le supliqué a mi padre que me dejara ir al entierro, pero él se negó y no hubo forma humana de hacerle cambiar de idea. Sé que la policía ha hablado con él respecto al asesinato del padre de Alec. Estoy segura que no ha sido mi padre quien lo ha matado. Él sería incapaz de hacer algo así, por mucho que odiara a Jack Wolfheart, no es un asesino.

Tiro de las riendas de Tormenta al acercarme al río y entrecierro los ojos al ver un precioso caballo atado a un árbol. Es Kitchi, el caballo salvaje que todos los ganaderos de la zona están deseando echar el guante. Me bajo de tormenta atándola a una rama cercana y camino lentamente hacia el hermoso caballo. Está muy nervioso y tira de la cuerda intentando liberarse. ¿Quién habrá sido el inconsciente que lo ha dejado atado a un árbol? Esa no es la forma de domar a un caballo salvaje. Como dirían por aquí, solo los cobardes hacen algo así. Se toman muy en serio lo de domarlos a mano, además que atándolo a un árbol, puede hacerse mucho daño, incluso asfixiarse con la cuerda. Me acerco un poco más y al mirar la soga, me doy cuenta que es la misma que utiliza Alec para cruzar el río. Pero... El nunca haría algo así. Eso no es propio de Alec.

Paso junto al animal sin asustarlo más de lo que ya está y me acerco a la roca que lleva a la poza, cruzo la cueva y al mirar hacia nuestro árbol sonrío. Alec está sentado en la hierba con la espalda apoyada en el tronco.

—Alec —Levanta la cabeza y entrecierra los ojos al verme.

—¿Qué haces aquí, Johanna?

—He recibido tu carta —le contesto acercándome a él—. Siento lo de tu padre, cariño. Quise ir al funeral, pero mi padre no me dejó salir.

Nada más mencionar a mi padre, su gesto cambia. Aprieta los dientes endureciendo su mandíbula y se levanta de un salto.

—Él sí que estaba allí —murmura abriendo y cerrando los puños.

—¿Qué? ¿Mi padre fue al funeral?

—Al entierro. El asesino que tienes por padre, tuvo el descaro de presentarse en el cementerio.

—¿Asesino? Alec, tú no creerás que mi padre...

—Tu padre ¡¿Qué?! —brama girándose hacia mí—. Mathew Callaghan

es un maldito asesino y pagará por lo que ha hecho. De eso me encargaré yo personalmente.

Le miro y no reconozco al hombre que tengo frente a mí. Alec no es así. Toda esa rabia y furia que emanan de él... ¿Qué le está pasando? Me acerco a él e intento tocarle la cara, pero se aparta de mí bruscamente.

—¿Qué te pasa, Alec? Entiendo que estés triste por la muerte de tu padre y que estés cabreado, pero no puedes pensar que ha sido mi padre el culpable. La policía le interrogó y...

—¡Me importa una puta mierda lo que diga la policía! Yo sé que fue él.

—Alec, mírate. Este no eres tú. Tú no eres así. Te estás dejando llevar por la rabia y el rencor y eso va a destruirte.

Se gira hacia mí y lo que veo en sus ojos me deja paralizada.

—Yo ya estoy destruido. Mi familia está destruida.

—No digas eso, cariño —Agarro su cara y tiro de su cuello hacia abajo pegando su frente a la mía—. No estás destruido. Vas a salir de esta y tu familia también, cuidarás de ellos y después tú y yo nos iremos juntos de aquí.

Alec agarra mis muñecas y las aparta de su cara negando con la cabeza.

—Eso no va a pasar. No voy a irme a ningún lado, y menos aún con la hija del asesino de mi padre —Sus palabras me dejan sin aliento. Un dolor agudo se expande en mi pecho y tengo que hacer verdaderos esfuerzos por retener las lágrimas—. Se acabó, Johanna —dice dándome la espalda.

—¿Me estás dejando? —susurro notando como las lágrimas cubren mis mejillas—. Alec, contéstame —No se gira ni me habla—. ¡Alec! ¡Maldita sea! ¡Si vas a dejarme al menos ten la decencia de mirarme a la puñetera cara cuando lo haces! —exploto dejando que el llanto se apodere de mí.

Alec se gira hacia mí y clava sus ojos en los míos.

—No quiero hacerte daño, Jo.

—Pues te está luciendo. No tienes ni idea del daño que me estás haciendo.

—Eso es lo que pretendo evitar —susurra poniendo una mano sobre mi mejilla y limpiando mis lágrimas—. Vete de aquí. Vete lejos, cuanto más lejos puedas.

—¿Qué?

—Voy a acabar con tu familia igual que tu padre ha acabado con la mía. No descansaré hasta que vea a tu padre hundido en la miseria y si tú estás cerca... No quiero hacerte sufrir, pero sé que lo haré si no te vas. Tú eres el

jodido talón de Aquiles de Mathew Callaghan y no estoy seguro de poder resistirme a úsarlo en su contra.

—Tú nunca me harías daño —susurro agarrando su mano.

—Lo haré. Lo haré si te quedas. En realidad, ya lo estoy haciendo — Suelta mi cara y da un paso hacia atrás—. Vete Johanna. Lárgate de aquí y no vuelvas.

—No hagas esto, Alec —Agarro su brazo y busco sus ojos implorándole con la mirada que no me deje—. Te lo suplico, no me dejes. Piensa bien lo que estás haciendo.

—Vete Johanna —dice apartando mi mano.

—Alec, por favor —insisto llorando desconsoladamente.

—¡HE DICHO QUE TE LARGUES! ¡Deja de suplicar de una maldita vez! Deja de arrastrarte y márchate antes de que pierda la paciencia contigo.

Su grito me descoloca y enfurece a partes iguales. Me duele, me duele el pecho por sus palabras y su rechazo, pero tiene razón, me estoy arrastrando, me estoy humillando.

Me limpio las lágrimas de un manotazo y me acerco a él clavando un dedo un su pecho.

—Vas a arrepentirte de esto, Alec Wolfheart. Algún día te darás cuenta de lo que acabas de perder y no te va a llegar una vida para lamentarlo.

Alec me mira a los ojos suavizando su gesto y veo que él también está conteniendo el llanto.

—Solo vete, Johanna. No hagas las cosas más difíciles.

—Lo haré. No te preocupes que no volveré a molestarte y te aseguro que nunca más me arrastraré ante ti —Pongo mi mano sobre su pecho con la palma abierta justo encima de su corazón—. Está claro que ya has decidido a que lobo alimentar.

## *Alec*

La veo marcharse corriendo y soy incapaz de retener las lágrimas. Empiezo a llorar como un niño pequeño. La presión que sentía en mi pecho aumenta dejándome sin respiración y caigo de rodillas completamente derrotado. La he perdido. He perdido lo único puro y verdadero que tenía en mi vida. He perdido a mi pequeña para siempre y todo por culpa de ese desgraciado.

—¡TE ODIÓ! ¡TE ODIÓ MATHEW CALLAGHAN! —grito golpeando la tierra mojada con mis puños.

Me tumbo en el suelo mientras una nueva oleada de lluvia cae sobre mí empapándome aún más de lo que ya estaba, pero me da igual. Si antes pensaba que estaba destrozado, ahora sé que ya no hay vuelta atrás. Este soy yo, el nuevo Ale Wolfheart. El lobo negro que hay en mí ha ganado y ya solo queda rabia y dolor en mi interior.

No sé cuánto tiempo he pasado tirado en el suelo, pero ya ha anochecido. Creo que incluso he llegado a quedarme dormido. Me levanto temblando de frío y camino renqueando hacia la salida de la poza. No puedo evitar mirar hacia atrás y admirar el lugar. Nuestro lugar, el sitio donde ella y yo nos encontramos cada día. El lugar donde pensé que jugarían nuestros hijos cuando formáramos una familia. Ahora todo eso se ha perdido, ya no está y nunca volverá.

## *Johanna*

Llevo varias horas encerrada en el establo. No puedo dejar de llorar. ¿Por qué lo ha hecho? ¿Por qué ha dejado que el lobo negro gane al blanco? Nunca lo entenderé.

—¿Johanna? —escucho la voz de mi padre y le miro limpiándome las lágrimas—. ¿Se puede saber qué demonios haces aquí?! Te he estado buscando por todas partes. Te juro que si vuelves a escaparte, te mandaré a ese internado y...

—Hazlo —digo levantando la cabeza.

Mi padre se da cuenta que estoy llorando y su cara que antes era de cabreo, cambia a un gesto de preocupación.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Hija, estás empapada —me dice agarrando mis brazos y frotándolos para que entre en calor.

—Sácame de aquí, papá. No quiero seguir viviendo en este lugar. Quiero irme lejos, por favor.

Al ver el estado en el que me encuentro, papá me abraza contra su pecho frotando mi espalda y besando mi pelo con cariño.

—Lo haré. No te preocupes, mañana mismo te irás a donde tú quieras. Tranquila cariño, no dejaré que nadie te haga daño.

Sollozo contra su pecho hasta que siento como mis fuerzas me abandonan. Lo haré, me iré lejos de Black Mountain y no permitiré que Alec vuelva a destrozarme. Le olvidaré y le sacaré de mi corazón aunque sea lo último que haga, pero nunca más volverá a pisotearme.

## Búscate un ranchero cañón y haz algunas locuras

*Johanna*

El teléfono empieza a sonar en mi mesa por tercera vez en cinco minutos.

—¿No piensas cogerlo? —me pregunta Jason mirando mi móvil de reojo.

—Es mi tía. Después le devuelvo la llamada. Probablemente quiera saber a qué hora saldré mañana de aquí.

—¿Y a qué hora saldrás?

Levanto la cabeza de los papeles y le veo sonriéndome. Jason es un tío genial, llevamos dos años trabajando juntos en este estudio y si algo tengo seguro es que le voy a echar muchísimo de menos cuando vuelva a casa.

—Muy temprano. No quiero ni pensar en lo mucho que voy a tener que madrugar.

Suelta una carcajada y se sienta sobre el borde de mi mesa con esa pose sexy suya. Es un hombre muy guapo. Rubio y con unos preciosos ojos verdes. Aun no entiendo por qué no funcionó lo nuestro. Supongo que sencillamente no estábamos hechos el uno para el otro. Lo pasábamos muy bien juntos, pero no había esa chispa. Por suerte pudimos conservar nuestra amistad, de no ser así lo hubiésemos pasado mal ya que tenemos que trabajar juntos cada día.

—Tú nunca has sido de madrugar. Siempre te despiertas de mal humor.

Le miro alzando una ceja y sonrío.

—Hace más de un año que no me ves despertar. La gente cambia, puede que ahora me despierte poseída por el espíritu de campanilla cada mañana — digo arrancándole una nueva carcajada.

—Lo dudo —Hace una pausa y me mira—. ¿Volverás? Te vamos a echar de menos por aquí. Según tengo entendido, Megan te ha organizado una macro fiesta de despedida.

—Lo sé. Supongo que también te habrá invitado.

—Así es, pero no has contestado a mi pregunta. ¿Volverás?

Me levanto del sillón y le miro cruzándome de brazos.

—Jason, no me voy al otro lado del mundo. Hay menos de doscientos kilómetros entre Charlotte y Black Mountain. Voy a venir a visitaros y vosotros también podéis venir a verme cuando queráis. Es más, habla con Meg, ya está organizando un viaje y aún no me he ido.

—No sé ¿Tengo pinta de encajar en un rancho?

Le miro de arriba abajo y suelto una carcajada. Jason no tiene para nada

pinta de ranchero. Le gusta vestir de marca y siempre va impoluto. Nunca lo he visto despeinado, ni siquiera cuando salíamos juntos. Lo que él llama ropa de andar por casa, son prendas que cuestan más de lo que yo gano en seis meses trabajando en la clínica, pero eso es a lo que está acostumbrado. Ser el hijo de uno de los científicos más prestigiosos del país tiene sus ventajas.

—La verdad es que no te pegarían los vaqueros y las botas de montar — contesto recogiendo mis cosas y ordenándolas en una caja—. Voy a echar de menos este lugar. Han sido dos años encerrada aquí.

—Pero lo hemos conseguido. Finalmente la proteína puede ser comercializada y eso supondrá una mejora en la vida de los ganaderos.

Asiento. Eso es en lo que he estado centrada los dos últimos años desde que acabé la carrera. Mientras hacía las prácticas en la clínica veterinaria en la que he trabajado hasta hoy, me enteré que una empresa privada estaba realizando un estudio sobre una proteína que ayudaría al crecimiento acelerado del ganado Bovino, algo totalmente natural y sin ningún riesgo para los animales, ya que no se trata de un fármaco. Además de ayudar en el desarrollo del animal, también le hace inmune a muchas enfermedades letales. Se supone que en cuanto terminara las prácticas volvería a casa y me pondría a trabajar como veterinaria en el rancho, pero me aceptaron en el estudio que, en ese momento, aún estaba en fase de pruebas y eso hizo que prolongara mi estancia un par de años más. Al fin de cuentas, tampoco hay tanta diferencia en estar ocho o diez años fuera de casa.

—Eso es algo que voy a probar por mí misma. Ya lo he hablado con mi padre, empezaré a tratar al ganado con la proteína nada más llegar a casa.

—¿Crees que conseguirás convencer a otros ganaderos aparte de tu padre? Ya sabes como suelen ser, le tienen miedo a todo lo nuevo.

—Lo sé, pero estoy segura que cuando vean los resultados que vamos a lograr con esa proteína en el rancho Callaghan, todos querrán lo mismo para sus animales.

—Espero que así sea, y ya sabes... Si necesitas mi ayuda, solo tienes que llamarme.

—¿Estarías dispuesto a mancharte tus zapatos de dos mil dólares por mí? —pregunto alzando una ceja.

—Por supuesto que sí. Puede que no funcionáramos como pareja, pero ya sabes que para mí siempre serás una amiga, una a la que quiero muchísimo.

—¿Te estás poniendo sentimental, Jay? —digo de manera burlona.

—Oh, cállate —No puedo evitar soltar una carcajada—. Vete ya si no

quieres llegar tarde a tu propia fiesta.

—Sí, aún tengo que pasar por la clínica a recoger mis cosas. Te veo en la fiesta.

—Allí estaré.

Me despido de Jason y salgo del laboratorio en dirección a mi coche. Tengo que plantearme cambiar de vehículo cuando llegue al rancho, no creo que mi pequeño Volkswagen aguante mucho en las bacheadas carreteras de Black Mountain, probablemente quedará atascado en el primer barrizal que encuentre.

Media hora después, entro en la clínica y Megan me saluda con un abrazo demasiado efusivo, incluso para ella, la reina de los mimos y los abrazos.

—No me puedo creer que sea la última vez que te vaya a ver entrar por esa puerta —susurra sin soltarme.

Sí, mi amiga también es la reina del melodrama, pero eso hace de ella una persona aún más especial. Nos conocimos en la universidad, las dos hemos estudiado veterinaria y desde entonces no nos hemos separado. Cuando terminamos la carrera, conseguimos hacer prácticas en la misma clínica veterinaria e incluso compartimos piso. Somos completamente distintas, ella es una chica tierna y cariñosa que ve el mundo de color de rosa. Megan sigue esperando a que su príncipe azul venga a buscarla en su carroza tirada por corceles blancos. Es una soñadora y eso es lo que más me gusta de ella, no cree en la maldad de la gente y es muy confiada, demasiado para su propio bien. A primera vista nadie adivinaría su manera de ser. Megan es una preciosidad afroamericana, es muy alta y su melena negra y rizada que siempre lleva suelta, le da un aspecto fiero como el de un león.

—Meg, ya sé que no quieres que me vaya, pero tampoco es necesario que me mandes al hospital para retenerme aquí —murmuro con voz ahogada—. Me estás asfixiando.

Me suelta y se limpia un par de inexistentes lágrimas de sus ojos.

—Te voy a echar mucho de menos. Esto no va a ser lo mismo sin ti. No sé cómo voy a poder alquilar tu habitación. Sentiré que estoy dejando entrar a una intrusa en nuestra casa.

Pongo los ojos en blanco por su escena digna de óscar a la mejor película dramática y camino hacia el interior de mi consultorio escuchando como me sigue.

—No voy a estar tan lejos, además, estoy segura que me llamarás todos los días y en poco tiempo te tendré en el rancho haciéndome una visita.

—Eso no lo dudes. Una pregunta, ¿Crees que hay algún ranchero sexy por allí?

—Lo que sobra son rancheros sexys, lo que no estoy segura es que cumplan tus expectativas.

—Tampoco soy tan exigente —se queja cruzándose de brazos y haciendo una mueca graciosa con los labios. Alzo una ceja en su dirección y ella suspira—. Vale, quizás sea un poco exigente, pero por si acaso, tú échale el ojo a alguno para mí y me lo presentas cuando vaya a visitarte.

—Está bien, lo haré —digo guardando mis cosas en una caja de cartón—. ¿A qué hora empieza esa fiesta? Mañana salgo a primera hora y no quiero llegar tarde a casa. Espero llegar al rancho a mediodía.

—Ah no. Eso sí que no. Esta noche es tu fiesta de despedida y vas a pasarlo bien. Si no llegas al mediodía al rancho, ya llegarás por la tarde o por la noche. No creo que se mueva de allí.

Mi teléfono vuelve a sonar y esta vez le hago un gesto con la mano a Megan avisándole que tengo que contestar la llamada.

—Hola, tía Cam. Estoy muy bien y salgo para ahí mañana a primera hora —digo a modo de saludo.

—Muy graciosa, Johanna. Te he llamado un montón de veces —Su reproche me hace rodar los ojos, pero aún no ha terminado de regañarme—. ¿Se puede saber que estabas haciendo que no podías contestar el teléfono? Estaba preocupada por ti.

—¿Sabes que el tono de madre preocupada no te pega nada? —le pregunto sonriendo.

—Sí ¿Verdad? Creo que me estoy haciendo mayor —contesta en el mismo tono—. ¿A qué hora llegarás?

—Sobre la hora de comer. Voy directamente al rancho y después de comer con papá iré a hacerte una visita.

—Más te vale. Llevo más de cuatro años sin verte y te echo muchísimo de menos.

—Yo a ti también, Cami. Te prometo que iré a verte sí o sí. Ahora tengo que dejarte que estoy recogiendo mis cosas de la clínica.

—Está bien, cielo. Nos vemos mañana. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo la llamada y al levantar la mirada, veo al Señor Brown mirándome desde la puerta.

—Lo siento, Johanna. No quería interrumpirte.

—Tranquilo, Señor. Solo estaba hablando con mi tía, está muy ilusionada con mi vuelta a casa.

—No me extraña. Deben echarle mucho de menos, nosotros también lo haremos —Le sonrío amablemente. El Señor Brown es el dueño de la clínica y ha sido un buen ejemplo a seguir. He aprendido muchísimo de él—. Solo pasaba a decirte que siempre tendrás en lugar en la clínica para ti. Siempre supe que lo tuyo no era curar perritos, pero aun así, las puertas siempre estarán abiertas para ti.

—Muchas gracias, Señor. Yo también voy a echar de menos esto.

—Va a ser difícil encontrar un sustituto que esté a tu altura, eso por no hablar de Megan. No se lo va a poner nada fácil al nuevo.

Sonrío pensando en mi fiel amiga. La verdad es que en el fondo ya me había acostumbrado a esta vida, pero siempre he tenido claro que no me hice veterinaria para trabajar en una clínica tratando mascotas. Lo mío es el trabajo en el campo, el ganado, los caballos e incluso los animales salvajes.

Después de despedirme de los que hasta hoy eran mis compañeros de trabajo, voy directamente al piso que comparto con Megan. No es muy grande, pero nosotras dos nos hemos apañado en él desde el segundo año de Universidad. Las dos estábamos en residencias del campus, pero las fiestas y los ruidos eran constantes y no había manera de concentrarse para estudiar ni descansar una noche tranquila, así que decidimos alquilar un piso entre las dos no muy lejos de la universidad y esa fue la mejor decisión que pudimos tomar.

Ceno algo rápido mientras termino de guardar mis últimas cosas en cajas y decido pegarme una ducha antes de ir a la gran fiesta. No voy a poder llevarme todas mis cosas en mi pequeño coche así que he contratado una empresa de mudanzas que se encargará de trasladar todo lo que deje atrás.

Me miro en el espejo antes de salir y asiento dando el visto bueno a mi aspecto. Llevo un vestido gris bastante corto con algo de escote y unos zapatos negros de tacón que me he adueñado del guardarropa de Megan. Me he dejado el pelo suelto y solo me he maquillado un poco, especialmente en la zona de los ojos resaltando su azul natural. Me doy un último vistazo y me quedo mirando el diente de lobo que cuelga de mi cuello por medio de un cordón. No me pega nada con este vestido y estoy tentada a quitármelo, pero no sé si me sentiría bien sin él. Hace más de diez años que lo llevo puesto y nunca me lo he quitado, ni una sola vez. Creo que si lo hiciera, me sentiría desnuda.

Me encojo de hombros cogiendo un pequeño bolso y camino hacia la puerta. Me da igual si el colgante queda bien o no con este vestido, es parte de mí y no voy a quitármelo, aunque sea un recordatorio constante de lo mal que lo pasé siendo tan solo una adolescente. Yo no era más que una cría cuando Alec me regaló este colgante y poco después me destrozó el corazón. Alec, no me permito a misma pensar mucho en él, es parte de mi pasado y probablemente a estas alturas ya esté casado y tenga un par de críos. Así es la vida en el campo, te casas joven, formas una familia y te dedicas a trabajar toda tu vida para darles a tus hijos un futuro mejor.

Entro en el ascensor y vuelvo a clavar mi vista en el colgante. Diez años, han pasado diez años desde la última vez que le vi.

—Deja de pensar en tonterías, Johanna —susurro para mí misma cuando escucho como el ascensor llega a la planta principal.

Decido dejar mi coche aparcado y cojo un taxi que me lleva directamente a un pub donde suelo ir con Megan y unos cuantos amigos. Al entrar en el local, todos se giran hacia mí, casi todos mis amigos y conocidos están aquí, Megan, Jason, compañeros de la clínica y del laboratorio y unas cuantas amistades que conservo de mis años en la universidad.

—Aquí está la invitada de honor —dice Megan tendiéndome una copa—. Brindemos por Johanna, nuestra querida amiga que se va al fin del mundo a curar vacas.

Todos explotan a carcajadas y yo miro a Megan sonriendo. Es una gran amiga y yo también voy a echarla muchísimo de menos. Me mezclo con la gente y pasmos una noche divertida, riendo, bailando, conversando, bebiendo... Esto último más de lo aconsejable, así que a mitad de la noche nos animamos con el karaoke y hacemos el ridículo a más no poder.

Me despierto por la mañana sintiendo como albergo en mi cabeza un mega concierto de Heavy metal. Intento levantarme de la cama, pero el dolor es tan intenso que acabo volviendo a tumbarme de nuevo.

—Despierta dormilona —Una almohada impacta contra mi cara arrancándome un gemido—. No quiero que te vayas, pero se supone que ya deberías estar camino de Black Mountain.

—Eres cruel —me lamento con voz ronca. Siento como si tuviese papel de lija en la garganta—. ¿Por qué me dejaste beber tanto?

—Te lo estabas pasando bien y era tu despedida —Se encoje de hombros y me tiende un vaso de agua que no tardo en vaciar.

—¿Se puede saber por qué estoy hecha una mierda mientras tú pareces

haber salido del puñetero catálogo de Victoria's secret? La vida no es justa.

Vuelvo a dejarme caer de espaldas en mi cama y siento la palma de la mano de Megan impactar en mi muslo.

—Yo no tengo la culpa de que no aguantes el alcohol. Levántate que tienes que irte. Te ayudaré a cargar el coche.

Gruño un “Ya voy” y Megan se va de mi habitación dejándome sola con mi resaca. A duras penas, me levanto de la cama y me meto directamente en la ducha.

Cierro el maletero del coche y miro a Megan que tiene las mejillas cubiertas de lágrimas.

—No llores, tonta —digo abrazándola—. Nos vamos a ver muy pronto y te llamaré muy seguido.

—Todos los días —ordena apartándose de mí y apuntándome con el dedo—. No, mejor te llamo yo que tú no lo vas a hacer —Hace una mueca y vuelva a tirarse a mis brazos—. Te voy a echar mucho de menos. Cuídate ¿vale?

—Sí, tú también.

Me suelta y se limpia las lágrimas respirando profundamente.

—Vive un poco, diviértete, Jo. Te has matado a estudiar y a trabajar durante diez años. Ya es hora de que te disfrutes de la vida. Búscate a un rancho cañón y haz algunas locuras.

—¿Locuras? —pregunto tras soltar una carcajada—. Me he pasado diez años lejos de mi casa y de mi padre y no he hecho locuras y ¿esperas que las haga al volver?

—Dicho así no tiene mucho sentido, pero en lo del rancho sexy va en serio, y guárdame uno para mí.

Sacudo la cabeza de un lado a otro dándola por imposible. Vuelvo a abrazarla y emprendo mi camino de vuelta a casa. Tengo muchísimas ganas de volver a ver a mi padre, hace más de un año que no le veo, desde la última vez que vino a visitarme. El rancho ya es otra historia, no he vuelto allí desde que me vine a vivir a Charlotte. Terminé el instituto en un internado y después pasé directamente a la universidad, todo mi tiempo libre y mis vacaciones las utilicé para estudiar y poder sacar matrícula en casi todas las asignaturas, así que aquí estoy, viajando en mi pequeño coche de vuelta a la tierra que me vio nacer, a mi hogar.

*Alec*

Clavo los talones en la parte trasera de Kitchi y como ya me esperaba, él acelera al galope provocando que tenga que agarrarme con fuerza a las riendas. Es un caballo excepcional. Me costó muchísimo domarlo, pero una vez amansado se convirtió en el mejor de mis caballos. El más rápido y el que tiene más carácter, siendo así la envidia de todos los ganaderos de la zona.

—Muy bien, muchacho —susurro golpeando cariñosamente su cuello cuando llegamos al borde de la valla que divide mis tierras de las Callaghan.

—Lobo, han vuelto a levantar la valla cien metros al este —me informa Patrick sujetando a Kitchi para que pueda, desmontar.

Me bajo de un salto y miro al que se ha convertido en uno de los de mis hombres de confianza, frunciendo el ceño.

—¿Qué estáis esperando para volver a derribarla?

—¿De día? —Se rasca la nuca algo nerviosos—. Alguien podría vernos y...

—¿Y? si alguien os ve, le decís que venga a hablar conmigo.

—Lobo, no quiero llevarte la contraria, pero... Esa valla la han levantado los hombres de Callaghan. Están delimitando su propiedad y si saben que somos nosotros los que la tiramos abajo cada vez que la levantan, vamos a meternos en un lío muy gordo. Estamos destrozando una propiedad privada y eso es un delito, ya por no hablar del motivo por el cuál tiramos la valla.

Me acerco a él en dos zancadas y le agarro por la camisa pegando mi cara a la suya.

—Te he dado una orden, Patrick —Él traga saliva mirándome asustado—. No voy a volver a repetirlo. Coge a unos cuantos peones y tirad esa maldita valla. Si hay problemas, yo me encargo. ¿Entendido?

Patrick asiente varias veces y le suelto volviendo a subir a mi caballo. Ha conseguido ponerme de mal humor. Cuando doy una orden, espero que se cumpla inmediatamente y sin rechistar y quién esté dispuesto a enfrentarse a mí que se atenga a las consecuencias. No le tengo miedo a la policía, el Sheriff Mason me tiene demasiado miedo para hacer nada en mi contra y Callaghan... A ese imbécil le queda poco para verse en la ruina y eso es algo que voy a disfrutar enormemente. Voy a conseguir que caiga en la bancarrota, después le compraré sus tierras y tendré el enorme placer de echarlo a patadas. Nadie se atreverá a comprarlas si saben que yo estoy interesado en ellas.

Cabalgo en dirección al pueblo. Cruzo una pequeña calle a lomos de

Kitchi para llegar a al lugar que se ha convertido en mi segunda casa. La gente por la calle no se acerca a mí, unos bajan la mirada al pasar y otros me sonrían y asienten con la cabeza en señal de respeto. Todos me temen, saben que aquí en Black Mountain soy yo quien tengo el poder y no hay nadie capaz de enfrentarse a mí. Dejo mi caballo frente a la puerta de La Casa de Muñecas y entro dándome cuenta enseguida que muchos de mis hombres están aquí.

—Lobo, eh... ¿Qué haces aquí? —pregunta uno de mis trabajadores soltando la cintura de una de las chicas y enderezándose ante mí.

—Se supone que deberías estar trabajando, tú y todos estos holgazanes. No os pago para que os paséis la mañana bebiendo y follando.

Mis muchachos dándose por aludidos, se levantan y salen del local sin rechistar. Resoplo mirando a Laura, la dueña del lugar. Es una mujer de unos cincuenta años que se conserva realmente bien. Como todas las chicas, viste con ropa ajustada y vistosa.

—Lobo, cada vez que entras por esa puerta me dejas sin clientes —dice con una sonrisa dejándome una botella de licor sobre la barra.

—Voy a tener que poner un dichoso cartel en la puerta que diga “prohibido entrar en horario laboral”.

Laura suelta una carcajada.

—Entonces tendría que cerrar el local. La gran mayoría de mis clientes trabajan para ti, eso por no decir todos.

—Ese no trabaja para mí —susurro apuntando hacia el fondo del local. En uno de los sofás, se encuentra durmiendo mi hermano Carter.

—Lleva dos días aquí. Cada vez que se despierta, pide una copa y empieza a emborracharse de nuevo hasta que vuelve a caer dormido.

Chasqueo la lengua agarrando la botella de Wishky Moonshine.

—Dile a Linda que la espero en mi habitación en media hora.

Laura asiente y camino hacia el despojo humano al que suelo llamar hermano. Al llegar a su lado, le doy una patada en la pierna, pero ni siquiera se inmuta. Ronca con la boca abierta tapándose los ojos con el brazo. Está hecho un desastre, tiene la ropa sucia y apesta a alcohol. Cojo un vaso que hay sobre la mesa que aún contiene licor y se lo tiro en la cara. Su reacción no se hace esperar, se despierta de golpe incorporándose e intentando enfocar la vista.

—¿Qué mierda piensas que estás haciendo?! —pregunta al verme frente a él cruzado de brazos. Se mira la ropa mojada por el licor y resopla.

—Tranquilo, tu camiseta ya estaba hecha una mierda antes de tirarte el wishky. ¿Qué haces aquí?

—Vivo aquí —me contesta frotándose los ojos.

Bufo y le vuelvo a dar otra patada al ver que se está durmiendo de nuevo.

—No te duermas, Carter. Deja de hacer el imbécil y vete a casa. Entra por la puerta trasera, no quiero que mamá te vea en ese estado.

—Como si le importara —murmura levantándose a trompicones. Mira hacia la botella que tengo en la mano y sonrío de medio lado—. ¿Vas a compartirla conmigo, hermano o tengo que pedir otra copa?

Frunzo el ceño y niego con la cabeza.

—Laura, no le sirvas nada más a mi hermano hasta nueva orden, ¿entendido?

—Entendido, Lobo —me contesta ella limpiando la barra con un trapo.

Carter la mira y hace una mueca.

—Te encanta que todos te sigan como tus perritos falderos ¿verdad hermanito? Todos temen al gran Lobo, al dueño y señor de esta mierda de pueblo.

—Carter, sigues borracho. Ve a casa, date una ducha y acuéstate a dormir.

Le dejo hablando solo y camino a largas zancadas hacia el pasillo que da a las habitaciones. Entro en la primera y cierro la puerta suspirando. Dejo mi botella encima de la única mesa que hay en la habitación y enciendo el reproductor mp3. Esta habitación es exclusiva para mi uso, nadie entra aquí que no sea yo y cuando yo así lo quiero, Linda. Cojo un vaso y me sirvo una copa sentándome sobre la cama mientras las primeras notas de la canción “Raining” de “Art of Dying” empiezan a sonar. Esta es mi manera de relajarme, sentado sobre la cama de una angosta habitación de un burdel en compañía de mis pensamientos y a veces de una mujer para satisfacer mis necesidades sexuales. Me dejo caer de espaldas en el colchón y tarareo la letra sintiendo cada palabra.

*I'm scared to look down, never been so high (Me aterra mirar abajo, nunca estuve tan arriba)*

*And I can't look up with a closing mind (Y no puedo mirar hacia arriba con una mente cerrada)*

*I'm scared to be touched, I don't like the feel (Me aterra ser tocado, no me gusta cómo se siente)*

*It's way too close, way too real (Es demasiado cercano, demasiado real)*

*'Cause inside it's raining, it never lets up (Porque adentro está lloviendo, nunca descansa)*

*I know I'm crazy, crazy enough (Sé que estoy loco, suficientemente loco)*

*To know that I, I'll find a way (Para saber que encontraré una manera)*

*To make this all go away (De que todo esto se vaya)*

*I'm scared to be me 'cause I look like you (Estoy aterrado de ser yo, porque me parezco a ti)*

*I don't wanna be somebody I never knew (No quiero ser alguien que nunca conocí)*

*I'm scared to go out, I'm so far in (Me aterra salir, estoy demasiado adentro)*  
*I hear it's nice but I've never been (Escucho que se siente bien, pero nunca lo he sentido)*  
*'Cause inside it's raining, it never lets up (Porque adentro está lloviendo, nunca descansa)*  
*I know I'm crazy, crazy enough (Sé que estoy loco, suficientemente loco)*  
*To know that I, I'll find a way (Para saber que encontraré una manera)*  
*To make this all go away (De que todo esto se vaya)*  
*I know I'm crazy, crazy enough (Sé que estoy loco, suficientemente loco)*  
*I found my only out (Encontré mi única salida)*  
*So just forget about talking me down, yeah (Así que olvídate de convencerme)*  
*I'll put this fire out and stop the burning (Sacare este fuego y detendré el ardor)*  
*Inside it's raining, it never lets up (Porque adentro está lloviendo, nunca descansa)*  
*I know I'm crazy, crazy enough (Sé que estoy loco, suficientemente loco)*  
*To know that I, I'll find a way (Para saber que encontraré una manera)*  
*To make this all go away (De que todo esto se vaya)*  
*Inside it's raining, it never lets up (Porque adentro está lloviendo, nunca descansa)*  
*I know I'm crazy, crazy enough (Sé que estoy loco, suficientemente loco)*  
*To know that I, I'll find a way (Para saber que encontraré una manera)*  
*To make this all go away (De que todo esto se vaya)*  
*Inside it's rain (Adentro está lloviendo)*  
*(I'll make this all go away) (De que todo esto se vaya)*  
*Inside it's raining (Por dentro está lloviendo)*  
*(I'll make this all go away) (De que todo esto se vaya)*  
*Inside it's raining (Por dentro está lloviendo)*  
*(I'll make this all go away) (De que todo esto se vaya)*  
*Inside it's raining (Por dentro está lloviendo)*  
*(I'll make this all go away) (De que todo esto se vaya)*

Cuando la canción termina, miro hacia la puerta y la veo mirándome con una sonrisa. La repaso con la mirada, es guapa, bajita y delgada, tiene el pelo castaño oscuro y los ojos castaños. Su minúscula falda deja a la vista sus muslos y el trozo de tela que lleva por camiseta, casi no consigue sujetar sus pechos.

—Buenos días, Lobo. No te esperaba hasta la noche ¿Me echabas de menos? —pregunta con una sonrisa seductora.

—Creo haberle dicho a Laura que te enviara aquí en media hora y no ha pasado media hora —contesto tras beber de mi copa.

—Sí, bueno... —Linda se acerca a mí lentamente y me quita el vaso de la mano, le da un trago y me devuelve la copa, todo sin despegar sus ojos de los míos—. Yo sí te echaba de menos y no podía esperar para verte.

Se sienta sobre mi regazo y pasa su dedo índice por mi pecho con una sonrisa burlona instalada en los labios. Sabe lo que hace, intenta seducirme, pero va a tener que hacer mucho más que eso para conseguir lo que quiere. La miro a los ojos y por un momento puedo ver cómo cambian de color, ya no son marrones, son azules. Unos preciosos ojos azules llenos de chispa que me miran penetrando en lo más hondo de mi alma. Sus ojos, los ojos de mi

pequeña, de la única mujer a la que he amado en mi vida.

## No es nada personal

*Johanna*

Detengo el coche frente a la casa en la que nací y viví durante toda mi infancia. No ha cambiado nada, desde aquí puedo ver la ventana de mi habitación abierta de par en par. Algo lógico ya que estamos en verano y el calor es bastante asfixiante. Me bajo del vehículo y veo como se abre la puerta principal. Mi padre sonrío al verme y corre hacia mí con los brazos abiertos. Me lanzo a sus brazos y le abrazo oliendo su característico perfume que me recuerda a mi niñez.

—Estás aquí —susurra emocionado. Me suelta y da un paso atrás mirándome de pies a cabeza—. Estás preciosa, cariño. ¿Cuándo te has convertido en una mujer tan hermosa?

Sonrío negando con la cabeza. Mi padre no ha cambiado demasiado, sigue siendo ese hombre alto y fuerte, con su mandíbula cuadrada y pestañas largas, solo unas pequeñas arrugas a cada lado de sus ojos denotan el paso del tiempo.

—Eres un adulator —contesto sonriendo.

—Ve a saludar a Nala que está loca por verte, yo descargo el coche y después comemos juntos.

—Hecho, papi —Le doy un beso en la mejilla y subo los escalones del porche delantero de dos en dos.

Al entrar en la cocina, todos los olores y sonidos me traen buenos recuerdos. Pasé muchas horas de mi niñez sentada al lado de Nala viéndola cocinar. Ella siempre se ocupó de mí como si fuese su propia hija. La veo de espaldas a mí removiendo algo en una sartén y no puedo evitar sonreír. Me acerco lentamente y sin hacer ruido y pego mi boca a centímetros de su oído.

—¿Cómo está la nana más guapa del mundo? —Nala suelta un grito y da un bote girándose hacia mí y golpeándome con un trapo de cocina.

—¡Nana! —exclamo dando un salto hacia atrás y riendo a carcajadas—. Diez años sin verme y lo primero que haces es arrearme.

—Condenada niña, tú nunca cambias ¿verdad? Casi me da un infarto — Sonrío cruzándome de brazos y ella me mira de arriba abajo—. Dios mío, eres toda una mujer. Mi niña —Se lleva las manos a la boca y veo como sus ojos se humedecen.

—Hey, nada de lágrimas. Creí que estarías contenta de verme —susurro abrazándola.

—Claro que estoy contenta. Son lágrimas de felicidad, mi vida. Pero cuéntame —Me sujeta del brazo y me lleva hasta la mesa. Cuando estoy sentada, ella también toma asiento frente a mí—. ¿Cómo te ha ido en la ciudad? Me has llamado muy pocas veces.

—Me ha ido bien, nana —contesto agarrando su mano por encima de la mesa —. Me he graduado como veterinaria, he hecho las prácticas, he trabajado en una clínica y he seguido formándome y trabajando en un laboratorio.

—Eso ya lo sé, muchacha. Me lo has dicho tú por teléfono y tu padre no deja de alardear de su hija la gran veterinaria. Lo que quiero saber es como te ha ido en tu vida personal ¿Hiciste muchos amigos, algún novio tal vez?

Suelto una carcajada y niego con la cabeza.

—No tengo un montón de amigos, pero los que tengo son muy buenos, especialmente Megan mi compañera de piso, y lo otro... Ha habido un par de chicos, pero nada serio.

Nala hace una mueca y niega con la cabeza.

—Eso quiere decir que mi idea de volver a ver a un puñado de niños corriendo por esta casa no va a suceder ¿verdad?

—Si depende de mí, por ahora no. Ahora mismo solo quiero concentrarme en mi trabajo, estoy deseando empezar a trabajar con los animales —Veo como desvía la mirada, cosa que me deja algo inquieta—. ¿Qué pasa, Nana?

Me mira y va a decir algo justo en el momento en que mi padre entra en la cocina interrumpiéndola.

—El coche ya está descargado y tus cosas en tu habitación. ¿Cuándo llega el resto?

—Supongo que mañana ya estará aquí —Me acerco a mi padre y le abrazo por la cintura apoyando la cabeza en su hombro—. Estaba pensando en ir a dar una vuelta con Tormenta.

—Esa es una gran idea, cariño. Yo te acompañaría, pero esta tarde tengo que empezar con las nóminas de los trabajadores.

—No te preocupes, papá, le pediré a Chris que venga conmigo. Por cierto ¿Dónde está? —Mi padre y Nala se miran y agachan la mirada. No sé qué es lo que está pasando aquí, pero hay algo que no me gusta—. ¿Qué pasa? ¿Le ha ocurrido algo a Chris?

—No cariño —contesta Nala—. Supongo que estará en el establo, ya sabes que esa es su segunda casa.

Fuerzo una sonrisa, pero estos dos a mí no me engañan. Hay algo extraño y no me lo quieren contar.

—Vamos a comer y después vas a buscarlo —dice mi padre.

Asiento y comemos los tres en la cocina mientras yo les cuento todo sobre la proteína que pienso suministrarle al ganado.

—¿Y dices que se notarán los resultados en pocos meses? —pregunta mi padre cuando termino de exponer mis ideas.

—En realidad, solo hace falta poco menos de un mes para que sean visibles. Le suministraré la proteína a los terneros, solo son un par de inyecciones en un espacio de quince días, un mes después el ternero ya produce por sí mismo esa proteína.

—¿Es algo seguro, hija? No es que dude de ti, pero las cosas no están como para perder terneros.

—Es seguro, papá —Frunzo el ceño por su último comentario—. ¿Qué quieres decir con que las cosas no están? ¿Hay problemas en el rancho?

—Eh... sí, bueno, los últimos inviernos han sido muy duros. Las lluvias han sido muy fuertes y varios pastos han quedado inundados por las crecidas del río.

—Bueno, tenemos mucho pasto y siempre ha habido crecidas, no creo que eso sea un problema grave.

—No, no lo es —me contesta sonriendo, pero no es una sonrisa verdadera. Ahora estoy más segura que nunca que algo está pasando.

—Si no os importa, voy a cambiarme de ropa y a buscar a Chris. Tengo ganas de montar un rato.

—Claro cariño, ve tranquila.

Le doy un beso en la mejilla a mi padre, otro a Nala y subo a mi habitación a cambiarme de ropa.

Media hora después y ataviada con un pantalón vaquero, una camisa de cuadros anudada bajo el pecho y unas botas de montar, camino hacia el establo mirando a mi alrededor y disfrutando del olor del campo. Lo echaba muchísimo de menos.

Entro en el establo y veo a Chris apilando unos fardos de paja en una esquina. Apoyo mi hombro contra la pared de una de las cuadras y me cruzo de brazos observándole trabajar. Ya no es ese chiquillo delgado y despeinado que conocí. Se ha convertido en un hombre fuerte y moreno y por lo que puedo comprobar, con un precioso trasero. ¡¿Qué?! Chris no es mi tipo, pero tengo ojos en la cara.

—Creo que en algún momento tendrías que girarte y verme aquí, me estoy cansando de esperar a que te des la vuelta —Al escuchar mi voz, Chris se gira y abre os ojos desorbitadamente—. Hola, vaquero —Espero a que diga algo, pero solo se me queda mirando como si estuviese mirando a un fantasma—. ¿Qué pasa, no me recuerdas? He cambiado un poco en diez años, pero creo que no tanto como para que no me reconozcas.

Veo como traga saliva y me repasa con la mirada de arriba abajo.

—Estás... —Suelta aire y vuelve a tragar saliva—. ¡Guau! Estás guapísima, Johanna.

—Vale, primera fase superada, me has reconocido. Ahora pasemos a la fase dos, quiero un abrazo.

Chris sonrío y corro hacia él lanzándome a sus brazos.

—¿Cómo estás? —pregunta cuando me aparto de él—. Mi madre me dijo que volverías hoy, pero no me esperaba verte. Creí que pasarías el día con tu padre.

—Pues no. Acabo de comer con mi padre y con tu madre y he venido a buscarte porque quiero ir a dar un paseo por el rancho y me gustaría que tú me acompañaras, eso si no tienes mucho trabajo.

—El trabajo puede esperar. Voy a ensillarte a Tormenta y salimos a cabalgar un rato ¿te parece?

—Por supuesto —Aprieto su mano y Chris se va a buscar las sillas para nuestros caballos.

Me acerco a la cuadra de Tormenta y nada más verme se pone a relinchar y se acerca a mí para que pueda acariciarla.

—Hola preciosa, a ti también te he echado de menos. Me han dicho que te están buscando novio. Vas a ser una madre fantástica.

—¿Ya te lo ha contado tu padre? —pregunta Chris apareciendo con una silla y abriendo la cuadra de Tormenta. Se acerca a ella y empieza a ensillarla.

—Sí, me lo dijo mientras comíamos ¿Ya tenéis algún candidato?

—Hemos probado con un par de puras sangres, pero los ha rechazado a los dos —me contesta sonriendo.

—Es que mi chica es muy selectiva —murmuro acariciando su hocico.

Cuando los dos caballos están listos, salimos y me subo a Tormenta de un salto. Sienta bien volver a estar a lomos de un caballo.

—Veo que no has perdido practica —dice Chris subiéndose a su propia montura. Me mira y frunce el ceño—. Jo, no llevas sombrero. A estas horas

el sol calienta mucho.

Me pego a él y estiro mi brazo quitándole su sombrero y poniéndolo sobre mi cabeza. Chris sonrío negando y supongo que recordando todas las veces que he hecho eso mismo.

—Solucionado. Ahora el que necesita un sombrero eres tú. Voy adelantándome —Clavo los talones en Tormenta y ella arranca a correr—. Te veo de camino al río —grito ya al galope.

Escucho que grita mi nombre y sonrío de oreja a oreja. Son estas insignificantes cosas como robarle el sombrero a Chris o cabalgar a lomos de Tormenta lo que más he echado de menos en estos diez años, la comida de Nala, el olor del campo, el tórrido calor en verano, el frío helador en invierno, el sonido del agua corriendo río abajo y a Al... ¡No! ¡Ni se te ocurra pensarlo, Johanna!

Mis pensamientos se ven interrumpidos al llegar a una zona dónde la hierba que se supone debería ser de un verde intenso, ha sido substituido por tierra árida y oscura. Reconozco esto, así es como quedan los pastos después de haber sido inundados, aunque ya no haya agua, el pasto se ha podrido por el exceso de agua y tiene un aspecto horrible.

—Veo que hay cosas que no cambian —dice Chris llegando a mi lado. Ha tenido que cabalgar muy rápido para alcanzarme—. Sigues sin hacerme puñetero caso cuando te hablo.

—No es nada personal —contesto sin mirarle—. ¿Qué ha pasado aquí?

Chris mira alrededor y suspira.

—Creí que tu padre te lo había contado, los últimos inviernos han sido duros y ha habido varias crecidas.

—Me lo dijo, pero no creí que fueran tan graves. Nunca he visto que el río llegara tan abajo.

—Sí, bueno ya sabes cómo funciona esto. Cuanto más crezca el río, más pastos inunda, y estas últimas crecidas han sido enormes.

Asiento entendiendo la situación. Tanto el rancho Callaghan como el rancho Wolfheart quedan en plena montaña. El río cruza esa montaña. Las tierras de los Wolfheart van de la parte superior de la montaña, hasta el río y ahí es donde empiezan las tierras de los Callaghan. Obviamente a ellos las crecidas del río no les afectan porque el desnivel está hacia este lado y son nuestras tierras las que terminan inundadas.

—¿Cómo de grave es el problema?

—Es grave, pero nada que no pueda solucionarse. Empezaremos a

replantar esta zona la próxima primavera, eso si no hay una nueva crecida este invierno, claro.

—¿Qué está pasando aquí, Chris? Mi padre se comporta de manera extraña. Sé que me está ocultando algo.

Mi amigo resopla y me hace un gesto para que sigamos cabalgando hacia la zona este. Nos ponemos en marcha, pero esta vez no corremos. Solo paseamos el uno al lado del otro.

—Quizás no tendría que decirte esto, al fin y al cabo yo soy solo un empleado, pero...

—¿Solo un empleado? —pregunto alzando una ceja—. Eres el capataz del rancho y la mano derecha de mi padre, además de ser lo más parecido que tengo a un hermano. No vuelvas a decir que eres solo un empleado, Chris. Eso no es verdad.

Mi amigo sonrío y sigue hablando.

—Cómo te estaba diciendo, debería ser tu padre quien tendría que contarte esto, pero si él no lo ha hecho, lo haré yo. No tiene sentido ocultártelo, tarde o temprano vas a saberlo.

—Me estás asustando.

—El rancho no va nada bien, Jo —dice dejándome de piedra—. Entre las inundaciones de los pastos y el gasto que eso conlleva, y la pérdida de ganado, —suspira y clava sus ojos en los míos—. El rancho Callaghan está al borde de la quiebra.

—¿Qué?! ¿Has dicho quiebra? —Chris asiente—. Espera, ¿Qué quieres decir con la pérdida del ganado?

Chris va a contestarme, pero desvía la mirada al escuchar voces y los dos miramos hacia unos vaqueros que están golpeando con martillos la valla que divide nuestras tierras de las del rancho Wolfheart.

—Ahora vas a enterarte. Ahí tienes a los responsables de la pérdida de ganado. Vete a casa, Jo. Esto puede ser peligroso —Alzo una ceja y Chris pone los ojos en blanco—. Está bien, pero calladita.

Cabalgamos hacia los vaqueros y en cuanto nos ven llegar, se apartan de la valla.

—¿Qué demonios creéis que estáis haciendo?! —grita Chris bajando del caballo. Se acerca a uno de los hombres y le agarra por el pecho arrugando su camisa en el puño—. ¿Se puede saber a qué demonios viene esto, Patrick? Una cosa es que nos robéis durante la noche, pero ¿a plena luz del día? ¿Cómo os atrevéis a tirar la valla delante de nuestras narices?

Chris está furioso y el tal Patrick le mira levantando las manos a modo de defensa.

—Einfield, solo cumplimos órdenes ¿vale? Son órdenes del Lobo.

—¿Qué coño está pasado, Chris? —pregunto desmontando de mi yegua.

—Johanna ¿Qué parte de calladita no has entendido?

—Ya te he dicho que no es nada personal —le contesto alzando la barbilla—. A ver si lo he entendido. Vosotros —Señalo a los hombres—, os cargáis la valla y así el ganado del rancho Callaghan pasa al otro lado y os lo quedáis porque está en tierras de los Wolfheart ¿es correcto? —Chris resopla aún sin soltar al tal Patrick que me mira de reojo.

—¿Tú quién coño eres? —me pregunta otro de los hombres dando un paso hacia mí. Le miro y sonrío de manera burlona. Si piensa que puede intimidarme, está muy equivocado—. ¿De qué te ríes zorra?

—¡No! —dice el tipo al que Chris sigue amenazando—. Ni se te ocurra tocarla, Donald. Es Johanna Callaghan.

El tipo se me queda mirando y sonrío burlonamente dando un paso hacia atrás. Chris suelta a Patrick con un empujón y fulmina con la mirada al tipo que me insultó.

—Como vuelvas a faltarle al respeto, te daré la paliza de tu asquerosa vida —Donald sigue sonriendo y mostrando esos asquerosos dientes marrones, pero no se acerca a Chris—. Largaos de aquí, y como vuelva a veros destrozando cualquier cosa que sea propiedad de los Callaghan, os aseguro que no quedará solo en una advertencia.

—¿Y qué piensas hacer, Einfield? —pregunta el dientes marrones.

—¡Nos vamos! —grita el tal Patrick. Se lleva la mano al sombrero y asiente a modo de despedida mirando a Chris.

Los demás hombres recogen sus herramientas y se suben a sus caballos saliendo del lugar al galope.

—A esto te referías con la pérdida de ganado ¿verdad? —Chris asiente—. Los Wolfheart nos están robando.

—Sí. Patrick no es un mal hombre. A veces en nuestro trabajo tenemos que hacer cosas que no nos gustan y con las que no estamos de acuerdo. Esos hombres solo cumplían órdenes.

—¿Y por qué no lo denunciáis a las autoridades? El sheriff...

—El Sheriff Mason sigue las órdenes del Lobo, igual que todos en este pueblo.

—Del Lobo —digo tras suspirar. Chris asiente mirándome fijamente—. Y

el Lobo es...

—Sí, justo quien estás pensando. Ya no es el mismo que conocimos, Jo. Mi amigo Alec Wolfheart ya no existe, ahora solo es el Lobo. El controla todo y a todos en Black Mountain. No pasa nada en este pueblo sin que él se entere.

—Es un cacique —susurro para mí, pero Chris logra escucharme.

—Sí, al menos uno moderno. Es temido por todos y nadie se atreve a llevarle la contraria, su palabra es ley.

—Eso ya lo veremos. ¿Dónde puedo encontrarle?

—¿Qué?! ¿No has escuchado lo que he dicho? Ya no es el Alec con el que solías quedar en el río. Ese hombre es un jodido cabronazo sin sentimientos. No voy a permitir que vayas a buscarlo.

—No te lo estoy preguntando, Chris. Y mucho menos te estoy pidiendo permiso. Solo necesito que me digas dónde puedo encontrarle. Voy a ir a buscarle, si me lo dices tú acabaré antes, sino tendré que preguntar en el pueblo.

Chris resopla y suelta un par de maldiciones antes de subirse al caballo de un salto.

—No has cambiado nada, sigues siendo una cabezota descerebrada que no atiende razones —Alzo una ceja en su dirección y Chris chasquea la lengua contrariado—. Sí, lo sé, “no es nada personal”. Venga vamos, te llevaré allí, pero te pido por favor que reconsideres lo de hablar con él durante el trayecto.

—¿Te sentirás mejor si te digo que lo pensaré? —pregunto subiéndome en Tormenta.

—¿Lo harás?

—No —contesto clavando los talones en la yegua y saliendo a galope.

Chris no tarda en alcanzarme y los dos cabalgamos hacia el pueblo. Durante el trayecto que hice en coche, evité meterme por las calles y solo pasé por la carretera principal así que no tuve ocasión de comprobar lo mucho que ha cambiado Black Mountain en diez años.

—¿Qué ha pasado con la panadería del Señor Callum? —pregunto mirando hacia un ciber café que antes no estaba ahí.

—El Señor Callum murió hace tres años y su hijo vendió el local, ahora lo es propiedad de los Wolfheart, como casi todo en este pueblo.

Asiento y un par de metros más adelante, veo como Chris detiene su caballo y lo amarra frente a lo que antes era La Casa de Muñecas.

—¿En qué se ha convertido ahora este lugar? —pregunto mirando la fachada que a primera vista no ha cambiado nada.

Chris se acerca a mí y sujeta a Tormenta para que yo pueda bajar. Una vez en el suelo, la ata junto a su caballo y me mira.

—Este lugar no ha cambiado, sigue siendo La Casa de Muñecas y Laura Turkel sigue llevando el negocio.

—¿Y qué hacemos aquí?

—Querías saber dónde está el Lobo y solo hay dos lugares donde puede estar, en su casa o aquí dentro.

—¿Estamos hablando de Alec Wolfheart o de Carter Wolfheart?

—Da igual, tanto uno como el otro pasan más tiempo aquí que en su casa. ¿Estás segura que quieres hacer esto? Este no es sitio para una mujer decente.

Asiento y Chris resopla abriendo la puerta del local. Aún no sé qué es lo que pretendo viniendo a este lugar a buscar a Alec, o al Lobo como le llaman todos. Solo sé que tengo que ver por mí misma eso que todos dicen. No puede ser que haya cambiado tanto, algo tiene que quedar del hombre que fue. Además que tengo ganas de pegarle un par de gritos ¿Robarme, en serio? Este no sabe con quién se ha metido.

Nada más entrar, todas las miradas se clavan en nosotros, o más bien en mí. Las mujeres me miran desconfiadas y los hombres sonrían y me repasan con la mirada. Chris se acerca a la barra y Laura Turkel me mira fijamente. Sé quién es porque cuando era pequeña recuerdo que a los niños nos decían que no nos podíamos acercar a ella, era una mujer sin moral y sin decencia. Chris habla con ella y veo como niega con la cabeza. Me acerco a ellos esquivando a un tipo que me desnuda con la mirada y me sonrío casi babeándose, y pongo mis manos sobre la barra mirando a Laura Turkel a los ojos.

—Necesito hablar con Alec Wolfheart.

—El Lobo está ocupado. Vete de aquí, muchacha, este no es lugar para una señorita —dice sonriéndome cariñosamente.

—Siento insistir, señora Turkel, pero necesito hablar con él. Es un asunto urgente.

De pronto siento como una mano agarra mi brazo y enseguida me pongo a la defensiva. De un tirón me zafo de su agarre y me giro fulminando con la mirada a... ¿Carter Wolfheart?

—¿Johanna Callaghan? —pregunta mirándome de arriba abajo. Me estoy cansando de que la gente haga eso. La verdad es que empiezo a mosquearme

por muchas cosas, no pensaba que mi vuelta a casa sería tan... turbulenta, por decirlo de alguna manera—. Eres tú ¿Verdad?

—Carter Wolfheart, no voy a decir que no esperaba verte aquí —le contesto cruzándome de brazos.

Carter me sonrío y sacude la cabeza.

—Acabo de llegar y cuando te he visto no me lo podía creer. ¿Qué haces aquí? Y con aquí no solo me refiero a este sitio de mala muerte.

—¡Eh!—salta Laura—. Muchacho, no vuelvas a referirte de ese modo a mi negocio si no quieres que te prohíba la entrada.

—Lo siento, Laurita. Ya sabes que me encanta este lugar, solo no entiendo que hace una mujer como Johanna Callaghan aquí.

—A mí también me gustaría saberlo —murmura Chris poniendo una mano en mi espalda—. Jo, mejor vámonos de aquí, ya hablarás con el Lobo en otro momento.

—¿Estás buscando a mi hermano? —pregunta Carter —. Apuesto a que está allí dentro —Señala hacia una puerta al fondo del local—, primera puerta a la derecha.

Asiento y empiezo a caminar hacia allí a largas zancadas mientras escucho como Chris me llama. Como es habitual en mí, no le hago ni puñetero caso y atravieso la puerta que me ha indicado Carter. Abro la primera puerta y la imagen que se presenta ante mí, me deja completamente paralizada. Alec está desnudo de cintura para arriba y tiene a una chica bajita arrinconada contra la pared. Ella acaricia su entrepierna por encima del pantalón mientras él tiene su boca enterrada en su cuello. Se frotran uno contra el otro como dos gatos en celo. La chica gira la cabeza hacia mí y frunce el ceño al percatarse de mi presencia.

—No sé quién eres, pero lárgate de aquí. Esta habitación es propiedad del Lobo.

Al escucharla hablar, Alec se gira hacia mí y clava sus ojos en los míos con una expresión en su cara que no soy capaz de descifrar. Creo que mi presencia le toma tan por sorpresa que no sabe cómo reaccionar. No puedo evitar repararle con la mirada, ha cambiado muchísimo, ya no es ni por asomo ese crio escuálido que conocí junto al río cuando era una niña, ahora es un hombre hecho y derecho, tiene unos brazos musculados y se le marcan los abdominales como si estuviesen esculpidos en piedra. Lleva su pelo negro algo más largo por la parte superior y su cara está cubierta por una barba de unos días. Carraspeo y doy un paso al interior de la habitación.

—¡Oye! ¿No me has escuchado? He dicho que esta es una habitación privada y...

—Cállate Linda —ordena Alec sin separar sus ojos de los míos. El sonido de su voz ronca y áspera provoca que mil recuerdos acudan a mi mente dejándome temblorosa y con el corazón acelerado.

—Hola Alec —susurro tras carraspear.

## Un caniche con ínfulas de grandeza

*Johanna*

Cierra los ojos y vuelve a abrirlos lentamente como si quisiera asegurarse que lo que está viendo es real. Da un paso hacia mí y una sonrisa tira se sus labios.

—¡Lobo! ¡Lobo!, una chica... —Miro hacia mi espalda y veo a dientes marrones mirándome con odio—. Es ella. Lobo, no hemos podido terminar de tirar la valla. Ella y el metomentodo de Einfield nos lo impidieron.

Alec le mira y después a mí. Me giro hacia el tal Donald y levanto la barbilla de manera desafiante.

—¿Qué esperas capullo? ¿Qué me disculpe por no haberte permitido destrozar mi propiedad?

El tipo aprieta la mandíbula y se acerca a mí agarrándome por el brazo fuertemente, me empuja contra la pared y pega su cara a la mía.

—¡Maldita zorra! Voy a enseñarte a no meterte donde no te llaman — escupe las palabras golpeándome con su aliento en la cara y por un momento llego a pensar que va a pegarme, pero enseguida siento como alguien tira de él y lo siguiente que veo es a Alec empujándole contra la pared y agarrándole del cuello. Dientes marrones le mira asustado e intenta zafarse de su agarre, pero Alec no le deja moverse del lugar, solo aprieta su cuello cada vez con más fuerza.

—¡Lobo! ¡Suéltale Lobo!

La chica que estaba con él intenta agárrale un brazo para que afloje la presión que está haciendo en la garganta de dientes marrones, pero Alec se libra de ella de un fuerte manotazo. La chica sale despedida hacia atrás y Alec vuelve a agarrar a Donald con las dos manos y sigue apretando su cuello. Va a matarle, conozco su cara cuando pierde el control, sus gestos, todo su cuerpo está completamente descontrolado.

—¡Alec! —grito acercándome a él. Espero no acabar como su amiguita—. ¡Alec mírame! —Me pongo frente a él pegada a la pared junto a Donald que ya se está poniendo azul y estiro una mano colocándola sobre su pecho—. Alec mírame, por favor —Al notar mi tacto, su mirada busca la mía y pestañea como si acabara de despertarse de un mal sueño—. Suéltale Alec, vas a matarle.

Mira hacia su cautivo y se aparta de él dejándole caer al suelo. Dientes marrones jadea en busca de aire mientras Alec da vueltas por la habitación

como un león enjaulado y se pasa la mano por el pelo compulsivamente. De pronto se detiene y clava sus ojos en Donald, está furioso.

—Escúchame bien, pedazo de mierda —Le agarra de la camisa y lo levanta hasta tenerlo de pie frente a él—. ¿Ves a esa mujer? —Me señala con el dedo—. Cómo vuelvas a ponerle un solo dedo encima... qué digo, como vuelvas siquiera a mirarla mal, te juro que te romperé cada uno de los huesos que tienes en el cuerpo ¿Lo has entendido? —Dientes marrones asiente acojonado y Alec le suelta con un empujón que lo empotra contra la pared—. Y eso va para todos, a ella ni mirarla— habla hacia mi espalda así que me giro y veo a un montón de hombres que empiezan a irse de la entrada de la habitación, entre ellos también están Carter y Chris. El primero sonrío de oreja a oreja y el otro mira a Alec alucinado.

—¿Lobo, estás bien? —La chica se acerca a Alec y le abraza por la cintura, pero él clava sus ojos en los míos.

Desvío la mirada, no sé por qué razón, estoy empezando a odiar a esta chica con todas mis fuerzas y me están dando ganas de golpearle con algo contundente. Cuando vuelvo a levantar la vista, Alec está quitándose a la chica de encima, la mira, me mira a mí y sonrío dando un paso hacia mí.

—Hola —susurra—, ¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo, a solas —Le hago un gesto hacia su amiguita y la chica se acerca a él y se pega a su costado.

—Lo que tengas que decirle al Lobo, puedes decirlo delante de mí ¿verdad amor? —pregunta agarrando su antebrazo.

—Linda vete —dice Alec sin dejar de mirarme.

—¡¿Qué?! Pero Lobo...

—Te he dicho que te largues, no me obligues a repetirlo —Su tono de voz provoca que a la chica pegue un respingo, me mire con odio y salga de la habitación cerrando la puerta tras de sí—. No me puedo creer que seas tú —susurra Alec dando un paso hacia mí.

—Sí, bueno, siento haberte interrumpido con tu amiga, tu novia o lo que sea, pero necesito hablar contigo —mientras hablo, Alec va acercándose a mí hasta que quedamos completamente pegados—. Alec ¿Qué haces?

—Hola pequeña —susurra levantando la mano y acariciando mi mejilla sin dejar de mirarme a los ojos—. De verdad estás aquí, de verdad eres tú.

Su cercanía y su mano acariciando mi rostro me ponen nerviosa y aceleran mi corazón a partes iguales. Yo no... Esto no debería estar pasando. He venido aquí a hablar con él sobre el robo de ganado, no a... a esto.

Retrocedo un paso y salgo de su alcance intentando controlar los latidos del estúpido de mi corazón. Esto no puede estar pasando, yo no siento nada por Alec, ya no. Él me dejó, renunció a mí y a lo nuestro, me apartó de su lado rompiendo mi corazón en un millón de pedazos.

—He venido a hablarte de la valla —digo recuperando la compostura por un momento.

—¿La valla?

—Sí, la valla que tú mandaste a tus hombres derribar para poder robarme, esa valla.

—Pequeña, yo no te he robado nada —dice sonriendo de medio lado.

—Deja de llamarme así —Le fulmino con la mirada—. Me estás robando. Destrozas la valla que delimita nuestras propiedades para poder robarme el ganado y eso está arruinando a mi familia.

Alec se pasa la mano por el pelo y me mira entrecerrando los ojos.

—Yo no tengo la culpa que vuestro ganado se sienta más cómodo en mi propiedad que en la vuestra. Lo que está en mis tierras, es mío.

—¡Tú eres el que provoca esa situación al derrumbar la valla constantemente! —grito—. ¡Eres un...!

—Soy un ¡¿Qué?! —ruge él.

—¡Eres un rastrero ladrón y un...!

—¡Un Wolfheart! —grita arrinconándome contra la pared—. ¡Soy un puto Wolfheart y tú una maldita Callaghan!

Los dos nos quedamos mirándonos fijamente a escasos centímetros el uno del otro. Nuestros gritos deben haberse escuchado por todo el jodido local, pero no puede importarme menos.

—Apártate Alec, quiero irme.

—¿A dónde? ¿Vas a volver a marcharte?

—Eso no es asunto tuyo. Apártate —insisto poniendo mis manos sobre su pecho e intentando empujarle.

Alec mira hacia abajo y al ver mis manos apoyadas sobre sus pectorales, dibuja una enorme sonrisa en su cara. Por un momento incluso me parece ver en su rostro a ese muchacho que conocí antaño. Sé que estoy temblando, todo mi cuerpo vibra al ritmo que marcan los latidos de mi corazón.

—Pequeña, estás temblando —susurra agarrando una de mis manos que aún sigue sobre su piel.

—Tienes que dejar de llamarme así.

—Nunca —dice mirándome intensamente.

—Muy bien, ¿Cómo quieres que te llame yo, Alec o Lobo?

Mi pregunta le toma por sorpresa dejándolo algo descolocado, así que aprovecho ese momento para sacármelo de encima con un fuerte empujón.

—Todos me llaman Lobo, pero tú... Prefiero que me sigas llamando Alec.

—Muy bien, Alec. Me voy, y te pido por favor que dejes de robarme mi ganado de una maldita vez. Esto es solo una advertencia, no quiero que esta situación llegue más lejos.

—¿Me estás amenazando, niña? —me pregunta en tono burlón.

—Así es, y yo que tú me lo tomaría muy en serio.

Abro la puerta de la habitación y salgo al exterior del local buscando a Chris entre todos los hombres que siguen mirándome como si vieran un jodido fenómeno de la naturaleza.

—¡Espera! ¡Jo, espera, no te vayas! —escucho como Alec grita mi nombre y no tardo en sentir su mano rodeando mi brazo.

Me giro para mirarle y frunzo el ceño.

—¡Suéltame Alec! ¡¿Qué coño crees que estás haciendo?!

—Tranquila —susurra soltando mi brazo y levantando las palmas de las manos—. Solo quiero hablar. No te vayas aún, o mejor, vayamos a algún lugar donde podamos hablar tranquilos. Hace diez años que no nos vemos y tenemos que ponernos al día.

¡¿Qué?! ¿Habla en serio? Le miro sorprendida y él frunce el ceño como si no se esperara mi reacción.

—A ver, Alec. Tú y yo no somos amigos como para sentarnos a charlar de nuestras vidas y ponernos al día.

—¿Desde cuándo? —pregunta cruzándose de brazos y mirándome con expresión de niño enfurruñado—. Siempre hemos sido amigos ¿Qué ha cambiado?

—¡¿Que qué ha cambiado?! —grito perdiendo la paciencia—. No puedo creer que me esté preguntando eso. Todo ha cambiado, tú has cambiado y yo también. Ya no somos dos críos y nuestra amistad acabó el día que decidiste apartarme de tu lado ¿Lo recuerdas? Me dijiste que dejara de arrastrarme y me largara.

Veo como su expresión cambia a una de cabreo y mira alrededor. Estamos dando un buen espectáculo, todos nos miran como si estuviesen disfrutando de una obra de teatro.

—¿Podemos hablar de esto en privado? —sisea volviendo a agarrar mi

brazo y mirándome como si tuviese ganas de estrangularme.

—¡No! —grito tirando de mi brazo y zafándome de su agarre—. Yo no tengo ningún tipo de problema en que todo el mundo me escuche ¿y tú? — Veo como aprieta la mandíbula y frunce los labios—. Ese es el problema ¿verdad, Lobo? —Doy un paso hacia él y sonrío cínicamente—. No quieres que nadie se entere que en realidad, el gran Lobo feroz no es más que un caniche con ínfulas de grandeza.

—Veo que no has cambiado nada, sigues siendo insufrible.

—Ya ves, yo sigo siendo insufrible y tú un capullo redomado, hay cosas que nunca cambian.

Alec da un paso hacia mí y de manera instintiva levanto la barbilla de manera insolente, al verme, se detiene frente a mí y aunque intenta contenerlo, se le escapa una sonrisa.

—Una rebelde, eso me gusta —susurra recordándome la primera vez que nos vimos junto al río y él utilizó exactamente esas palabras.

Por un momento yo también tengo que luchar para contener una sonrisa, la intensidad con la que me mira, me recuerda demasiado al Alec del pasado, a mi Alec. Siento la mano de Chris en mi espalda y veo como Alec le mira frunciendo el ceño.

—Chris, no deberías haberla traído aquí —dice Alec.

—Lo dices como si hubiese tenido otra opción. Vámonos Jo, tengo que volver al rancho.

Asiento y vuelvo a mirar a Alec.

—Adiós Alec, y ten en cuenta mi advertencia.

—Hasta pronto, pequeña.

Chris tira de mi brazo y salimos del local. Al llegar a la calle, la gente nos empieza a mirar de forma extraña, supongo que algunos me estarán reconociendo y otros simplemente se sorprenden al verme salir de ese indecente lugar.

—Chris, adelántate tú, yo aún voy a pasar por la casa de Cam.

—¿Vas a ir a ver a Camila?

—Sí, le dije por teléfono que pasaría a verla por la tarde, ¿Por qué lo preguntas?

—No, por nada. Salúdala de mi parte ¿Quieres que mande a alguien para que te acompañe después al rancho?

—No. Gracias, pero creo que soy perfectamente capaz de llegar a casa yo sola, me he criado aquí ¿recuerdas?

—Por supuesto, es que aún no me acostumbro a que hayas vuelto —Se sube al caballo de un salto y me mira sonriendo—. Nos vemos después, e intenta no meterte en más líos ¿quieres?

—Haré todo lo que esté en mis manos —contesto correspondiendo a su sonrisa.

Chris se despide con toque de sombrero y sale cabalgando en dirección al rancho. La casa de Cam está muy cerca así que ni siquiera me subo a tormenta, camino por la calle tirando de sus riendas y la ato frente a la casa de mi tía. Toco al timbre y escucho sus pasos apresurados antes de verla abrir la puerta con una gran sonrisa en el rostro.

—¡Ven aquí y dame un abrazo! —grita abriendo los brazos.

La abrazo fuertemente y pasamos al interior de su casa que está tal y como la recordaba. Cam me mira de arriba abajo inspeccionándome como todos los demás.

—¿Podéis dejar de hacer eso? —pregunto cruzándome de brazos.

—¿De qué hablas?

—Pues eso, todos me miráis de arriba abajo como si fuese un monstruo de circo.

Cam suelta una carcajada.

—Es que estás guapísima, cada vez te pareces más a tu madre. Pero vamos a sentarnos ¿quieres beber algo? ¿Un café o un refresco, una cerveza tal vez?

—Sí, un refresco está bien. Aún estoy de resaca por la fiesta de anoche.

—¿Fiesta? ¿Resaca? Creo que en tus llamadas no me contabas lo bien que te lo estabas pasando, pero este es un buen momento para hacerlo.

Cam entra en la cocina mientras yo me acomodo en el sofá y regresa poco después con un par de refrescos. Esta vez soy yo la que la observo, no ha cambiado nada. Tiene cuarenta y dos años, pero no aparenta tener más de treinta y cinco, está estupenda

—Ahora vas a contarme todo lo que has hecho en estos años —me dice tendiéndome uno de los refrescos y sentándose en el sofá frente a mí.

—¿Todo? Cami, hemos hablado casi todas las semanas, ya lo sabes todo.

—No me has contado lo de las fiestas. Ese chico, Jason ¿También estaba en la fiesta?

Asiento y empezó a relatar las pocas cosas interesantes que me han sucedido estos diez años. Aparte de mi carrera universitaria, el trabajo en la clínica y el estudio en el laboratorio, mi vida no ha sido nada interesante.

—Aun no entiendo porque ese Jason y tú terminasteis vuestra relación. Si os lleváis tan bien como para seguir siendo amigos, ¿Por qué no pareja?

—Sencillamente porque no nos queríamos. Jay es un tipo genial, es guapo, divertido y cariñoso, y la verdad es que me gustaba mucho, pero no estaba enamorada de él y a Jay le sucedía lo mismo.

—¿Y el sexo qué tal?

—¿En serio, tía Cam?! Soy tu sobrina, no deberías preguntarme eso.

—¿Qué tía Cam, ni qué leches? Somos las dos adultas y eso de “no estábamos enamorados” no me lo creo ¿Tan malo era?

—¡Oh, por dios! Eres imposible. No era malo ¿vale? Solo...

—¿Solo...? A ver, chiquilla. No pasa nada si no era buen amante, recuerdo que mi primer novio en el instituto era un desastre, eso era un mete saca, mete saca y empezaba a hiperventilar cual perrillo que va dejando los chorrillos.

Rompo a reír a carcajadas y Cam me sigue. Me da tal ataque de risa que no puedo mirarla sin volver a carcajearme. Cuando finalmente consigo recuperar la compostura, le miro sonriendo y niego con la cabeza.

—He echado de menos tus locuras —digo limpiándome una lágrima del borde del ojo. Ha conseguido que lllore de risa.

—Me alegro, pero no me has contestado ¿Qué pasó con Jason?

—No lo sé —contesto encogiéndome de hombros—. Al principio todo iba bien, Jay es un gran tipo y me gustaba de verdad, pero... —Veo como alza una ceja y pongo los ojos en blanco—. El problema no era el sexo ¿ok? Eso no estaba mal. No fue mi mejor amante, pero no estaba mal.

—Espera, recapitulemos un poco. Has dicho, “no ha sido mi mejor amante” como si hubieses tenido muchos.

—¿Muchos? ¿Qué entiendes tú por muchos?

—No sé, yo he tenido dos en toda mi vida, no espera, tres, fueron tres.

—Yo también.

—Jason, ese con el que estuviste en la universidad, ¿Cómo se llamaba? Ese que era atleta ¿no?

—Mike, se llamaba Mike y estuvimos saliendo menos de un año.

—¿Tampoco estabas enamorada de él?

Suspiro y le doy un nuevo sorbo a mi refresco.

—Por increíble que parezca, no, no llegué a enamorarme de él, no totalmente al menos.

—Mmm, interesante, y por último nos queda... —Cam me mira alzando

una ceja y yo agacho la mirada—. Le has visto ¿verdad?

—No sé de qué me hablas.

—¡Ah no!, conmigo no te hagas la tonta. Me di cuenta desde que entraste por la puerta que habías estado con él. Ha cambiado mucho.

—Sí, así es. Ya no le reconozco.

—Alec Wolfheart, el único hombre del que has estado enamorada ¿no? Frunzo el ceño y le apunto con el dedo.

—Eres una lianta, has dado vueltas por toda mi vida amorosa, solo para llegar a Alec.

—Cierto, lo que intento averiguar es si Alec es el único hombre del que has estado enamorada o del que aún estás enamorada.

—No sigas por ese camino, Cam. Lo mío con Alec terminó hace diez años, los dos éramos unos críos y...

—¿Y me estás diciendo que no sentiste nada al volver a verlo? —Arruga el entrecejo y se acerca a mí—. Dime sinceramente, Jo. ¿Ya no sientes nada por él?

—No, lo nuestro se terminó y...

Camí mete la mano por el cuello de mi camisa y saca el colgante que siempre llevo bajo la ropa.

—Si no sientes nada por él, ¿por qué sigues usando el colgante que te regaló? Apuesto a que nunca te lo quitas.

Aparto su mano de un manotazo y vuelvo a esconder el colgante bajo mi camisa.

—Me gusta el colgante, es bonito. Además, en el hipotético caso que siguiera sintiendo algo por él... Ese hombre ya no es Alec, no el Alec que yo conocí, ahora es el Lobo. Me nudo nombrecito —murmuro haciendo una mueca.

—Sí bueno, “El Zorro” ya estaba pillado así que... —Se encoje de hombros haciendo una mueca graciosa y yo suelto una carcajada negando con la cabeza. Camila es la leche. No sé de dónde saca esas ocurrencias.

Al final pasamos el resto de la tarde hablando. Reímos y charlamos sobre lo que hemos hecho estos diez años sin vernos. La vida de Camí sigue siendo casi la misma, sigue trabajando en la escuela de Black Mountain y sin pareja. No entiendo cómo es que sigue soltera, es una mujer preciosa, divertida y con un corazón enorme.

Antes de que anochezca decido volver al rancho, entre la fiesta de anoche y su correspondiente resaca, el viaje y todos los sobresaltos de hoy, estoy

agotada. Me subo en Tormenta y cabalgo hacia el rancho siguiendo el río. Al llegar a la cueva donde sé que está la entrada a la poza, me puede la curiosidad, así que me adentro en ella esperando encontrar el lugar destrozado. Ha habido muchas crecidas del río, pero para mi sorpresa, lo que me encuentro es el refugio tal y como lo recordaba. El agua sigue corriendo y cayendo en cascada a la poza, la hierba sigue verde y fresca, y el árbol... Nuestro árbol sigue en pie, fuerte y robusto. Paso mis dedos por encima de la A y la J que siguen talladas sobre la corteza. Parece que fue ayer cuando Alec las puso ahí, cuando dijo que algún día nuestros nietos jugarían en este lugar y sabrían que aquí fue donde todo empezó.

Me siento bajo el árbol y no puedo evitar recordar todos los momentos que pasé aquí con Alec, las tardes de verano bañándonos en la poza, cuando solo éramos dos amigos a los que les gustaba pasar tiempo juntos, y después esos días en los que nos devorábamos a besos bajo este mismo árbol. Junto a esos recuerdos, también vienen los últimos, el recuerdo de ese fatídico día en el que Alec me destrozó el corazón.

—Tenía la sensación de que te encontraría aquí.

Doy un brinco y pongo la mano sobre mi pecho mirando a Alec que me sonrío mirándome cruzado de brazos.

—¿Intentas matarme de un infarto? —pregunto poniendo una mano sobre mis ojos a modo de visera para poder mirarle a la cara. El sol se está poniendo y me pega directamente en la cara.

—No, te he encontrado. Me imaginé que estarías aquí.

—¿Me has encontrado? No sabía que estaba perdida, pero oye, gracias por decirme donde estoy. Ahora si no te importa, me gustaría seguir sola.

Le hago un gesto con la mano para que se vaya, pero no se mueve de su sitio, amplía su sonrisa y niega con la cabeza.

—¿Sabes? Aunque no lo creas, he echado de menos tus comentarios mordaces y sarcásticos.

—Tienes razón, no lo creo —contesto cerrando los ojos y apoyando la parte posterior de mi cabeza en el tronco. Escucho como se sienta a mi lado y abro los ojos fulminándole con la mirada—. ¡¿Se puede saber qué demonios estás haciendo?!

—Me siento a tu lado para hacerte compañía —me contesta sonriendo de medio lado.

—Ya, pero es que yo no te he pedido que me hagas compañía, es más, estoy plenamente segura que no la quiero.

—Algún día esa bocaza tuya va a meterte en problemas, niña —dice divertido. Vuelvo a cerrar los ojos y apoyarme contra el árbol decidida a ignorarle—. Por cierto, antes me tomaste por sorpresa y no pude decirte lo guapa que estás. Estás preciosa, pequeña.

Su voz ronca susurrándome casi al oído me provoca un cosquilleo en el bajo vientre. ¿Cómo puede ser que después de diez malditos años, siga poniéndome nerviosa solo con su voz?

—Sí, ya vi que te tomé por sorpresa —comento en tono neutro—. Siento haberte interrumpido en medio de... bueno, de lo que estuvieses haciendo con tu chica.

—Sabes perfectamente lo que estaba haciendo, y no es mi chica. Es una prostituta, Jo.

Abro los ojos y giro mi cabeza clavando mi mirada en la suya.

—Para ser solo una prostituta, marcó muy bien su territorio. ¿Estás seguro que no es tu chica?

Veo como amplía su sonrisa y se muerde el labio inferior, parece estar pasándoselo muy bien aunque yo no le veo la gracia.

—Suenas como una novia celosa, y sí, estoy completamente seguro que Linda no es mi chica. Como ya te he dicho, ella es solo una prostituta. La única mujer que ha sido mi chica alguna vez, has sido tú.

No aparta sus ojos de los míos y puedo ver en ellos que está siendo completamente sincero.

—Tú te encargaste de que dejara de serlo —susurro.

—Nunca he sido demasiado listo —contesta en el mismo tono y acercando su cara a la mía.

—¿Qué haces, Alec? —pregunto sin poder moverme, debería apartarme de él pero la intensidad de su mirada me deja paralizada.

—Voy a besarte —susurra a escasos centímetros de mis labios.

## Los salvajes están sobrevalorados

*Alec*

La voy a besar, voy a hacerlo. No he podido dejar de pensar en ello desde que la vi frente a mí en La Casa de Muñecas. Por un momento creí que estaba soñando, que todo era parte de imaginación y que en realidad ella no estaba, pero cuando vi al inútil de Donald tocarla... ¡Dios! De verdad tenía ganas de matarlo con mis propias manos, y lo habría hecho si ella no me hubiese detenido. Al sentir sus manos sobre mi piel, mi cuerpo la reconoció al

instante y por primera vez en diez años, sentí una enorme paz interior. Como si finalmente esa rabia y odio que siempre habitan en mi pecho desaparecieran solo con su tacto, y por eso estoy seguro que en cuanto mis labios toquen los suyos, volveré a sentirme así, volveré a sentirme vivo.

Sigo acercándome y puedo ver en su mirada que ella también lo desea, también quiere que la bese. Estoy a punto, apenas me quedan un par de centímetros para lograr mi objetivo cuando escucho a Kitchi relinchar. Jo me aparta de un empujón y se levanta a toda prisa acercándose a nuestros caballos. Me paso la mano por el pelo resoplando por haber perdido esa preciosa oportunidad y miro hacia Jo que intenta apartar a Kitchi de su yegua. La está montando.

—¡Alec, aparta a tu jodido caballo de Tormenta! —grita intentando atrapar las riendas de Kitchi, pero el muy bribón sigue a lo suyo como si nada.

—A mí me parece que se lo están pasando genial —digo levantándome.

Johanna me fulmina con la mirada y yo me encojo de hombros sonriendo.

—No tiene gracia, ¡Maldita sea! Mi padre está intentando cruzarla con un pura sangre.

—Pues por lo visto, ella prefiere a un buen animal salvaje —contesto muerto de risa.

—No te vas a reír tanto cuando te demande por daños y perjuicios. Cómo la deje preñada, te voy a obligar a que asumas la paternidad.

—Eso háblalo con tu yegua que anda de ofrecida —bromeo sin poder para de reír.

—¡Joder Tormenta! ¿En serio? ¿Has rechazado a dos pura sangres y te dejas montar por un vagabundo?

—¡Hey! Tampoco te pases, cualquiera en tu lugar estaría dando saltos de alegría. Kitchi es el caballo más codiciado de todo Black Mountain. No es ningún vagabundo, es un salvaje, y todo un campeón por lo que veo —Alzo ambas cejas en dirección a nuestros caballos que siguen dale que te pego y vuelvo a reír a carcajadas—. Esta yegua es muy lista, ¿por qué quedarse con un pura sangre pijo y refinado, cuando puede tener a un salvaje semental?

—Eres un imbécil. Te aseguro que dónde esté un hombre hecho y derecho, con clase y saber estar, no tiene nada que hacer un salvaje semental, como le llamas tú.

La risa se me corta de golpe.

—¿Desde cuándo estamos hablando de hombres? Yo me estaba refiriendo

a los caballos, y ¿qué has querido decir con eso?

—Pues eso —contesta alzando la barbilla de manera insolente—. Que los salvajes están sobrevalorados.

—¿Hablas por experiencia propia? —siseo apretando los puños.

Jo me mira y sonrío alzando una ceja.

—¿De verdad piensas que voy a hablar contigo de mi vida sexual? Eso no es algo que te incumba.

Aprieto la mandíbula con tanta fuerza que creo que temo acabar rompiéndome algún diente. Solo de imaginarme a un pijo refinado poniéndole las manos encima, me hace querer golpear cosas, si pueden ser cabezas, mejor. Abro la boca para hablar, pero en ese momento veo como Kitchi se baja volviendo a ponerse sobre sus cuatro patas y se aleja de la yegua meneando el cuello.

—Te habrás quedado a gusto ¿no? —pregunta Jo alzando una ceja y apuntando a mi caballo con el dedo—. Como la hayas dejado preñada, ya puedes correr —se acerca a Tormenta y palmea su cuello—. ¿Y tú qué? ¡golfa! Espero que lo disfrutaras al menos.

No puedo evitar soltar una carcajada al ver a la yegua agachar la cabeza como si estuviese avergonzada. Me acerco a Kitchi y palmeo su hocico sonriendo.

—Buen chico, así se hace, pero tengo que enseñarte a practicar la marcha atrás. No queremos un montón de Kitchis corriendo por ahí, se supone que tú eres único, muchacho.

Miro a Johanna y ella pone los ojos en blanco cogiendo las riendas de tormenta y tirando de ella hacia la cueva.

—¡Eh! ¿Dónde vas?

—Me voy a casa, ya he tenido suficiente testosterona por hoy.

—¿Nos vemos mañana? —Jo me mira alzando una ceja—. ¿Qué dices? ¿Aquí a la misma hora?

—Alec, creo que te estás equivocando. Yo no he vuelto aquí para volver a cometer los mismos errores del pasado. No sé qué crees que va a pasar entre nosotros, pero sea lo que sea, olvídalos. Nunca ocurrirá.

—Y yo que pensaba que habías regresado por mí —le digo en tono divertido.

Jo se detiene y me mira muy seria.

—Tú no sabes nada sobre mí, ¿Has pensado que quizás solo he venido de vacaciones o que puedo estar casada? Es más, puede que mi marido y mis

cuatro hijos estén esperándome en casa.

—Eso no es verdad —afirmo, pero ella alza una ceja y por un momento me hace dudar. No creo que esté casada y mucho menos que tenga cuatro hijos, pero... ¿Tendrá a alguien? Un novio quizás.

—Adiós Alec.

Va a marcharse, pero corro hacia ella y la detengo sujetándola por el brazo.

—¿Es verdad? ¿Tienes a alguien esperándote?

—Por enésima vez —Tira de su brazo y me mira de mala leche—, lo que yo tenga o no tenga, haga o no haga, no es asunto tuyo.

Se da media vuelta y camina a paso rápido perdiéndose en el interior de la cueva y dejándome con la duda. ¿Es posible que tenga pareja? No sería algo de extrañar. Johanna siempre ha sido guapa, pero ahora está increíblemente hermosa, su melena castaña le llega a media espalda y sus preciosos ojos azules enmarcados por esas largas pestañas, le dan un aspecto realmente atractivo, eso por no hablar de su cuerpo, cuando se fue tan solo tenía dieciséis años y su cuerpo aún no se había desarrollado del todo, y vaya si lo ha hecho. Ese cuerpo haría babear hasta al más célibe de los hombres.

Sacudo la cabeza para intentar librarme de la imagen de su cuerpo ya que una parte de mi anatomía está empezando a despertar y no es nada cómodo montar a caballo con una erección. Salgo del refugio y cabalgo en dirección al rancho. Cuando llego, desensillo a Kitchi y lo dejo en su cuadra recuperándose de su hazaña sexual. Salgo del establo sonriendo y me doy de frente con Barry.

—Hola muchacho —me saluda palmeando mi espalda.

Barry dejó de ser el capataz del rancho hace más de cinco años, él mismo decidió dejarle su puesto a su hijo Patrick.

—Hola Barry ¿Has visto a mi madre?

—Norah está en la cocina, la vi hace un rato —Me mira entrecerrando los ojos—. ¿A ti que te ha pasado? Te veo muy animado, la verdad es que hacía mucho tiempo que no te veía sonreír de ese modo.

Enseguida cambio mi gesto por uno mucho más serio.

—No sé de qué hablas, viejo. Voy a buscar a mi madre.

Barry asiente y camino hacia mi casa sin poder quitarme de la cabeza lo que me dijo Jo. ¿Tendrá novio? ¿Pensará irse otra vez?

—Hola hijo —me saluda mi madre cuando entro en la cocina. Está hablando con Martha, nuestra cocinera, ella es también la esposa de Barry y

la madre de Patrick.

—Hola mamá, ¿Dónde anda Nad?

—Creo que ha ido al pueblo —contesta acercándose a mí.

—¿Ella sola? ¿Cuántas veces le he dicho que no me gusta que salga sola?

—Tranquilo, Patrick ha ido con ella —Asiento dirigiéndome al frigorífico y sacando una cerveza de su interior. ¿Tendrá novio? Puede que haya dejado a alguien en la ciudad, quizás...— ¿Cariño, te encuentras bien?

La voz de mi madre me saca de mis pensamientos y la miro bebiendo un trago de mi botellín de cerveza.

—Sí, voy a estar en mi despacho, cuando llegue Nadia que alguien me avise.

—Hijo, tu hermana tiene casi treinta años, no hace falta que la cuides como un perro guardián. Ella es mayorcita para saber lo que hace y tú ya tienes suficiente con llevar el rancho tú solo.

—Lo llevo yo solo porque no tengo quien me ayude. Carter está demasiado ocupado mirándose su propio ombligo.

—Hablas como tu padre —murmura mi madre frunciendo el ceño.

—Bueno, le entiendo. Él no estaba tan equivocado en relación a Carter, es un bueno para nada, por eso me dejó a mí el sesenta por ciento de todos sus bienes en su testamento, si dependiera de tu hijo mayor, hace mucho que estaríamos arruinados.

—No hables así de tu hermano, y no quieras parecerte tanto a tu padre. Lo tienes tan endiosado que no te das cuenta que él también era un hombre de carne y hueso y que cometía errores como el que más.

Chasqueo la lengua contrariado y termino mi cerveza tirando la botella vacía a la basura.

—Lo que tú digas, voy a darme una ducha y a ponerme a trabajar en el despacho, alguien tiene que sacar esta familia adelante.

Salgo de la cocina y subo directamente a mi habitación, necesito una ducha para relajarme un poco. Después tendré que ponerme a trabajar en las nóminas de los trabajadores.

## *Johanna*

Entro en el despacho de mi padre sin llamar a la puerta y le miro lazando una ceja.

—¿Cuándo pensabas contarme que estamos a punto de arruinarnos?

Papá suspira y se echa para atrás en su silla pellizcándose el puente de la nariz.

—No sabía cómo decírtelo. Estaba tan contento por tenerte al fin en casa que no quise preocuparte con eso.

—¿Preocuparme? Papá, es normal que me preocupe. Esta también es mi casa, son mis tierras también.

—Lo sé cariño, pero esto es solo un bache. Voy a resolverlo ¿vale? Encontraré la manera de sacar este rancho adelante.

Me siento frente a él y agarro su mano por encima de la mesa.

—Déjame ayudarte, papá.

—Ya lo vas a hacer —contesta sonriendo—, contigo aquí me ahorro los gastos veterinarios, y créeme, eso es mucho dinero. Además, esa proteína que vas a usar con los terneros, espero que de su fruto muy pronto y podamos empezar a vender más cabezas de ganado cuanto antes. ¿Crees que habrá alguno listo para la feria? Es dentro de cuatro meses.

—Sí, estarán listos. Mañana empezaré a revisar los terneros, tengo que hacerles una revisión antes de suministrarles la proteína y verificar que no tienen alguna enfermedad. Cuando tenga un número aproximado de ejemplares listos para ser tratados, haré un pedido al laboratorio en Charlotte y en un par de días me enviarán las dosis.

—Genial, entonces solo es cuestión de tiempo. Supongo que también te encargarás del resto de animales del rancho ¿verdad? Estoy deseando despedir al inútil del veterinario.

—¿Inútil? ¿El doctor Harley es un inútil? ¿Desde cuándo?

—Cielo, el Doctor Harley se jubiló hace dos años y el nuevo veterinario de Black Mountain, un tal Josh Summers, es un incompetente, hace unos meses estuvimos a punto de perder a un semental porque se equivocó con la dosis de un desparasitante.

—Pues sí que es un inútil —murmuro para mí.

Mi padre me mira y sonrío abiertamente.

—Vete a descansar un rato, cariño. Mañana ya te pondrás al día con todo.

—Sí, voy a darme una ducha y a llamar a Megan. Es una pasada que ya haya red móvil en el rancho y hasta internet.

—Sí, bueno tuvimos que ceder unos terrenos a la empresa de telefonía para que instalaran esa monstruosa antena, pero vale la pena por el servicio que da —Acerca su cara a la mía y susurra como si estuviese contándome un secreto —, incluso he abierto una cuenta en Facebook.

Suelto una carcajada y me levanto rodeando la mesa y dándole un beso en la mejilla.

—Prueba crear un perfil en Tinder.

—¿Qué es Tinder? —pregunta confundido.

—Es una web de citas, ¿Quién sabe? Quizás encuentres al amor de tu vida.

—Yo ya encontré al amor de mi vida —contesta agachando la mirada.

Le miro y me atrevo a hacerle la pregunta que lleva persiguiéndome gran parte de mi vida.

—Papá, ¿De qué murió mamá?

Mi padre suspira y me mira apesadumbrado.

—Tuvo un accidente de automóvil. Ya sabes que no me gusta hablar de este tema, cariño. Entiendo que tú tengas curiosidad, pero lo que sí puedo decirte es que tu madre te adoraba y estaría muy orgullosa de la mujer en la que te has convertido.

Me despido de mi padre y subo a mi habitación. Después de darme una ducha, llamo a Megan.

—Ya te echo de menos —dice nada más descolgar.

Sonrío negando con la cabeza y me siento sobre la cama.

—Nos vimos esta mañana, Meg ¿No crees que es un poco pronto para decir eso?

—No, pero no voy a discutir contigo. ¿Qué tal la vuelta a casa? ¿Has encontrado ya a mi futuro marido?

—No, aún no me ha dado tiempo a inspeccionar el terreno.

—Pues espero que lo hagas pronto porque dentro de dos semanas espero conocerle.

—¿Dos semanas?

—Sí, tengo el fin de semana libre y que mejor que pasarlo con mi mejor amiga en su rancho repleto de hombres sucios y sudorosos.

—Estás como una cabra —afirmo tras soltar una carcajada.

—Pues seré cabra, pero espero llevarme a tu ex conmigo. Se lo comenté anoche en la fiesta y no pareció desagradarle la idea.

—Pues aquí os espero a los dos.

—Pero cuéntame, ¿Cómo ha ido todo?

Suspiro y paso a relatarle a mi mejor amiga todos los acontecimientos del día de hoy, ella ya conoce mi historia con Alec así que nada más terminar de hablar, me acribilla a preguntas.

—¿De verdad estuvo a punto de besarte? ¿Te hubieses dejado? ¿Sigues sintiendo algo por él? ¿Está cañón? ¿Tuvisteis sesión de porno en vivo?

—A ver, por orden que vas cuesta abajo y sin frenos. Sí, estuvo a unos centímetros de besarme. No, no le hubiese dejado besarme. La verdad es que me pilló por sorpresa, pero vamos, ¡que le pillé con una puta!

—Ya, antes que te presente una analítica completa —Suelto una carcajada, pero Megan sigue con su interrogatorio—. Te faltan tres preguntas por contestar.

—La respuesta a la última pregunta, es sí, los caballos se pusieron a darle al tema delante de nosotros, y a la penúltima es otro gran “Sí”, está tremendo. Alec siempre ha sido guapo, pero es que ahora está para meterlo en un trozo de pan y no dejar ni las migas.

—Pero en plan, ¿le arranco la ropa y me lo tiro aquí mismo o me caso con él y que me haga un par de chiquillos? —Me quedo callada, esperaba que con mi descripción detallada de Alec, se olvidara de la pregunta número tres—. Te conozco mejor de lo que crees, Johanna Callaghan. Estás evitando contestar a mi pregunta, es muy sencilla ¿Aún sientes algo por Alec?

Resoplo y me dejo caer de espaldas sobre la cama.

—No lo sé, Meg. Si me lo hubieses preguntado hace unas horas, mi respuesta habría sido un rotundo “No”, pero ahora...

—Le has visto, has estado con él y han resurgido sentimientos que creías olvidados. Eso o que llevas demasiado tiempo sin echar un polvo y ese rancho sexi te está alborotando las hormonas.

—Espero que sea eso último, si no...

—Si no, ¿qué?

—Si no voy a estar muy jodida. Este Alec no se parece en nada al que conocí, es un hombre duro y autoritario. Chris lo definió como un cabronazo sin sentimientos y creo que no se equivoca, al menos en lo de cabronazo.

Seguimos charlando durante un rato más, hasta que el cansancio empieza a ser más que evidente. Ni siquiera bajo a cenar, solo me meto en la cama y me quedo dormida en cuestión de segundos.

A las seis de la mañana me despierto con el canto de un gallo. Ya no recordaba lo que era dormir sin escuchar el ruido de los coches y el alboroto típico de la ciudad. Me desperezo y me levanto dispuesta a ponerme manos a la obra. Hoy mismo quiero empezar a revisar los terneros. Tras vestirme, bajo a la cocina y encuentro a Nala atareada con la preparación del desayuno

—Buenos días, nana —digo dándole un beso en la mejilla.

—Buenos días, cariño. Ayer no cenaste.

—Estaba tan cansada que me quedé dormida.

—Enseguida te preparo el desayuno.

—No hace falta —digo mientras me sirvo una taza de café—, con esto tengo más que suficiente, comeré algo a media mañana ¿Sabes dónde anda tu hijo?

—Probablemente en el establo, ¿y cómo es eso que no vas a desayunar? Llévate al menos un panecillo para el camino, acabo de sacarlos del horno.

Cojo el pan que me tiende y me lo llevo a la boca gimiendo de puro gusto. Aún está caliente y crujiente.

—Gracias Nana, nos vemos después —Me bebo el café de un trago y salgo por la puerta de la cocina caminando hacia el establo mientras doy buena cuenta del pan.

—Buenos días, madrugadora —me saluda Chris cuando me ve llegar—. Para no variar, vienes sin sombrero. Creo que voy a tener que comprarme más ¿Qué haces con ellos?

—Los meto todos en una vitrina junto a la camiseta que usé en el concierto de los Backstreet Boys —contesto arrancándole una carcajada.

—Muy bien, ¿por dónde quieres empezar? Tengo órdenes de tu padre de facilitarte todo lo que necesites para que puedas hacer tu trabajo.

—Creo que antes de nada tendría que darle un repaso al dispensario. No sé qué es lo que hay y lo que no. Si falta algo, haré una lista y lo pediré junto con las dosis de la proteína.

—También puedes pedirlo a Ashville, hace años que hacen entregas. Ahora ya no hay que ir allí a propósito a por los medicamentos veterinarios.

—Está bien saberlo —Camino hacia el fondo del establo y abro una puerta que da a un dispensario donde suelen guardarse medicamentos e instrumental necesario para el veterinario.

Normalmente, todos los ranchos disponen de un dispensario similar y el veterinario de la zona se encarga de tenerlo siempre surtido. Entro en la pequeña habitación y abro los ojos de par en par al comprobar el desorden que reina en el lugar. Todo está tirado, el instrumental sucio y juraría que incluso he visto un ratón corriendo por una esquina.

—Este lugar está un poco hecho polvo —informa Chris a mi espalda.

—¿Un poco? ¿Cómo demonios conseguía trabajar en estas condiciones el veterinario?

Chris se encoge de hombros y resoplo mirando a mi alrededor. Voy a

tener mucho más trabajo del que esperaba. Empiezo por abrir la nevera y como ya me esperaba, no hay casi nada, ni medicamentos, ni vacunas, nada.

—Vale, empecemos por el principio —murmuro cogiendo una goma y atándome el pelo en una cola alta

Los siguientes días los paso ordenando el dispensario y haciendo revisiones médicas a los terneros. Viendo el estado en el que se encontraba el dispensario, me llevé una grata sorpresa al encontrar la mayoría de los terneros en perfectas condiciones. Solo había algunos con pequeñas dolencias sin importancia. La verdad, es que esperaba algo peor.

Estoy terminando de auscultar a uno de los terneros más jóvenes, cuando veo como un hombre rubio con pinta de surfista se acerca al corral y se me queda mirando. Le hago un gesto con la cabeza a uno de los trabajadores que está sujetando al ternero y él le deja marcharse junto al resto de crías. Guardo el estetoscopio en mi maletín y camino hacia la valla del corral.

—Buenos días, ¿puedo ayudarle en algo? —pregunto al desconocido.

—Hola, soy Josh Summers, el veterinario.

Agarro la mano que me tiende y le miro de arriba abajo. Lleva puestas unas bermudas y una camiseta tirantes.

—Encantada, yo soy Johanna Callaghan y también soy veterinaria.

—Lo sé, gracias a ti me he quedado sin uno de mis mejores clientes — comenta divertido.

—Lo siento, no era mi intención entrometerme en tu trabajo, pero como comprenderás, estando yo en el rancho no necesitamos otro veterinario.

—Lo entiendo, solo he pasado a saludar y a conocer a la competencia.

—Creo que te equivocas, yo no soy competencia para nadie.

—¿Solo vas a trabajar en tu propio rancho?

—Sí, esa es la idea —aclaro cruzándome de brazos.

—No voy a decir que no me alegra escuchar eso —contesta sonriendo abiertamente—. Y ya que estoy aquí... ¿Qué te parece si te invito a cenar? Compartimos la misma profesión, quizás tengamos más cosas en común.

Le miro sin dar crédito a lo que estoy escuchando ¿Acaba de invitarme a salir?

—Creo que no acabo de entender ¿Josh? Te llamas así ¿verdad? —Él asiente sonriendo de manera chulesca—. Has venido aquí a marcar territorio, pero al ver que no soy una amenaza, has decidido invitarme a salir ¿voy bien? —pregunto alzando una ceja.

—Una mujer directa, eso me gusta. Ahora tengo aún más ganas de que

salgas conmigo.

Sonríó negando con la cabeza. Aún no sé exactamente cuáles son sus intenciones, pero es un tipo divertido y bastante guapo, aunque no es mi tipo.

—Te agradezco la invitación, pero creo que paso.

—Muy bien, si cambias de idea tu padre tiene mi número y Chris también, eso sí, no voy a estar por aquí durante un par de días, tengo que ir a Ashville. En realidad, ya debería estar allí, pero he tenido que asistir a una urgencia en el rancho Wolfheart.

—¿Una urgencia? ¿Ha pasado algo grave? —pregunto perdiendo la sonrisa.

—No, nada importante. El caballo del Lobo ha sufrido un cólico por obstrucción.

—¿Kitchi? ¿Está bien?

—Sí, ya le he administrado un laxante y en un par de días estará como nuevo. Eso es algo común en los caballos, seguramente habrá comido algo de tierra o arena.

Me muerdo la lengua para no decirle que sé perfectamente que los cólicos por obstrucción son muy comunes en los caballos. Puede que sea guapo, pero es un engreído y un petulante, eso a simple vista.

—Bueno, yo tengo que seguir trabajando. Supongo que ya nos veremos.

—Claro, recuerda que la invitación sigue en pie. Cuando quieras, ya sabes.

Me guiña un ojo y se marcha en dirección a un todo terreno que está aparcado cerca de la carretera.

—Ni en tus mejores sueños, capullo —susurro para mí.

## El chucho no tiene quien le rasque las orejas

*Alec*

Escucho como llaman a la puerta de mi despacho y dejo los papeles que estaba leyendo para dar paso a Patrick.

—Hola Lobo —me saluda antes de cerrar la puerta.

—Hola, ¿has averiguado algo de lo que te pedí?

—Sí, he estado hablando con uno de los peones del rancho Callaghan. Me ha dicho que la Doctora Callaghan está trabajando con el ganado. Me dijo algo de unas vacunas o algo así. Un fármaco que se supone acelera el crecimiento de los terneros.

—¿Un fármaco? Eso no es posible. Eso devaluaría el valor de la carne.

—Este no, según tengo entendido es algo natural, un nuevo invento.

—He escuchado hablar de algo así. Creo que era una proteína o algo parecido. No sabía que la FDA lo hubiera aprobado y que ya estuviese comercializado y menos que algún ganadero de la zona lo estuviese probando.

—Según me dijo el peón, la Doctora Callaghan trabajó en el desarrollo de esa proteína o lo que sea.

—Bien, ¿Has descubierto algo más? ¿Sabes si se está quedando ella sola en el rancho o si ha venido acompañada?

—Está sola. También le he preguntado si había visto a algún forastero rondando la casa del rancho Callaghan o si había escuchado que algún hombre la llamaba por teléfono, pero eso no ha sabido contestarme. Dice que no sabe nada.

—Está bien, pero sigue indagando un poco más. Necesito toda la información que puedas conseguir.

—Sí Lobo. Otra cosa, los hombres de Callaghan han vuelto a levantar la valla ¿Qué quieres que hagamos? ¿Ordeno a los chicos que la vuelvan a derribar?

Esa es la pregunta del millón. ¿Sigo con mis planes de arruinar a Mathew Callaghan? Eso no va a hacerme ganar puntos frente a Johanna. Espera, ¿Quiero ganar puntos frente a Johanna? Estoy hecho un lio.

—Por ahora déjala como está —digo tras resoplar—. Ya te avisaré.

—Perfecto.

Se toca el sombrero a modo de despedida y abre la puerta dispuesto a salir del despacho, pero es interrumpido por uno de los peones que le mira a

él y después a mí, muy nervioso.

—Patrick, Lobo, hay un problema en el establo.

—¿Qué pasa? —pregunto levantándome.

—Es Kitchi, ha empeorado.

Patrick y yo salimos corriendo hacia al establo seguidos del peón y al llegar a la cuadra de Kitchi le veo tumbado en el suelo. Se remueve incómodo y resopla fuertemente como si estuviese sufriendo muchísimo.

—¡Llamad al veterinario! —grito entrando en la cuadra y arrodillándome frente a mi caballo—. ¿Qué pasa, muchacho? —susurro acariciando su morro.

Veo como Chris se lleva el teléfono a la oreja y cuelga la llamada unos segundos después negando con la cabeza.

—Tiene el teléfono apagado.

—Pues manda a alguien que vaya a buscarlo al pueblo. Tráele aquí como sea.

—Lobo, ayer por la mañana cuando estuvo aquí, dijo que iba estar en Ashville un par de días.

—¡Mierda! ¡Maldito inútil! Llámale de nuevo y déjale un mensaje en el contestador, dile que venga para aquí lo antes posible, y localiza a otro veterinario.

—El único veterinario de la zona es el Doctor Summers, cualquier otro tendría que venir desde Ashville, a no ser...

—A no ser ¡¿Qué?!

—Hay una veterinaria aquí al lado. la Doctora Callaghan.

—Johanna —susurro viendo como Kitchi vuelve a revolverse de dolor—. Ve al rancho Callaghan y tráela aquí, cuéntale lo que ha pasado y dile que como no venga, Tormenta va a ser madre soltera.

—¿Cómo? No entiendo...

—¡Tú haz lo que te digo, Patrick! ¡Corre!

Sale corriendo y yo me quedo intentando tranquilizar a mi pobre caballo que parece estar sintiendo muchísimo dolor.

## *Johanna*

Estoy terminando de vestirme después de darme una ducha, cuando escucho como un coche derrapa frente a la puerta principal de la casa. Miro por la ventana de mi habitación y veo al capataz del rancho Wolfheart discutiendo con mi padre.

—¿Qué demonios está pasando? —susurro para mí saliendo de la habitación.

Al llegar a la puerta escucho los gritos de mi padre.

—¡Dile al maldito Lobo que no vuelva a enviar a uno de sus hombres a mis tierras y que deje en paz a mi hija de una puta vez!

—¿Se puede saber que está pasando aquí? —pregunto saliendo al porche delantero.

—Lo siento, Doctora Callaghan, soy Patrick el capataz del rancho Wolfheart, nos conocimos...

—Lo recuerdo —le interrumpo—. ¿En qué podemos ayudarte, Patrick?

—No es a mí. El Lobo me envía para buscarla, tiene que venir conmigo.

Sonríó negando con la cabeza. ¿Tengo que ir con él? ¿Este maldito chucho que se cree?

—Lo siento, Patrick. Dile a tu jefe que yo no soy uno de sus peones a los que da órdenes. No pienso ir a ningún lugar.

—Pero Doctora Callaghan...

—Ya has escuchado a mi hija, muchacho. Ahora lárgate de aquí antes que mande a mis hombres sacarte a la fuerza.

Veo como Patrick aprieta los puños, da un paso al frente y clava sus ojos en los míos.

—Es Kitchi. Está muy enfermo y no conseguimos localizar al veterinario.

—¿Qué le pasa? —pregunto bajando las escaleras del porche y caminando hacia él.

—¡Que se pudra ese maldito caballo! Mi hija no va a ir a ningún lado —brama mi padre.

—Gracias por tu opinión, papá, pero creo que tengo edad suficiente para decidir por mí misma lo que voy o no voy a hacer —replico alzando una ceja.

Mi padre maldice en alto y yo me giro de nuevo hacia Patrick esperando a que me conteste.

—Está tumbado, parece tener mucho dolor y respira con dificultad. Tiene que venir conmigo Doctora Callaghan —Se acerca a mí y susurra para que mi padre no pueda escucharle—. El Lobo me ha dicho que le diga que si no viene conmigo, Tormenta será madre soltera.

Resoplo poniendo los ojos en blanco.

—Está bien, voy a por mí maletín. ¿Me llevas tú o te sigo con mi coche?

—Yo la llevo.

Asiento y entro en casa para recoger mi maletín con el instrumental

médico y algunas medicinas. Espero que el dispensario del rancho Wolfheart no se encuentre en el mismo estado en el que encontré el nuestro. Al salir de nuevo, mi padre me agarra del brazo con cara de mala leche.

—¿Qué estás haciendo, hija? Ese hombre es nuestro enemigo. Ha estado robándonos durante años, ¿y tú ahora te vas a ayudarlo?

—Papá, hay un animal que puede morir. Está sufriendo.

—¿Y qué? Ese caballo ni siquiera debería ser suyo.

—Doctora Callaghan, tenemos que irnos —grita Patrick desde el todo terreno.

—Papá, tengo que irme, ya hablaremos después —Me suelto de su agarre y me subo en el sito del copiloto junto a Patrick.

—Gracias, Doctora Callaghan —dice Patrick recorriendo el camino de tierra a toda velocidad.

—Llámame Johanna y te agradecería que no nos mataras. No me gustaría morir antes de los treinta.

—Entendido Johanna —contesta decelerando un poco justo cuando a lo lejos puedo ver la casa del rancho Wolfheart.

Nunca antes había estado aquí, y a simple vista la casa parece preciosa. No puedo fijarme en los detalles porque Patrick pasa de largo la casa y aparca frente a lo que parecen ser los establos. Hay un grupo de peones en la puerta que me miran extrañados al verme salir del todo terreno.

—Por aquí, Johanna —indica Patrick guiándome al interior del establo.

Pasamos unas cuantas cuadras hasta que miro hacia el interior de una que tiene la puerta abierta, Kitchi está tumbado en el suelo respirando con dificultad mientras Alec acaricia su hocico con gesto de preocupación. Al escucharnos llegar, levanta la cabeza y me mira suplicante.

—¿Cómo está? —le pregunto entrando en la cuadra.

—Mal, cada vez respira peor.

Abro mi maletín y saco de su interior mi estetoscopio. Al auscultarlo me doy cuenta de que tiene mucho moco en las mucosas, pero no es a causa de ningún problema pulmonar. Palpo su abdomen y lo siento rígido y tenso, para nada como debería estar.

—¿Quién estaba con el veterinario cuando vino a verle?

Alec mira hacia Patrick y este se rasca la cabeza.

—Eh... creo que era Donald. Él suele encargarse de los caballos.

—Ve a buscarlo —ordena Alec.

Le hago unas cuantas pruebas más a Kitchi y le saco un poco de sangre

para analizar bajo el microscopio antes de que Patrick regrese acompañado de Donald, alias Dientes Marrones.

—Gracias por venir —susurra Alec justo cuando Donald entra en la cuadra.

Le miro y él frunce el ceño mirándome con rabia.

—¿Tú estabas presente cuando el Doctor Summers revisó ayer a Kitchi? Donald mira hacia Alec.

—No me mires a mí, Donald. Es ella quien te está haciendo una pregunta. Contéstale —ordena Alec.

Dientes marrones me mira de nuevo a mí y asiente.

—¿Qué pruebas le hizo? ¿Le palpó el abdomen? —Vuelve a asentir—. ¿Algo más? ¿Le hizo un examen rectal?

—¿Un qué?

—Te está preguntando si le metió la mano por el culo —aclarar Alec.

—Eh... No, solo le tocó la tripa y dijo que era un cólico, le dio una medicina y dijo que en un par de días estaría bien.

—Este tío es imbécil —murmuro cogiendo un guante de látex largo de mi maletín—. ¿Sabes si el caballo ha sufrido algún cambio en su alimentación o si ha presentado algún otro síntoma en los últimos días?

—La comida es la misma, alfalfa y pienso, y ya le dije al Doctor Summers que Kitchi llevaba unos días con diarrea.

—¿Diarrea? ¿Quién coño le ha dado la licencia a ese tío? ¿Cómo puede diagnosticar un cólico por obstrucción cuando no hay ninguna obstrucción?

—¿Qué pasa, Jo? —me pregunta Alec.

—Pasa que ese veterinario es un inepto y un incompetente. Patrick, ¿puedes traerme agua limpia y jabón?

Asiente y al poco rato vuelve con un cubo de agua y una pastilla de jabón. Me lavo concienzudamente las manos y brazos y me coloco el guante ajustándomelo bien a la altura del codo, unto un poco de lubricante en el orificio anal de Kitchi y empiezo a introducir mi brazo comprobando que efectivamente no hay ningún tipo de obstrucción. Saco la mano y miro hacia Alec que me está mirando con una mueca de asco.

—¿Qué pasa? ¿Nunca has visto a una chica meterle la mano en el trasero a un caballo?

—Pues no, y para que lo sepas, no es nada agradable a la vista.

—Eso es que tú eres muy sensible —bromeo empezando a quitarme el guante.

Antes de quitármelo del todo, detecto un olor fuerte y muy peculiar proveniente de mi brazo. Acercó mi nariz a mi antebrazo para intentar reconocer el olor.

—¿Por qué hueles eso? —pregunta Alec arrugando la nariz—. Como le metas la lengua, no vuelvo a besarte.

Le miro alzando una ceja y me quito el guante tirándolo a un lado de la cuadra.

—Eres un cerdo, y voy a hacer como si no hubiese escuchado lo que acabas de decir.

—¿Sabes qué? Tienes razón, probablemente te besaría igual.

Le levanto el dedo corazón y me acerco al hocico de Kitchi, pego mi nariz a la suya y aspiró su olor.

—¿Qué pasa, Jo? ¿Ahora quieres besar a Kitchi? —Aunque está bromeando puedo detectar la preocupación en su voz.

—Cicuta, es una intoxicación por cicuta.

—¿Cicuta? ¿Me estás diciendo que han envenenado a mi caballo?

—Es posible, o también puede haberla comido por accidente.

—¿Estás completamente segura de que es eso?

—No al cien por ciento, la única manera de asegurarse es analizando la muestra de sangre, pero eso me llevaría bastante tiempo, un tiempo que no tenemos —Suspiro mirándole fijamente—. Alec, hay que actuar inmediatamente. Si no lo hacemos rápido, Kitchi morirá. Solo es cuestión de tiempo que sus órganos vitales empiecen a fallar.

Alec se pasa la mano por el pelo y asiente.

—Haz lo que creas conveniente. Si tú crees que es cicuta, yo confío en ti.

Le sonrío agradeciéndole de ese modo su voto de confianza.

—Hay que ponerse manos a la obra, no hay tiempo que perder.

—¿Va a ponerse bien? —me pregunta apretando los puños.

—No lo sé, Alec. Voy a administrarle cuanto antes un protector hepático, con un poco de suerte aún no tendrá el hígado dañado. ¿Dónde está el dispensario?

—Al fondo del establo, ven conmigo.

Se levanta y agarra mi mano sacándome de la cuadra, camina tirando de mi hasta el fondo del establo y aunque intento tirar de mi mano, no me suelta. Al llegar, abre la puerta y como ya me esperaba, el lugar está hecho un desastre.

—Esa puerta debería estar siempre cerrada con llave y solo el veterinario

debería tener esa llave —Miro hacia nuestras manos unidas y alzo una ceja—. ¿Me devuelves mi mano? La necesito para rebuscar entre toda esta porquería.

Alec acaricia mi muñeca con el pulgar antes de soltarme. Me pongo a rebuscar y por suerte encuentro lo que estoy buscando, Metionina glucosada para que actúe como un hepatoprotector y cápsulas de carbón activo para ayudarle a eliminar lo que quede de toxina en su organismo, también encuentro un analgésico que puede ayudarle a descansar. Lo cojo todo y salgo del dispensario a toda prisa con Alec a mi espalda. Al llegar, le administro los medicamentos y miro hacia el exterior de la cuadra dónde se han arremolinado un puñado de trabajadores.

—Marchaos todos a dormir, dejémosle descansar y ya veremos cómo amanece mañana.

Los hombres empiezan a disiparse así que me siento en el suelo y pego mi espalda a una de las paredes de la cuadra.

—¿Qué haces? ¿Vas a quedarte aquí?

—Así es, quiero ver como evoluciona durante la noche. Tú vete a dormir tranquilo, si hay algún cambio, te avisaré. Estoy segura de que habrá algún peón por ahí fuera, te mandaré llamar.

—Olvídalo, me quedo contigo —afirma sentándose a mi lado.

—Alec, no hace falta que te quedes.

—Ya, pero quiero hacerlo. Te hago compañía —Voy a abrir la boca para rebatirle, pero se adelanta poniendo una mano sobre mi boca—. Me da igual que no me lo hayas pedido y que no quieras mi compañía. Me quedo y punto, no quiero discusiones al respecto.

—Eres un jodido mandón —digo tras quitarme su mano de la boca.

—Y tú tienes una lengua muy sucia, ¿No sabes hablar sin decir palabrotas?

—Créeme, aún no me has escuchado decir palabrotas.

Alec sonrío y apoyo la parte posterior de mi cabeza contra la pared cerrando los ojos.

## *Alec*

La veo aquí sentada frente a mí con el cuello estirado hacia atrás y los ojos cerrados, y me dan ganas de lanzarme sobre ella y besarla como si no hubiera un mañana. Está preciosa y está aquí, sentada en el suelo de mi establo y cuidando de mi caballo.

—Gracias por hacer esto —susurro sin poder apartar mis ojos de ella.

—Es mi trabajo —contesta sin abrir los ojos—, además, no puedo dejar al hijo de Tormenta sin padre, ella nunca me lo perdonaría.

Sonrío y me doy cuenta de que no voy a tener mejor oportunidad que esta para resolver mis dudas respecto a si tienen o no pareja.

—Me quedé pensando en lo que me dijiste el otro día sobre tu novio —comento como si nada.

—¿Qué novio? —pregunta de inmediato. ¡Lo sabía! ¡Era mentira! Creo que ahora mismo sería capaz de dar saltos de alegría. Abre los ojos y me pilla mirándola con una enorme sonrisa instalada en la cara—. ¿Se puede saber de qué te ríes?

—De ti, acabas de confesarme que el otro día me mentiste, no tienes novio.

—Nunca dije que lo tenía, dije que quizás podría tenerlo.

—Pero no lo tienes.

—¿Qué es lo que quieres escuchar, Alec? —me pregunta mirándome a los ojos—. ¿Quieres que te diga que no tengo novio? Muy bien, ahí te va. No tengo novio ¿Satisfecho?

—Mucho —contesto sin poder dejar de sonreír.

—Pues me alegro por ti. Ahora si esperas que yo te pregunte a ti si tienes novia... Eso no va a suceder, más que nada porque me da absolutamente igual.

—Ya sabes que no tengo novia, ni novia, ni amiga, ni amante —Veo como alza una ceja y me encojo de hombros—. ¿Qué? Linda no cuenta, es una prostituta, además, llevo sin ir a La Casa de Muñecas desde el día que tú viniste a buscarme allí.

Noto como sonrío cínicamente y ladea la cabeza mirándome con los ojos entrecerrados.

—Pobrecito, el chucho no tiene quien le rasque las orejas —dice con voz melosa.

—Eres insoportable —digo tras resoplar.

—Y tú un capullo.

—Bruja.

—Imbécil.

La miro y no puedo evitar sentir como si el tiempo nunca hubiese pasado. Quizá no hemos cambiado tanto. En este momento solo somos Johanna y yo, los dos en perfecta sintonía. El uno disfrutando de la compañía del otro como

hacíamos antes. Supongo que ella piensa lo mismo que yo porque me mira y sonrío antes de volver a echar la cabeza hacia atrás y cerrar los ojos.

—Jo, hay algo que tengo que decirte.

—A ver qué gilipollez me sueltas ahora —murmura sin abrir los ojos.

—Lo siento —.Mi confesión la hace abrir los ojos y mirarme— Lo siento mucho. Tenías razón, no me va a llegar una vida para arrepentirme de haberte apartado de mí.

Veo como traga saliva y desvía la mirada.

—Han pasado diez años, Alec. Ahora ya no vale la pena hablar de esto.

—Claro que vale la pena —susurro poniendo mi mano sobre su rodilla.

Jo mira mi mano y me mira alzando una ceja.

—Las manos quietas, vaquero —Agarra mi muñeca y levanta mi mano soltándola en mi regazo.

Sonrío negando con la cabeza y me apoyo contra la pared imitando su postura.

—Descansa un rato si quieres, yo vigilaré a Kitchi y si noto algún cambio te despierto.

—Estoy bien. Duerme tú un rato.

Veo como vuelve a cerrar los ojos y sonrío sin poder dejar de mirarla. Quiero sentirme siempre como me siento ahora mismo, con esta paz interior. Pero, ¿Sería capaz de dejar a un lado todo sentimiento de odio y venganza hacia los Callaghan, para seguir sintiéndome así? ¿Podría llegar a olvidar lo que su padre le hizo a mí? ¿Sería capaz de hacer a un lado la promesa hice frente a la tumba de mi padre por ella?

## A ti te va la marcha

*Johanna*

Me despierto sintiendo unos acompasados golpes bajo mi mejilla. Tengo la cabeza apoyada contra algo duro y blando a la vez y siento el peso de un brazo rodeando mis hombros y dándome calor. Abro lentamente los ojos intentando ubicarme y al levantar la mirada, veo a Alec sonriéndome. Estoy muy pegada a él, tanto que lo que tenía por almohada era su pecho y es su brazo el que siento rodeando mi cuerpo.

—Buenos días, pequeña —susurra a escasos centímetros de mi cara.

—Eh... Buenos días —contesto apartándome de él.

Miro sobre mis piernas y veo que estoy cubierta por una manta. Eso no estaba ahí la última vez que me desperté para comprobar el estado de Kitchi, y digo la última vez porque me he pasado la noche vigilándole y echando pequeñas cabezadas, supongo que al final acabé quedándome dormida.

—¿Y esto?

—Te pegaste tanto a mí que me imaginé que tenías frío. ¿A quién se le ocurre salir de casa sin chaqueta?

—Estamos en pleno verano —contesto levantándome y acercándome a Kitchi—. Además, eso lo dice el hombre que se pasó una noche a la intemperie a riesgo de morirse congelado.

—Valió la pena el riesgo. Se pueden llegar a hacer muchas locuras por amor.

—“Locura” es la palabra clave —murmuro comprobando que la respiración del caballo ya está normalizada—. Ayúdame a intentar levantarlo.

—¿Cómo está?

—Parece que algo mejor, si puede levantarse, es buena señal.

Alec se acerca a Kitchi y tira de su cuello hacia arriba, enseguida el caballo entiende lo que quiere y se pone de pie.

—Muy bien, muchacho —digo palmeando su lomo. Alec me mira y le sonrío—. Lo peor ya ha pasado, va a ponerse bien.

Veo como respira aliviado y escuchamos voces en el establo. Unos segundos después, Carter y Nadia se asoman a la cuadra.

—¿Cómo está el paciente? —pregunta Carter.

—Se recuperará —le contesto guardando mi instrumental en el maletín.

Nadia me mira sonriendo y levanta una mano a modo de saludo.

—Hola Johanna, me alegro de verte.

—Y yo a ti, Nadia. Yo ya me voy, seguid dándole las capsulas de carbón activo durante un par de días más y mañana ya puede empezar a comer, si empeora llamadme y estaré aquí enseguida.

—No tengo tu número —dice Alec a mi espalda.

—Llama a Chris, él me avisará.

Voy a salir de la cuadra cuando veo a Josh Summers entrar en el establo vestido con sus bermudas y camiseta de tirantes. Salgo de la cuadra y Alec me sigue cerrando la puerta.

—Hola Lobo, he venido en cuanto he escuchado el mensaje —Me mira y sonrío de manera chulesca—. Hola Johanna, no sabía que estabas aquí.

—Tuve que venir porque tú no estabas disponible —le contesto alzando una ceja.

—Ya bueno, pero ahora ya estoy aquí, yo me hago cargo. Por cierto, lo de la cena aún sigue en pie, cuando quieras, ya sabes.

Me guiña un ojo y lo único que soy capaz de hacer es mirarle alucinada. ¿Este tío es de verdad?

—Oye Josh, dime una cosa —digo intentando mantener a raya mi mala leche—. ¿Hay algo que te tomes en serio? Como por ejemplo, ¿la vida de un animal?

—¿La vida? Eso es un poco exagerado, un cólico por obstrucción es de lo más habitual, no es nada grave.

—Ya, pero una intoxicación por cicuta sí que es grave.

—¿Cicuta? ¿De dónde has sacado eso? Es imposible que...

No es capaz de terminar la frase porque Alec le arrea un puñetazo que le tira al suelo.

—Ese ha sido por ser un incompetente de mierda —Le levanta del suelo y vuelve a darle un nuevo golpe, esta vez en el estómago—. Este por poner la vida de mi caballo en peligro —Un nuevo golpe en toda la cara que provoca que empiece a sangrar por la nariz—. Y este, maldito hijo de puta, es por atreverte siquiera a poner tus ojos sobre ella —Lo empuja con fuerza empotrándole contra la pared y veo como coge una pala y la levanta sobre su cabeza dispuesto a golpearle con ella.

—¡Alec! ¡¿Qué coño haces?! —grito poniéndome frente a él.

—Johanna sal de en medio —gruñe mirando a Josh con una mirada asesina.

—¡No! ¡Suelta la pala!

—¡Johanna!

—¡Te he dicho que sueltes la maldita pala! —Me mira con rabia y yo alzo la barbilla cruzándome de brazos—. ¡Ahora, Wolfheart! Suelta... la puta... pala.

Resopla como un toro a punto de embestir y lanza la pala contra la pared provocando que tanto Josh como Carter y Nadia, se encojan por el susto.

—Sácalo de aquí antes que lo mate —le dice a Carter.

Su hermano recoge a un golpeado y sanguinolento Josh del suelo y lo arrastra hacia fuera del establo.

—¿Te encuentras mejor ahora, machote? ¿Ya te has golpeado bastante el pecho con los puños?

—¡No! —grita andando de un lado a otro como un león enjaulado—. ¡Maldita sea! Me sentiría mejor si hubiese matado a ese maldito hijo de perra, aún por encima tuvo los cojones de intentar ligar contigo. Este desgraciado no sabe con quién se ha metido. Voy a encargarme de que no vuelva a ejercer en su patética y miserable vida. Lo más cerca que va a estar de un animal, va a ser con un cristal de por medio cuando vaya de visita al zoológico.

Nadia mira a asustada a su hermano y pega un brinco con cada grito y maldición que sale de su boca.

—Bien, si ya has terminado tu exhibición de testosterona, me voy a casa.

—Tú no te vas a ningún lado, tengo que hablar contigo.

—Quizás en otro momento, Alec. Cuando tú estés más tranquilo y yo no apeste a excremento de caballo.

—¡No! ¡Vamos a hablar ahora! —grita ganándose una mirada asesina por mi parte, parece darse cuenta de su metedura de pata porque respira profundamente y me habla de forma mucho más calmada—. Lo siento, no quería gritarte, es que necesito de verdad hablar contigo.

—¿Sobre qué?

—Sobre los días que vas a venir aquí al rancho, qué necesitas para el dispensario, cuanto...

—Espera, espera, para el carro que te estás embalando ¿De qué coño hablas? Yo no voy a venir aquí para nada. No voy a trabajar para ti.

—Pequeña, necesito un veterinario. No puedo tener un rancho de ganado sin un veterinario.

—Pues no haberle dado una paliza al que tenías, a mí que me cuentas...

—Summers es un incompetente, después de lo que ha pasado no podía seguir confiando en él.

—Alec, en Ashville hay veterinarios perfectamente capacitados. Solo tienes que ir allí y solicitar que uno venga a hacerte unas visitas periódicas.

—¿Para qué ir a Ashville si tú estás aquí al lado y también eres veterinaria? Además, no hay ningún veterinario en el que pueda confiar más de lo que me fio de ti.

—Es todo un honor, pero paso. Adiós Alec.

Voy a salir del establo, pero se interpone en mi camino.

—También me interesa la proteína.

—¿Qué has dicho? ¿Cómo sabes lo de la proteína?

Veo como se cruza de brazos y se encoje de hombros. ¡¿Quién mierda le ha contado a Alec lo de la proteína?! Quien haya sido, me va a escuchar.

—Tengo mis contactos —contesta mirándome de reojo.

En ese momento entra Chris en el establo y nos mira a los tres sin entender lo que está pasando.

—Hola Chris —saluda Nadia sonriendo de oreja a oreja.

—Hola Nad —contesta él—. Jo, he venido a buscarte. Tú padre está preocupado por ti.

—Sí, vámonos. Aquí ya he terminado.

—Pequeña, piensa en ello ¿vale? Si te haces cargo de mis animales, estoy dispuesto a pagarte el doble de lo que me pidas.

Me detengo en seco a la salida del establo y me giro fulminándole con la mirada.

—¿Me estás comprando?

—¡¿Qué?! No, me he expresado mal, yo...

—Escúchame bien, chucho. Yo no soy una de tus putas a la que puedes comprar con un puñado de billetes.

—Me has entendido mal. Me refiero a qué... —resopla pasándose la mano por el pelo—. El rancho Callaghan no está pasando por su mejor momento, no os vendría mal un poco de dinero extra.

Me acerco a él y clavo un dedo en su pecho.

—¡Eres un maldito hipócrita! Lo dices como si realmente te importara que mi familia esté al borde de la ruina, cuando tú eres el responsable de eso. Y aún tienes los santos cojones de... ¿Sabes qué? Olvídalo. La verdad es que no sé qué demonios hago aquí. Debería haberle hecho caso a mi padre.

—¿Tú padre? Hablas de Mathew Callaghan como si fuese un jodido santo y te aseguro que de santo no tiene nada. ¡Es un maldito asesino!

—Da igual, Alec —Niego con la cabeza dando un paso hacia atrás—.

Ocúpate de buscar un veterinario, yo no pienso volver aquí.

Me doy media vuelta y salgo del establo intentando retener las lágrimas. No voy a llorar por él, no voy a llorar por él, me repito a mí misma una y otra vez.

—¡Johanna! ¡Jo, espera! No te vayas —grita cuando ya estoy en el interior de la pick up de Chris.

Veo cómo Chris habla con él y mira hacia aquí pasándose la mano por el pelo. Chris se despide y viene hacia mí, se sube en el asiento del conductor y salimos del rancho Wolfheart a toda prisa.

—¿Estás bien? —pregunta Chris mirándome de reojo.

—Sí, perfectamente. Solo estoy cansada, ha sido una noche larga.

—Jo, no quiero meterme donde no me llaman, pero... ¿Qué coño? Vosotros sois los que siempre me habéis metido en medio, así que creo que tengo todo el derecho del mundo a decirte esto —le miro alzando una ceja y el continúa—. No sigas por ese camino. No va a traerte nada bueno. Me da la impresión de que Alec y tú lo estáis retomando justo dónde lo dejasteis y eso va a traeros mucho sufrimiento a los dos.

—No, eso no es verdad. No hay nada entre nosotros.

—¿Estás segura? Porque yo estoy seguro de haber acabado de presenciar una pelea de enamorados.

—Eso no va a pasar. Alec y yo... Eso se acabó hace diez años.

—No me lo creo y solo te digo una cosa, piensa en ti y en lo que es bueno para tu vida. Deja a un lado a tu padre, a Alec, a mí y a todo aquél que piense que tiene derecho a opinar sobre tu vida. Solo tú puedes decidir cómo quieres vivirla. Por mi parte yo siempre estaré ahí para ayudarte y apoyarte en todo lo que decidas.

Le miro sonriendo levemente y él me devuelve la sonrisa.

—¿Por qué no me enamoré de ti? Habría sido todo mucho más sencillo.

—Porque somos como hermanos, además, yo soy demasiado normal para ti. A ti te va la marcha.

Suelto una carcajada y él me sigue, poco después detiene el coche frente a mi casa.

—¿Qué me dices de Nadia, chico sencillo? He visto cómo te miraba. Está loquita por ti.

—Ya, bueno. Es una gran chica y muy guapa.

—Deberías invitarla a salir una noche.

—Quizás lo haga —contesta sonriendo.

—Gracias Chris, por estar siempre ahí para mí.

—Aquí seguiré. Ahora entra en casa que tu padre está hecho una furia.

—Sí, voy a enfrentarme a la fiera.

Salgo del vehículo y me despido con la mano de mi buen amigo Chris. El pobre tiene el cielo ganado conmigo, siempre acabo arrastrándolo en mis problemas.

Entro en casa y me encuentro a mi padre de brazos cruzados y con cara de mala leche.

—Buenos días, papá.

—¿Buenos días? ¿En serio? ¿Sabes la noche que me has hecho pasar?

—Papá, no exageres. Estuve toda la noche pendiente del caballo.

—¿Del caballo o del dueño del caballo?

Lo miro alzando una ceja y suspiro dejando mi maletín en el suelo he imitando su gesto al cruzarme de brazos.

—Papá, no quiero ser mal educada ni faltarte al respeto, pero no tengo quince años. Soy una mujer adulta y yo decido cómo, por qué y con quién paso la noche.

—¡Eres mi hija! No voy a permitir que la historia vuelva a repetirse ¿me escuchas? No vas a volver a ver a ese malnacido.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?! Me estás dando órdenes como si realmente pudieses controlar lo que hago y lo que dejo de hacer, y no es así. Yo decido, papá. Solo yo y nadie más.

Cierra los ojos y suspira agachando la cabeza.

—Lo siento, cariño. Sé que no puedo decirte como tienes que vivir tu vida y que ya no eres una niña, pero es que me aterra que ese... hombre, pueda volver a utilizarte para hacerme daño.

—Eso es lo que tú nunca has entendido, viejo. Alec nunca me utilizó. Él realmente me quería. Nunca has querido saber cómo llegué a enamorarme de él. No me sedujo ni me obligó a quererle, solo se ganó mi corazón. Antes de ser pareja, fuimos amigos durante años.

—¡No! Los Wolfheart no tienen amigos, ellos no conocen el significado de la palabra amistad, carecen del sentido de lealtad hacia un amigo, creme, lo sé muy bien.

—¿De qué hablas, viejo? ¿Qué es lo que sabes?

Veo como desvía la mirada negando con la cabeza.

—Da igual. Vete a descansar y date una ducha, apestas a caballo.

Asiento y subo a mi habitación sin poder dejar de pensar en lo que acaba

de decir mi padre. Sus palabras... Habló como si realmente estuviese seguro de ello, juraría que hasta pude reconocer el pesar en su tono de voz.

## *Alec*

La he cagado. He vuelto a cagarla con Jo y aun no entiendo cómo. No quise ofenderla al ofrecerle dinero, pero es que estaba tan desesperado por retenerla a mi lado, que no pensé lo que decía, y ahora está furiosa conmigo. Tengo que hacer algo, lo que sea, pero necesito que vuelva a hablarme.

—¿Estás bien, hermanito? —escucho la voz de Carter y me giro para verle apostado junto a la puerta del establo.

—¿Qué haces aquí? Creí que a esta hora ya estarías borracho en La Casa de Muñecas.

—Sí, bueno... Tú tampoco estás allí. Es más, hace más de una semana que no te veo en ese lugar.

—He estado ocupado —contesto dejándome caer sobre un fardo de paja.

—¿Con Johanna Callaghan? —me pregunta mi hermano sentándose a mi lado. Le miro frunciendo el ceño y él levanta las palmas de las manos—. Está bien, solo pensé que te vendría bien hablar.

Hace el amago de levantarse, pero las palabras que salen de mi boca le detienen.

—La sigo queriendo —Le miro y sacudo la cabeza— Han pasado diez años y no he sido capaz de olvidarla, ahora ha vuelto y...

—Y está poniendo tu mundo patas arriba —Asiento asándome la mano por el pelo—. Eso es bueno, hermano. Mírate, estás hablando conmigo. Has pasado diez años encerrado en ti mismo, guardándotelo todo y actuando como alguien inalcanzable y esa chica lleva aquí, ¿Cuánto? ¿Poco más de una semana? y ha conseguido que te abras un poco, al menos a mí. Hoy he visto de nuevo a mi hermano pequeño, al verdadero Alec, no al Lobo, y eso hay que agradecerse a ella.

—No es tan fácil, su padre...

—Olvídate de su padre. Johanna es una mujer adulta y con carácter suficiente para enfrentarse a él. Si puede contigo, puede con su padre, eso seguro.

—¿Cómo puedes decir eso?! ¡Mathew Callaghan mató a nuestro padre! ¿Por qué no le odias?

Carter suspira y me mira negando con la cabeza.

—Alec, papá no era tan bueno como tú piensas, él...

—¡No te atrevas a hablar mal de papá! —bramo levantándome y enfrentándome a él.

—¿Lo ves?! Lo tienes en un jodido pedestal y no te das cuenta de que nuestro padre era un ser humano y también cometía errores. Sé que contigo siempre fue un padre modelo, pero ¿y conmigo, o con Nadia? A mí me trataba como a un inútil y a Nad ni siquiera la miraba. Estaba tan centrado en ti que los demás no existíamos para él. Solo mamá conseguía las migajas que quedaban de su atención.

—¡Cállate! —Le agarro de la camisa y pego mi cara a la suya—. ¡Nuca más vuelvas a hablar mal de mi padre! Él tenía toda la razón en tratarte como lo que eres, un inútil de mierda —Lo empujo contra la pared y salgo del establo andando a largas zancadas antes de acabar dándole una paliza a mi hermano.

No sé qué demonios estoy haciendo, tendría que estar intentando acabar con el maldito Callaghan en vez de llorar por las esquinas por su hija. Debería estar haciendo todo lo posible por cumplir la promesa que le hice a mi padre, pero... ¡Mierda! ¿Cómo destruyo a Mathew Callaghan sin dañar a Johanna? Me debato en hacer lo que tengo que hacer e intentar sentirme como me siento cuando estoy a su lado.

—Lobo —Patrick se acerca a mí y me saluda tocándose el sombrero—. He hablado con uno de los veterinarios de Ashville, dice que pasará mañana por aquí para hablar contigo.

—Bien, quiero que hables con el peón del rancho Callaghan, dile que te informe de todos los pasos que da Johanna, lo que sea que haga y donde quiera que vaya, quiero saberlo.

—No sé si...

—Págale lo que te pida, pero mantenme informado de todo —Patrick asiente—. Otra cosa, dile a los chicos que vuelvan a derribar la valla.

—¿Estás seguro, Lobo? Creí que...

—Deja de creer y haz lo que te ordeno. Voy al pueblo, si hay algún problema, ya sabes dónde encontrarme.

—Sí, Lobo.

Sigo caminando hacia la entrada de la casa y me subo a mi todoterreno, este coche es una preciosidad, un Ford Ranger Raptor con un motor de más de doscientos diez caballos que es una gozada conducir. Arranco el vehículo y me dirijo al único lugar dónde consigo sentirme medianamente bien, La Casa de Muñecas.

No sé cuántas copas de whisky he bebido, pero creo que han sido muchas. La música sigue sonando por los altavoces a un volumen atronador y me cuesta mantener la verticalidad.

—¿Estás bien, Lobo? —pregunta Linda acariciando mi espalda.

Estoy sin camiseta, ¿Cuándo me he quitado la camiseta? Y ¿Cuándo ha llegado Linda? No recuerdo haberla visto entrar a la habitación. Bah... me da igual. Me sirvo otra copa y enciendo un cigarrillo mientras Linda repasa los músculos de mi espalda con sus dedos. Se siente bien, pero... No son sus dedos, no es ella.

—Linda, ven aquí —digo agarrando su cintura.

Estoy sentado a los pies de la cama y ella está de pie frente a mí.

—¿Qué pasa, Lobo? —Pone la mano sobre mi entrepierna y acaricia mi miembro por encima del pantalón—. No te preocupes, déjame a mí. Lo vamos a pasar genial —Besa mi cuello de manera descendente, pasa por mi pecho y se arrodilla frente a mí metiendo la lengua en mi ombligo mientras sus manos desabrochan mi cinturón. Sé lo que viene ahora y sé que voy a disfrutarlo. Miro hacia abajo y como siempre, intento imaginarme que es ella, mi pequeña. Es Johanna quien está aquí conmigo. Lo intento, lo intento con todas mis fuerzas, pero no puedo. Solo veo a Linda desabrochando los botones de mi pantalón y...

—¡Para! —digo apartándola de mí y levantándome. Me bebo la copa de un trago y apago lo que queda de cigarrillo antes de girare hacia ella—. Vete, déjame solo.

—Es ella ¿verdad? ¡Es por culpa de esa Callaghan! —me grita Linda—. Esa maldita zorra te ha lavado el cerebro.

Sin poder evitarlo tiro el brazo hacia delante y estrello el vaso contra la pared justo al lado de Linda. Nunca he golpeado a una mujer, pero tampoco había tenido nunca tantas ganas de hacerlo.

—¡Lárgate! ¡Fuera de aquí ahora mismo!

La agarro del brazo y la arrastro hacia la puerta empujándola al exterior, cierro la puerta de una patada y cojo la botella de wishky llevándomela a la boca. No funciona. Este lugar que hasta ahora había sido una especie de refugio para mí, ya no me ayuda.

Siento como alguien me empuja y me zarandea, pero estoy demasiado cansado como para abrir los ojos.

—Despierta, muchacho.

Me revuelvo resoplando y vuelvo a intentar dormir, pero en ese

momento siento como un chorro de líquido frío impacta contra mi cara.

—¡Mierda! ¡Joder! —Me incorporo de golpe agarrando mi cabeza para que todo deje de dar vueltas.

Cuando consigo enfocar la visión, encuentro a Laura Turkel mirándome de brazos cruzados.

—Bienvenido al mundo de los vivos, Lobo. Menuda juerga te pegaste anoche, me has destrozado la habitación.

Miro a mi alrededor y compruebo que realmente la habitación está hecha un asco, la mesa y las sillas están hechos pedazos y el reproductor de música está tirado en el suelo completamente destrozado.

—Te lo pagaré —digo y mi voz suena muy parecido a un graznido.

—Por supuesto que lo harás, pero me gustaría saber a qué vino semejante ataque de ira. ¿Qué te han hecho los pobres muebles? —Me tapo la cara con el antebrazo y resoplo. No quiero hablar de esto, solo quiero dormir durante un par de años—. Es esa chica ¿verdad? Johanna.

—No quiero hablar de esto, Laura.

—Lo sé, pero necesitas hacerlo —Siento como se sienta en el borde de la cama—. Eres un buen hombre, Alec. Puede que ni tú te lo creas, pero yo puedo verlo.

—Tú no me conoces —digo mirándola.

—Oh, por supuesto que te conozco y mucho mejor de lo que crees y también sé lo que estás sintiendo. Te debates entre el amor que sientes por esa chica y tu sentido del deber con tu padre —Entrecierro los ojos y me incorporo apoyando la espalda en el cabecero de la cama—. Yo sé muchas cosas muchacho, pero si algo tengo claro es que esa chica es buena para ti. Te hace querer ser una persona mejor y eso es a lo que tienes que aferrarte.

—¿Quién eres, Laura Turkel? —pregunto llevado por la curiosidad.

Nunca me he planteado que no sé nada sobre ella, solo que dirige el burdel del pueblo y no es nada querida entre la gente “decente”. Recuerdo que cuando era niño, mi padre nos prohibía a mis hermanos y a mi acercarnos a ella, pero no sé de dónde viene. ¿Nació en este pueblo? ¿Tiene familia aquí? ¿Es una forastera?

—Esa es una pregunta muy complicada y tú no estás lo suficientemente consciente para entender la respuesta, así que levántate y pégate una ducha. Te prepararé algo de desayunar.

Asiento y Laura se marcha dejándome con miles de dudas en mi cabeza.

## Extrema va a ser la patada en los huevos que le voy a dar

*Johanna*

Cam me tiende un plato y le paso un trapo seco mientras ella se encarga de seguir lavando el resto de vajilla. Vine esta mañana a hacerle una visita y al final he terminado por quedarme a comer con ella.

—¿A qué hora dijiste que llegaban tus amigos?

—Dentro de un par de horas. Hable esta mañana con Megan y me dijo que iban a llegar un poco tarde porque Jay tenía una reunión a primera hora.

—¿Cuánto tiempo van a quedarse?

—Un par de días. Los dos tienen que volver al trabajo el lunes, así que se marcharán el domingo por la tarde.

Termino de secar el último vaso y lo guardo junto al resto.

—¿Qué tienes planeado hacer con ellos? Aquí no hay mucho que ver a parte de pastos, montañas y vacas.

Suelto una carcajada por la definición tan acertada de mi tía de lo que es vivir en Black Mountain.

—Esta tarde voy a llevarles a dar un paseo a caballo y por la noche iremos a tomar unas copas.

—Eso suena interesante. Haces bien en salir a divertirte, llevas más de dos semanas aquí y lo único que has hecho ha sido trabajar en el campo con los animales.

—Me alegra que te guste la idea porque tú también vienes.

—¿Yo? No olvídate. Tengo mucho trabajo pendiente.

—Cami, mañana es sábado y no hay clases. Tienes el domingo para ponerte al día.

—No, Jo. Vas a salir con tus amigos a divertirte y no tienes por qué cargar con la carroza de tu tía.

—¿Cargar? ¿Carroza? ¡Por el amor de dios, Camila! Tienes cuarenta y dos años, no setenta, y la verdad es que no te estoy preguntando, solo te informo. Pasaremos a buscarte esta noche, así que espero que te pongas guapa.

Va a decir algo, pero levanto una ceja en su dirección y asiento.

—Muy bien, por esta vez y sin que sirva de precedente, voy a hacerte caso.

—Perfecto —digo sonriendo—. Ya me tengo que ir, quiero estar en casa

cuando lleguen. Nos vemos esta noche.

Me despido de Cam y salgo de su casa en dirección al todoterreno que he comprado. He tenido que vender mi viejo Volkswagen, pero no me arrepiento. Con el todoterreno no corro el riesgo de quedarme atascada en mitad de la nada. Antes de llegar a mi vehículo, veo a Chris que viene por la calle con Nadia. Los dos caminan uno al lado del otro y Nad ríe por algo que Chris le está contando. Parece que las cosas van bien entre ellos. Me he enterado por mi amigo que han salido varias veces esta última semana y no puedo alegrarme más por ellos. Chris levanta la mirada y al verme empieza a caminar hacia mí.

—Hola ¿Qué haces aquí? —pregunta cuando llega a mi lado.

—He comido en casa de la tía Cam —Miro hacia Nadia sonriendo—.  
Hola Nad.

—Hola Johanna ¿Cómo te va?

—Bien, me va muy bien. ¿Y vosotros dónde vais?

—Vamos a devolver un par de libros a la biblioteca —contesta Nadia mostrándome unos libros que lleva en la mano.

—¿A qué hora llegan tus amigos? —pregunta Chris.

—En un rato, ya me voy a casa. Por cierto, esta noche vamos a salir a tomar una copa y necesitamos un guía —Chris me mira extrañado—. No me mires así, no te estoy preguntando. Te pones guapo y nos llevas a algún lugar, yo no conozco ningún sitio donde salir por aquí —miro a Nadia—. Por supuesto tú también estás invitada, Nad.

—Gracias, pero no puedo ir. A mi hermano no le gusta mucho que salga por la noche. El domingo he quedado con Chris para ir al cine en Ashville, así que prefiero no cabrearlo.

Puñetero controlador. Seguramente tiene a su hermana en un régimen militar, el muy...

—Como prefieras —digo fingiendo una sonrisa.

Me despido de ellos y subo a mi coche. Conduzco hasta el rancho y al llegar veo el deportivo de Jay aparcado frente a la casa. Ya han llegado. Aparco a toda prisa y nada más traspasar la puerta de mi casa, soy abordada por Megan que se tira a mis brazos y me abraza como si acabara de llegar de la guerra.

—Te he echado muchísimo de menos —dice mientras sigue apretándome.

Jason nos mira y pone los ojos en blanco. Está acostumbrado a la

tendencia que tiene Megan al melodrama, pero eso no quiere decir que no se siga sorprendiendo.

—Yo también a ti, Meg —contesto intentando apartarme.

Me fijo en que mi padre se mantiene al lado de Jay mirándole de reojo. Le conoce de sus visitas a Charlotte, de cuando aún salíamos juntos y aunque no le cae mal del todo, siempre me dijo que Jay no era un hombre para mí. Según él, tengo demasiado carácter para un pijo encorbatado. Lo que en realidad le molestaba es que yo decidiera quedarme a vivir permanentemente en la ciudad con Jay y no volviera a casa.

—Aparta, yo también quiero un abrazo —dice Jay a Megan.

Pongo los ojos en blanco por el tira y afloja que se traen estos dos y miro a Jason de pies a cabeza. Como siempre, va impecable, no tiene ni un solo pelo fuera de lugar y su traje de tres piezas está perfectamente planchado al igual que su camisa blanca. Miro hacia a sus pies y compruebo que lleva unos relucientes zapatos negros que probablemente habrán costado más de lo que puedo calcular.

—Has arriesgado tus zapatos por mí, si esto no es amor, que baje dios y lo vea —digo divertida tras darle un abrazo.

—Lo sé, tendrías que haberte casado conmigo, te hubiese tratado como una reina.

Golpeo su brazo en broma y los dos sonreímos. Me encanta poder bromear con Jay sobre nuestra relación fallida, eso me demuestra que por suerte, nuestra ruptura no fue algo doloroso para ninguno de los dos.

—Creí que llegaríais más tarde.

—Pude librarme de la reunión antes de lo esperado, llegamos hace media hora.

—¿Os habéis instalado ya?

—Sí, sus maletas ya están en sus respectivas habitaciones —informa papá.

—Genial, ¿Qué os apetece hacer? He pensado que podríamos ir a dar un paseo a caballo para que podáis conocer un poco el rancho.

—Eso suena muy bien —dice Meg.

Miro a Jay sonriendo y alzo una ceja.

—Creo que sería conveniente que te cambies de ropa.

—Sí, eso lo había previsto —Pone las manos alrededor de la boca haciendo un embudo y susurra como si estuviese contando un secreto—. He traído pantalones vaqueros.

—¡Dios santo! —Megan posa una mano sobre su pecho de manera teatral —. Jason Wright vistiendo vaqueros ¡Es un sacrilegio!

Suelto una carcajada y Jay le saca la lengua antes de subir a cambiarse. Meg y yo también nos cambiamos de ropa y cuando volvemos a bajar, las dos nos quedamos boquiabiertas al ver a Jason. Lleva un pantalón vaquero negro y una camisa azul remangada por los codos. El pantalón se ciñe a sus caderas haciéndole un trasero de escándalo y las botas de montar le dan un aire salvaje que harían babear a cualquier mujer.

—Jay, tienes que usar vaqueros más a menudo —digo repasándole con la mirada.

—De eso nada, mujer. No me mires con ojos golosos, perdiste tu oportunidad de llevarte este bomboncito.

Sonrío negando con la cabeza y salimos los tres de camino al establo. Al llegar compruebo que Chris ya está allí.

—Chicos, quiero presentaros a mi amigo y casi hermano Chris. Ellos son Megan y Jason.

Se saludan entre ellos y Chris nos ensilla unas monturas.

—Tormenta está muy extraña —comenta Chris tendiéndome las riendas.

—¿Sí? No me había dado cuenta.

Mentira. Llevo varios días notando que mi yegua está muy rara y creo saber cuál es la causa de su comportamiento extraño. La culpa es de cierto caballo salvaje que al igual que su dueño, no sabe hacer otra cosa que meter la pata.

Chris ensilla para Megan el caballo más manso y obediente que tenemos y después de un par de clases prácticas para que consiga mantener el equilibrio, los cuatro nos ponemos en marcha. A la salir del establo, noto como uno de los peones no me quita los ojos de encima y no es la primera vez que pasa.

—Chris, ¿ves a ese hombre de ahí?

—¿David? —me pregunta extrañado.

—Sí. No sé si son paranoias mías, pero creo que me está vigilando. Cada vez que me doy la vuelta está mirándome y me lo encuentro en todos lados.

Chris mira hacia el tal David que al ver que le miramos, se pone a trabajar.

—Jo, eres una mujer guapa. Es normal que los chicos anden algo alborotados con tu presencia. Tranquila, te aseguro que no se atreverá a acercarte a ti, por la cuenta que le trae.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿Yo? ¡Nada! No me hagas caso —contesta sonriendo.

Pasamos gran parte de la tarde recorriendo las fincas del rancho, vamos hasta el río y volvemos rodeando la propiedad. Jason y Chris se han caído muy bien y no dejan de hablar de coches y de Fútbol Americano, cosas típicas de tíos. Es increíble como dos personas tan distintas, pueden llegar a entenderse en poco tiempo. Mientras, Megan y yo nos quedamos un poco más rezagadas y aprovechamos que los chicos están distraídos para ponernos al día de los últimos acontecimientos.

—¿De verdad te que te pagaría el doble de lo que pidieses si trabajabas para él?

—Sí, esas fueron exactamente sus palabras.

—¿Y qué le contestaste?

—Lo mandé a la mierda —contesto encogiéndome de hombros.

—Esa es mi chica. ¿Has vuelto a verle desde entonces?

—No, no he sabido nada de él, y me alegro.

—¿Lo dices en serio o intentas convencerte a ti misma? —pregunta sonriendo de manera pilla.

—Meg, yo no volví a casa para retomar mi relación con Alec donde la dejamos, además, ya te he dicho que él ya no es el mismo hombre y te aseguro que no me gusta nada la persona en la que se ha convertido.

—Vamos, ¿No me digas que ese Lobo temido por todos y con esa aura de peligrosidad no te pone cachonda?

Voy a contestarle, pero escucho a Chris maldecir y bajarse del caballo, me acerco a él y veo que está frente a la valla que divide el rancho Callaghan del Wolfheart. La madera de la valla está destrozada en el suelo y se pueden ver las pisadas en el suelo de los animales que pasaron de una finca a otra.

—Creí que los muchachos ya habían levantado la valla —digo bajándome de la yegua.

—Terminaron ayer —me contesta pateando un trozo de madera.

—¡Maldito hijo de...! Lo ha vuelto a hacer.

—¿Qué pasa? —pregunta Jay bajando del caballo.

Chris le explica por alto el problema que tenemos con el robo de ganado y cuando termina, Jay le mira pensativo.

—¿Por qué no lo denunciáis? Es un robo, está penado por la ley.

—Lo haríamos si sirviera de algo —contesto—, pero aquí la ley la dicta ese maldito Wolfheart.

Chris me mira y suelta una carcajada.

—¿A ti qué te pasa? ¿Qué es tan gracioso?

—Lo siento, es que nunca me imaginé escucharte hablar así del Lobo. En tu padre es algo normal, pero escucharte decir “ese maldito Wolfheart”... creí que nunca hablarías así del amor de tu vida.

Le fulmino con la mirada y él ríe aún más fuerte.

—Perdón, ¿amor de tu vida? —indaga Jay—. Espera, ¿es él? ¿El que te regaló el colgante?

Resoplo volviendo a montarme sobre Tormenta. Jason sabe parte de mi historia con Alec. Siempre le pareció extraño que nunca me quitara el colgante de diente de lobo, así que le dije que me lo había regalado un amigo que era muy especial para mí, pero que nuestra relación no terminó de la mejor manera. Obviamente, él leyó entre líneas y supo enseguida que ese “amigo” había sido mucho más que eso para mí.

—Vámonos ya, no tardará en anochecer y después de cenar Chris nos va a llevar a tomar unas copas, eso si yo no lo estrangulo antes.

—Sí, vamos. —dice Chris montándose en su caballo—. Cuando lleguemos, le diré a los chicos que vuelvan a levantar la valla. El carpintero tiene que estar forrándose.

No tardamos en llegar a casa y después de cenar, subimos a nuestras habitaciones para cambiarnos de ropa. Yo me decido por un vaquero azul muy ajustado, una camiseta de tirantes de con bastante escote, unas botas de tacón de caña alta y para rematar, una cazadora de cuero ajustada. Me dejo el pelo suelto y liso y me maquillo levemente antes de bajar junto a mis amigos que ya me esperan en el salón. Contra todo pronóstico, Jason ha decidido volver a usar vaqueros, creí que para salir se vestiría más a su estilo, pero por lo que veo, no le disgusta tanto este nuevo look. Megan lleva un vestido negro ajustado y como siempre, su melena afro enmarcando su cara.

Decidimos ir en dos coches, el deportivo de Jason y mi todoterreno. Así si alguien quiere volver antes a casa, puede hacerlo sin problema. Antes de ir al club, pasamos a recoger a una muy sexi Cam. Su vestido gris y sus ojos perfectamente delineados, le dan un aspecto arrollador que deja tanto a Jason como a Chris sin palabras. Como era de esperar, Cam y Megan no tardan en empezar a hablar como si se conocieran de toda la vida, al entrar en el local, ya se han hecho las mejores amigas. El bar Tsistu, es como la típica taberna de vaqueros, pero con un toque moderno. La música alta y las luces centelleantes le dan un toque de discoteca, más que bar de pueblo. Hay

bastante gente y creo que todos y cada uno de ellos se han girado al vernos entrar. Es lo que tiene vivir en un lugar pequeño, que todo el mundo se conoce y si ves caras raras, intentas averiguar quién es, como se llama, cuántos años tiene, a qué familia pertenece y si te descuidas, que número de pie calza. Chris nos guía hasta una mesa que encontramos libre y tras sentarnos, la camarera viene a hacer coger nuestro pedido, todos pedimos cerveza, menos Jason que se pide un combinado, que por cierto tiene que explicarle a la camarera como se prepara, tres veces.

Nos pasamos más de una hora charlando y riendo, la verdad es que lo estamos pasando realmente bien. Los cinco formamos un grupo de lo más extraño, pero congeniamos de maravilla. A Jason y Megan no se les ocurre otra cosa mejor que contar batallitas de la universidad y en ellas también me incluyen, especialmente Megan que saca a relucir mi pasado con Mike.

—En serio, el tío estaba para comérselo, pero la falta de cerebro era un punto en su contra —relata Megan entre risas.

Cami me mira sonriendo.

—Sobrino, nunca pensé que te gustaran los deportistas con baja capacidad intelectual.

—La carne es débil— contesto encogiéndome de hombros y provocando una nueva oleada de carcajadas en la mesa.

En ese momento veo como una cara conocida va a pasar junto a nuestra mesa. Es Rob Anderson, me mira y agacha la mirada sin pararse a saludar.

—¿Rob? —Se detiene y mira a su alrededor antes de acercarse a la mesa.

—Eh... Hola, buenas noches. Johanna, había escuchado que estabas de vuelta. Es un placer volver a verte.

—Igualmente Robbie. Siéntate con nosotros, hay sitio para uno más.

—Ya, sí —Vuelve a echar un vistazo a todo el local—. No sé si es una buena idea.

—Hombre, si no quieres o no puedes quedarte, no pasa nada.

—Sí quiero, pero... —Resopla y vuelve a mirar hacia atrás—. Es que aprecio demasiado mi cabeza.

—¿De qué estás hablando?

—Jo, estáis tres chicas guapas sentadas aquí, y solo dos hombres con vosotras ¿Por qué crees que ningún tío de este bar se ha acercado aún a intentar ligar con alguna de vosotras?

Me quedo pensando un momento en sus palabras y de pronto es como si una bombilla se encendiera en mi cerebro. Alec.

—¡La madre que lo parió! ¡Yo me cargo a ese maldito chucho sarnoso!  
—Chris suelta una carcajada y le miro entrecerrando los ojos—. Tú lo sabías ¿verdad?

—¿El qué? ¿Qué el Lobo ha amenazado a todos los hombres de Black Mountain con cortarles las pelotas si se acercan a ti? Claro que lo sabía. Lo raro es que tú no lo supieras. A mí me lo permite porque sabe que soy inofensivo.

—Espera, ¿ese Lobo ha amenazado a todo el pueblo? —pregunta Megan.

—Solo a la población masculina —aclara Chris.

—Eso es un poco extremo ¿no?

—¿Extremo? ¡Extrema va a ser la patada en los huevos que le voy a dar! —grito sintiendo como la rabia se apodera de mí—. ¡Tú, siéntate! —le ordeno a Robbie. Él me mira y duda si hacer lo que le digo, pero con la mala leche que tengo ahora mismo, no estoy para tonterías—. ¡Siéntate de una maldita vez, Rob!

Cami mira a Rob y hace una mueca.

—Estás en una encrucijada, Anderson. ¿Prefieres aguantar la ira del Lobo o la de Johanna Callaghan?

—Estoy jodido —se lamenta Robbie.

Respiro profundamente para intentar tranquilizarme y le cojo la mano por encima de la mesa forzando una sonrisa.

—Tranquilo Robbie. Jodido va a estar él cuando lo pille. Cuando me encuentre a ese perro...

—¿Me estabas llamando?

Su voz a mi espalda provoca que pegue un respingo y Rob aparta su mano de la mía a toda prisa encogiéndose en su silla. Me doy cuenta que todo el mundo tiene sus ojos clavados a mi espalda, así que me giro con la sonrisa más falsa que puedo fabricar.

—Justo contigo quería yo hablar —digo en un tono de lo más cínico.

—Me alegra escuchar eso, pequeña. Yo también quiero hablar contigo —Mira hacia la mesa y una sonrisa encantadora se dibuja en su rostro—. Hola Cam, es un gusto verte —Mi tía le saluda con una sonrisa y el sigue repasando la mesa—. Chris —Se gira hacia Megan—. Ya que nadie nos presenta, lo hago yo mismo. Soy Alec Wolfheart —dice extendiendo su mano.

—Megan —contesta mi amiga agarrando su mano y sonriendo de oreja a oreja. Está tan encandilada por su sonrisa que estoy segura que en cualquier

momento se escuchará el sonido de sus bragas estrellándose contra el suelo.

Alec mira a Robbie y frunce el ceño.

—Anderson, creí haber sido muy claro contigo.

Veo como Rob traga saliva sin saber que decir.

—Eh... sí, pues verás Lobo, yo... yo... —De pronto mira hacia Megan que está sentada a su lado y se abalanza sobre ella dándole un tremendo morreo.

Cuando se separa de ella, Megan abre la boca para decir lo que supongo serán una recua de insultos, pero la mirada suplicante que le lanza Rob, la detiene. Fuerza una sonrisa y agarra su mano entrelazando sus dedos con los de él.

—Ya veo —murmura Alec mirando hacia Jay.

—¡De eso nada! —grito levantándome para ponerme a su altura. Bueno, es una forma de hablar porque para ponerme a su altura, tendría que subirme a una silla—. Ya has amenazado a mis amigos ¿Ahora qué? ¿Piensas darle una paliza a mi exnovio?

—¡¿Tu qué?! —Alec le lanza a Jay una mirada asesina y este levanta las manos a modo de defensa.

—Tranquilo tío, eso fue hace mucho y no fue tan importante —dice atropelladamente. Mira hacia Cam y ella le frunce el ceño.

—Conmigo no cuentas, machote —le advierte a punto de echarse a reír al adivinar sus intenciones.

—Estoy rodeado de valientes —dice Chris entre carcajadas.

Alec sigue mirando a Jason como un león a punto de saltar sobre su presa, así que decido tomar cartas en el asunto. Agarro su mano y tiro de él hacia el fondo del local. No quiero provocar un espectáculo más grande del que ya hemos dado hasta el momento. Le arrastro hasta la zona de los baños y encuentro una puerta abierta que resulta ser un pequeño almacén. Nos meto a los dos en la habitación, cierro la puerta y empujo a Alec con todas mis fuerzas. Le tomo desprevenido porque cae hacia atrás y su espalda impacta contra la pared. A estas alturas mi cabreo ya ha llegado a un nuevo nivel.

—¡Tú, maldito hijo de una perra! ¡¿Quién mierda te crees que eres?! ¡¿No es suficiente para ti robarme, que tienes que venir aquí y amenazar a mis amigos?!

—¡¿Qué quién creo que soy?! ¡Sé quién soy, maldita sea! ¡Soy el Lobo! ¡Y nadie va a tocar lo que es mío!

—El Lobo ¡Uy qué miedo! —me mofo—. Te crees muy valiente, pero no

eres más que un jodido crío inseguro que no sabe lo que quiere. ¡¿Qué coño ganas alejando a todos los hombres de mí?!

—¡Qué no toquen lo que es mío! —brama pasándose la mano por el pelo.

—¡¿Tuyo?! ¡¿Crees que yo soy tuya?!

—Sé que lo eres, siempre lo has sido.

—¡No! ¡Dejé de serlo el día que me dejaste! ¿Recuerdas? Ese maldito día me apartaste de tu lado rompiéndome el corazón —Me acerco a él y clavo un dedo en su pecho—. ¡Ese día perdiste cualquier derecho que podrías tener sobre mí!

—¡Y NO HAY UN MALDITO DÍA QUE NO ME ARREPIENTA DE HABERLO HECHO!

Su grito me hace dar un respigo y retrocedo un paso. Alec me mira entrecerrando los ojos y respirando agitadamente.

—¿Me tienes miedo? —pregunta en un susurro. No le contesto así que da un paso hacia mí y yo retrocedo. No le tengo miedo a él, es a mí a quién temo. Su confesión me ha dejado totalmente descolocada y no sé si podría soportar su cercanía sin abalanzarme sobre él y decirle cuanto le he echado de menos, cuanta falta me ha hecho y lo mucho que le sigo queriendo—. Johanna contéstame, ¿me tienes miedo? —Niego con la cabeza, pero sigo retrocediendo ante su avance hasta que noto como mi espalda se pega a la puerta.

Tengo que salir de aquí antes de acabar cometiendo una locura. Me giro y agarro el pomo de la puerta, pero una mano impacta contra la madera impidiéndome abrirla.

—Déjame salir, Alec —susurro apoyando mi frente contra la madera.

—Contéstame pequeña, ¿me tienes miedo?

Siento su cuerpo pegado a mi espalda. Sigue con una mano pegada a la puerta y la otra la pone sobre mi cintura dejándome encerrada entre sus brazos.

—Por favor, Alec. Déjame salir.

De pronto siento como me da la vuelta y agarra mi cara con ambas manos pegando su frente a la mía. Cierro los ojos, pero siento su aliento contra mi cara y su perfume invade mis fosas nasales obligándome a contener la respiración para no dejarme llevar por el millón de sensaciones y recuerdos que me provoca su cercanía.

—Abre los ojos, mi niña. —susurra—. Mírame. Soy yo, Alec. Sería incapaz de hacerte daño. Antes me arranco un brazo que ponerte un solo dedo

encima.

Abro los ojos y clavo mi mirada en la suya. Lo que veo en sus ojos me deja aún más alterada de lo que ya me encuentro. Sus ojos, esos ojos grises que normalmente miran a todo el mundo rebosando odio e ira, ahora muestran dolor y anhelo, y también un profundo pesar.

—No te tengo miedo —Mi voz a sonado ronca y congestionada a causa del llanto que intento retener.

—Estás llorando, pequeña.

Su mano limpia el rastro que dejan las lágrimas que ni siquiera sabía que estaba derramando. Tengo tantos sentimientos encontrados, por una parte quiero golpearle por haberme roto el corazón hace diez años. Si no me hubiese dejado, todo podría haber sido distinto. Pero por otro lado, esos labios gruesos y carnosos me llaman, me seducen, la sola visión de ellos tan cerca de los míos está acabando con la poca resistencia que me queda.

—Perdóname, Jo. —suplica cerrando los ojos y poniendo sus manos en mi cintura mientras su frente y la mía siguen totalmente pegadas—. Lo he intentado, te juro que lo he hecho, pero no puedo dejar de quererte. Daría mi vida por ti si me lo pidieras.

A la mierda la resistencia y el autocontrol, sus palabras actúan como un detonador en mi cerebro. Enredo mis dedos en su pelo y pego mi boca a la suya. El primer contacto lo siento como un deja vu, ya no estoy aquí, tengo dieciséis años y estoy en la poza besando a Alec por primera vez. Es la misma sensación. Su boca se pega aún más a la mía e introduce su lengua en mi boca. Nos saboreamos mutuamente mientras llevo mis manos a su chaqueta y se la quito tirándola al suelo. Alec desabrocha mi cazadora que termina junto a la suya y a partir de ese momento todo se descontrola. Nos faltan manos para tocarnos y bocas para besarnos. Es tanto el deseo y la pasión que siento que podría llegar al orgasmo con tan solo un roce de sus dedos en el lugar correcto, y por el bulto que intuyo bajo su pantalón, juraría que Alec está tan excitado como yo. No sé cómo nos hemos arrancado la ropa tan rápido, pero de repente me encuentro sentada en una destartada mesa y con Alec de pie entre mis piernas guiando su miembro a mi interior.

—Por dios, pequeña —resopla contra mi cuello—, no puedo moverme. Me siento demasiado bien así.

Tiro de su pelo y levanto su cabeza para poder besarle mientras intento mover las caderas instándole a que se mueva. Su lengua y la mía se enredan en un baile sensual en el momento que sus caderas cobran vida y empieza a

bombear en mi interior con golpes rápidos y secos, robándome cualquier tipo de pensamiento cuerdo que pueda tener.

—¡Más rápido, Alec! —grito sintiendo como un orgasmo más fuerte que nada de lo que haya sentido nunca me atraviesa de pies a cabeza dejándome completamente laxa entre sus brazos.

Alec arremete contra mí buscando su propia libración durante un par de segundos más y me abraza tan fuerte que por un momento siento que va a romperme algún hueso, pero enseguida afloja sus brazos y hunde la cara en el hueco de mi cuello respirando agitadamente.

## Lo poco que he visto del “Lobo”, no me gusta

*Alec*

Aún no me creo que sea real ¿De verdad ha pasado o estoy soñando? No, estoy tocando su piel empapada en sudor y su perfume está totalmente impregnado en mis fosas nasales. ¡Ha pasado! Aún está pasando, ya que sigo con mi cara pegada en su cuello y profundamente enterrado en su interior. Siento su corazón acelerado golpeando contra mi pecho y sus uñas clavadas en mi espalda, una prueba más de que esto no es producto de mi imaginación.

Muerdo levemente su cuello y la escucho gemir, lo que me hace sonreír de oreja a oreja. A la mierda la venganza, estoy dispuesto a renunciar a cualquier cosa que me pida por mantenerla a mi lado. Levanto mi cabeza y la miro. Tiene los ojos cerrados y su labio inferior atrapado entre sus dientes. Atrapo su labio con mis dedos para liberarlo de su mordida y en ese momento ella abre los ojos, esos preciosos ojos azules que me miran con una expresión entre sorprendida y descolada. La entiendo, yo tampoco sé cómo hemos llegado a este punto, todo ha sido tan rápido y espontáneo que ni siquiera hemos podido digerirlo. Le sonrío y ella baja la mirada hacia el punto donde nuestros cuerpos siguen unidos. Tendría que apartarme de ella, pero no creo que pueda hacerlo aún. Beso su frente, su mejilla, su cuello y al llegar a su clavícula, veo un fino cordón negro que rodea su cuello, lo toco con mis dedos y lo voy repasando hasta bajar la mirada al centro de su pecho. Se me corta la respiración de golpe al ver el colgante de diente de lobo, el mismo que yo le regalé hace diez años, una especie de reliquia familiar que quise que llevara siempre puesto.

—Aún lo conservas —susurro tocando el colgante.

Si me quedaba alguna duda de lo que tengo o quiero hacer, en este momento se ha disipado totalmente. Que siga llevando mi colgante puesto después de tantos años, me demuestra que ella también me sigue queriendo. Le miro a la cara sonriendo, pero algo en su expresión ha cambiado. Busco su mirada, pero ella me rehúye y pone las manos sobre mi pecho para apartarme.

—Suéltame Alec —susurro.

—¿Qué pasa, pequeña?

—Apártate, tengo que vestirme —contesta sin siquiera mirarme.

No sé qué es lo que está pensando, pero la conozco lo suficiente para saber que si la presiono acabará cabreándose y discutiremos, y eso es lo último que quiero hacer. Me aparto de ella saliendo de su interior y me giro

para quitarme el preservativo y anudarlo, mientras veo por el rabillo del ojo como Jo se viste a toda prisa. Aún no sé cómo fui tuve a capacidad de raciocinio suficiente como para acordarme de ponerme un preservativo, pero sé que ella no me perdonaría que no lo usara después de haberme pillado con Linda.

Me pongo la camiseta y las botas, y cuando vuelvo a girarme, Jo ya está abrochándose la cazadora. Me acerco a ella y agarro su cintura con mis manos, pero se escabulle de mí y me mira negando con la cabeza.

—Tengo que irme —informa agarrando el pomo de la puerta.

Cómo ya hice antes, pongo una mano sobre la madera impidiéndole abrir la puerta.

—Explícame que está pasando por tu cabeza, Jo. ¿Por qué huyes de mí?

—No huyo de ti, yo solo... —suspira peinándose con los dedos—. Esto se nos ha ido de las manos.

—Te arrepientes —afirmo.

—¿Tú no? Esto es una locura, Alec. Yo no he vuelto a casa para retomar esta relación donde la dejamos. Yo no quería esto.

—¿Entonces qué es lo que quieres? —pregunto pasándome la mano por el pelo—. ¿Vivir el resto de tu vida negándote a ti misma que sigues enamorada de mí? ¿Crees que así vas a ser más feliz?

—No sé si seré más feliz así, pero si de algo estoy segura es que no quiero que me vuelvan a destrozar el corazón. Me costó mucho superarlo y no voy a volver a caer en errores del pasado.

—Jo, pequeña, te prometo que...

—No prometas nada, Alec —me corta fulminándome con la mirada—. Tu palabra ya no vale nada para mí y menos aún después de ver por mí misma la persona en la que te has convertido. No quiero eso para mí, no quiero amar a una persona que se alimenta exclusivamente de odio, ira, rabia y deseos de venganza —sacude la cabeza agachando la mirada—. Esto ha sido un error que nunca debería haber ocurrido.

—No digas eso. Tú me quieres, lo sé y prueba de ello es que sigues usando el colgante que te regalé.

Levanta la mirada y clava sus ojos en los míos. Sé que lo que me va a decir me va a doler, pero aun así no puedo apartar la mirada.

—Te quiero Alec, y probablemente te querré toda mi vida, pero eso no cambia nada. Nunca podría volver a confiar en ti. Ahora mismo me estoy planteando si todo este ataque y derribo que has planeado amenazando a todo

el mundo para que no se acerque a mí y seduciéndome con palabras bonitas, es real o solo es una manera de vengarte de mi familia rompiéndome el corazón una vez más.

Cierro mis ojos y niego con la cabeza.

—Sí piensas eso de mí es que no me conoces en absoluto.

—Exactamente, ese es el problema, que ya no te conozco y lo poco que he visto del “Lobo”, no me gusta nada.

Sus palabras son como una jodida daga clavándose en mi estómago y retorciéndome las entrañas.

—Jo, por favor.

—Tengo que irme —susurra antes de abrir la puerta y salir del almacén como una exhalación.

Me quedo unos segundos sin moverme mirando la puerta por la que acaba de salir el amor de mi vida, y sintiéndome el ser más despreciable del mundo por no haber sabido retenerla a mi lado una vez más. ¿Qué demonios voy a hacer ahora sin ella? La amo, más que a mi propia vida y estoy dispuesto a cualquier cosa por recuperarla. Con eso mente, ordeno a mis piernas que empiecen a moverse y corro tras ella gritando su nombre. La veo salir corriendo del local y acelero mi carrera, pero al llegar a la salida veo como su todoterreno se aleja por la carretera a toda velocidad dejando atrás una nube de polvo. Me dirijo a mi coche a toda prisa dispuesto a seguirla, pero no encuentro las llaves por ningún lado.

—¡Mierda! —grito girándome para volver a entrar en el local.

Antes de llegar a la puerta soy interceptado por Chris que se interpone en mi camino cruzado de brazos.

—¿Qué coño ha pasado, Lobo?! ¡¿Qué le has hecho?!

—¡Apártate Chris! Tengo que ir a buscar mi chaqueta, está dentro y las llaves de mi coche están en su bolsillo.

Chris levanta la barbilla sin dejarme pasar. Puedo ver que me tiene miedo, pero siempre le ha sido un hombre valiente y sé que estaría dispuesto a dar su vida por defender a Johanna, eso es lo que me hace respetarle tanto.

—¿Por qué Jo se ha ido así?! —pregunta su amiga, creo que su nombre es Megan.

—No lo sé, estábamos... ¡Joder! Eso da igual, tengo que ir a buscarla.

Voy a intentar entrar de nuevo en el local, pero esta vez es Megan quien me corta el paso.

—¡Escúchame tío! Me da igual lo que pase entre tú y Jo, ella es

mayorcita para saber lo que hace, pero no voy a permitir que le hagas más daño del que ya le has hecho. No tienes ni idea de la persona que era cuando yo la conocí, no salía, no sonreía y apenas comía. Se pasaba las noches llorando por tu culpa y me costó muchísimo trabajo que confiara en mí lo suficiente como para contarme que le pasaba. ¡Te lo advierto, Wolfheart, como vuelvas a hacerle daño, iré a por ti, y poco me importa que seas el Lobo o el mismísimo Rey león!

Me sorprende que esta chica saque las uñas así para defender a mi pequeña, pero me alegro por ello, eso demuestra que es una gran amiga y la quiere.

—Megan, entiendo que quieras defender a tu amiga, pero tienes que dejarme pasar. No sé cómo ni por qué, pero he vuelto a meter la pata de alguna manera y necesito ir a buscarla para resolver esta situación.

—¿La quieres? —pregunta entrecerrando los ojos.

—Más que a mi vida —contesto.

Megan se aparta de la puerta y entro al local corriendo, voy directamente hacia el almacén y recojo mi chaqueta que sigue tirada en el suelo. Corro de nuevo al exterior y me meto en el coche arrancando a toda velocidad. Espero poder interceptarla antes que llegue a las tierras del rancho Callaghan, si no es así, no voy a poder pasar. Los hombres de Callaghan tienen órdenes de disparar a cualquier trabajador del rancho Wolfheart que traspase sus tierras.

Hago todo el camino hasta el rancho Callaghan, pero no la encuentro, incluso me planteo intentar entrar en sus tierras, pero creo que si me presentara en su casa y montara un espectáculo en presencia de su padre, no me ayudaría en nada a mi causa, que no es otra que convencerla de que regrese conmigo, que confíe en que puedo cambiar por ella.

## *Johanna*

Llevo más de dos horas junto a la poza. No sé por qué he venido aquí, pero no podía ir a mi casa en el estado que me encontraba al salir del bar. Mi padre habría hecho demasiadas preguntas al verme llorando. Limpio el rastro de lágrimas de mis mejillas de un manotazo y suspiro mirando hacia el cielo. Esto era lo que quería evitar, en el momento en el me admití a mí misma que sigo queriendo a Alec, fue como si recibiera un bofetón de realidad. Estaba cayendo en los mismos errores que me llevaron a la destrucción hace diez años y eso no voy a permitirlo. ¿Quiero a Alec? Sí, le amo con toda mi alma, pero no al Alec que es ahora. Estoy enamorada del hombre que fue, de mi Alec, no del Lobo. En algunos momentos como cuando estábamos en ese

almacén dejándonos llevar por la pasión, aún puedo ver a ese muchacho en él. Algo queda de mi Alec, pero la oscuridad del Lobo lo mantiene escondido y nunca va a dejarle salir. Por mucho que me duela tengo que asumir que el hombre que yo conocí ya no existe y nunca va a volver, el Lobo nunca va a dejar de lado su deseo de venganza hacia mi familia y todo ese odio y rencor acabaría destrozándome de nuevo.

Me levanto de la roca en la que estaba sentada y me dispongo a volver a casa cuando escucho unos pasos en mi dirección. La falta de luz a estas horas de la noche no me deja ver su cara, pero solo puede ser una persona, Alec. Nadie más conoce la existencia de este lugar. Resoplo y me acerco a él a largas zancadas dispuesta a pegarle cuatro gritos. Ya estoy cansada de este juego, se acabó, esto se termina aquí y ahora.

—¿Por qué me sigues, Alec?!

—Alec no está aquí —contesta una voz que me suena, pero no consigo poner cara. Achino los ojos para intentar ver a través de la oscuridad, pero no consigo reconocerle.

—¿Quién coño eres tú?! ¿Qué haces aquí?!

—Te traigo un mensaje del Lobo —dice justo antes de que sienta un fuerte golpe en la cabeza que me hace perder el sentido.

Me despierto sintiendo un fuerte dolor en la nuca, tengo la boca seca y estoy tirada en el suelo. Miro a mí alrededor intentando incorporarme y compruebo que tengo las muñecas atadas por delante. ¿Qué?! ¿Cómo?! Un millón de preguntas se apelonan en mi cerebro. Recuerdo estar en la poza y que apareció un hombre, creí que era Alec, pero no era él, aunque...

—Me alegra que hayas despertado —escucho de nuevo esa voz y me encojo intentando pegarme al tronco de un árbol que tengo a mi espalda.

No sé dónde estoy, pero ya no sigo en la poza. Ya ha amanecido, solo veo árboles y maleza y ya no soy capaz de escuchar el sonido del agua corriendo río abajo.

—¿Quién eres? —pregunto con un hilo de voz mirando al hombre que tengo frente a mí. Lleva la cara tapada con un pasamontañas.

El encapuchado se acerca a mí y me agarra por el pelo levantando mi cabeza. El dolor que me produce su tirón, no es nada comparado con el miedo que siento en este momento.

—No te importa quién soy, lo único que tienes que saber es que me envía el Lobo, quiere que te dé un mensaje.

—¿Alec? ¿Qué mensaje? ¿De qué...?

El puñetazo que me da en la cara, no me permite seguir hablando. Siento como la sangre corre por mi barbilla empapándome la ropa.

—¿Lo vas entendiendo? —pregunta el tipo volviendo a sujetarme por el pelo.

Tira fuerte hacia arriba obligándome a levantarme y en cuanto estoy sobre mis pies, un nuevo golpe impacta esta vez en mis costillas. Suelto un alarido de dolor y me doblo sobre mi misma intentando hacer llegar el aire a mis pulmones. Vuelve a darme otro tirón y no me queda más remedio que incorporarme si no quiero quedarme calva. Pega su cara a la mía y sonrío con suficiencia.

Esos dientes, yo los conozco. Este hombre es Donald el dientes marrones. ¿Es verdad que Alec le ha enviado? ¿Por qué? Espera... ha dicho que quiere darme un mensaje. Tú no das un mensaje a una persona a la que vas a matar, así que aún tengo una oportunidad de salir de esta, siempre y cuando no diga que le he reconocido, o eso quiero creer.

—¿Qué mensaje tiene Alec para mí? —pregunto entrecortadamente.

—El Lobo quiere que te largues para siempre de Black Mountain. Entiéndelo, te has convertido en un problema. Llegas aquí metiéndote en lo que no te llaman y revolucionándolo todo con esa bacteria o proteína o como quiera que se llame. Como eso funcione como él sabe que lo está haciendo, el rancho Callaghan empezará a ganar mucho dinero y eso no es algo que el Lobo piense permitir. Intentó contratarte, incluso te ofreció mucho más de lo que vales. Él no me lo ha dicho, pero sé que también intentó seducirte para ponerte de su parte, pero tú te negaste así que no nos dejas otra opción.

Un nuevo puñetazo impacta contra mis costillas. El dolor es insoportable, intento respirar profundamente, pero el aire no llega a mis pulmones y acabo cayendo al suelo de rodillas. Me tumbo en posición fetal he intento recuperarme del golpe.

Alec no me haría esto, no sería capaz de mandar a su matón a golpearme y a amenazarme. Yo misma vi cómo se le tiró encima aquél día en el burdel. Le prohibió que se acercara a mí, pero y si... Después de lo que pasó hoy entre nosotros... No, no me lo creo, no puede haber cambiado tanto.

—Escúchame bien, zorra. Vas a largarte muy lejos, al agujero del que nunca debiste salir y nunca más volverás ¿entendido? —Asiento como puedo, pero no parece estar satisfecho con mi respuesta porque se agacha a mi lado y vuelve a tirar de mi pelo pegando su cara a la mía—. Te he preguntado si lo has entendido.

No sé si es por el golpe en el estómago o por la sola visión de sus asquerosos dientes pegados a mi cara, pero mi estómago se rebela con una fuerte arcada y termino vomitándole encima. Veo como se levanta a toda prisa maldiciendo y me patea fuertemente la espalda. Un nuevo grito de dolor sale de mi boca y después otro con su segundo golpe, y otro y otro más, hasta que vuelvo a perder la consciencia.

## *Alec*

Escucho revuelo en el exterior de la casa y me levanto para ver qué pasa. No he podido dormir en toda la noche pensando en lo que sucedió ayer, y mi idea era ir a ver a Johanna en cuanto saliera el sol, pero aún no ha amanecido, por eso me resultan tan extraños esos gritos. Salgo a la ventana y veo al mismísimo Mathew Callaghan golpeando mi puerta con una escopeta en la mano, Chris está con él e intenta tranquilizarle.

—¡Sal aquí fuera, maldito malnacido! ¡¿Dónde coño está mi hija?!

Bajo las escaleras de dos en dos y abro la puerta dispuesto a enfrentarme a ese cabrón. No me asusta que lleve una escopeta, si quiere matarme que lo haga.

—¡¿Qué demonios está pasando aquí?! —pregunto sintiendo como la furia hierve en mi interior.

—¡¿Dónde tienes a mi hija?!

—¡¿Qué?! ¡¿De qué coño estás hablando, Callaghan?! ¿Qué pasa con Johanna?

Chris se adelanta y se pone entre la escopeta que empuña Callaghan y yo.

—Johanna no regresó anoche a casa, llevamos buscándola toda la noche.

—No está aquí, Chris —contesto preocupado—. La última vez que la vi fue a la salida del club.

—Tú fuiste tras ella y nunca llegó a casa, si... —en ese momento su teléfono empieza a sonar así que lo coge y escucha lo que le están diciendo al otro lado de la línea mientras Mathew sigue apuntándome con el arma y mirándome con rabia—. ¿Pero habéis mirado bien en los alrededores? Sí, llamaré al sheriff Mason y que se pongan a buscarla, vosotros regresad a la casa y montad una partida de búsqueda con todos los trabajadores del rancho.

En ese momento veo que llega Patrick con Carter y después de ellos unos cuantos peones más que han sido alertados por Patrick. Miro a mi espalda y veo a mi madre de pie junto a mi hermana, las dos están en ropa de dormir.

—¡¿Qué está pasando, Chris?! ¡¿Dónde demonios está Jo?! —grito

cuando Chris cuelga la llamada.

—Han encontrado su coche junto al río, pero no hay rastro de ella — contesta llevándose las manos a la cabeza—. ¿Alec, dónde la tienes? Dímelo, por favor.

—¿Qué?! ¡Maldita sea, no sé dónde está! Anoche fui tras ella, pero no llegué a alcanzarla, creí que estaría en ya en su casa, así que me vine para aquí.

—¡Mientes! —brama Callaghan— Hemos hablado con David, lo sabemos todo. Nos ha dicho que tú le pagaste para que vigilara a mi hija y mantenerte informado de todos sus pasos.

—Yo no... Eso no...

—¡Maldita sea Matt, baja ese arma! —grita mi madre acercándose a Callaghan y agarrando el cañón de la escopeta—. ¿Piensas matar a mi hijo?

—Apártate Norah, tú hijo es un malnacido que solo ha traído desgracia a mi familia.

—Yo podría decir lo mismo de ti, Matt, pero no te estoy apuntando con una escopeta.

Las palabras de mi madre descolocan a Callaghan y poco a poco va bajando el arma.

—Yo no he sido. No tengo nada que ver con esto, te lo juro Chris.

—¡Tu palabra no vale una puta mierda! —grita Callaghan agarrándome de la camiseta.

Si fuese en otro momento, le daría una paliza a este maldito hijo de perra por el simple hecho de haberme tocado, pero ahora me preocupa más saber el paradero de Johanna y si está bien. Le aparto de mi de un empujón y le señalo con el dedo.

—Me da absolutamente igual lo que pienses de mí Callaghan, pero yo nunca le haría daño a Johanna.

—Solo eres un maldito Wolfheart, el peor de ellos ¿Por qué debería creerte?

—¡Porque la amo! Amo a Johanna cómo nunca he amado a nadie y no podría verla sufrir.

—Tú no sabes lo que es amar, eres un puto monstruo sin corazón ni sentimientos.

Me paso la mano por el pelo de manera nerviosa.

—¿Sabes qué? Me da absolutamente igual lo que pienses, yo no voy a perder tiempo discutiendo contigo cuando podría estar buscándola— Miro a

Patrick—. Despierta a todos los hombres, que se pongan a buscarla inmediatamente.

—Lobo, ¿todos? Hay trabajo en el rancho y...

—¡Haz lo que te digo Patrick! El trabajo puede esperar. Que salgan en grupos, unos a caballo y otros en todoterrenos. Recorred cada palmo de tierra, desde Black Mountain hasta el rancho Callaghan y que algunos grupos busquen también en tierras Wolfheart.

Patrick se pone en marcha seguido de Carter y miro a Chris.

—Yo voy a buscar junto al río ¿Dónde encontraron el coche?

—Cerca de la poza —contesta secamente.

—Bien, voy para allá, tú ve a hablar con el sheriff Mason, si no se pone a buscarla enseguida, llámame y hablaré yo con él.

Asiente con la cabeza y salgo corriendo hacia mi coche. Espero que esté bien, no, tiene que estar bien. No puedo perderla otra vez.

Han pasado catorce horas y Jo sigue sin aparecer. La policía está buscándola igual que todos los trabajadores de los ranchos Wolfheart, Callaghan y Anderson, además de alguna gente del pueblo que se ha ofrecido voluntaria. Estoy desesperado, ya no sé dónde más buscar. No he parado ni un segundo desde esta mañana y ya a anocheado otra vez dificultándonos aún más la búsqueda.

—¡Lobo! Un grupo ha encontrado unas pisadas al otro lado del río —dice Patrick.

—¿En mis tierras? —pregunto extrañado.

—Sí, puede no ser nada, pero parece que se ven unas pisadas recientes que llevan hacia el interior del bosque.

—¿Dónde?

—En la parte más estrecha del río.

Ese lugar es donde está la poza y cerca de allí encontraron el coche de Jo, pero todos dimos por hecho que estaba en el lado del río de los Callghan, no en el mío. Patrick y yo nos subimos al todoterreno y conduzco hasta allí atravesando los prados para no perder el tiempo. Al llegar, voy directamente a la poza, y efectivamente hay pisadas que salen de allí hacia mis tierras, es extraño ya que parecen pisadas grandes y yo hace más de tres días que no vengo aquí, si fuesen de Johanna serían mucho más pequeñas, pero también pueden ser de Chris, este fue uno de los primeros lugares en los que buscó y esas podrían ser sus huellas. Me agacho junto a la huella y puedo ver otro rastro, parece como si hubiesen arrastrado algo por la tierra. El rastro se hace

más débil al salir de la cueva y en la oscuridad es difícil seguirlo, pero a mí siempre se me ha dado bien seguir el rastro de algo en el monte. Lo hacía a menudo con mi padre. Era como un juego, él escondía algo y yo tenía que encontrarlo. Esta vez ya no se trata de un pasatiempo, ahora es la vida de Johanna la que está en peligro y solo espero poder llegar a tiempo y encontrarla sana y salva.

—Vamos, el rastro sigue por aquí —le digo a Patrick.

Nos adentramos en el bosque guiándonos con la ayuda de una linterna e intento no perder de vista las pisadas. Por momentos se ven esas marcas en la tierra de haber arrastrado algo, como si una persona llevara encima algo muy pesado y tuviese que arrastrarlo un poco cada poco tiempo.

—¡Mierda! He perdido el rastro —me quejo dando vueltas sobre mí mismo para intentar encontrar las huellas. Patrick ilumina el suelo, pero nuestras huellas ya se han mezclado con las pisadas que seguíamos—. ¡Mierda! ¡Joder! —grito perdiendo los nervios.

Me paso la mano por el pelo en un gesto de pura frustración y respiro profundamente para intentar tranquilizarme, si pierdo la cabeza no podré encontrarla. Cierro los ojos y levanto la cara hacia el cielo escuchando los sonidos que me rodean. Escucho los grillos, las cigarras, el crujir de las ramas en los árboles, la respiración de Patrick, mi propia respiración y... un quejido, como un lamento o un leve gemido.

—Lobo, ¿Qué...?

—¡Cállate Patrick! Silencio.

Vuelvo a concentrarme, grillos, cigarras, las ramas, la respiración de Patrick, la mía y... Ahí está, he vuelto a escucharlo. Es como un murmullo. Abro los ojos y salgo corriendo hacia donde creo haber escuchado ese sonido. Escucho los pasos apresurados de Patrick a mi espalda y los haces de luz de su linterna que me van iluminando el camino a momentos, y entonces la veo. Está tumbada en el suelo bajo un árbol, sigue llevando el pantalón vaquero y la cazadora de cuero que tenía puesta ayer en el bar. Me agacho frente a ella y la giro hacia mí. Miro su cara y veo que tiene un corte en el labio inferior y algo de sangre seca en la barbilla y en la camiseta.

—Dios pequeña, ¿Qué te han hecho? —susurro viendo sus manos atadas con una cuerda por las muñecas. Las desato rápidamente e intento despertarla, pero está inconsciente o simplemente muy cansada como para abrir los ojos. Mi corazón va a mil por hora y siento ganas de golpear algo al verla en este estado. El hijo de puta que se haya atrevido a hacer esto, va a

pagarlo muy caro. La cojo en brazos y ella suelta un quejido—. Tranquila mi niña, voy a sacarte de aquí. Nadie va a volver a hacerte daño, te lo prometo.

## Yo no puedo querer a un monstruo como tú

### *Johanna*

Un pitido incesante me está destrozando la cabeza, intento abrir los ojos, pero la luz me ciega y tengo que volver a cerrarlos. Después de varios intentos, consigo abrirlos y me doy cuenta que estoy en una habitación de hospital. ¿Qué coño ha pasado? ¿Qué hago aquí? Me muevo para incorporarme un poco y siento un latigazo de dolor por todo mi cuerpo, especialmente en el costado izquierdo y en la espalda. Tengo una vía en el brazo, un gotero y una pinza en el dedo. Veo como la puerta se abre y un hombre que por su bata blanca supongo será médico, entra en la habitación sonriendo.

—Hola Johanna, me alegra que estés despierta. Soy el Doctor Harrison y estás en el hospital Mission de Ashville ¿Cómo te encuentras?

—Como si hubiese sido arrollada por un elefante —contesto con voz espesa.

—Eso es algo lógico, tienes varios hematomas por el vientre y la espalda, y un golpe en la cabeza, aparte del corte del labio —Toco mi labio inferior con los dedos y hago una mueca al sentirlo hinchado y magullado.

—¿Recuerdas lo que pasó? ¿Te sientes mareada o confundida?

—No, solo dolorida, pero nada más.

Me pasa una linterna por los ojos y me hace unas preguntas fáciles de responder, como mi nombre, mi fecha de nacimiento o el nombre de mis padres y cuando se da por satisfecho lo apunta todo en una tablilla.

—La buena noticia es que no hay ninguna fractura, solo son magulladuras que no tardarán en curarse. Al haber perdido la consciencia, en un principio pensamos que podrías haber sufrido una conmoción, pero ese no es el caso.

—Bien, entonces solo tengo golpes, pero nada serio ¿verdad?

—Exactamente, pero hay algo que tengo que preguntarte. En estos casos de secuestro, por protocolo solemos hacer un examen ginecológico y bueno... El tuyo ha reflejado que has tenido relaciones sexuales recientemente, pero no hay ningún signo de que fuera forzado, no hay ningún desgarro o...

—Fue consentido —le interrumpo—. Fue antes de...

—Entiendo. En ese caso, te quedarás aquí hasta mañana y si no hay ningún imprevisto que es algo poco probable, te irás a casa por la mañana.

—Bien Doctor, muchas gracias.

—No hay de qué. Tus familiares están fuera esperando para verte y la policía quiere tomarte declaración, les diré que pasen.

El Doctor se va y yo me incorporo lentamente en la cama aguantando el dolor. No quiero ni pensar en lo que pasó. Nunca he tenido tanto miedo, por un momento llegué a pensar que ese cabrón iba a matarme a golpes.

Escucho alboroto fuera de la habitación y la puerta se abre de golpe dejándome ver a Alec. Está hecho un desastre, tiene a camisa arrugada, está completamente despeinado y unos círculos negros rodean sus ojos grises dándole un aspecto de cansancio máximo. Me mira fijamente y respira aliviado, da un paso hacia el interior de la habitación, pero aparece mi padre seguido de Cam, Chris, Megan y Jason. Mi padre le agarra del brazo y tira de él hasta pegarlo a la pared.

—¡Aléjate de mi hija, desgraciado! —grita agarrándole por el cuello de la camisa.

Alec ni se inmuta y sigue mirándome fijamente.

—Papá, papá suéltale.

En ese momento entra una enfermera en la habitación y frunce el ceño al ver la escena que están montando.

—Señores, esto es un hospital. Si quieren montar un escándalo, salgan a la calle.

—Nadie va a montar ningún escándalo. Jay llévate a mi padre fuera —ordeno.

Papá se gira soltando a Alec y me mira entrecerrando los ojos.

—¡No! Es este malnacido quien se va a ir, no yo.

Suspiro pasándome la mano por el pelo y hago una mueca de dolor al tocar la herida de la cabeza.

—Papá por favor, necesito hablar con el Lobo un momento.

—¡¿Qué?! Ni hablar.

—Papá, por favor —repito.

Mi padre resopla mirando a Alec con odio y Jay le agarra del brazo llevándole fuera de la habitación, Cam y Megan van tras ellos y cierran la puerta al salir. Cuando nos quedamos solos, Alec que no ha apartado sus ojos de mí en ningún momento, se acerca lentamente.

—¿Cómo estás, pequeña? —pregunta.

—Bien, ¿Qué haces aquí?

—¿Cómo que qué hago aquí? Estaba preocupado por ti.

—¿Querías saber si me había llegado tu mensaje? Lo he recibido, Lobo,

alto y claro.

—¿De qué hablas? ¿Qué mensaje?

Entrecierro los ojos y niego con la cabeza.

—¿Sabes? Nunca creí que llegaría el día en que dudara de verdad si eres capaz de hacerme daño.

—¿Hacerte daño? —Abre mucho los ojos como si acabara de darse cuenta de lo que le estoy diciendo—. ¿Crees que yo tuve algo que ver en esto?

—Eso fue lo que me dijo Donald, que era un mensaje de advertencia tuyo.

—¿Donald?! —brama— ¡¿Fue él?! ¿Él te hizo esto?

Empieza a resoplar y caminar de un lado a otro de la habitación cerrando y abriendo los puños.

—¿De verdad no lo sabes o solo eres mejor actor de lo que creía?

Al escucharme, se detiene de golpe y me mira sorprendido.

—¿Le creíste? ¿Piensas que yo sería capaz de hacerte algo así? —Se acerca a mi cama y agarra mi cara mirándome a los ojos, baja la mirada hacia mi labio inferior y pasa un dedo suavemente por encima de la herida—. Le mataré por esto. Te juro que voy a acabar con él.

—No me sorprende —digo apartando su mano de mi cara—. Te creo capaz de matar a una persona.

—Sí, sería capaz de matar con mis propias manos a cualquiera que te haga daño. Mírame, mi niña ¿De verdad crees que fui yo?

Clavo mis ojos en los suyos y niego con la cabeza.

—No lo sé. Sinceramente, no tengo ni idea —Alec cierra los ojos como si acabara de apuñalarlo en el estómago—. Quiero que te vayas, Lobo.

—¿Desde cuándo me llamas Lobo? —pregunta tras abrir los ojos.

—Desde que me he dado cuenta de que tú ya no eres Alec.

—Lo soy, sigo siendo yo, pequeña —Agarra mi mano y la pone en el centro de su pecho—. Alec sigue aquí dentro y sigue amándote más que a nada en el mundo. Tienes que creerme, Jo. Nunca te haría daño.

Puedo ver en sus ojos que está siendo totalmente sincero, pero eso no es suficiente para mí.

—Pongámonos en que te creo —digo retirando mi mano de entre las suyas—. Aunque así fuese, tú y yo... eso no va a pasar.

—¿Por qué? Yo te quiero y tú también a mí.

—Yo no puedo querer a un monstruo como tú —Mis palabras le hacen

echarse hacia atrás como si acabara de darle una bofetada—. ¿Aún no lo entiendes? El simple hecho de que dude de tu inocencia ya es suficiente razón para que querer mantenerme los más lejos posible de ti.

—Jo, pequeña, no digas eso —susurra negando con la cabeza.

—Lo siento, Lobo. No quiero volver a verte nunca más. Te pido por favor que no me busques ni intentes verme tú tampoco. Si nos encontramos por casualidad, actúa como si no me conocieras, yo pienso hacer lo mismo.

—Jo, por favor.

—Vete.

—Jo, mi niña, no hagas esto. Podemos ser felices juntos, yo puedo cambiar, contigo a mi lado puedo volver a ser el hombre que fui —dice en tono de súplica.

—Márchate.

Echa la cabeza hacia atrás y se pasa la mano por el pelo en gesto de frustración. Camina hacia la puerta, pero antes de salir, se gira y me mira.

—Voy a darte un tiempo para que asimiles todo esto, pero no pienses ni por un instante que voy a rendirme. Me conoces, Jo. Sabes que yo no me doy por vencido de buenas a primeras.

—Te suplico que lo hagas, ahórranos sufrimiento a los dos.

—Haría cualquier cosa que me pidieras, cielo —Sonríe tristemente y niega con la cabeza—, menos dejar de luchar por ti. Eso es algo que nunca sucederá —Vuelve a girarse y sale de la habitación a toda prisa.

Suspiro y apoyo mi cabeza en la almohada notando como las lágrimas corren por mis mejillas. Sería mucho más fácil si Alec no fuese tan cabezón, pero si no fuese cabezón, no sería Alec.

La puerta vuelve a abrirse y me limpio las lágrimas rápidamente al ver a mi padre entrar en la habitación.

—¿Cariño, estás bien?

Fuerzo una sonrisa y asiento.

—Estoy bien papá, solo un poco dolorida.

Suspira y se sienta en un lado de la cama cogiendo una de mis manos.

—Está volviendo a pasar ¿verdad? —pregunta—. Ese maldito Wolfheart ha vuelto a embaucarte.

—Nadie me ha embaucado, viejo. Ya no tengo dieciséis años y sé cuidar de mí misma.

—Creí que con el tiempo acabarías olvidándole, que solo era un capricho de adolescente y...

—Lo he intentado. Te juro que lo he hecho, pero ha sido volver a verle y... —Suspiro apretando su mano—. No te preocupes, viejo. No va a pasar nada. Ese hombre que acaba de estar aquí hace un momento, ya no es el Alec que conocí. No voy a volver con él.

—Sabes que te está utilizando ¿verdad? Ya lo hizo una vez y ahora vuelve a hacerlo. Te tenía vigilada. Uno de nuestros trabajadores le contaba todo lo que hacías, a dónde ibas y con quién, a cambio de dinero.

—David —susurro recordando cómo le había llamado Chris al peón que siempre estaba mirándome.

—Sí, David. Te juro que si no fuese por...

En ese momento tocan a la puerta interrumpiendo a mi padre y un par de agentes de policía entran en la habitación.

—Señorita Callaghan, somos los agentes Wood y Eggs —Según me indica, Wood es él, un hombre de unos cuarenta y pocos años y alto, su compañero es Eggs, bajito y de unos cincuenta años—. No queremos incomodarla, sabemos que ha pasado usted por mucho, pero necesitamos su declaración para aclarar este asunto.

—Por supuesto.

Los agentes miran hacia mi padre y después a mí.

—¿Se siente cómoda hablando delante de su padre? Si no es así...

—Sí, no hay problema.

—Bien, pues entonces cuéntenos exactamente qué fue lo que sucedió esa noche. Sus amigos nos han dicho que ustedes habían salido a tomar unas copas a un club en Black Mountain, pero que usted se fue antes que ellos porque había discutido con el señor Alec Wolfheart.

—Sí, así es. Discutí con Alec por un tema personal y después me fui del club. Estaba algo afectada por esa discusión así que decidí ir a dar una vuelta para despejarme. Estuve cerca del río un par de horas. Cuando estaba a punto de irme, escuche los pasos de alguien y vi la sombra de un hombre, pero pensé que sería Alec que venía a hablar sobre lo ocurrido. Entonces él habló y aunque en ese momento creí reconocer su voz, me di cuenta enseguida que no era Alec, sentí un golpe en la cabeza y lo siguiente que recuerdo es despertar en medio del bosque a la mañana siguiente. Ese hombre estaba allí conmigo y tenía la cara cubierta con un pasamontañas.

—¿Mencionó en algún momento por qué la había secuestrado o qué es lo que quería? —pregunta el agente Eggs.

Miro hacia mi padre y me doy cuenta de que él también está pendiente de

mi respuesta. Si ahora mismo digo que el secuestrador me dijo que venía de parte de Alec, mi padre irá a por él y acabarán matándose el uno al otro, además, estoy segura que la policía lo detendrá para interrogarle y no sé hasta qué punto llega la influencia del Lobo aquí en Ashville. Suspiro y niego con la cabeza.

—No hablé mucho, solo me golpeó y perdí el sentido.

—Ha dicho que en un principio le pareció reconocer su voz ¿Sabe quién podría ser?

—Sí, su nombre es Donald y es un trabajador del rancho Wolfheart. Le reconocí aparte de por su voz, por sus dientes. Tiene los dientes completamente podridos y eso es algo que no se olvida.

—¿El señor Donald tendría algún motivo para querer hacerle daño?

—Sí, bueno, no sé si es un motivo, pero tuvimos una gran discusión hace un par de semanas. Fue por un tema de lindes con el rancho Wolfheart.

—¿El señor Alec Wolfheart estaba enterado de esa discusión?

—Él estaba presente y se puso de mi parte. Le prohibió a su trabajador acercarse a mí.

—¿Entonces usted cree que el señor Wolfheart no estaba enterado de lo que pensaba hacer ese hombre? ¿Cree que pudo haberlo mandado él?

Miro a mi padre que se mantiene en silencio, pero tiene los puños apretados a ambos lados de su cuerpo. Está en completa tensión, como un león a punto de atacar a su presa.

—No, no lo creo. Alec Wolfheart no tiene ningún motivo para querer hacerme daño. Creo que Donald actuó en solitario y espaldas de su jefe.

—Bien, en ese caso vamos a interrogar al señor Donald y si no nos da una buena coartada, emitiremos una orden de detención inmediata.

Asiento y los policías se despiden antes de salir de la habitación. Cuando mi padre y yo volvemos a quedarnos a solas, él resopla y vuelve a sentarse a mi lado en la cama.

—¿Le has dicho la verdad a los agentes o estás protegiéndole, Johanna?

—No tengo por qué mentir, papá. He dicho la verdad, no creo que Alec haya tenido nada que ver en todo esto.

En ese momento tocan a la puerta y Megan, Jay y Cam entran a la habitación.

—¿Cómo estás, preciosa? —pregunta Jason.

—Bien, solo un poco dolorida, pero me recuperaré pronto. Menudo fin de semana ¿eh?

—Ni que lo digas. Nos has pegado un buen susto. Nosotros vamos a tener que irnos pronto, pero queríamos verte antes de marcharnos ¿Qué fue lo pasó, Jo?

Mi padre se levanta y pone su mano sobre el hombro de Jay.

—Vamos a tomarnos un café y yo te lo cuento. Dejemos a las chicas cotorrear un rato.

Le sonrío a mi padre y él y Jason se marchan de la habitación.

—Muy bien, ahora vas a contárnoslo todo —dice Cam cuando nos quedamos las tres solas.

—Vale, pero no quiero que se lo digáis a nadie y mucho menos a mi padre ¿entendido?

Las dos asienten y empiezo a relatar todo lo que pasó esa noche. Les cuento toda la verdad. Cuando termino las dos me miran alucinadas.

—¿Crees que fue él? —pregunta Cam.

—No lo creo, pero aun así...

—Tienes dudas —añade Megan.

—Sí, quizás Alec ha cambiado más de lo que se ve a simple vista. No lo sé, estoy muy confundida.

—¿Qué pasó en el club? ¿Por qué huiste así? —inquire Megan.

—Discutimos y... —Las miro y veo que las dos me están mirando con cara de “Ya, lo que tú digas”—. Vale, me acosté con él.

—¡¿Cómo?! ¡¿Qué?! —exclaman las dos a la vez.

—No lo planeé ¿vale? Estábamos discutiendo y simplemente ocurrió, pero después me di cuenta de que había cometido un error dejándome llevar y me marché de allí corriendo.

—¿Ya estás lista para admitir en voz alta que le sigues queriendo? —pregunta Megan.

Asiento agachando la mirada.

—Sí, le sigo queriendo, pero voy a hacer todo lo que esté en mis manos para cambiar eso.

—Permíteme que lo dude —dice Megan sonriendo—, pero si necesitas mi ayuda o cualquier otra cosa, ya sabes dónde encontrarme.

—Lo sé —Agarro su mano y sonrío—. Joder, me sabe mal que para una vez que venís a verme, pase todo esto.

—No te preocupes por eso, tú esfuérzate en recuperarte cuanto antes. Además, yo voy a empezar a venir más seguido por aquí.

—¿Y eso?

—Aquí Megan ha hecho buenas migas con Rob Anderson —contesta Cam.

—¿Tú y Robbie? —pregunto sonriendo.

—¿Qué? Es un amor y besa de vicio, además está como un queso.

Suelto una carcajada y tengo que agarrarme el costado por el dolor.

—No me hagas reír, loca. Me alegro por ti. Has encontrado a tu ranchero sexi.

—Sí, y tú también al tuyo, aunque tú nunca lo perdiste —contesta sonriendo.

—Eso no es...

—Fue él quien te encontró —dice Cam interrumpiéndome.

—Sí, estuvo buscándote sin descanso durante todo el día y parte de la noche hasta que dio contigo. Puso a todos sus hombres y todos los medios que tenía en tu búsqueda —añade Megan.

—Después se encargó de llamar a un helicóptero que te trajo directamente a Ashville. El Doctor Johnson dijo que podías ser atendida en Black Mountain, pero él se negó. Dijo... más bien le ordenó que llamara un helicóptero de inmediato sin reparar en gastos —continúa Cami.

—¿Y papá se lo permitió?

—Créeme, cielo. En ese momento tu padre hizo bien en no abrir la boca. Conozco a Alec desde que era un mocoso y le he visto cabreado muchas veces, pero nunca le había visto tan descontrolado. Estaba dispuesto a pasar por encima del mismísimo papa. Su objetivo era que tú te pusieras bien y nada ni nadie se atrevió a interponerse en su camino.

No me permito a mí misma pensar en ello más de un par de segundos, así que cambio de tema a uno mucho más seguro, como el reciente amorío de Megan y Rob. Nos pasamos un buen rato charlando hasta que Jay viene a buscarla y los dos se van de vuelta a Charlotte prometiendo llamarme al día siguiente para saber cómo me encuentro. Poco después, Cami también se va y mi padre se queda conmigo a pasar la noche en el hospital.

## *Alec*

Lanzo una piedra más a la poza y veo como rebota una y otra vez en el agua para acabar hundiéndose, así es como me siento yo, intento rebotar una y otra vez, pero siempre me hundo. Llevo un mes sin ver a Jo, desde aquel día en el hospital y la echo muchísimo de menos. Sé por Chris que ya se encuentra totalmente recuperada y que incluso trabaja de nuevo con los

animales, pero no ha salido del rancho para nada. He intentado ponerme en contacto con ella, pero no he recibido respuesta por su parte. Con ponerme en contacto, quiero decir que le he dejado algunos regalitos. El otro día le compré una res, una preciosa ternera Brahman con un enorme lazo rojo al cuello. La dejé por el lado Callaghan de la valla con una carta en donde le pedía perdón y la citaba en la poza, pero no apareció. También le hice llegar varias cartas del mismo estilo, pero sin ser acompañadas de ninguna vaca. El último regalo lo mandé dejar en su habitación esta misma mañana, y como siempre, también le escribí unas palabras citándola aquí dentro de cuatro horas. Supongo que no vendrá, pero aun mantengo la esperanza.

—Ya he cumplido tu encargo —Me giro para ver a Chris entrando en el refugio.

—Gracias tío, ¿Crees que esta vez vendrá?

—No lo creo, Alec —Suspira y se pasa la mano por el pelo—. No voy a seguir haciendo esto. Me pediste que lo hiciera una vez, pero se ha vuelto una costumbre y no sé cómo, estoy otra vez en medio, siendo usado como correo entre los dos.

—Siendo realistas, no estás siendo un correo, ya que Johanna no me hace ni puñetero caso, más bien eres como un repartidor —digo con media sonrisa.

—Muy gracioso ¿Sabes algo sobre Donald?

La sola mención de ese cabrón me enciende la sangre.

—No, tengo a gente buscándole por todos lados y sé que la policía ha emitido una orden de búsqueda y captura en su contra, pero hasta ahora no hay noticias. Voy a encontrarle, Chris. Lo mejor es que ese hijo de perra rece para que la policía de con él antes que yo, porque cuando le ponga las manos encima...

—¿Serías capaz de matarlo?

—Sin dudarle un segundo —contesto mirándole fijamente.

Chris abre los ojos sorprendido. No sé de qué se sorprende, me conoce, y últimamente hemos recuperado parte de la amistad que nos unió. Vale, que en un principio yo solo me acerqué a él por su proximidad a Johanna. Chris es el aliado perfecto para conseguir llegar a ella.

—¿Crees que ya lo ha encontrado? —pregunto para intentar cambiar de tema.

—Es posible, si no lo ha encontrado, estará a punto de hacerlo —veo como desvía la mirada.

—¿Chris qué pasa? Me estás ocultando algo, lo sé.

Resopla y me mira haciendo una mueca.

—No debería contarte esto, pero... Mierda, Jo va a matarme si se entera que te lo estoy diciendo.

—¿Qué pasa Chris?

—Va a marcharse.

—¡¿Qué?! ¿Cómo que marcharse? ¿A dónde?

—Piensa volver a vivir a Charlotte. Va a aprovechar la feria de ganado de Raleigh para buscar a un buen veterinario que se haga cargo del rancho y de seguir administrando la proteína a los terneros.

—¡¿Por qué?! ¡Esta es su casa! ¡¿Por qué se va?!

—No lo sé, tío. Me lo dijo ayer. Intenté hacerle cambiar de idea, pero ya sabes cómo es Johanna, cuando se le mete algo en la cabeza, es como un perro con una presa.

Me paso la mano por el pelo pensando en una manera de intentar retenerla aquí. No puede irse, no puedo perderla de nuevo. Miro a Chris y una idea se dibuja en mi cabeza haciéndome sonreír.

—Tengo una idea y necesito tu ayuda para llevarla a cabo.

## El destino es un sádico y retorcido hijo de perra

### *Johanna*

Mi móvil empieza a vibrar de nuevo. Hace semanas que decidí quitarle el sonido, si no lo hubiese hecho ya habría estrellado el aparato contra el suelo en más de una ocasión y eso se debe a las incesantes llamadas y mensajes de Alec. Aún no sé cómo ha conseguido mi número, aunque creo que eso no es tan difícil como meterse en mi habitación, cosa que ha hecho en más de una ocasión, o quizás a enviado a alguien. No lo sé, el caso es que una semana después de mi “accidente” empecé a recibir sus llamadas y regalitos.

El primero fue una vaca. Sí, aunque parezca una broma, no lo es. A Alec Wolfheart no se le ocurrió nada mejor que regalarme que una ternera con un enorme y pomposo lazo rojo al cuello. A partir de ese momento, todo ha sido una sucesión de llamadas, mensajes y cartas que inexplicablemente aparecen en mi habitación como por arte de magia. Miro la pantalla del móvil que sigue vibrando en mi mano “Chucho”, así es como lo tengo agendado, rechazo la llamada y vuelvo a guardarme el teléfono en el bolsillo trasero del pantalón. Camino por el pasillo del piso superior de mi casa y me paro frente a la puerta de mi habitación, escucho ruidos en su interior y dudo en abrir la puerta o no. ¿Y si Alec está dentro? ¿Quiero verle? Hace un mes que no le veo y no sé cómo reaccionaría a tenerle ni más ni menos que en mi propia habitación.

Respiro profundamente y giro la manilla, a continuación abro los ojos desmesuradamente al ver la cosita más tierna que he visto nunca correteando por mi habitación.

—¿Tú quién eres? —susurro acucillándome para acariciar al pequeño cachorro de lo que parece ser un lobo, sé que no lo es porque su tenencia está prohibida, pero es realmente parecido.

El cachorro se sube a mi regazo y empieza a frotarse contra mí. Me doy cuenta que lleva un collar con una chapa identificativa, le doy la vuelta y leo su nombre “Wolfy”. Pongo los ojos en blanco y me levanto con Wolfy en brazos.

—¿Ahora qué hago yo contigo? —El cachorro me mira y ladea la cabeza como si intentara entenderme.

Busco sobre la cama y sobre las mesitas de noche, estoy segura que aparte del perro, también ha dejado alguna de sus cartas, y no me equivoco, encuentro una hoja de papel doblada por la mitad encima de la cómoda, junto

al reproductor de música.

Suspiro desdoblado el papel aún con el perro en brazos.

*Hola pequeña:*

*Espero que te guste mi regalo. Como te habrás dado cuenta ya le he puesto nombre, creo que Wolfy le pega y siempre que lo veas te acordarás de mí. Por si te lo estás preguntando, no es un lobo auténtico, pero sí lo más parecido que pude encontrar sin que llegara a ser peligroso. Es un perro lobo de Saarloos. He estado investigando sobre esa raza de perros, provienen de Holanda y es un cruce de Pastor alemán y de lobo siberiano. Son cachorros muy dóciles y cuando crecen son extremadamente fieles a su dueño. Su único objetivo es protegerle y cuidarle.*

*Nada más leer eso, sabía que sería el regalo perfecto para ti. Ya que no quieres verme, al menos tienes a tu lado una versión mía que va a cuatro patas y ladra. Estaba pensando que quizás quieras sacar a pasearlo esta noche, ¿En nuestro lugar tal vez, a eso de las nueve? Puedes confirmármelo cogiendo una de mis cientos de llamadas o respondiendo a alguno de los mensajes que te envió. Tengo la esperanza de que esta vez sí lo hagas.*

*Tienes que perdonarme, pequeña, por todo, por haberte dejado escapar hace diez años y no haberme dado cuenta de que estaba cometiendo un gran error y sobre todo por no haberte sabido proteger de ese cabrón. Sé que tú no crees que fui yo quien lo envió a por ti. Aunque digas que ya no me conoces, sí lo haces, eres la persona que más me conoce en el mundo.*

*Bueno, no voy a seguir suplicándote por escrito, prefiero hacerlo en persona ☺. No olvides que te amo y que siempre estaré esperándote.*

*Alec Wolfheart*

*PD. Enciende el reproductor de música.*

Suspiro doblando de nuevo la carta y la dejo en el cajón de la cómoda junto al resto. No puede seguir haciendo esto, al final alguien acabará pillándole. Aun no entiendo cómo se tragó mi padre que la nueva ternera, que no es un Black Angus como el resto de nuestro ganado, apareció sin más en nuestras tierras. Por suerte, Chris estuvo rápido en reflejos y se deshizo del dichoso lazo rojo antes de que los trabajadores lo vieran.

Miro hacia el reproductor y como buena masoquista que soy, le doy al botón del play. En pocos segundos empieza a sonar las primeras notas de una canción que me conozco bien y sé a ciencia cierta que cuando termine, voy a

estar hecha un mar de lágrimas.

Me siento sobre la cama y cierro los ojos escuchando como Jonny Hetherington, el vocalista de “Art of Dying” comienza a cantar la primera estrofa de la canción “Sorry”.

*Seems like everyday you cross my mind (Parece que todos los días te cruzas por mi mente)*  
*Even after such a long long time (Incluso tras un largo, largo tiempo)*  
*I still think about the way you smile (Aún pienso en la manera en que sonríes)*  
*It tears me apart to know that it won't ever be the same again (Me destruye el saber que nunca será lo mismo otra vez)*

*No it won't ever be the same again (No, nunca será lo mismo otra vez)*

*Now I'm sorry that I left you (Ahora siento haberte dejado)*

*I can't go back (No puedo volver atrás)*

*I can't change anything (No puedo cambiar nada)*

*I'm sorry that I said "so long" (Siento haber dicho "tanto tiempo")*

*I never meant to hurt you (Nunca quise hacerte daño)*

*Sorry I waited so long (Perdón por haber esperado tanto)*

*Not really sure what I'm doing back here (No estoy muy seguro de lo que estoy haciendo aquí)*

*Why I stayed away for all those years (Por qué estuve aquí todos estos años)*

*I guess I had to try to find myself (Supongo que tuve que intentar encontrarme)*

*I'm the only one to blame (Soy el único culpable)*

*No one else can ever make it all go away (Nadie más puede hacer que todo desaparezca)*

*Or make up, make up for all my mistakes (O compensar, compensar todos mis errores)*

*Now I'm sorry that I left you (Ahora siento haberte dejado)*

*I can't go back (No puedo volver atrás)*

*I can't change anything (No puedo cambiar nada)*

*I'm sorry that I said "so long" (Siento haber dicho "tanto tiempo")*

*I never meant to hurt you (Nunca quise hacerte daño)*

*Sorry I waited so long (Perdón por haber esperado tanto)*

*I can't go back (No puedo volver atrás)*

*I can't change anything (No puedo cambiar nada)*

*I'm sorry that I said "so long" (Siento haber dicho "tanto tiempo")*

*I never meant to hurt you (Nunca quise hacerte daño)*

*Sorry I waited so long (Perdón por haber esperado tanto)*

*Sorry I waited so long (Perdón por haber esperado tanto)*

*If I could do this all over (Si pudiera hacer todo de nuevo)*

*I'd want to go back, I'd want to go back (Quisiera volver atrás, quisiera volver atrás)*

*If I could only start over (Si sólo pudiera empezar de nuevo)*

*I'd take it all back, (Lo recuperaría todo)*

*I'd take it all back for you (Lo recuperaría todo por ti)*

*I'd take it all back for you (Lo recuperaría todo por ti)*

*Now I'm sorry that I left you (Ahora siento haberte dejado)*

*I can't go back (No puedo regresar)*

*I can't change anything (No puedo cambiar nada)*

*I'm sorry I said "so long" (Siento que dije "Tanto tiempo")*

*And I'm sorry that I left you (Siento haberte dejado)*

*I can't go back (No puedo regresar)*

*I can't change anything (No puedo cambiar nada)*

*I'm sorry I said "so long" (Siento que dije "Tanto tiempo")*

*I never meant to hurt you (Nunca quise hacerte daño)*

*Sorry I waited so long (Perdón por haber esperado tanto)*

*Sorry I waited so long (Perdón por haber esperado tanto)*

*Sorry I waited so long (Perdón por haber esperado tanto)*

*That I waited so long (Que esperé tanto tiempo)*

Como ya me esperaba, al terminar la canción tengo las mejillas cubiertas de lágrimas. ¿Por qué me lo está poniendo tan difícil? Intento olvidarle o al menos no pensar tanto en él, pero hace estas cosas y me desarma completamente. Miro a Wolfy y le doy un beso en su cabecita peluda sin poder dejar de llorar.

—Es un jodido manipulador —susurro—, pero es tan dulce cuando quiere.

Suspiro y me levanto para apagar el reproductor antes de que empiece a sonar otra canción y acabe sumiéndome en una depresión. En estos momentos es cuando estoy más segura de haber tomado la decisión correcta. Tengo que marcharme de aquí si quiero olvidarle o al menos intentarlo.

Dejo el cachorro en el suelo y ese momento vuelve a sonar mi teléfono, es él, otra vez. Estoy a punto de rechazar la llamada, pero me armo de valor y deslizo el dedo por la pantalla para descolgar, respiro profundamente y me llevo el móvil a la oreja.

—Tienes que parar con esto, Alec.

—¿Jo, eres tú?

—Me has llamado tú.

—Ya, pero no creí que lo cogieras, te he llamado cientos de veces y te he mandado otros tantos mensajes.

—Lo sé, te he colgado las llamadas y los mensajes los he borrado directamente. Tienes que parar, con todo, las llamadas, los mensajes, las notas en mi habitación y sobre todo los regalos.

—¿Te ha gustado Wolfy? Es una monada ¿verdad?

—Alec, hablo en serio.

—Y yo, creo que con la ternera me pasé un poco.

Pongo los ojos en blanco y vuelvo a sentarme en el borde de la cama.

—Sigue este consejo, Lobo. Si quieres conquistar a una mujer, no le regales una vaca.

Suelta una carcajada y aunque no quiero hacerlo, una media sonrisa empieza a tirar de mis labios. Le echo de menos, extraño al Alec juguetón y sonriente.

—Muy bien, en ese caso, ¿qué me aconsejas entonces para conquistar a una mujer?

—Yo que sé, regálale flores, invítala a cenar o al cine.

—Muy bien, esta noche paso a recogerte y vamos a cenar y después al cine, prometo llevarte flores.

Resoplo dejándome caer de espaldas sobre el colchón.

—Eso no va a suceder. Para ya con esto, Alec.

—No puedo, pequeña. Te extraño demasiado, además Kitchi tiene derecho a ver a su hijo ¿Cómo está Tormenta? ¿Lleva bien el embarazo?

—¿Cómo estás tan seguro de que mi yegua está preñada?

—Yo lo sé todo, tengo ojos en todos lados y me han informado que hace más de una semana que confirmaste que Tormenta está preñada, así que ni siquiera intentes negarlo. Creo que deberíamos quedar para hablar sobre la manutención y el régimen de visitas de Kitchi.

—Muy gracioso —susurro intentando retener una nueva sonrisa—. Tengo que colgar, Alec. Deja ya de insistir, por favor.

—Eso nunca ¿Te veo esta noche?

—No, adiós Alec.

Cuelgo la llamada y lanzo el teléfono sobre la cama. Tengo que largarme cuanto antes, si no lo hago acabaré cayendo en sus trucos, solo es cuestión de tiempo, por suerte en dos días me iré a la feria de ganado y espero conseguir un buen veterinario que se haga cargo del rancho, después volveré a Charlotte y trabajaré en la clínica hasta que decida qué hacer con mi vida.

Escucho como golpean la puerta de mi habitación y Nala asoma la cabeza.

—Hola cielo —Al verme la cara entrecierra los ojos—. ¿Has estado llorando?

—No, es solo que...

—¿Eso es un lobo? —pregunta mirando al cachorro que se está cargando una de mis botas.

Me levanto y lo cojo en brazos.

—En parte, es un perro lobo.

—A ver si lo adivino... otro regalito del Lobo— resoplo asintiendo—. Ese hombre te está volviendo loca.

—Nana, ese hombre lleva volviéndome loca toda mi vida —aclaro alzando una ceja.

—Cierto, ¿pero sabes una cosa? Yo creo que tarde o temprano acabareis juntos. El destino no puede ser tan cruel como para ponerte delante de ti al amor de tu vida una y otra vez y no dejarte ser feliz con él.

—Nana, el destino es un sádico y retorcido hijo de perra que se pone cachondo destrozando la vida de nosotros, los pobres mortales.

—¡Niña! Controla ese vocabulario —me regaña—. Necesito que me ayudes a subir unas cortinas del sótano.

—Claro, cualquier cosa es mejor que estar encerrada en esta habitación torturándome a mí misma.

Nala sonríe y sale de la habitación mientras yo dejo a Wolfy en el suelo, salgo tras ella y compruebo que el cachorro me sigue entre corriendo y saltando para conseguir alcanzarme.

Bajamos por una puerta que hay en la cocina hasta el húmedo y oscuro sótano de la casa. Cuando era pequeña Chris solía decirme que en el sótano vivía un monstruo que comía niños, así que este lugar nunca fue de mi agrado.

—¿Aún sigues teniendo miedo a bajar aquí? —pregunta Nala sonriendo tras encender la luz que no es más que una bombilla de baja intensidad colgando de su propio cable desde el techo.

—No tengo miedo, pero tampoco es que disfrute estando aquí.

Miro a mi alrededor y veo un montón de cajas apiladas a un lado, sofás viejos y algunos muebles, también hay una zona donde está la caldera de agua caliente y el cuadro eléctrico. Todo está bastante limpio y recogido, pero aun así no me gusta este lugar.

—Las cortinas deberían estar dentro de alguna de esas cajas —Nala señala una enorme pila de cajas.

—¿En serio? Y apuesto a que vamos a tener que abrir una por una para encontrarlas.

—Niña, si fuese algo fácil no te habría pedido ayuda.

—Buen punto —murmuro acercándome a las cajas y empezando abrir la primera.

Nala se pone manos a la obra y entre las dos abrimos y rebuscamos entre un montón de cacharros viejos que no sé por qué no están en el lugar que deberían, el contenedor de basura.

—Todo esto es basura —refunfuño pasándome la muñeca por la frente para retirar el sudor.

Estoy completamente despeinada y me pica la nariz a causa del polvo.

—No es basura, son recuerdos. Mira esto —Levanta sobre su cabeza un vestido antiguo.

—Nana, eso tiene que tener más de cuarenta años.

—En realidad, tiene algo más de treinta. Era de tu madre.

La sola mención de mi madre despierta mi curiosidad. Me acerco a ella y veo que la caja que tiene abierta, tiene escrito “Kate” en el lateral. Ese era el nombre de mi madre. Katherine Callaghan. Dejo el vestido a un lado y me agacho para rebuscar en el interior de la caja. Encuentro más vestidos, zapatos, bolsos y en el fondo hay una caja de zapatos que parece estar vacía. Abro la pequeña caja y me encuentro con una pila de fotos antiguas. Nala me mira sonriendo y me anima a echarles un vistazo. Voy pasando las fotos una a una. En ella aparecen mi madre y la tía Cam siendo apenas unas niñas, también hay algunas de mis abuelos paternos a los que nunca conocí. Sigo mirando las fotos hasta que encuentro una de mis padres. Mi padre se ve muy joven, no creo que tenga más de veintidós o veintitrés años. Los dos miran a la cámara sonriendo. Acaricio la fotografía preguntándome como habría sido mi vida si mi madre no hubiese muerto en ese accidente siendo yo tan solo una niña. No puedo quejarme, entre mi padre, Nala y la tía Cam, supieron suplir bien su falta, pero supongo que siempre eché en falta tener una madre a mi lado. Miro hacia al fondo de la caja y una foto llama mi atención, en ella se pueden ver a un grupo de adolescentes. Dos chicos y tres chicas, la foto está bastante borrosa, pero distingo a mi padre, a mi madre y una muchacha que juraría que he visto antes en algún lado, pero no recuerdo dónde. Miro hacia los otros dos integrantes del grupo y abro la boca de par en par al reconocerlos.

—¿Estos son Jack y Norah Wolfheart? —pregunto alzando la foto hacia Nala.

Ella me mira y me quita la foto de la mano.

—Deberíamos subir ya, no creo que encontremos las cortinas y tengo que empezar a preparar la cena —dice con nerviosismo volviendo a guardad la foto en la caja.

—Nana, ¿Qué hacen mis padres en una foto con los Wolfheart? Se supone que nuestras familias se han odiado toda la vida y ahí aparecen sonriendo a la foto como si fuesen amigos.

—Niña, no remuevas el pasado. Hazme caso y olvídate de esto, hay cosas que es mejor dejarlas en el olvido.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunto alzando una ceja—. ¿Mi padre y Jack Wolfheart eran amigos de jóvenes?

—Johanna ¿no has escuchado le que acabo de decir?

—Sí, lo he escuchado perfectamente, pero eso no quiere decir que vaya a

hacerte caso. Necesito saber que pasó entre ellos para que dejaran de ser amigos.

—Yo no he dicho que fueran amigos, eso lo has deducido tú solita, y basta de preguntas. Vamos arriba y pégate una ducha que tienes la cara negra del polvo.

Empieza a subir las escaleras de vuelta a la cocina y yo me quedo plantada allí abajo con mil dudas en mi cabeza. Conozco a Nala y sé que cuando se pone así, no voy a conseguir sacarle nada más, pero... ¿Qué significa esa foto y quién es esa mujer misteriosa? Vuelvo a coger la foto y me la guardo en el bolsillo. De esa foto solo quedan tres personas con vida, una de ellas es mi padre, el cual estoy segura no me va a contar nada, la otra Norah Wolfheart, apenas he cruzado un par de palabras con ella en mi vida y eso fue cuando era una cría, así que solo queda una persona, la chica misteriosa. La conozco, sé que es así, pero... ¿de dónde? ¿Dónde la he visto antes? Me encojo de hombros y subo las escaleras con Wolfy en brazos. Es tan pequeño que no consigo subir los escalones él solo.

## *Alec*

Desde ayer mi humor ha mejorado bastante, finalmente he podido hablar con mi pequeña. Fue una sorpresa para mí que descolgara la llamada, estaba tan nervioso cuando escuché su voz que incluso me temblaban las manos. Entro en el establo y veo a Carter riendo de algo que acaba de decirle Patrick. Los dos siempre se han llevado bien, pero últimamente me he dado cuenta que se han hecho buenos amigos y Patrick está ayudando a mi hermano mayor a hacerse cargo de algunos trabajos en el rancho, y aunque no lo admita en voz alta, me enorgullece muchísimo que Carter finalmente esté colaborando en el negocio familiar.

—Carter, no distraigas a Patrick. Tiene que hacer su trabajo —digo sorprendiéndoles a los dos.

—Ya estoy terminando, Lobo —contesta Patrick acabando de apilar unos fardos de paja.

—No lo distraigo, hermanito. Me está enseñando que tipo de alimentación y en qué cantidad se les administra a los caballos.

—Bien, ¿Quieres hacerte tú cargo de ellos?

—No corras tanto. Mejor que Patrick me ayude por ahora, no vaya ser que acabe metiendo la pata y toda la ira del Lobo recaiga sobre mí.

Sonrío negando con la cabeza y Carter abre los ojos sorprendido.

—Te veo de buen humor ¿Tiene algo que ver con cierta señorita con tendencia a ponerte en tu lugar cuando te vuelves un capullo?

—No te pases, Carter. Una cosa es que esté de buen humor y otra que tenga paciencia para aguantar tus gilipolleces.

Carter pone los ojos en blanco y Patrick sonrío mirándole de reojo.

—Lobo, ya hice lo que me pediste. Tenías razón en lo de la cicuta, encontré bastante cerca del río.

Asiento. Hace un par de días otro de mis caballos enfermó y sus síntomas eran idénticos a los de Kitchi. Llamamos al veterinario y este confirmó que se trataba de una intoxicación por cicuta. Así que una de dos, alguien estaba envenenando a mis caballos o los dos caballos habían estado en el mismo lugar y comieron por accidente la cicuta. Efectivamente, uno de los trabajadores dijo que había estado cerca del río con el caballo enfermo y yo también estuve allí anteriormente con Kitchi, así que le pedí a Patrick que echara un vistazo a la zona para ver si encontraba la planta que está intoxicando a mis animales.

—Manda a que lo corten todo y que usen herbicidas para que no vuelva a reproducirse.

—Ya lo he hecho. Los chicos estuvieron toda la tarde encargándose del asunto. Estaba más extendido de lo que pensamos. Lo extraño es que del otro lado del río, no hay nada de cicuta y esa no es una especie que suele crecer así sin más.

—¿Qué quieres decir? ¿Crees que alguien la plantó a propósito?

—Bueno, la cicuta no es solo toxica para los caballos, si el ganado llegase a comerla empezarían a caer como moscas, además es una planta que se extiende muy rápidamente.

—Mathew Callaghan —murmuro cerrando y abriendo los puños.

No es la primera vez que hace algo parecido. Hace un par de años, varias cabezas de ganado aparecieron muertas en el río sin ninguna explicación aparente y anteriormente uno de los pozos de agua de rancho fue adulterado con productos tóxicos y también perdimos algunos animales.

—Lobo, creo que te buscan.

Miro hacia dónde me señala Patrick y entrecierro los ojos al ver a Linda entrando en el establo.

—¿Qué demonios haces tú aquí? —le pregunto agarrándole del brazo y llevándola al exterior.

—He venido a verte, amor. Hace más de un mes que no vienes a

visitarme y la última vez que viniste me trataste fatal.

—Linda, si no he ido a La casa de Muñecas, ha sido porque no me ha hecho falta. Lo que no entiendo es por qué has venido tú hasta aquí.

—Te echaba de menos, Lobo —dice con voz seductora—. No me digas que tú no me extrañabas a mí.

—Si lo hiciera, habría ido a buscarte ¿no crees? Lárgate de aquí, Linda. No quiero que vuelvas a pisar mi casa ¿Entendido?

—Es por ella ¿verdad? Desde que ha aparecido esa Callaghan, ya no quieres saber nada de mí ¿Qué pasa? ¿Te la estás follando? Donald tenía que haber acabado con ella en el bosque.

Me acerco a ella y la agarro por la nuca pegando su cara a la mía. Siento como la rabia fluye por cada poro de mi piel y tengo que hacer verdaderos esfuerzos para no estrangular a la mujer que tengo frente a mí.

—Punto número uno, a ella no me la follo. Johanna vale para mucho más que eso. Para echar un simple polvo te tengo a ti, que para eso están las putas. Y punto número dos, como me entere que has tenido algo que ver en lo que le hizo Donald a Jo, o lo estás encubriendo de alguna manera, te juro que vas a desear estar muerta. Cuando te encuentren vas a estar tan desfigurada que no te van a reconocer ni a los clientes a quien se la chupas todas las noches ¿Lo has entendido? —Asiente rápidamente y la suelto dándole un empujón—. Lárgate de aquí, Linda, y recuerda bien lo que te he dicho.

Echa a correr asustada y yo me paso la mano por el pelo. Tengo que empezar a controlar mi carácter si quiero recuperar a Jo. No puedo dejarme llevar así por la rabia o acabaré asustándola y eso es algo que no me puedo permitir. Respiro profundamente e intento tranquilizarme. Mañana es el gran día y tengo que tenerlo todo listo. Si todo sale como lo tengo planeado, mi pequeña volverá conmigo y esta vez no voy a perderla.

¿Te llega con ese o lo prefieres con lengua?

*Johanna*

Observo a Chris mientras mete nuestras maletas en la parte trasera de la pick up. Hemos decidido adelantarnos nosotros, y mañana por la mañana saldrá el camión con el ganado que vamos a exponer en la feria. La mayoría son terneros que han sido tratados con la proteína de crecimiento y esta es una buena oportunidad para demostrar lo efectiva que está resultando.

—No me gusta que salgáis tan tarde, la noche os va a coger en la carretera —dice mi padre frunciendo el ceño—. ¿Por qué no salís mañana con el camión?

—Papá, si salimos mañana tendremos que ir directos a la feria y salir muy temprano de aquí. Preferimos dormir esta noche tranquilos en el hotel y mañana estaremos listos para recibir al camión.

—No se preocupe, señor Callaghan. Le prometo que seré prudente en la carretera y que yo mismo, en cuanto lleguemos le llamaré —añade Chris.

—Está bien. Id despacio y con cuidado.

Los dos asentimos como dos niños buenos y nos metemos en el interior del vehículo, sujeto a Wolfy en el asiento trasero y Chris arranca incorporándose a la carretera.

—Vale ¿Cuál es el plan? —pregunto mirándole divertida—. Te conozco y esa historia de ir antes para no tener que madrugar, no me la creo. ¿Piensas llevarme de fiesta esta noche?

Chris suelta una carcajada.

—No, lo decía en serio. Además, fuiste tú la que se lo dijo a tu padre.

—Ya, porque tú me lo dijiste a mí y como excusa tengo que admitir que no está nada mal, pero no me lo trago.

—¿Por qué te has traído al perro? —pregunta señalando hacia atrás y cambiando de tema drásticamente.

Le miro alzando una ceja, pero decido dejarlo pasar, por el momento. Espero que no tenga preparada ninguna sorpresa, sigo odiando las sorpresas.

—No podía dejarlo en casa, creo que mi padre le tiene un poco de manía. En realidad, creo que mi padre le tiene manía a todo lo que tenga que ver con los lobos, es paradójico que viva en uno de los pocos estados del país donde aún hay lobos.

—Creo que tu padre no odia a todos los lobos, solo a uno en particular.

—¡Hey!, nada de hablar de Alec. Necesito distraerme unos días y no

pensar en él.

—¿No pensar en él o no pensar en que sigues enamorada de él?

—Justo a eso me refiero con no hablar. Durante estos tres días no quiero ni siquiera que me menciones su nombre. Quiero hacer como si Alec Wolfheart no existiera.

—Ya, eh... Bueno... Sabes que vamos a una feria de ganado ¿verdad? — Lo miro sin entender a qué se refiere —. El rancho Wolfheart es uno de los ranchos ganaderos más importantes del condado de Buncombe.

—Espera... ¿Intentas decir que él estará allí?

—No, no lo creo, al menos no personalmente, pero habrá enviado a algunos de sus hombres con el ganado, supongo.

—¿Supones? No me jodas que voy a irme para no verle y resulta que me lo encuentro allí. Eso sería demasiada mala suerte incluso para mí.

—¿Por qué huyes de él, Jo? Tú le quieres, él te quiere ¿Dónde está el problema?

—¿Lo preguntas en serio?! Todo son problemas con Alec Wolfheart, él... —De pronto veo como Chris gira en un camino de tierra y empieza a ascender por la montaña y si no me equivoco, está adentrándose en las tierras de los Wolfheart—. ¿Chris, por qué giras aquí? Te has equivocado de dirección.

—Tranquila, es un atajo.

—¿Un atajo? Estamos en tierras de los Wolfheart, como nos pillen aquí podrían matarnos de un disparo en la cabeza.

—No te preocupes ¿vale? Tengo permiso de Alec para cruzar por aquí.

Lo miro alzando una ceja. Este me está ocultando algo, eso seguro.

—¿Desde cuándo Alec y tú sois tan amiguitos? —indago.

—Pues, ya lo sabes. Éramos amigos desde niños.

—Erais, pero creí que vuestra amistad había terminado.

—Ya bueno, lo hizo, pero retomamos un poco nuestra relación desde que tú tuviste el accidente. La verdad es que el Lobo se portó de maravilla, fue él quien te encontró y se hizo cargo de todo para llevarte a Ashville y...

—Vale, vale, vale, para el carro, bonito. ¿Ahora me lo estás vendiendo? ¡¿Qué coño está pasando aquí, Chris?!

Me mira y veo como detiene el coche frente a lo que parece ser una cabaña de madera. No consigo verla bien porque ya ha anochecido y Chris se encarga de apagar las luces de los focos rápidamente.

—Lo siento, Jo. Puede que me odies, pero te prometo que no haría esto si

no estuviese completamente seguro de que es lo mejor para vosotros dos.

—¿Nosotros dos? ¡¿De qué mierda estás hablando, Chris?! ¿Y qué hacemos en mitad de la montaña a estas horas de la noche cuando deberíamos estar de camino a la...? —Una especie de idea se me cruza por la mente dejándome a media frase —. No, tú no serías capaz ¿verdad?

—Perdóname.

—¡Tú! Tú has sido quien le ha estado informando de todo y quien ha dejado esos regalos en mi habitación. ¿Cómo? ¿Cómo has podido hacerme esto? Yo confiaba en ti y...

En ese instante mi puerta se abre sobresaltándome y me giro viendo a Alec sonreír de oreja a oreja.

—Bienvenida pequeña. Llegáis tarde, ya me estaba preocupando.

—¡Tú, maldito hijo de...! —Una esposa se cierra alrededor de mi muñeca con un ruido metálico—. ¡¿Pero qué coño haces?! —Alec pasa una mano bajo mis rodillas y me saca del coche tan rápido que ni siquiera me da tiempo a forcejear. Una vez fuera del vehículo, veo como Chris saca mis maletas de la parte trasera y coge a Wolfy en brazos—. ¡Suéltame, maldita sea! —grito golpeando a Alec hasta que consigo que me deje en el suelo.

Intento salir corriendo, pero me quedo clavada en el sitio ya que él lleva la otra esposa sujeta a su muñeca.

—No vas a ningún lado, niña. Vamos a tener tres días para nosotros dos solitos, bueno, para los tres contando con Wolfy —me informa sonriendo con suficiencia.

Chris mete mi maleta y al perro en el interior de la cabaña y me mira rascándose la nuca.

—Chris, no puedes dejarme aquí con él. Esto es un secuestro, estás siendo cómplice de un delito.

Chris me mira y mira a Alec que intenta retenerme, pero no dejo de darle guantazos y tirar de mi brazo. No puedo quedarme aquí a solas con él.

—Gracias hermano —dice Alec—. Estate quieta pequeña —Me agarra los brazos y tira de mí aprisionándome contra su cuerpo y restringiéndome cualquier movimiento—. Te debo una, Chris.

—Me debes unas cuantas. Cuida de ella ¿vale?

—¡Chris! Chris, te lo suplico, no me dejes aquí ¡Chris! ¡Chris!

Veo como niega con la cabeza y se mete en el coche arrancando a toda prisa. Alec se aparta un poco liberándome y sonrío de oreja a oreja.

—Hola mi niña ¿Me das un besito? —Pone morritos divertido y hago lo

primero que se me pasa por la cabeza. Le doy una bofetada que le gira la cara.

—¿Te llega con ese o lo prefieres con lengua? —pregunto fulminándole con la mirada.

—¡Johanna! —dice apretando los dientes.

—¿Qué? te has llevado el besito, y gratis. En tu segunda casa te cobran por ellos.

Me encojo de hombros y observo como se acerca, como un toro a punto de investir. Intento retroceder, pero su mano y la mía siguen unidas por las esposas así que no voy a ningún lado. Alec se agacha y clava su hombro en mi estómago levantándome sobre su hombro y empezando a caminar hacia la cabaña.

—¡Suéltame! ¡Alec, bájame ahora mismo!

Intento golpearle los riñones con la mano que tengo libre, pero lo único que consigo es ganarme una palmada en el trasero que me hace ver las estrellas.

—Calladita o te llevas otro —dice entrando en la cabaña y cerrando la puerta de un puntapié.

—¡Maldito hijo de perra! ¡Chucho sarnoso! ¡Perro de basurero! Eso es lo que eres, ¡un lobito de medio pelo! Vas a pagar por esto, te voy a refundir en la cárcel, o mejor, en una puta perrera.

La sangre me hierbe en las venas y siento como la rabia recorre todo mi cuerpo. No va a doblegarme. Si cree que este secuestro, porque eso es lo que es, un puñetero secuestro, va a acabar como una escapada romántica, está muy equivocado. Estos días van a ser un infierno para los dos, tanto que él mismo va a llevarme de vuelta a casa antes de lo que espera.

A todo esto, yo sigo colgando de su hombro con la cabeza hacia abajo como un puñetero murciélago.

—Vale —Me baja y me deja sobre mis pies mirándome fijamente como si esperara que el cualquier momento le suelte otro guantazo, le verdad es que aún me lo estoy planteando—. ¿Puedes tranquilizarte un poco? Si sigues en ese plan, van a ser unos días muy largos.

—¿Qué es lo que esperabas, que nada más llegar me abriese de piernas? —Intento cruzarme de brazos, pero las puñeteras esposas me lo impiden—. ¿Puedes quitarme esta mierda?

—Deja ya de soltar tacos y sí, te las puedo quitar si me prometes no hacer ninguna tontería.

—¿Cómo cuál? ¿Ponerme a caminar montaña abajo en mitad de la noche para que me coman los lobos? No soy tan imbécil —extiendo mi mano—. Quítamela.

Resopla y saca una llave pequeña del bolsillo trasero de su pantalón, abre la esposa y después se quita la que lleva él en la muñeca.

—¿Tienes hambre? He preparado la cena. Ya sabes, cena, flores y cine, lo último no puedo conseguirlo, pero he traído un reproductor Blue-ray, las flores están allí —Señala hacia una mesa auxiliar y sobre ella hay un precioso ramo de orquídeas azules—. La cena está en el horno. He preparado lasaña.

—Muchas gracias por tu invitación, ah, no... que no me has invitado ¡Me has secuestrado! No tengo hambre.

Me siento sobre un sofá y me cruzo de brazos resoplando.

—¿Vas a pasar tres días sin comer nada? —Me encojo de hombros—. ¿En serio? Muy bien, como tú quieras —Veo cómo se gira para sacar la lasaña del horno y aprovecho ese momento para sacar mi teléfono móvil del bolsillo de la chaqueta—. Si quieres darte una ducha, el baño está allí —Escondo el teléfono a toda prisa y le miro, está señalándome una puerta. Vuelvo a encogerme de hombros—. ¿Tampoco vas a ducharte en tres días? Pues sí que va a ser divertido —murmura en tono sarcástico. Vuelvo a sacar el teléfono al ver que no me mira y marco el número de Cami, ella vendrá a por mí—. Por cierto, no te he dicho nada antes para que lo comprobaras por ti misma, pero en esta zona de la montaña no hay cobertura —Resoplo comprobando que tiene razón y lanzo el móvil sobre una pequeña mesa baja que hay frente al sofá.

Apoyo los codos sobre mis rodillas y me froto la cara en un gesto de frustración.

—Alec, tienes que llevarme a casa. ¿No te das cuenta de la locura que estás cometiendo? —Intento mantener un tono de voz calmado.

—Sí, es una locura, pero una locura necesaria. Pequeña, no te lo tomes como un encierro. Piensa en esto como una oportunidad de relajarte y disfrutar de la montaña y la compañía de tus lobos preferidos.

Le miro y veo que tiene a Wolfy en brazos, le ha puesto a la altura de su cara con la mejilla pegada a la cabeza del cachorro y sonrío de manera pilla.

—Para disfrutar de la compañía de alguien, esa persona tiene que agradarte y tú me caes bastante mal.

Suspira y deja a Wolfy de nuevo en el suelo.

—¿Recuerdas nuestro viaje a Ashville hace diez años? Se supone que

íbamos allí para pasear y nos pasamos todo el fin de semana encerrados en el hotel. Podríamos repetirlo —Alza las cejas de manera sugerente y yo pongo los ojos en blanco.

—¿Sabes lo que más recuerdo de ese fin de semana? La forma en la que terminó.

Me cruzo de brazos y apoyo mi espalda contra el respaldo del sofá. Escucho como Alec vuelve a suspirar y un par de minutos después se sienta a mi lado.

—Jo, estoy intentando hacer las cosas bien esta vez.

Le miro frunciendo el ceño.

—¿Qué te hace pensar que secuestrándome vas a hacer las cosas bien? Alec, esto está mal, no puedes obligarme a estar contigo en contra de mi voluntad.

—Solo intento demostrarte que esta vez no voy a rendirme. No voy a renunciar a ti, a nosotros —Pone una mano sobre mi rodilla y tan solo con su tacto consigue ponerme nerviosa. Si sigue comportándose de ese modo, sé que no conseguiré resistirme a él mucho más, así que aparto mi pierna y veo como se pasa la mano por el pelo—. Bien, vamos a cenar que se está enfriando la comida.

—Paso —replico cruzándome de brazos.

—Jo, no puedes estar sin comer.

—Pues llévame a casa y allí comeré lo que me dé la gana.

—Eso no va a pasar —susurra levantándose y dirigiéndose a la zona de la cocina.

La cabaña no es muy grande, todo está en el mismo espacio, nada más entrar a mano izquierda hay una pequeña cocina, enfrente un sofá frente a un televisor y una mesa baja, y al fondo una cama de matrimonio con una mesita de noche. La única puerta que hay es la que va al baño. En general es un lugar muy acogedor, forrado en madera y con ese aire de cabaña de caza, pero con todas las comodidades como luz eléctrica y agua corriente.

Me levanto del sofá y Alec me mira extrañado.

—¿Dónde vas?

—Al baño —contesto secamente—. ¿Qué pasa, quieres venir conmigo?

—¿Eso es una propuesta indecente, pequeña? —pregunta con una sonrisa pícaro.

Sonrío falsamente y me cruzo de brazos.

—Depende, ¿Te gustaría morir ahogado con la cabeza en el retrete? —Su

sonrisa se desvanece al instante—. Ya me lo parecía.

Abro la puerta y me meto en el baño cerrando la puerta con llave. Tengo que salir de aquí como sea. Veo una pequeña ventana que da al exterior y está abierta. Es bastante reducida, pero creo que podría pasar por ella. De algo me tiene que servir ser tan pequeña. Intento pasar los hombros y compruebo que sí puedo hacerlo, pero ahora no es el momento. En la oscuridad de la noche no sabría a donde dirigirme ya que ni siquiera sé dónde estamos exactamente.

Cierro la ventana lentamente y uso el retrete antes de salir de nuevo al salón. Ahora al menos tengo un plan, esperaré a que amanezca y con un poco de suerte Alec estará dormido, entonces saldré por la ventana del baño y buscaré una zona con cobertura para poder llamar a Cami, solo tengo que aguantar una noche, si me resisto a él una sola noche, lo habré superado.

## *Alec*

La veo salir del baño y sonrío, ella alza el dedo corazón hacia mí y vuelve a sentarse en el sofá. Resoplo dejando la bandeja de lasaña en el horno tras servirme una porción a mí y otra a Jo. Me ha dicho que no quiere cenar, pero aun así le dejo el plato en la mesa baja frente a ella y me siento a su lado con mi plato en el regazo.

Las cosas no van exactamente como las planeo, no esperaba que se tirara a mis brazos nada más verme, pero su indiferencia y apatía está haciendo mella en mi convicción. ¡No! No voy a desanimarme ahora, tengo que conseguir recuperarla a como dé lugar. Si tengo que jugar sucio lo haré, pero de esta cabaña salimos juntos sí o sí.

—¿Quieres ver una película? —pregunto tras darle un bocado a la lasaña, ha quedado muy buena.

—¿Tengo opción? Creí que las prisioneras no podían elegir qué hacer ni cuándo.

—¿Prisionera? —Pongo un dedo en mi barbilla como si estuviese pensándomelo—. ¿Sabes lo que es el síndrome de Estocolmo, pequeña? —Su mirada asesina me hace sonreír—. Jo cariño, tienes dos opciones, la primera es pasar tres días enfurruñada y mirando hacia la nada, y la segunda es hablar conmigo, poner las cartas sobre la mesa de una vez y pasar unos días maravillosos juntos.

—Escojo la primera —contesta al instante.

Bufo dejando mi plato sobre la mesa, ya no tengo hambre.

—Johanna, estás acabando con mi paciencia. Estoy intentando hacerlo

por las buenas así que no tenses demasiado la cuerda ¿quieres?

—¿Me estás amenazando, Lobo? —pregunta alzando la barbilla—. ¿Realmente crees que te tengo miedo?

—¿No me tienes miedo? —Pego mi cara a la suya intentando intimidarla, pero se mantiene firme y niega con la cabeza—. ¿Por qué no tienes miedo?

—Tú serías incapaz de hacerme daño —contesta en tono chulesco.

Y ahí señoras y señores es justo dónde yo quería llegar.

—Con eso estás diciendo que no crees que fui yo quien envió a Donald a hacerte daño —Al darse cuenta de su revelación desvía la mirada—. ¿Estoy en lo cierto?

Carraspea y se remueve incomoda.

—Si pensara que habías sido tú, te habría denunciado a la policía, y no lo hice.

—Exactamente, no lo hiciste, porque sabes que yo sería incapaz de hacerte algo así, me conoces.

—No, yo sé que tú no me harías algo así a mí, pero sí serías capaz de hacérselo a otros ¿Me equivoco?

Esta vez el que desvía la mirada soy yo. No, no se equivoca. No es la primera vez que mando a dar una paliza a un hombre por no seguir mis órdenes.

—Deberías cenar algo —digo para cambiar de tema—. La lasaña me ha quedado muy buena.

—Ya te he dicho que no quiero ¿Desde cuándo sabes cocinar?

—Martha me enseñó cuando era un crío, ¿Nunca lo he mencionado? —Niega con la cabeza—. Es extraño que no sepas algo de mi infancia. Creí que te lo había contado todo.

—Ya, pues no conocía tu faceta culinaria.

—No se me da nada mal, ¿Quieres probar?

Pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Por enésima vez Alec, no tengo hambre.

Veo como se levanta y va hacia la cama.

—¿Dónde vas?

—A dormir, si tengo que estar aquí contigo, quiero pasar todo el tiempo que pueda inconsciente.

Recojo los platos mientras veo como ella se quita las botas y se tumba sobre la cama.

—¿No prefieres ver una película? —La mirada asesina que me lanza me

hace levantar las palmas de las manos de manera defensiva—. Está bien, como quieras. Podemos ver la peli mañana.

La escucho bufar y me acerco a la cama desabrochándome la camisa.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?! —grita sentándose.

—Ponerme cómodo. Al contrario que tú, a mí no me gusta dormir vestido.

—Tú no vas a dormir aquí.

—¿Ah no? —pregunto quitándome las botas.

—No, y ¡deja ya de desnudarte!

Me desabrocho los pantalones y los deslizo por mis piernas quedándome vestido únicamente con unos boxers negros. Veo como su mirada repasa mi cuerpo y se muerde el labio inferior. Le gusta lo que ve y en sus ojos puedo ver lo mucho que me desea. Eso es algo que me excita y no tarda en notarse. Jo mira hacia mi abultada entrepierna y traga saliva respirando con dificultad.

—¿Dónde voy a dormir si no es en la cama?

—¿Qué? —Me mira confundida hasta que parece darse cuenta de lo que le estoy preguntando y vuelve a fruncir el ceño—. En el sofá, tú duermes en el sofá.

—Ni hablar, no voy a dejarme la espalda en el sofá pudiendo dormir en la cama.

—Pues me voy yo al sofá —afirma moviéndose en la cama.

Intenta levantarse, pero la sujeto por la cintura y vuelvo a tumbarla de espalda sobre el colchón y me posiciono sobre ella, aguantando mi peso en los brazos para no aplastarla.

—Tú no te vas a ningún lado. Los dos dormimos aquí y punto.

—¿Cómo qué punto? ¡Sal de encima Alec! —Pone las manos en mi pecho y me empuja para apartarme, pero no me muevo ni un milímetro—. ¡Alec apártate!

—¿Y si no lo hago, qué vas a hacer?

Clavo mi mirada en sus labios y solo pensar en saborearlos mi miembro se sacude y se endurece aún más. La deseo demasiado y sé que ella también me desea a mí. Bajo mi cabeza dispuesto a besarla cuando siento lo que puedo afirmar es el mayor dolor físico que he sentido en toda mi vida. No sé cómo, pero su rodilla ha impactado de lleno contra mi entrepierna y no puedo hacer otra cosa que dejarme caer al suelo con un estruendo y encogerme agarrando mis doloridas partes.

—Eso es lo que voy a hacer como sigas comportándote como un capullo.

Ahora te duermes en la alfombra como el puñetero perro que eres.

Sigo gimiendo y quejándome durante un buen rato. Nunca pensé que sería capaz de hacerme algo así, solo espero que no me deje un daño permanente, me gustaría poder tener hijos algún día, obviamente con ella. Después de respirar profundamente varias veces, intento levantarme sintiendo un dolor agudo en cada movimiento que hago. Miro hacia la cama y la veo tumbada de espaldas a mí. Wolfy está junto a ella y me mira regodeándose de mi miseria. Esta bruja me las va a pagar, pienso cobrármelas tarde o temprano.

Resoplo y me dirijo hacia el sofá. No creí que la noche acabaría así, en mi imaginación, Jo y yo pasábamos la noche perdidos el uno en brazos del otro. Retozando en la cama hasta el amanecer.

Me tumbo de espaldas sobre el sofá y suspiro tocado mi miembro por encima de la ropa interior. Duele bastante menos y obviamente ya no hay ni rastro de la erección que tenía, pero al menos creo que no me voy a quedar impotente. Pongo uno de mis brazos sobre mis ojos e intento dormir. Mañana espero estar más recuperado y entonces no me va a tomar por sorpresa. Sea como sea voy a hacerle entrar en razón, así tenga que atarla a la cama y amordazarla. Una opción un poco drástica, lo sé, pero necesaria.

## Tienes que buscar nuevos insultos, se están volviendo repetitivos

*Johanna*

Nada más abrir los ojos, me doy cuenta de que no estoy sola en la cama. Un pesado brazo rodea mi cintura y una respiración acompasada sopla en mi nuca. Me muevo levemente para no despertar a Alec, pero él me estrecha más contra sí y pega su endurecida entrepierna a mi trasero. Genial, al menos ya puedo dejar de sentir remordimientos por haberle dado ese rodillazo, por un momento pensé que iba a dejarle impotente de por vida, pero no pensé. Estuve a punto de dejarme llevar y permitir que me besara, pero en el último instante, tuve un momento de lucidez e hice lo primero que se me ocurrió.

Me siento tentada a frotar mi trasero contra esa protuberancia que me está acelerando el corazón, pero eso mandaría al traste mis planes. Levanto un poco la cabeza y compruebo que una leve luz empieza a colarse a través de las rendijas de la puerta. Está amaneciendo así que ha llegado el momento de largarme de aquí.

Agarro la mano de Alec por la muñeca y la levanto lentamente mientras contengo la respiración, él resopla y me detengo al instante, cierro los ojos deseando no haberle despertado, pero un par de segundos después siento como pega los labios a mi nuca y vuelve a respirar profundamente. Suelto el aire que estaba reteniendo y sigo alzando su mano y deslizándome por debajo de su brazo hasta consigo liberarme de su agarre. Me levanto de la cama, cojo mis botas y camino de puntillas hacia el baño. Al abrir la puerta, Wolfy llora llamando mi atención, se sienta frente a mí y ladea la cabeza con la lengua fuera mirándome como si se estuviese preguntando: ¿Qué demonios hace esta?

—Shh, calla Wolfy —susurro poniendo el dedo índice sobre mis labios.

Me planteo llevármelo conmigo, pero si lo hago podría hacer más ruido y sé que Alec no tardará en devolvérmelo. Es mi perro ahora y lo quiero de vuelta. Me meto en el baño y arrimo la puerta sin llegar a cerrarla, deslizo el cristal de la ventana sin hacer ruido y lanzo mis botas hacia el exterior. Me quedo quieta al escuchar un ruido y agudizo el oído, pero no vuelvo a escucharlo así que empiezo a salir por el hueco de la ventana, la cabeza es fácil, los hombros me cuestan bastante más, pero lo que supone un verdadero reto es pasar la mitad inferior del cuerpo ya que por la parte exterior hay un desnivel y la ventana está bastante alejada del suelo, prácticamente tengo que

lanzarme de cabeza y aterrizo de morros despeinada y sudorosa, pero finalmente estoy fuera. Ahora solo tengo que caminar hacia una zona con cobertura y... ¡Mierda!

—¿No te olvidas de algo?

Miro hacia Alec que sostiene mi teléfono en su mano y me mira con cara de perro, nunca mejor dicho. Lanzo un vistazo a mi alrededor y pienso si podría llegar lejos si hecho a correr, descalza, sin teléfono móvil y en medio de la jodida montaña.

—Está bien, me has pillado —Resoplo recogiendo mis botas del suelo—. Tranquilo, sé volver sola.

Al levantar la mirada le veo llegar a mi lado y una vez más me carga sobre su hombro y empieza a caminar hacia la puerta de la cabaña, bufando y maldiciendo.

—Sabes que sé caminar ¿verdad? —pregunto agarrándome a su cintura.

No me contesta y entra en la cabaña dirigiéndose directamente a la cama y lanzándome sobre ella de malas maneras.

—No quería hacer esto, pero no me dejas otra opción.

Antes de que pueda darme cuenta de qué diantres está hablando, noto como cierra una esposa alrededor de mi muñeca.

—¡¿Qué coño estás haciendo?! —No me contesta y engancha el otro extremo de las esposas al cabecero de la cama—. ¡Alec, no me jodas! —Veo como saca otro par de esposas del cajón de la mesita—. ¡¿Qué coño piensas hacer con eso?! —Intenta agarrar mi otro brazo, pero esta vez estoy rápida en reflejos y escondo mi brazo tras mi cuerpo.

—Johanna, dame la mano —dice tras resoplar. Niego con la cabeza tirando de las esposas—. Deja de tirar que vas a hacerte daño y dame la otra mano, no me obligues a hacerlo a la fuerza —Vuelvo a negar con la cabeza y él frunce el ceño—. Tú lo has querido, pequeña.

Se tumba sobre mí aplastándome con su cuerpo y alcanza mi brazo mientras yo intento revolverme y darle patadas.

—¡Suéltame! ¡Eres un puto animal!

—Eso ya lo has dicho antes. Tienes que buscar nuevos insultos, se están volviendo repetitivos.

Engancha la esposa en mi muñeca y tira de mi brazo para sujetar la otra esposa al cabecero dejándome completamente maniatada. Cuando da por terminado su trabajo, se levanta de la cama y se pasa la mano por el pelo despeinado sonriendo. Solo lleva puesto el pantalón vaquero colgado de las

caderas y la imagen que presenta es de lo más sensual que he visto nunca, pero eso no impide que me resista a mi cautiverio. Sigo tirando de las esposas y pateando como una loca mientras él me mira.

—¡Arghh! ¡Te voy a matar! ¡Te juro, Alec Wolfheart que en cuanto me suelte, vas a desear no haber nacido! —grito desgañitada.

—Pequeña, como sigas gritando así voy a tener que amordazarte. Ni siquiera me he tomado un café y ya me está doliendo la cabeza de tanto grito. No pude dormir nada anoche, ya sabes, cierta señorita desquiciada me pateó las pelotas y me estuvo doliendo gran parte de la noche.

—¿Desquiciada yo?! ¡Esto es increíble! Me secuestras, me esposas a una cama, me amenazas con amordazarme y aquí la desquiciada soy yo. ¡Suéltame! —Respiro hondo he intento hablar de la manera más autoritaria posible—. Alec Jonathan Wolfheart, como no me sueltes ahora mismo, el dolor que sentiste anoche va a ser como sentir cosquillas comparado a lo que te voy a hacer.

Estoy temblando de rabia y furia. No puede hacerme esto, no puede mantenerme prisionera en este lugar. Alec ha perdido la cabeza por completo.

—¿Has terminado la rabieta? Espero que sí porque tengo hambre. ¿Te apetecen tortitas o Bacon?

—¡Me apetece ahogarte con una almohada, maldito perro retorcido! ¡Eres un ca...! —no puedo seguir hablando porque antes de poder pestañear, Alec me pone un calcetín en la boca.

—Qué paz —murmura pellizcándose el puente de la nariz. Le mando una mirada fulminante, pero él me ignora y se gira empezando a caminar hacia la cocina—. Ahora que estás calladita, puedes escucharme, voy a preparar el desayuno y después tú y yo vamos a hablar como las dos personas adultas y civilizadas que somos.

¿Tú civilizado? ¡Y una mierda! Obviamente lo pienso, ya que tengo un jodido calcetín que espero no esté usado metido en la puta boca. Lo voy a matar, juro que me lo voy a cargar.

Le veo trastear por la cocina mientras yo intento deshacerme del dichoso calcetín que me ocupa toda la boca lastimándome la mandíbula. Intento gritar, pero voz se queda ahogada por el pedazo de tela. Wolfy se sienta frente a mí y me mira sin entender lo que ocurre a su alrededor hasta que escucha como Alec llena su comedero de pienso.

—Ven Wolfy —le llama—, deja a mamá tranquila que está cabreada — ¡¿Mamá?! ¿Me acaba de llamar perra? Me mira y sonrío triunfalmente—. Ya

ves pequeña, ya tenemos nuestro primer cachorrito —Se ríe de su propio chiste y yo pongo los ojos en blanco.

Veo como se acerca a mí con una taza de café en la mano y un plato con tortitas, los deja sobre la mesita y se cruza de brazos mirándome fijamente.

—¿Puedo quitarte eso de la boca sin que montes un escándalo? —Respiro profundamente por la nariz y asiento—. Jo hablo en serio, no quiero tenerte así, esto no fue lo que yo planeé. Solo quiero que hablemos tranquilamente, sin gritos y sin insultos.

Vuelvo a asentir y él me quita el calcetín de la boca tirándolo después al suelo. Muevo mi mandíbula dolorida de un lado a otro.

—¿Has pensado que esa cosa podría estar haciéndome daño? —pregunto con la voz afónica por mis gritos.

Alec parece darse cuenta de ello y niega con la cabeza.

—Lo siento, yo... no creí que... no lo pensé.

—Ya, por lo que veo no estás pensando en nada, porque esta situación se te ha ido de las manos —Veo como hace una mueca, lo que me da la razón. Todo se le ha ido de las manos—. Alec, ¿no te das cuenta de las locuras que estás cometiendo? Mira cómo me tienes —Sacudo mis manos esposadas a la cama y le veo tragar saliva desviando la mirada.

—Yo no quería esto —susurra mordiéndose el labio inferior. Ese gesto solía hacerlo mucho en el pasado, cada vez que estaba nervioso o inseguro, se mordía el labio igual que lo hace ahora.

—Alec, suéltame. No puedes obligarme a estar aquí contigo, entiende que las cosas no van a cambiar por mucho que las fuerces. No entiendo a qué viene ahora todo esto.

—Vas a marcharte —dice sentándose en el borde de la cama y pasándose las manos por el pelo. En estos momentos no hay ni rastro de la arrogancia del Lobo en sus facciones, solo parece un muchacho desesperado—. No puedo permitir que te vayas otra vez, pequeña.

Me mira y puedo ver el dolor en sus ojos. En este momento agradezco tener las manos atadas, si no fuese así, ahora mismo estaría acariciando su rasposa mejilla cubierta por esa barba corta que le da un aspecto tan salvaje.

—Esa no es tu decisión, es la mía.

—Me estás pidiendo que renuncie a ti otra vez, y yo... Joder, no puedo hacerlo. La primera vez casi me mata, ahora sé que no podría soportarlo.

—Alec, fuiste tú quien lo decidió esa primera vez.

—Lo sé, me equivoqué. Me dejé llevar por el odio y la rabia y cometí el

mayor error de mi vida —Pone las manos en mis mejillas y me mira directamente a los ojos—. Debí haberme ido contigo, dejar todo atrás y ser feliz a tu lado.

Sus palabras calan hondo, muy hondo justo en el centro de mi pecho. Sí, debió haberlo hecho, pero ahora ya no hay vuelta atrás.

—Te estás aferrando al pasado, Alec. Te martirizas una y otra vez por decisiones que tomamos cuando éramos tan solo unos adolescentes. Ya no somos esos críos, tenemos que avanzar y seguir con nuestras vidas como lo hemos hecho hasta ahora.

Niega con la cabeza y sonrío tristemente.

—¿Avanzar? Yo no he avanzado, pequeña. Sigo estancado en el mismo instante en el que te aparté de mi lado ese día bajo nuestro árbol. Pienso en ello cada día, a cada instante y así lo he hecho durante los últimos diez años. Yo no he vivido, ¿Cómo hacerlo sin ti?

—Alec, por favor —susurro notando como las lágrimas no derramadas empiezan a escocer en mis ojos.

—No, déjame hablar, por favor, necesito decírtelo —Suspira y pone una mano sobre mi rodilla volviendo a mirarme a los ojos.

—Estos diez años han sido un infierno, me siento atrapado entre tanto odio, rabia, ira, no puedo deshacerme de esos sentimientos. Tú lo dijiste ese día, decidí alimentar al lobo equivocado y ahora no puedo dejar de hacerlo, pero desde que tú volviste... —Cierra los ojos y sonrío como un chiquillo—. En el instante que te vi en la puerta de esa habitación... ¡Dios, creí que estaba soñando! Volví a sentirme vivo, el lobo blanco cobró fuerza en mi interior después de diez años dormido. En ese mismo momento me di cuenta de que tú eres la única persona capaz de alimentarlo.

Abre los ojos y me mira esperando una respuesta por mi parte. Trago el nudo que tengo en la garganta y respiro profundamente antes de hablar.

—Eso no cambia nada, Alec. Tú sigues siendo tú y yo sigo siendo yo, además, ese día no parecías estar pasándolo mal con tu amiguita.

—He pasado diez años solo. Necesitaba compañía, pequeña.

—No me vengas con esas, ¿me estás diciendo que te tirabas a esa puta por cubrir tus necesidades sexuales?

—Sí, ¿me vas a decir que tú...? Olvídalo, no quiero saberlo —Sacude la cabeza como si estuviese deshaciéndose de un mal pensamiento—. Siendo sincero, no solo fueron necesidades físicas, yo... —Vuelve a morderse el labio y me mira de reojo con la cabeza gacha—. Linda es pequeña como tú y

cuando la vi por primera vez me recordó a ti, así que...

—¿Te follabas a esa tía imaginando que era yo?! ¿Sabes lo depravado y asqueroso que es eso?! —grito volviendo a tirar de las esposas—. ¡Suéltame de una puta vez, Alec!

—¡No! No voy a dejar que te vayas. No puedo perderte otra vez.

—¿Perderme? Alec, tú no me tienes.

Su mirada desolada me parte el corazón, pero sé que estoy haciendo lo correcto. No puedo volver a caer de nuevo bajo su embrujo por muchas palabras bonitas que me diga.

—No digas eso —susurra cerrando los ojos—. Tú me amas.

—Eso no cambia nada. Lo que tuvimos fue muy bonito, pero se acabó. Tú vas a seguir siendo quien eres y yo también. Alec, sigo siendo la hija de Mathew Callaghan —veo como se tensa al escuchar el nombre de mi padre—. ¿Lo ves? Solo escucharme mencionar su nombre hace que te envares como un palo de escoba. Hay cosas que no se pueden cambiar, y una de ellas es el odio que tú profesas hacia mi familia y tus deseos de venganza hacia mi padre. Yo no puedo vivir con eso, no puedo vivir sabiendo que el hombre al que amo está intentando arruinar a mi padre y no hacer nada para impedirlo. No voy a estar en medio de esa guerra, para mí ya fue suficiente.

Cuando abre los ojos puedo ver que están acuosos, como si intentara retener las lágrimas. La única vez que he visto a Alec llorar, fue el día del funeral de su padre, el día que me apartó de su lado.

—Puedo cambiar —dice pegando su cara a la mía—, puedo cambiar por ti. Me olvidaré de todo, de la venganza, de tu padre, de todo, pequeña. No puedo prometerte que volveré a ser el hombre que fui porque parte de ese Alec ya no existe, pero sí prometo intentar ser mejor persona para ti.

—Escúchate Alec —susurro negando con la cabeza—. Yo no quiero que cambies por mí, tienes que cambiar por ti y para sentirte mejor contigo mismo, no para mantenerme a tu lado, eso nunca funcionaría, acabaría explotándonos en la cara tarde o temprano.

—No —dice con voz rota y en ese momento veo como dos enormes lagrimones salen de sus ojos y resbalan por sus mejillas—. Dame una oportunidad para demostrarte que puede funcionar, te lo suplico.

Me rompe el corazón verle así y no puedo evitar soltar las lágrimas que estaba reteniendo, pero estoy plenamente convencida de lo que digo. No puedes forzar a una persona a ser lo que no es, tarde o temprano su verdadera naturaleza acabará saliendo a la luz y me destrozará, estoy segura de ello.

Le miro y digo las palabras más difíciles que he tenido que pronunciar en mi vida.

—No, eso no va a pasar. Lo nuestro se acabó y no va a volver.

Veo como agacha la cabeza y nuevas lágrimas cae sobre su regazo. Está llorando como un crío y eso me destroza por dentro. Mi corazón está sangrando al verle así, pero he decidido poner al mando a mi cerebro esta vez y hacer lo que de verdad pienso que es lo correcto, así muera de dolor.

Alec se levanta de la cama tambaleante y abre el cajón de la mesita. Saca las llaves de las esposas y sin mirarme en ningún momento, me desata. Vuelve al cajón y veo como saca una llave negra que lanza sobre la cama.

—Llévate mi coche —dice con la voz tomada por el llanto—. No te preocupes Johanna, lo he entendido. No volveré a molestarte.

Se gira y va hacia la cocina poniéndose de espaldas a mí mientras yo me quedo sentada sobre la cama abrazando mis propias piernas y hecha un mar de lágrimas. Quiero consolarlo, me encantaría poder abrazarle y fingir que todo va a estar bien, pero no lo hago. Escucho los gritos de mi cabeza diciéndome: “Vete, corre antes de que tu corazón tome el mando y mandes a la mierda todas tus convicciones”, y así lo hago. Me limpio las lágrimas de un manotazo y me calzo las botas a toda prisa antes de coger mi chaqueta y a Wolfy entre mis brazos. Camino hacia la puerta viendo como Alec aprieta el borde de la encimera de la cocina con sus manos, sigue con la cabeza agachada y de espaldas a mí.

—¿Cómo vas a irte de aquí sin coche? —pregunto en un susurro antes de abrir la puerta.

—¡Da igual! Vete Johanna.

—Alec...

—¡Lárgate maldita sea! —brama mirándome a la cara. Tiene las mejillas empapadas y los ojos rojos, y su expresión corporal es de auténtica desolación.

Aprieto la mandíbula y abro la puerta saliendo a toda prisa de la cabaña sin mirar atrás, llego a su coche y antes de que pueda abrir la puerta escucho un grito desgarrador y el sonido de cristales rompiéndose y objetos golpeando las paredes en el interior de la cabaña. Mi mano titubea al abrir la puerta del todo terreno, sigo llorando como una niña y me tiemblan las piernas. Los ruidos cesan de golpe y cierro los ojos intentando guiarme por lo que dicta mi cabeza. “Estoy haciendo lo correcto, nunca funcionaría, él no va a dejar de ser quien es”, me repito una y otra vez esas palabras, pero el dolor en el

centro de mi pecho no me deja respirar. Miro hacia la puerta de la cabaña y cierro los ojos con fuerza. Estoy haciendo lo correcto, ¿Lo estoy? ¿Puedo vivir el resto de mi vida sabiendo que dejé escapar al amor de mi vida? Ya lo intenté antes y no funcionó, no pude enamorarme de Jay o de Mike aunque lo intenté, pero Alec siempre vivió en mis pensamientos, su recuerdo me atormentaba a cada momento. Miro a Wolfy y beso su cabeza peluda sin saber qué decisión tomar. ¿Estoy dispuesta a renunciar a todo por él? Sé que mi padre no lo entenderá. ¿Es posible que Alec pueda cambiar y olvidarse de esa dichosa venganza? Mantengo una lucha encarnecida con mi cabeza y mi corazón, una me dice que me largue sin mirar atrás, que Alec nunca podrá dejar de ser quien es, pero el estúpido musculo que vive en mi pecho, me grita que vuelva a esa cabaña y me deje llevar por el amor que siento por él, que solo estando junto a él podré sentirme completa y feliz.

—¡A la mierda! —exclamo caminando a grandes zancadas hacia la cabaña. La decisión está tomada, ahora que sea lo que dios quiera.

Abro la puerta y me quedo de piedra al ver el caos y la destrucción que ha causado Alec en solo un momento. Hay platos, vasos y botellas rotas en el suelo, la mesa de madera está volcada y hay varias sillas rotas. Escucho sollozar y miro hacia el fondo de la cabaña, Alec está sentado en el suelo con la espalda apoyada en un lateral de la cama, tiene las rodillas pegadas al pecho y se agarra la cabeza con ambas manos mientras solloza en voz alta sacudiéndose violentamente. Su llanto me desgarrar por dentro, está sufriendo, tengo que hacer algo, lo que sea, pero no puedo verle así.

Dejo a Wolfy en el sofá y camino hacia él lentamente, aún no se ha percatado de mi presencia así que me arrodillo frente a él y pongo una mano sobre su cabeza. En el momento en que siente mi tacto, alza la cabeza como un resorte, me mira con la cara congestionada por las lágrimas y niega con la cabeza.

—Vete Jo, no quiero tu compasión —dice con voz rota.

Pongo las manos en sus mejillas y limpio el rastro de sus lágrimas frotando su barba.

—No es compasión, Alec. No soporto verte así, te amo demasiado como para verte sufrir de esta manera.

Al escucharme cierra los ojos con fuerza.

—Repite eso, por favor —susurra sin abrir los ojos.

—¿El qué? ¿Qué te amo? —Asiente—. Ya sabes que te amo, nunca he dejado de amarte —Alec clava sus enrojecidos rojos en los míos y me mira

confundido—. Una oportunidad, Alec. Solo vas a tener una, así que más te vale aprovecharla ¿entendido? —abre mucho los ojos, pero no me contesta—. No quiero ni una sola mentira, ni un engaño, ni siquiera una verdad a medias, nada de secretos entre nosotros, quiero sinceridad total y absoluta, sea lo que sea, me lo contarás, aunque hayas hecho o dicho algo malo, yo seré la primera en saberlo. No estoy diciendo que tengas que informarme de todo lo que hagas, pero sí espero que quieras y puedas hablar conmigo de cualquier cosa que sea importante para ti. Necesito confiar en ti para que esto funcione ¿lo estás entendiendo?

—¿Estás...? ¿Estás diciendo que...?

—Estoy diciendo que estoy dispuesta a intentarlo, que quiero y deseo estar a tu lado, pero con dos condiciones, la primera ya te la he dicho, sinceridad total, y la segunda— Hago una pausa y suspiro—, se acabó la dichosa venganza. No voy a pedirte que intentes llevarte bien con mi padre, porque sé que eso no sería posible, pero sí que dejes a un lado esa rabia y odio que sientes hacia él. Estoy dando un jodido salto de fe por ti, Alec. Voy a arriesgarlo todo por estar a tu lado, no me falles, por favor.

—No lo haré —dice al instante y una tímida sonrisa se dibuja en sus labios—. Te prometo, no, te juro que no te fallaré.

Asiento y pongo mis manos sobre sus rodillas y hago fuerza para que las baje y así poder sentarme en su regazo, ya instalada, rodeo su cuello con mis brazos, Alec sigue mirándome alucinado sin decir nada.

—¿No vas a decir nada? ¿Vas a quedarte así mirándome y nada más? —pregunto mientras acaricio el pelo de su nuca.

Alec cierra los ojos y sonrío de oreja a oreja.

—Estoy saboreando este momento, creí que no volvería a tenerte así entre mis brazos, no puedo creérmelo.

—Abre los ojos, Lobito —susurro acercando mi cara a la suya. Cuando lo hace sonrío—. Ahora bésame de una vez.

No se hace de rogar, su boca se pega a la mía y sus manos se aferran a mi cintura apretándome contra su cuerpo, su lengua sale al encuentro de la mía y lo que empieza como un beso dulce y cariñoso, no tarda en convertirse en uno apasionado y salvaje. Nuestras manos trabajan rápido arrancándonos la ropa el uno al otro, yo lo tengo más fácil ya que él solo lleva puesto el pantalón y el bóxer, cuando me deshago de ambas prendas, nos levantamos y Alec me empuja dejándome caer de espaldas sobre el colchón, se pone encima de mí y ataca mis pechos con su boca, besa, succiona, lame y

mordisquea cada uno de mis senos hasta que me deja tan excitada y necesitada que prácticamente le suplico que se introduzca en mí, y así lo hace, me penetra lentamente sin dejar de mirarme a los ojos en ningún momento.

—Más rápido, Alec —susurro rodeando sus caderas con mis piernas y clavando los talones en su trasero para que la penetración sea más profunda.

Él jadea en mi oído y vuelve a besarme acelerando sus embestidas. Nuestros cuerpos resbalan por el sudor y en poco tiempo, Alec está entrando y saliendo de mi interior a una velocidad vertiginosa. Lo siento expandiéndose en lo más profundo de mí y clavándose con cada estocada que cada vez son más rápidas, más furiosas y más desenfrenadas hasta que los dos llegamos al orgasmo gritando el nombre del otro.

# Me gusta la naturaleza y no por eso vas a regalarme un árbol

*Alec*

No me puedo creer que lo que estoy viviendo sea real, pero lo es. Estoy tumbado sobre Jo y aún sigo alojado en su interior mientras intentamos normalizar nuestras respiraciones. ¿Y ahora qué? ¿Va a volver a huir como aquella noche en el bar? Tengo la cara enterrada en su cuello y me aterra levantar la mirada y ver la indiferencia reflejada en sus ojos de nuevo. No, no puedo permitirlo. Agarro sus manos entrelazando mis dedos con los suyos y los alzo sujetándolos por encima de su cabeza y restringiéndole así los movimientos. Estoy dispuesto a volver a esposarla si es necesario, pero no va a salir corriendo de nuevo. Una vez la tengo bien sujeta, me atrevo a salir de mi escondite y mirarle a la cara, está sonriendo, eso es bueno.

—Alec, no hace falta que me sujetes, no voy a ir a ningún lado —dice ampliando su sonrisa.

—Solo me aseguro de ello.

—Pues no lo hagas, suéltame.

Dudo si hacerlo o no, pero la verdad es que no parece querer escapar de mí, así que aflojo el agarre en sus manos y ella las desliza hacia abajo posando una sobre mi espalda y la otra en mi mejilla.

—¿Te he dicho ya que te amo? —susurro contra sus labios.

—Sí, algo me suena haber escuchado —contesta acariciando mi barba.

—¿No te gusta? Puedo afeitarme si quieres.

—Ya te he dicho que no quiero que cambies por mí, además, me gusta, es muy suave.

—Tú sí que eres suave —digo deslizando mi nariz por su mejilla y bajando por su cuello.

—Alec, no quiero salir de aquí, pero necesito ir al baño —Niego con la cabeza mordisqueando su cuello mientras mis manos se aferran a sus caderas—. No seas crío, tengo que ir al baño.

—No voy a dejar que te vayas otra vez.

—Hey nene, mírame —Levanto la cabeza sonriendo al escucharla llamarme así— ¿De qué te ríes?

—Hace más de diez años que no escuchaba ese apelativo, me gusta.

—Bien nene, ahora tienes que soltarme para que pueda ir al servicio.

—Prométeme que no intentarás huir —Pone los ojos en blanco—.

Johanna, prométele.

—Está bien, lo prometo. Solo voy al baño un instante y vuelvo enseguida, te lo juro.

Me deslizo hacia un lado y no puedo evitar gemir al salir de su interior lo que provoca que ella me mire sonriendo de manera seductora.

—No me mires así, ve al baño ya o sino no dejaré que te marches. Tengo unas esposas ¿Sabes?

Se levanta de la cama sonriendo y coge la camiseta que me quité anoche y estaba tirada en el suelo y se la pone, le queda enorme, pero verla solo con mi camiseta puesta, se me antoja increíblemente sexi.

—Menudo destrozo has montado —murmura intentando no pisar los cristales que hay tirados por el suelo.

Hago una mueca mirando a mi alrededor y resoplo levantándome y vistiéndome con un bóxer que saco de un cajón de la mesita de noche, me calzo las botas y antes de nada recojo a Wolfy del sofá y lo pongo sobre la cama, tengo que recoger estos cristales para que el cachorro no se corte o uno de nosotros dos. Cuando Jo sale del baño, ya estoy tirando los cristales al cubo de la basura.

—Eso es una imagen sexi y el resto son tonterías.

Al escuchar su voz me giro sonriendo y la veo apoyada en la puerta del baño y mirándome con una ceja alzada.

—¿Qué? ¿esto? —pregunto apuntado hacia mi vestimenta, que no es más que un bóxer y las botas—. Esta es mi ropa de andar por casa.

Sacude la cabeza sonriendo y mira hacia al suelo.

—¿Es seguro? —pregunta apuntando hacia sus pies descalzos.

—Sí, pero espera un segundo —Me acerco a ella y la cojo en brazos dejándola suavemente sobre la cama.

—En realidad, quería ir a la cocina ¿Aún hay café?

—Sí, lo hay. Quédate aquí que yo te lo traigo ¿Tienes hambre?

—Estoy hambrienta —contesta poniendo a Wolfy sobre su regazo.

—No lo estarías si hubieses cenado anoche, pero tu orgullo puede más que tu hambre.

—Sí y tu ego más que tu inteligencia, ya ves, somos tal para cual.

Sonrío negando con la cabeza y cojo dos tazas de café de la cocina, las pongo sobre la mesita junto al café y las tortitas que había traído antes y ya están frías, y me siento en la cama quitándome las botas. Johanna coge una taza de café y le da un sorbo mirándome de reojo.

—Alec, hay algo de lo que tenemos que hablar.

Bufo pasándome la mano por el pelo.

—Hay muchas cosas que hablar, pero... ¿Podemos dejarlo para después? Quiero disfrutar de este desayuno en paz contigo.

—Bueno, es que hay algo que me preocupa un poco.

—Está bien ¿Qué es eso que tanto te inquieta?

—No te has puesto nada —Al ver la confusión reflejada en mi cara, se explica mejor—. Un preservativo, Alec. No te lo has puesto.

—Ya —Me rasco la cabeza algo inquieto—. No lo pensé, fue todo tan caótico y después tan apresurado que... No creo que por una vez... ¿Crees que tengo tan buena puntería?

—Tomo la píldora, no es eso lo que me preocupa —contesta poniendo los ojos en blanco—. Lo que no quiero es tener la sensación de que me he acostado con todas las prostitutas del estado.

—¿En serio?! —me mira alzando una ceja y retándome a llevarle la contraria—. Jo, no me he acostado con... Vale, me he acostado con alguna de las chicas de La casa de Muñecas, la mayoría de las veces con Linda, pero siempre me he cuidado. Hoy ha sido la primera vez en mi vida que se me ha olvidado ponerme un preservativo, te lo juro.

—Da igual, lo hecho, hecho está —murmura dándole un nuevo trago a su café.

—Da igual, no —Le quito la taza de las manos, la dejo sobre la mesita y agarro su cara con ambas manos—. Quiero que me creas porque te estoy diciendo la verdad. Tú me pediste sinceridad y es lo que vas a tener. Además, tú con ese Jason...

—Dijiste que no querías hablar de eso.

—Y no quiero, solo de pensarlo se me retuercen las tripas. No puedo imaginar a otro tío tocándote.

Jo pone los ojos en blanco y se mueve colocándose a horcajadas sobre mi regazo.

—No te lo imagines, piensa que no hay ni ha habido un hombre que me pueda hacer sentir lo mismo que tú —Pega su frente a la mía—. Contigo todo es distinto.

—Me alegra enormemente escuchar eso —digo subiendo la camiseta que cubre su cuerpo y amasando su trasero con mis manos, no lleva ropa interior lo que me da acceso libre a su tersa piel.

—Has dejado la cabaña destrozada —susurra contra mis labios.

—No te imaginas la desesperación que sentí al pensar que te había perdido para siempre. ¿Por qué cambiaste de idea? Estabas muy convencida cuando te fuiste.

—Llevo luchando contra lo que siento demasiado tiempo. Puede que esté a punto de darme de nuevo contra un muro, pero no podría vivir pensando que he perdido la oportunidad de ser feliz al lado del hombre que amo.

Beso sus labios y la estrecho más contra mi cuerpo pegando mi entrepierna a la suya. Jo se mece contra mi endurecido miembro mientras nuestras lenguas se entrelazan haciéndonos gemir de puro gusto.

—No pienso dejarte salir de esta cama en la vida —digo besando su cuello de manera descendente.

—¿Estás seguro? Creí que te gustaba dormir en la alfombra.

Levanto la cabeza y al mirarla compruebo que está aguantándose la risa.

—No te rías que no fue gracioso. ¿Te haces una idea del dolor que pasé? Podrían haberme quedado secuelas, y ¿si me hubieses dejado impotente?

Dibuja una sonrisa seductora en su rostro y baja la mano hasta mi entrepierna. Al notar su tacto a través de la tela, mi miembro se sacude, y tengo cerrar los ojos y morderme el labio para evitar soltar un jadeo.

—A mí me parece que no hay secuelas —susurra acariciando toda la longitud de mi miembro con la yema de sus dedos—, pero creo que tengo que hacer una inspección más a fondo.

—Eres una bruta —siseo cuando aprieta mis testículos suavemente.

—Eso te pasa por comportarte como un cabronazo.

—Deja de decir tacos o voy a tener que lavarte esa boca sucia con jabón.

—¿Boca sucia? No lo sabes tú bien —Pone una mano sobre mi pecho y me empuja hasta que mi espalda toca el colchón, entonces besa mi pecho y empieza a bajar por mi cuerpo. Al llegar a mi cintura, baja mi bóxer y se introduce mi miembro en la boca.

—¡Dios!, rectifico, me encanta tu boca sucia —digo entre gemidos.

Disfruto de las atenciones que Jo le da a mi miembro durante un rato más, hasta que siento como estoy llegando al límite, si dejo que siga voy a correrme y no quiero que eso suceda aún. La agarro de los brazos y la lanzo sobre la cama poniéndome sobre ella, me deshago de la camiseta que la cubre y ataco sus pechos con mi boca.

—Pareces hambriento —Murmura acariciando mi pelo mientras yo mordisqueo su duro pezón.

—Lo estoy.

—Pues las tortitas se han enfriado —replica con una sonrisa pícara.

Bajo por su vientre lamiendo su piel e introduzco la lengua en su ombligo.

—Pequeña, lo que yo quiero comer está caliente.

Llevo mi mano a su sexo y acaricio sus húmedos pliegues viendo como ella se retuerce de placer. Bajo mi cabeza y poso mi boca en su intimidad mientras uno de mis dedos se cuele en su interior.

—Alec —susurra entre jadeos ahogados.

Sigo llevándola al límite hasta que noto como alcanza el clímax y solo entonces repto por su cuerpo de manera ascendente y me pongo sobre ella. La beso y me dejo caer de espaldas en el colchón poniéndola sobre mí. Jo enseguida se pone a horcajadas y ella misma guía mi miembro a su interior. ¡Dios! Es perfecta. Encajamos a la perfección el uno el otro.

—Muévete pequeña —le digo agarrando sus caderas.

Jo empieza a moverse en círculos cada vez más rápido, produciéndome un placer indescriptible. Beso sus pechos y clavo los dedos en sus caderas hundiéndome más profundamente en su interior hasta que pierdo el control. Nos doy la vuelta y una vez encima de ella, empiezo a arremeter en su interior como un animal salvaje. Nuestros cuerpos chocan una y otra vez, Jo clava sus uñas en mi trasero y sigo moviéndome cada vez más rápido. Estoy a punto, pero necesito que ella se corra primero, así que bajo una mano a su sexo y lo acaricio sin dejar de mover las caderas a una velocidad vertiginosa. Jo clava sus dientes en mi hombro y se convulsiona gritando mi nombre al mismo tiempo que una oleada de placer atraviesa todo mi cuerpo y me vacío en su interior con un gemido.

## *Johanna*

Cuando era pequeña, Nala siempre me decía que el cielo es un sitio lleno de paz, donde no existe nada más que la felicidad absoluta. Si realmente es así, creo que yo ahora mismo estoy en el cielo, así es como me siento envuelta en los brazos de Alec. Cuando los dos llegamos al clímax, se tumbó de espaldas y me arrastró con él abrazándome y entrelazando sus piernas con las mías. Así estamos desde hace un rato, yo repasando sus abdominales con la punta de mis dedos mientras él dibuja formas imaginarias en mi espalda y cada pocos segundos besa mi pelo o mi frente.

—Llevo diez años soñando con volver a sentirme así —susurra contra mi pelo.

Levanto la cabeza y le sonrío. Este es Alec, mi Alec. No hay rastro del Lobo en él, no en este momento. Debajo de mí tengo a un hombre tierno y cariñoso que es capaz de hacerme reír y que solo con su voz, es capaz de agitar todos mis sentidos.

—Sabes que va a ser difícil ¿verdad? —pregunto acariciando su mejilla.

—Lo sé, soy consciente que voy a tener que cambiar mucho y tú vas a tener que armarte de paciencia conmigo.

—La paciencia no es una de mis virtudes —contesto haciendo una mueca —, pero haré mi mejor esfuerzo.

Nos quedamos unos instantes en silencio mirándonos fijamente hasta que Alec suspira.

—¿Qué quieres hacer, Jo? ¿Quieres ocultarlo? Yo personalmente no tengo nada que esconder y creo que...

—No —le interrumpo—, ya no somos unos niños y no tenemos por qué escondernos. Voy a tener que hablar con mi padre y sé que va a ser una conversación difícil, pero no quiero tener que mentirle ni ocultarle nada.

—¿Crees que lo aceptará sin más? —pregunta con la mandíbula apretada.

—No Alec, no va a entenderlo, solo espero no verme en la tesitura de tener que escoger entre mi familia y el amor de mi vida.

Los dos nos quedamos en silencio y sé perfectamente que está preguntando si le elegiré a él por encima de mi padre. La verdad es que no sé qué haría en ese caso, espero no tener que averiguarlo.

—¿Sigues teniendo hambre?

—Sí y bastante, ¿queda algo de esa lasaña que preparaste anoche?

—¿Ahora quieres comer mi comida? —pregunta divertido—. No debería darte, así aprenderías a no rechazarla.

—¿Vas a dejarme sin comer? Eso es muy cruel, no puedo mantenerme a base de sexo.

—No, pero no me niegues que sería divertido —Alza las cejas repetidamente de manera juguetona y yo suelto una carcajada.

—Venga, aliméntame y después ya seguiremos divirtiéndonos.

Se levanta de la cama y se pone de nuevo los bóxers y un pantalón de algodón que saca de una mochila que hay junto a la puerta del baño, me lanza una de sus camisetas y besa mis labios fugazmente antes de ir hacia la cocina seguido de Wolfy.

—Por cierto, ni siquiera has visto las flores.

—Sí que las he visto —contesto cogiendo al cachorro en brazos y

sentándome en un taburete frente a la pequeña barra de desayuno que hay en la cocina—. Gracias, y también por el resto de los regalos, especialmente por Wolfy, es un amor.

Alec me mira sonriendo y acaricia la cabeza del perro.

—Lo es, y ¿Cómo llamaste a la ternera?

Suelto una carcajada.

—En serio, no sé cómo se te ocurrió la idea de regalarme una vaca.

—Te gustan los animales —contesta encogiéndose de hombros y girándose para vigilar la temperatura del horno.

—Hombre, también me gusta la naturaleza y no por eso vas a regalarme un árbol.

Alec empieza a reír a carcajadas y hasta tiene que agarrarse a la encimera mientras su espalda se sacude violentamente producto de la risa.

—¡Dios!, eres increíble —dice acercándose a mí y colocándose en el hueco de mis piernas cuando se serena un poco.

—Me alegra divertirme —Paso la mano por su barba y le sonrío.

—Te gusta al barba, ¿eh?

—Sí, creo que sí —contesto.

—¿Te apetece que veamos una peli después de comer?

—Claro, mientras no sea una de mamporros.

—Mal empezamos —murmura acercándose al horno y sacando la bandeja con la lasaña—. No he traído ninguna película romántica, creo que solo hay de mamporros como tú las llamas.

—¿En serio? Me secuestras, cocinas y compras flores, pero... ¿no puedes ver una peli romántica conmigo?

—No, por ahí no paso. Nunca conseguirás que vea tus películas ni que escuche tu música.

—Bien, ¿pues qué has traído? —pregunto haciendo una mueca.

Me señala el mueble que hay bajo el televisor y me acerco para coger unos cuantos DVDs que están apilados a un lado. Repaso las caratulas y elijo uno.

—¿Tenemos un ganador? —pregunta desde la cocina.

—Sí, si me hubieses dicho antes que habías traído una peli de Jason Statham, no habría habido debate al respecto.

—¿Qué pasa con él?

—¿Que qué pasa con él? Pues que está como un tren el tío.

—¿En serio? ¡No me jodas, Jo! Está medio calvo y yo no le veo lo guapo

por ningún lado.

—Es que no es guapo, es atractivo, interesante, sexi. Vamos, un tío TF.

—¿Qué coño es eso de TF?

—Totalmente follable —contesto alzando una ceja de manera sugerente.

Alec suelta una carcajada y se acerca con un par de platos de lasaña en la mano.

—Genial, ahora resulta que tengo que preocuparme porque un actor pone cachonda a mi chica.

—Tú me pones más —murmuro dándole un beso rápido—, pero ahora tengo más ganas de hincarle el diente a esta comida que a ti.

Alec asiente sonriendo y nos sentamos en el sofá a devorar nuestra comida mientras vemos a Jason Statham repartir leches en el televisor.

Nos pasamos el resto del día viendo películas, hablando, riendo y haciendo el amor. Sé que no siempre va a ser así, ahora mismo estamos viviendo en una especie de burbuja que acabará explotando cuando salgamos de esta cabaña y eso va a ser más tarde que temprano. Los dos tendremos que adaptarnos a una nueva forma de vivir, pero antes aún me queda hacer algo mucho más difícil, hablar con mi padre.

El domingo lo pasamos prácticamente todo el día en la cama, aparte del sexo, que hay mucho, también hablamos durante largo rato. Le cuento todo lo que hice y viví en mi estancia en Charlotte y él me cuenta cómo llegó a ser el Lobo, y aunque Chris ya me había comentado algo, me quedo sorprendida al saber todas las propiedades que posee Alec, no solo en Black Mountain, también en Ashville y en los alrededores.

—¿Estás segura de que quieres volver ya? Podríamos quedarnos un par de días más —dice cerrando el maletero del todo terreno tras meter dentro nuestras cosas.

Sujeto a Wolfy en el asiento trasero del coche y miro a Alec negando con la cabeza.

—Chris no tardará en llegar y no quiero que mi padre tenga que preguntarle por mí, prefiero hablar yo con él y que no se entere de esa forma.

—Está bien —Se acerca a mí y me abraza por la cintura—, pero ya sabes... Al mínimo problema...

—Sí, lo sé, te llamo y vienes a buscarme.

—O te presentas en mi casa —Agacha la mirada y empieza a morderse el labio inferior de manera nerviosa—. Jo, también podrías... eh... podrías...

—Alec, habla de una vez.

—Me gustaría que vinieses a vivir conmigo. Ya sé que esto es muy apresurado, pero no quiero separarme de ti.

—Espera... ¿Al rancho Wolfheart? ¿Con tu familia?

—Jo, mi familia no se opondrá a que vivas conmigo, al contrario, estoy seguro que estarían encantados de tenerte en casa.

—Alec, yo...

—No digas nada ¿vale? Solo quiero que sepas que tienes más opciones.

Asiento y le doy un beso fugaz antes de que los dos nos metamos en el coche y salgamos en dirección a mi casa. Durante el trayecto, ninguno de los dos dice nada, somos conscientes de que nuestra burbuja está a punto de explotar y creo que los dos estamos asustados por ello.

—Podemos volver a la cabaña siempre que quieras —dice Alec deteniendo el vehículo en la frontera entre sus tierras y las mías.

—Eso sería genial —contesto con una sonrisa forzada.

Alec suspira y se gira hacia mí.

—Pequeña, todo va a estar bien, ya lo verás. Al principio será difícil, pero lo conseguiremos.

Cierro los ojos y asiento. Yo también lo creo, lo que me preocupa es la conversación que voy a tener con mi padre, no quiero decepcionarle, pero no puedo ni quiero ocultarle mi relación con Alec.

—Lo sé ¿Nos vemos mañana en la poza?

—¿En la poza? —pregunta divertido.

—Sí, estaría bien volver allí juntos.

—Me parece una gran idea —dice tocando mi colgante—. Me alegra que sigas usándolo, este colgante es muy importante para mí.

—Para mí también, no soy capaz de quitármelo, supongo que todos estos años he seguido usándolo porque no quería dejarte ir, al llevarlo puesto cada día, era una especie de recordatorio de que mi corazón te seguía perteneciendo.

—Si es así voy a tener que pegártelo al cuello con pegamento —susurra contra mis labios—. No te lo quites nunca.

—No lo haré.

Beso sus labios suavemente, pero Alec tiene otros planes porque arrasa mi boca con la suya de forma apasionada. Cuando nos separamos, los dos estamos jadeando y totalmente excitados.

—¿Estás segura de que no quieres venirte conmigo? Tengo una cama grande —bromea alzando ambas cejas de manera sugerente.

Niego con la cabeza sonriendo y pongo una mano sobre su pecho para alejarlo un poco de mí o acabaré accediendo a sus locuras.

—Tengo que irme.

—Jo, hay algo que quiero comentarte. Cuando te pedí que trabajaras para mí, lo decía en serio.

—Tú ya tienes un veterinario, y según tengo entendido, es bastante bueno.

—No está mal, pero solo viene a hacernos visitas periódicas y me gustaría tener uno más permanente, y si eres tú estaría más tranquilo. Además, como ya te había dicho, estoy interesado en probar esa proteína de crecimiento en mi ganado, creo que a vosotros os ha dado muy buenos resultados.

—Así es, la proteína funciona a la perfección y si realmente quieres utilizarla en tus animales, yo no tengo ningún problema en echarle una mano con eso. Puedo instruir a tu veterinario y que él se haga cargo de suministrársela a los terneros.

—No era eso lo que te estaba proponiendo —dice frunciendo el ceño.

—Lo sé, pero... —Resoplo frotándome la cara—. ¿Qué te parece si hablamos de esto mañana?

—Está bien, no quiero presionarte. Ve, y llámame antes de acostarte ¿vale? Voy a estar pendiente del teléfono.

Asiento y le doy un último beso antes de bajar del coche y empezar a caminar hacia mi casa con Wolfy en mis brazos. Es una buena caminata hasta casa. Alec me ha acercado lo máximo posible, pero el rancho es extenso y me va a llevar un buen rato llegar.

## Cuando no se comporta como un capullo, es un amor

### *Johanna*

Cuando llego a casa ya ha anochecido, tras abrir la puerta, dejo a Wolfy y mi mochila en el suelo, el resto de mis cosas están en el todoterreno de Alec, mañana iré a recuperarlas, camino hacia el interior de la casa y me detengo frente a la puerta del comedor, mi padre está sentado a la mesa a punto de empezar a cenar, parece escucharme porque se gira hacia mí sonriendo.

—Hola cariño, ya me estaba preocupando, creí llegaríais antes —dice levantándose y viniendo hacia mí.

—Hola papá.

—¿Qué tal ha ido todo en la feria? Hable con Chris hace un rato, vas a tener que comprarte un móvil nuevo, ya me dijo que se te había estropeado el tuyo, lo que no entiendo es por qué no me llamaste desde su teléfono.

—Papá, mi móvil no está estropeado, estaba sin cobertura —Me mira extrañado así que decido armarme de valor y soltarlo de una vez, al mal paso darle prisa—. No he ido a la feria, en realidad, ni siquiera estaba con Chris.

—¿Qué quieres decir con eso? —pregunta en un tono que denota preocupación—. ¿Dónde has estado y con quién?

Bien, allá voy.

—He pasado el fin de semana con Alec.

La cara de mi padre refleja varias expresiones, en un principio parece confundido, como si no entendiera lo que estoy diciendo, después llega la sorpresa y finalmente la ira. Aprieta la mandíbula y los puños y me mira frunciendo el ceño.

—Quiero pensar que ese Alec no es quien me estoy imaginando, dime por favor que no lo es.

—Lo siento papá, lo he intentado, de verdad que lo he hecho, pero le quiero, siempre le he querido y quiero darle una oportunidad a este sentimiento.

—¿Qué quieres darle una oportunidad? ¡¿Me estás tomando el pelo?! ¡Ese malnacido ha vuelto a engatusarte y tú le haces caso como una tonta!

—Papá, nadie me ha engatusado, yo...

—¡Te estás dejando engañar, otra vez! —Empieza a caminar de un lado a otro tirándose del pelo, literalmente—. No me puedo creer que esté sucediendo otra vez. No voy a permitirlo, esta vez no —sigue murmurando sin poder quedarse quieto un instante.

—Papá, no te pongas así, sé que esto es difícil para ti, pero piensa en mí durante un instante.

—¿Qué piense en ti? ¡No hago otra cosa que pensar en ti! Ese malnacido ya te engaña una vez y ahora vuelve a hacerlo.

—¡No me está engañando, papá! Sé perfectamente quién es Alec y cómo es.

—¿Lo sabes?! ¡¿De verdad lo sabes?! ¡Es un puto tirano! ¡Un cacique que manipula a todo el mundo a su antojo, y todo aquel que no sigue sus órdenes paga las consecuencias!

—Quiere cambiar, papá, y yo quiero ayudarle a hacerlo.

—¿Cambiar? Te estás olvidando que nos la tiene jurada. Ese hombre, si se le puede llamar así, está obsesionado con hundirme, está claro que ya está jugando sus cartas.

Resoplo frotándome la cara con las manos.

—Viejo, no te estoy pidiendo que lo aceptes, ni siquiera que lo entiendas, lo único que necesito es que apoyes mi decisión.

—¡Nunca! Escúchame bien Johanna, nunca voy a apoyarte en esto. ¡Te lo prohíbo! No vas a volver a verle. Prefiero que vuelvas a Charlotte, es mejor tenerte lejos que junto a ese desgraciado.

—Papá, ya no tengo quince años, no puedes prohibirme nada. Yo soy la que decide qué hacer con mi vida y con quién compartirla.

—¡No! Mi hija no va a ser un títere en manos de ese hijo de perra.

—No me obligues a elegir, viejo —Suspiro, clavo mis ojos en los suyos y lo tengo claro—. No me hagas elegir porque le elegiré a él.

Se me queda mirando sorprendido, cierra los ojos con fuerza y cuando vuelve a abrirlos, una enorme tristeza inunda su mirada.

—Creo que ya has tomado una decisión.

—Papá, no hagas esto —susurro notando como las lágrimas se acumulan en mis ojos.

—Ya lo has hecho tú. Has tomado tu decisión y ahora tendrás que asumir las consecuencias. Cómo ya he dicho, mi hija no va a ser la fulana de un Wolfheart. Si eso es lo que quieres, tú ya no eres mi hija.

—Papá, no... —Las lágrimas desbordan mis ojos y caen por mis mejillas a borbotones—. Piensa bien en lo que estás diciendo.

—Ya lo he hecho —susurra, y puedo ver como él también está intentando contener el llanto—. Recoge tus cosas y vete.

—¿Me estás echando de mi casa?

—No, te estoy echando de mí casa. Tú ya no eres mi hija, no mientras sigas con él.

—Te vas a arrepentir de esto. Lo sabes, ¿verdad?

—Las puertas de esta casa volverán a abrirse para ti el día que ese tipo vuelva a destrozarte el corazón, en ese momento, que llegará, vas a tener que escucharme decir “te lo dije”.

—Muy bien viejo —me limpio las lágrimas de un manotazo y respiro profundamente—. Si eso llega a pasar, no tendrás que decirme “te lo dije”. Si reniegas de mí ahora, puede que sea yo la que reniegue de ti entonces.

Sin dirigirle ni una sola mirada más, salgo del comedor y agarro a Wolfy antes de salir de la casa dando un portazo. Voy directamente hacia mi coche y arranco a toda velocidad en dirección al rancho Wolfheart. Necesito a Alec, necesito verle para convencerme a mí misma de que estoy haciendo lo correcto.

## *Alec*

Al entrar en casa veo a toda mi familia reunida en el comedor. Nada más llegar pasé a ver a Patrick para que me pusiera al día de lo que pasó en el rancho en mi ausencia, así que al llegar ya están cenando, no suelo sentarme a cenar con ellos, pero hoy estoy de buen humor y me apetece compartir un rato agradable con mi madre y mis hermanos.

—Buenas noches —saludo sentándome en la cabecera de la mesa, ese es mi lugar desde que mi padre falleció.

—Hola hijo —contesta mi madre sorprendida—. ¿Cómo te fue en la feria?

—No he estado en la feria. Me he tomado el fin de semana libre —contesto sonriendo.

—¿Y esa sonrisa hermanito? —Indaga Carter—. A ver si lo adivino... Tus ojos brillantes y esa sonrisa de bobo están gritando Johanna Callaghan.

—¿Has pasado el fin de semana con Johanna? —pregunta mi hermana en tono de sorpresa.

—Sí, todo el fin de semana. Ahora dejar de ser unos cotillas y vamos a cenar tranquilos.

—De eso nada, queremos detalles. ¿Estáis juntos?

—Carter, preocúpate por tu vida y deja la mía en paz —contesto secamente.

—¿Pero tienes vida? —Suelta una carcajada—, ¡Eso es genial, hermano!  
Mi mirada asesina hace que levante las manos en son de paz.

—Carter, deja de provocar a tu hermano —Mi madre le regaña y después me mira a mí—. Hijo, entiende que tengamos curiosidad, todos sabemos que entre tú y esa muchacha hubo algo hace años, pero no tenía ni idea que seguías viéndola.

—Es una larga historia, mamá, y ahora... —En ese momento suena mi teléfono interrumpiéndome. Veo el nombre “Pequeña” en la pantalla y no puedo evitar sonreír de oreja a oreja.

—Esa sonrisa quiere decir que es Johanna quien le llama —informa Carter al resto ganándose una nueva mirada fulminante de mi parte.

Descuelgo y me llevo el teléfono a la oreja.

—Hola pequeña.

—¿Alec? —Me pongo en guardia al escuchar su tono de voz, parece estar llorando.

—Jo, ¿qué pasa? —pregunto levantándome—. ¿Qué está pasando? ¿Por qué lloras? ¿Estás bien, pequeña?

—Sí, estoy bien, pero necesito verte —contesta sorbiendo por la nariz.

—Dime dónde estás y voy para allí.

—Estoy fuera.

—¿Fuera dónde? —Me paso las manos por el pelo en un gesto de frustración y veo como Carter se levanta preguntándome por gestos que está pasando.

—Fuera de tu casa, necesitaba verte y... —No espero a que termine la frase, salgo corriendo hacia la puerta.

Salgo fuera y la encuentro apoyada a su todoterreno, nada más verme, corre hacia mí y se lanza a mis brazos.

—Shhh pequeña, ya está —susurro abrazándola y besando su pelo—. ¿Qué ha pasado, Jo? ¿Por qué estás así?

—Me ha echado, mi padre me ha echado de casa y me ha dicho que... —Vuelve a llorar con la cabeza enterrada en mi pecho.

Me siento impotente, y cabreado también. Ese hijo de perra se ha atrevido a echarla de su propia casa. ¿Qué clase de padre hace algo así?

—Cielo, deja de llorar —susurro apartándola levemente de mí.

Limpio el rastro de lágrimas de sus mejillas y respiro profundamente para tranquilizarme, si me dejo llevar por la rabia, acabaré partiéndole la cara a su padre y no creo que ella quiera eso, pero no soporto verla en este estado. Jo

no es así, ella es fuerte y segura de sí misma. Las veces que la he visto llorar, he sido yo quién ha provocado sus lágrimas.

—Estoy bien —dice tras suspirar—. Solo necesitaba verte para asegurarme de que estaba haciendo lo correcto. Ha sido horrible, me ha dicho que ya no soy su hija.

—Ese hijo de... —Resoplo pasándome la mano por el pelo—. Lo siento, pequeña. Siento que tengas que pasar por esto por mi culpa.

—No es tu culpa, Alec. Es mi decisión, yo la he tomado y tengo que asumir las consecuencias de mis actos.

—¿Te arrepientes? —pregunto con un hilo de voz.

Por favor que diga que no, que diga que no.

—No, no me arrepiento.

Dejo salir el aire que no sabía que estaba conteniendo y la abrazo de nuevo.

—Tranquila, todo va a estar bien. ¿Dónde está Wolfy?

—En el coche —contesta apartándose y limpiándose sus propias lágrimas—. Ya me voy, no quería molestarte, pero...

—¿Cómo que te vas? —pregunto frunciendo el ceño— ¿Dónde?

—Voy a casa de Cam hasta que decida qué hacer con mi vida. No solo me he quedado sin un lugar dónde vivir, también me he quedado sin trabajo y aún no sé qué voy a hacer.

—Tú no vas a ningún lado. Te quedas aquí.

—Alec, no...

—Te lo dije esta tarde. Te pedí que te vinieras a vivir conmigo, lo decía en serio, Jo. Quiero que te quedes.

Johanna entrecierra los ojos como si acabara de darse cuenta de algo.

—Por eso sacaste el tema. Tú sabías que esto iba a pasar ¿verdad?

—No, no podía saberlo, pero sí había esa posibilidad, por eso te dije que tenías opciones, y esta es una muy buena opción, te quedas aquí y no se hable más.

Veo como alza la barbilla y se cruza de brazos, gestos que me confirman lo que ya me imaginaba, que no va a ser fácil convencerla de quedarse a vivir conmigo.

—Alec, no creo que sea buena idea.

—Pues yo creo que es una excelente idea, como todas las que tengo —replico imitando su gesto.

Jo pone los ojos en blanco y señala con el dedo hacia un punto a mi

espalda.

—Te recuerdo que no vives solo —Miro hacia donde me indica y veo a mi madre y a mis hermanos mirándonos.

—Muy bien, ¿Qué necesitas? ¿La aprobación de mi familia? —Me giro hacia Carter y le hago un gesto con la cabeza.

—¿Es que mi opinión cuenta en esta casa? ¡Qué novedad! —bromea.

—Carter —digo entre dientes.

—Vale, vale. Johanna, por mi parte no hay ningún problema, es más, tú eres la única capaz de amansar al fiero de mi hermano, así que sería un placer tenerte aquí.

Asiento y le hago el mismo gesto a Nadia.

—¡Por supuesto! Por mí encantada. Yo sé lo mucho que tú y Alec os quisisteis y que aún os queréis, y si te soy sincera, siempre quise tener más contacto contigo. Sería genial tenerte en casa.

Jo le sonrío levemente, pero sé que no está convencida ni mucho menos, así que repito el gesto de cabeza, pero esta vez pidiéndole a mi madre que hable. Veo como da un paso al frente y mira a Jo fijamente.

—Muchacha, yo no te conozco, no personalmente, lo único que sé de ti es lo que me han contado mis hijos, Nadia y Carter porque Alec nunca me habló de ti.

—Mamá —susurro en tono de advertencia.

—No hijo, si quieres que hable lo haré, pero a mi modo —Aprieto la mandíbula y mamá vuelve a mirar a Jo—. Como te decía, mi hijo Alec nunca me ha hablado de ti, pero siempre me he preguntado por qué está siempre tan triste, por qué ya no ríe, ni bromea como cuando era un adolescente. Sé que la muerte de su padre le afectó mucho, pero siempre supe que había algo más, que la causa de su cambio tan radical no había sido solo esa, y ahora lo entiendo todo. Lo he entendido en el instante en que mi hijo llegó a casa esta noche con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos desbordantes de felicidad —Sonríe y da un nuevo paso hacia ella—. Cómo ya he dicho, no te conozco, pero si eres capaz de volver a hacer sonreír a mi hijo, estoy deseando conocerte. Esta es tu casa hija.

Veo como Johanna traga saliva y asiente algo acongojada, y no me extraña, incluso yo tengo un nudo en la garganta gracias al discurso de mi madre. ¿Será que realmente puedo cambiar? ¿Puedo llegar a ser el mismo Alec de antaño? Miro a Jo y lo tengo claro. Sí, si ella está a mi lado sé que puedo ser lo que yo quiera.

—Ya lo has escuchado, pequeña —digo tras carraspear—, ahora ya no tienes excusas.

—No son excusas, es... Alec, esto es muy precipitado. Acabamos de empezar algo y...

—¿Empezar? ¿Precipitado? —Me acerco a ella y agarro su rostro con ambas manos—. Pequeña, llevamos diez años de retraso. Esto no es nada precipitado y por supuesto no acabamos de empezar, solo hemos continuado con algo que nunca debió interrumpirse.

—Te recuerdo que fuiste tú quien lo interrumpió.

—Y vas a recordármelo toda la vida ¿verdad?

—No sé, toda la vida es mucho tiempo, un par de decenas de años tal vez.

Resoplo apoyo mi frente en la suya y bajando mis manos hasta agarrar su cintura.

—Quédate, por favor —Suspira y asiente levemente—. ¿En serio? ¿Así tan fácil? No me lo creo, no creo que aceptes así sin más, sin un pero o un porque.

—Estoy muy cansada, Alec. Me siento tan agotada que no tengo ganas ni de discutir contigo.

—Eso es grave —susurro en broma.

—Sí —Pega sus labios a los míos y me da un beso fugaz—, ahora aprovéchate de la situación, mañana ya discutiré contigo a gusto.

—Estoy seguro de ello.

La abrazo por los hombros pegándola a mi costado y me giro hacia mi familia.

—Carter, ¿Puedes encargarte de coger el perro y las cosas de Jo de su coche?

—No he traído nada —dice ella agachando la mirada—. Ni siquiera lo pensé.

—Vale, mañana llamaré a Chris y que él se encargue de traerte tus cosas —Meto la mano en mi bolsillo y saco las llaves de mi coche lanzándoselas a continuación a mi hermano—. En el maletero de mi coche hay una maleta, tráela también.

—Por favor —añade Jo dándome en leve codazo en las costillas.

Pongo los ojos en blanco y hago una mueca.

—Eso, por favor.

Carter suelta una carcajada.

—Esto va a ser divertido —murmura caminando hacia el coche de Jo.

Entramos en casa con mi madre y mi hermana, puedo notar el nerviosismo de Jo, no me suelta en ningún momento y parece estar realmente agotada.

—¿Quieres cenar algo? —pregunto.

Jo niega con la cabeza.

—Hijo, llévala arriba, que se dé un baño caliente, le diré a Martha que os suba algo de cenar.

Asiento y Carter entra en casa cargado con la maleta de Jo y un maletín, Wolfy viene tras él corriendo con la lengua fuera.

—¡Qué monada! —exclama Nad agachándose frente al cachorro que menea el rabo feliz por ser el centro de atención —. ¿Tienes un lobo por mascota? —pregunta mirando a Jo.

Esta sonrío y se encoge de hombros.

—Cosas de tu hermano, él me lo regaló.

—¡Guau, hermanito! Eso es muy tierno.

—Sí —dice Jo acariciando mi mejilla—, cuando no se comporta como un capullo, es un amor.

Carter empieza a reír a carcajadas y veo como mi madre también intenta aguantarse la risa.

—Bien, vamos antes de que acabe matando a mi hermano —murmuro agarrando su maleta con una mano y tirando de ella hacia las escaleras con la otra.

—¡Hey!, Espera maleducado —dice negándose a caminar. Mira hacia mi familia y sonrío levemente—. Buenas noches.

—Buenas noches —contestan los tres al unísono.

Jo me mira frunciendo el ceño y me hace un gesto con la cabeza. Resoplo y pongo cara de hastío antes de farfullar un “buenas noches”, tiro de su mano y subimos a mi habitación seguidos de Wolfy.

Nada más llegar, dejo la maleta de Jo a los pies de la cama y la miro, está mirando la habitación, observa la cama de matrimonio con el cabecero de madera oscura, las mesitas a cada lado del mismo color, una mesa frente a la ventana con mi ordenador portátil sobre ella y un reproductor mp3 conectado a unos pequeños altavoces. Junto a la mesa, en el suelo, está mi guitarra, la que hace más de diez años que no toco, pero sigo conservando en perfecto estado. Aparte de esos muebles, solo hay una pequeña cómoda pegada a la pared frente a la cama y una enorme alfombra peluda en el centro de la habitación.

—¿Quieres deshacer ahora la maleta? —pregunto acercándome a ella que sigue de pie frente a la puerta.

—No tengo ganas, pero tendré que cambiarme de ropa.

—Por eso no hay problema —Saco una camiseta mía de la cómoda y se la tiendo.

—¿Voy a dormir sin ropa interior? —pregunta alzando una ceja.

—Yo no tengo problema con eso —contesto encogiéndome de hombros. Jo sonrío levemente, pero no es una sonrisa sincera. Me acerco más a ella y coloco mis manos en su cintura agachándome para quedar a su altura—. Ven, después de darte una ducha y dormir unas horas te sentirás mejor.

—Sí, ahora mismo me siento como si acabaré de correr media maratón. Estoy completamente agotada.

La guío hacia la puerta del baño y le explico dónde están las toallas limpias y todo lo que pueda necesitar antes de volver solo a la habitación y empezar a desvestirme. Me quito las botas y la camiseta negra y estoy desabrochándome el pantalón cuando tocan a la puerta. Le doy paso a Martha que deja sobre la mesita de noche una bandeja con una par de sándwiches y unos refrescos, y vuelve a dejarme solo en la habitación. Termino de desvestirme quedándome únicamente con los boxers puestos y miro hacia la puerta del baño, se escucha el agua de la ducha correr, me quedo pensando en lo que Jo ha hecho hoy, me ha elegido a mí por encima de su padre y eso me llena de orgullo y me hace amarla aún más si eso es posible, pero también me entristece. Odio verla en ese estado apático y decaído. Jo no es así, desde la primera vez que la vi, me di cuenta que es una persona llena de vida, siempre con una gran sonrisa en el rostro o en su defecto, una cara de mala leche cuando se cabrea, pero siempre activa, entera y fuerte, por eso me afecta tanto verla así, me encabrona que haya sido en maldito Mathew Callaghan quien le ha hecho esto.

Resoplo pasándome la mano por el pelo. Tengo que tranquilizarme, por una vez tengo que dejar a un lado mis sentimientos de odio hacia su padre y estar ahí para ella, apoyándola, haciéndole saber que yo siempre voy a estar a su lado. Convencido de ello, camino hacia el baño y entro sin llamar a la puerta, me deshago de la única prenda que cubre mi desnudez y abro la mampara de la ducha. Jo me mira sorprendida al percatarse de mi presencia.

—¿Hay sitio para uno más? —pregunto mordiéndome el labio inferior en un gesto de nerviosismo.

Ella sonrío y extiende su mano hacia mí.

—Para ti, siempre.

Entro en la ducha y me pongo bajo el chorro abrazándola por la espalda. Ella apoya la parte posterior de su cabeza en mi pecho y suspira cerrando los ojos mientras el agua caliente sigue cayendo sobre nuestros cuerpos.

—¿Estás bien, pequeña?

—Lo estaré —contesta tras suspirar—, ahora solo quiero dormir.

—Pues a la cama.

Cierro el grifo y salgo de la ducha, cojo dos toallas y me anudo una a la cintura antes de ayudarla a salir, la envuelvo en una toalla y cojo otra más pequeña para secar su pelo.

—¿Vas a secarme tú? —pregunta divertida.

—Así es, ¿Algún problema?

—Ninguno, podría acostumbrarme a esto —contesta cerrando los ojos mientras froto su cabello con la toalla.

Una vez seco el pelo, retiro la toalla de su cuerpo y froto suavemente cada centímetro de su piel retirando toda la humedad.

—Alec, ¿Intentas ponerme cachonda?

Le miro a la cara y veo que una sonrisa pícaro adorna su rostro.

—¿Lo estoy haciendo? —contesto en el mismo tono.

Jo baja la mirada a mi entrepierna dónde la toalla queda suspendida por mi enorme erección.

—Creo que el sentimiento es mutuo —susurra posando su mano en mi abultada erección.

—De eso nada, pequeña —Aparto su mano y agarro la camiseta poniéndosela por la cabeza para tapar su desnudez.

—¿Me estás rechazando, Wolfheart? —pregunta alzando una ceja.

—Hoy sí, estás agotada y quiero cuidar de ti, así que pórtate bien y no me hagas perder la cabeza. Vamos a dormir.

—No me puedo creer que hayas rechazado un ofrecimiento directo de sexo.

—Yo tampoco —murmuro tirando de su mano de vuelta a la habitación.

Deshago la cama y le indico con la cabeza que se acueste, me visto con unos boxers y ocupo el lugar que queda libre a su lado en la cama.

—Cuando quieres te comportas como un caballero —susurra Jo pegándose a mí y apoyando la cabeza en mi pecho.

—No te acostumbres niña, solo estoy esperando a que tu humor mejore, entonces no te dejaré salir de la cama en una semana.

—Lo estoy deseando —dice tras bostezar.

Beso su pelo y unos segundos después siento como su cuerpo se relaja y su respiración se acompasa en un signo inequívoco de que se ha quedado dormida. Escucho a Wolfy llorar así que estiro el brazo para agarrarlo y subirlo a la cama, él enseguida se acurruca a los pies de Jo y no tarda en quedarse dormido.

## Retiro lo dicho, los salvajes sois la leche

### *Johanna*

Nada más abrir los ojos me siento algo confundida. Por un momento no me acuerdo donde estoy, pero mi desconcierto solo dura unos segundos. Las imágenes de todo lo que sucedió anoche acuden a mi cerebro haciéndome resoplar. Busco a Alec en la cama, pero no le encuentro y a Wolfy tampoco, miro el reloj y compruebo que son las ocho de la mañana. Alec ya debe haberse ido hace varias horas, el trabajo en el campo empieza incluso antes de que salga el sol.

Me levanto y me arrastro hacia los pies de la cama donde sigue mi maleta sin deshacer. Aún no me creo que me haya dejado convencer por Alec de mudarme a su casa, pero es que después de que su madre y sus hermanos me recibieran tan bien, no supe como negarme. Además, tampoco voy a ser tan hipócrita como para no admitir que es una gozada poder dormir con él todas las noches.

Suspiro y rebusco en mi maleta algo que ponerme. Tengo que llamar a Chris para pedirle que me traiga mis cosas y a Tormenta también, está preñada y quiero tenerla controlada por si pudiese haber algún contratiempo.

Me visto rápidamente y salgo de la habitación dispuesta a empezar mi nueva vida. No voy a dejarme vencer por la tristeza, yo no soy así. Entiendo que mi padre se cabreara, pero creo que nunca podré llegar a perdonarle que haya renegado de mí. Por mi parte voy a dedicarme a intentar ser feliz, sé que va a ser difícil al principio y tengo la esperanza que papá recapacite en algún momento, pero estoy dispuesta a poner todo de mi parte para que así sea.

Al llegar a la planta baja, me encuentro a Nadia que está comiéndose a besos a mi perro.

—Buenos días —dice nada más verme.

—Buenos días Nadia. Creo que se me han pegado las sabanas esta mañana.

—No te preocupes, yo también me acabo de levantar. Vamos a desayunar ahora.

Asiento y las dos vamos juntas hacia el comedor donde su madre ya nos espera sentada a la mesa.

—Buenos días, chicas —Nos saluda sonriendo—. Espero que te hayas sentido cómoda Johanna.

—Sí señora Wolfheart, muchas gracias por sus atenciones. La verdad es

que he dormido como un tronco.

—Me alegra escuchar eso, y llámame Norah, por favor. La señora Wolfheart era mi suegra.

Sonrío y me siento en la silla que me indica, Nadia lo hace frente a mí y empieza a hablar sin parar, me acribilla a preguntas sobre mi vida en Charlotte y todo lo que hice los diez años que estuve viviendo allí.

—¿Entonces quieres probar esa proteína en el ganado? —pregunta Norah interrumpiendo el interrogatorio de su hija.

—En realidad ya lo he probado. Desde que volví a casa estuve tratando mi gan... el ganado de mi padre con la PCA.

—¿PCA? —inquire Nadia.

—Sí, proteína de crecimiento acelerado —Suspiro terminándome mi café de un trago—. Ahora no sé ni que voy a hacer. Cuando estaba en Charlotte tenía claro que tarde o temprano volvería a casa y ejercería como veterinaria en el rancho Callaghan, con el tiempo mi padre se jubilaría y entonces yo me haría cargo del rancho, pero ahora...

—Bueno, eres una veterinaria —dice Nad—, y según tengo entendido, de las buenas, no creo que tengas problemas en encontrar trabajo en este estado, hay más animales por kilómetro cuadrado que personas.

Sonrío por la definición de Nadia y escucho la voz de Alec a mi espalda.

—Ella ya tiene trabajo —Me giro hacia él y me sonrío agachándose y para darme un beso suave en los labios—. Buenos días, pequeña.

—Buenos días —contesto viendo como toma asiento en la cabecera de la mesa.

Carter también hace acto de presencia y se sienta junto a su hermana tras saludarnos a las tres.

—¿Qué has querido decir con que Jo ya tiene trabajo? —cuestiona Nadia mirando a su hermano.

—Pues eso, tú lo has dicho, ella es una buena veterinaria y vivimos en un rancho, ¿Tengo que hacerte un dibujo, hermanita?

—¡Alto ahí vaquero! —exclamo fulminándole con la mirada—. Yo tendré algo que decir ¿no?

—Por supuesto, puedes decírmelo mientras empiezas a revisar los animales —contenta sonriendo de medio lado.

—Si crees que con esa sonrisa vas a conseguir algo, te equivocas, así que ya puedes ir borrándola.

Suspira y entrelaza sus dedos sobre la mesa recostándose en la silla.

—Muy bien, pequeña ¿Qué es lo que tienes que decir? —Abro la boca para contestarle, pero me interrumpe—. ¿Sabes qué? No creo que haya mucho que decir. ¿De verdad prefieres ponerte a buscar trabajo por ahí, antes que trabajar conmigo en el rancho?

—Tú ya tienes un veterinario.

—Sí, pero confío más en ti, además, no es lo mismo tener un veterinario que venga hacer visitas rutinarias, que tenerte a ti al pendiente de los animales. Por otro lado está lo de la proteína, ya te dije que quería empezar a administrársela a mis animales.

—Y yo dije que instruiría al tu veterinario para que pueda hacerlo. No entiendo tanta insistencia en que trabaje para ti.

—No trabajarás para mí, lo harás en el rancho.

—Es lo mismo —murmuro cruzándome de brazos.

—Parecido. Obviamente tendrás un suelo acorde a la responsabilidad de tu trabajo y podrás disponer de cualquier trabajador del rancho para que te ayude en tus tareas.

—¿Sabes? Esta conversación empieza a parecerse a una entrevista laboral, y yo no he solicitado ningún puesto en su rancho, señor Wolfheart —refunfuño.

—¿Por qué te niegas?! No lo entiendo. Vas a hacer el mismo trabajo que estabas haciendo en el rancho Callaghan.

—Exactamente, el rancho Callaghan, mí rancho. Trabajaba para mí y para mi familia.

Veo como sus ojos se vuelven de un gris oscuro y rabioso y aprieta la mandíbula.

—Y yo no soy nada tuyo ¿verdad?

—¡Vamos Alec!, no tergiverses mis palabras. Tú no quieres una veterinaria, lo único que buscas es una forma de mantenerme controlada, y qué mejor que trabaje para ti para que puedas tenerme siempre bajo vigilancia.

—Eh... Yo...

—¡Niégalo! ¡Vamos! Quiero ver como mientes descaradamente.

Carter suelta una carcajada y Alec le asesina con la mirada.

—¿De qué coño te ríes, imbécil?!

—De nada, hermano. Es que me encanta ver cómo te ponen en tu lugar.

Alec resopla y vuelve a mirarme a mí.

—Vale, pongamos que tienes razón.

—La tengo.

—Lo que tú digas. ¿Qué tiene de malo que trabajes en el rancho Wolfheart? Apuesto que, si fuese otro el que te ofreciera trabajo, no pondrías tantos peros.

—¡Qué raro escucharos discutir! —dice Chris en tono irónico entrando en el comedor.

Al verlo me levanto y camino hacia él sonriendo de manera cínica.

—Jo, ya sé que estás cabreada conmigo, pero...

No le dejo terminar, mi puño se estrella en su mentón girándole la cara. Sacudo mi mano haciendo una mueca de dolor y Chris me mira tocándose la zona donde acabo de golpearle.

—¿En qué demonios estabas pensando?! ¡Me dejaste tirada en mitad de la montaña, con este! —grito señalando a Alec con el dedo.

—¿Este? —pregunta el aludido.

—Tú a callar que aún no he terminado contigo.

Levanta las palmas de las manos a modo de defensa y vuelvo a clavar mis ojos en Chris.

—Lo siento Jo, mi única defensa es que creí que estaba haciendo lo mejor para ti, y creo que no me equivocaba, estáis juntos.

—¡Ese no es el tema! Confiaba en ti y tú te confabulaste con Alec en mi contra. ¡Me secuestrasteis!

—¿Qué?! —exclama Nadia mirando a Chris sorprendida.

Este se pasa la mano por el cuello cambiando el peso de una pierna a la otra.

—Yo... No fue así —Mira a Alec pidiéndole ayuda, pero su amigo se encoje de hombros dejándole solo ante el peligro—. Nad, fue tu hermano quien me convenció.

—Eso es ser valiente —murmura Alec.

—Acabo de llevarme un puñetazo en la cara, no quiero otro —añade Chris.

—No te quejes, yo me llevé varios golpes, uno de ellos fue un rodillazo en las pelotas.

—Nada que no te merecieras —digo alzando una ceja.

—Bien, si ya hemos acabado con los reproches, te traigo tus cosas, incluida Tormenta.

Miro a Alec buscando una explicación y él sonrío.

—Le llamé nada más despertar. Imaginé que querías tener tus cosas

cuanto antes.

—Chris, ¿Quieres desayunar con nosotros? —pregunta Norah.

—No gracias, tengo que irme, mi jefe está de un humor de perros.

—¿Cómo está? —pregunto con un hilo de voz.

—Bien, cabreado, pero se le pasará —contesta Chris—. Por cierto, gracias por omitir mi implicación en todo esto. Cuando llegué me dio un buen rapapolvo, incluso llegué a pensar que me despediría.

—Si eso llegara a pasar, sabes que tienes un lugar en el rancho Wolfheart —dice Alec.

Chris asiente a modo de agradecimiento.

—Aquí el señor Lobo, intenta renovar toda la plantilla del rancho —comento divertida.

—Me tengo que ir —dice Chris—. Voy a tener que ponerme a buscar un veterinario cuanto antes, por cierto, Necesito el número de teléfono del laboratorio para pedir la proteína.

—¿Sabes cómo administrarla o quieres que te lo explique?

—Te he visto hacerlo muchas veces, yo mismo se lo explicaré al veterinario.

—Dale mi número y si tiene alguna duda que me llame. En el dispensario hay suficiente para este mes. Voy a llamar en un rato para hacer un pedido para el rancho Wolfheart y aprovecho para incluir también el del rancho Callaghan.

—¿Eso quiere decir que aceptas el trabajo? —inquire Alec.

—Nunca he dicho lo contrario —contesto encogiéndome de hombros.

—¿Entonces a qué ha venido la discusión de antes?

—Viene a que tienes que aprender que yo no soy uno de tus cachorritos que acata tus órdenes sin rechistar.

Alec bufa y veo como los demás intentan retener la risa.

—Vamos, te ayudaré a descargar el coche —dice Alec palmeando el hombro de Chris.

Al final, Chris termina desayunando con nosotros tras descargar mis maletas y dejar a Tormenta en su nueva cuadra. Se sienta junto a Nadia y puedo ver en primera persona como ella se derrite mirándole, no le pierde de vista en ningún momento y sonrío como una colegiala.

Cuando terminamos el abundante desayuno, Chris se va, y Alec, Carter y yo, salimos hacia el establo. Quiero ponerme al día cuanto antes con todo el trabajo que haya pendiente. Carter va a buscar a Patrick mientras Alec me

enseña dónde está cada cosa.

—Esta es una copia de la llave del dispensario— dice Alec tendiéndome la llave.

Asiento y abro la puerta, suspiro aliviada al ver el cambio que ha dado desde la última vez que estuve en este lugar. Todo parece ordenado y limpio.

—Parece que el nuevo veterinario está haciendo las cosas bien, ¿Estás seguro de que quieres sustituirlo?

—Déjame pensarlo —dice rascándose el mentón—. ¿Prefiero trabajar con un tipo feo y calvo o con mi preciosa y sexi mujer? Creo que lo tengo claro, sí, estás despedida.

—Muy gracioso —Le golpeo en broma en el brazo mientras él se parte de risa.

—Pequeña, no tengo nada que pensar. Créeme cuando te digo que me quedo mucho más tranquilo sabiendo que eres tú quien se encarga de la salud de los animales.

—Bien, pues voy a echar un vistazo a lo que hay por aquí por si tengo que añadirlo al pedido del laboratorio.

—¡Genial! —exclama dando una palmada, mete la mano en su bolsillo y saca de la cartera una tarjeta de crédito que me tiende—. Quédate con esa para todo lo que necesites comprar para el rancho, y si necesitas...

—Estoy bien, Alec. No necesito dinero.

—¿Estás segura? Te conozco Johanna y sé lo orgullosa que puedes llegar a ser. Si te quedas más tranquila puedo descontártelo de tu sueldo.

—Estoy bien, Alec. Además, no hemos hablado de mi sueldo.

—Eso es porque te pusiste en plan, “no quiero escucharte”, durante el desayuno. Pero podemos hablarlo ahora.

Veo como cierra la puerta de la pequeña habitación y pasa el cerrojo dejándonos encerrados en su interior.

—¿Por qué cierras la puerta?

—Quiero darte un adelanto de tu sueldo —contesta caminando hacia mí con una mirada de depredador.

Sonrío y niego con la cabeza.

—¿Para eso quieres que trabaje para ti? ¿Para tenerme a mano a todo momento?

—Es una de las ventajas —susurra contra mis labios junto antes de besarme apasionadamente.

Correspondo a su beso rodeando su cuello con mis manos y Alec empieza

a subir mi camiseta, me la quita y aparta la copa de mi sujetador para a continuación atacar mi pecho con su boca. Gimo metiendo las manos bajo su camiseta y arañando su espalda mientras sus manos desabrochan mi pantalón. Tiro de su pelo y levanto su cabeza buscando su boca y nos devoramos como animales salvajes. En la habitación solo se escuchan nuestros gemidos y el sonido de nuestras ropas deslizándose hacia el suelo. Alec me empuja contra la pared tirando de mí hacia arriba y yo enrosco las piernas alrededor de sus caderas mientras mi mano busca su miembro y lo acaricio viendo como cierra los ojos y gime mordiéndose el labio inferior.

—Me estás matando, pequeña —susurra mordisqueando mi cuello.

No nos hago esperar más, guio su miembro hacia mi hendidura y se clava en mi interior con un certero golpe de caderas.

—¡Dios! —grito notando como me llena por completo.

—Sí, Dios —repite sonriendo socarrón—. Hay dos formas de hacer esto, lento y suave, o rápido y salvaje, ¿Cuál prefieres?

Sonrío negando con la cabeza.

—Si te digo que lo quiero salvaje, vas a recordarme lo que te dije en la poza de que los salvajes están sobrevalorados, y si no lo hago, vas a torturarme hasta que acabe gritando que lo quiero de esa forma.

—Eres una chica lista —susurra retirándose lentamente y volviendo a entrar en mí del mismo modo.

Agarro su cara con ambas manos y paso la lengua por sus labios, bajo hasta su barbilla y la muerdo levemente clavando mis talones en su trasero.

—Retiro lo dicho, los salvajes sois la leche.

—Buena elección —dice clavándose en mi interior de golpe.

Ahogo un gemido mordiéndome su hombro y aguanto sus embistes que cada vez son más rápidos y más violentos. Nos besamos y nos mordemos los labios mientras sus caderas trabajan sin descanso llevándome al límite del placer.

—¡Alec!

—Lo sé, yo también.

Acelera aún más la velocidad de sus arremetidas y los dos llegamos al orgasmo a la vez.

*Alec*

—¿Así de salvaje está bien? —le pregunto saliendo de su interior y dejándola en el suelo.

—Así está genial —contesta antes de besare nuevamente.

—Te quiero, mi niña.

—Y yo a ti, lobito —pinzo con mis dedos el hueco de su cadera y ella suelta una carcajada— Está bien, nada de canidos.

—Tengo que volver al trabajo, ¿Crees que puedes apañártelas sola?

—Por supuesto. Voy a echar un vistazo por aquí y después de llamar al laboratorio, voy hasta el pueblo a ver a la tía Cam. Seguramente ya todo el mundo se habrá enterado de lo que pasó con mi padre y estará preocupada.

—Si quieres puedo ir contigo.

—Acabas de decir que tenías trabajo pendiente.

—Lo tengo, pero no me gusta que andes por ahí tú sola.

—Alec, voy al pueblo, no tardaré en volver.

—Podrías llevarte a uno de los peones.

—No necesito guardaespaldas —contesta y por su tono de voz, intuyo que está empezando a cabrearse, así que decido dejar de insistir.

—Está bien. Te llamo después ¿vale?

—Asiente y nos vestimos entre besos y caricias. La dejo en el dispensario y salgo del establo con una sonrisa de oreja a oreja. Por primera vez en muchos años soy feliz, feliz de verdad, solo pensar en que esta noche voy a poder dormir abrazándola, una sensación de calidez inunda mi pecho. Puedo hacerlo, ahora más que nunca me doy cuenta que puedo cambiar. Si Jo está a mi lado, lo conseguiré.

—Lobo, tengo noticias —dice Patrick acercándose a mí.

—Habla.

—Los muchachos han encontrado a Donald. Por lo visto se estaba escondiendo en Ashville, pero uno de los chicos que fue allá, lo reconoció.

—¿Lo tenéis localizado? —pregunto perdiendo la sonrisa.

—Sí, ya he enviado a un grupo de hombres a buscarlo. ¿Qué quiere hacer con él cuando lo traigan? ¿Se lo entregamos a la policía?

—No, tráelo al rancho, enciérralo en una de las cabañas vacías que hay en la zona norte. Yo me encargaré de él personalmente.

—Sí, Lobo.

Patrick se va a seguir con sus tareas y veo como Nadia camina hacia mí sonriendo.

—Alec, ¿Dónde has dejado a Jo?

—Está en el dispensario, después va a ir al pueblo.

—Yo también pensaba ir, he quedado con Chris para comer. Voy a

preguntarle y podemos ir juntas.

—Buena idea, recuerda llevar a uno de los trabajadores contigo.

—Como siempre —contesta poniendo los ojos en blanco.

La verdad es que me viene de maravilla que Nadia acompañe a Jo al pueblo, ella sí me hace caso y es rara la ocasión que sale del rancho son ser acompañada por uno de los trabajadores.

—Bien, tengo que seguir trabajando, enana. Nos vemos después.

Me despido de Nadia y me subo a Kitchi saliendo a galope hacia uno de los pastos de la zona norte. Estoy deseando que mis chicos lleguen con el desgraciado de Donald. Aún no sé qué voy a hacer con él, pero si algo tengo seguro es que va a arrepentirse de haberle puesto un dedo encima a mi mujer.

A media mañana estoy arreando unas cabezas de ganado que se estaban acercando demasiado al río, cuando veo llegar a Patrick cabalgando a toda prisa.

—¿¡Qué pasa?! ¿Dónde está el fuego? —pregunto cuando llega a donde estoy.

—Ha habido un problema, Lobo.

—¿Qué ha pasado? —Patrick resopla y por su expresión puedo ver que está muy nervioso—. ¡Maldita sea, habla de una vez!

—Han perdido a Donald.

—¿¡Cómo que lo han perdido?! ¿¡Cómo?! —

—Los muchachos traían para aquí como ordenaste, pero no saben cómo consiguió escapar.

—¡Malditos inútiles! —Me paso la mano por el pelo con ganas de pegar unos cuantos gritos a esos ineptos—. Dime al menos que estaban lejos de aquí cuando huyó. No quiero a ese hijo de perra cerca de mis tierras y mucho menos de mi mujer.

—Lo siento, Lobo... ellos... —Vuelve a resoplar—. Estaban entrando en el rancho. Dicen que se tiró del coche en marcha y salió corriendo, ya lo están buscando.

—¿¡Me estás diciendo que ese malnacido de Donald está en mis tierras?! —Patrick asiente agachando la mirada—. ¡Los voy a matar! ¡Voy a matarlos a todos y después los voy a despedir!

Patrick me mira extrañado. Ya sé que lo que acabo de decir no tiene ningún sentido, pero me da absolutamente igual.

—Hay otro problema.

—¡Genial! ¡Alégame el puto día! ¿¡Qué demonios más pasó?! —

—Johanna y Nadia no están en el rancho. Han ido al pueblo y...

—¿Y? ¡Patrick, habla de una puñetera vez!

—Tom intentó ir con ellas, pero tu mujer se negó. Yo mismo intenté convencerla, pero no me hizo caso. Se han ido solas.

—¿Y por qué coño nadie me ha dicho nada?! ¡Esta mujer va a acabar conmigo! —Cojo el teléfono y llamo a Jo, pero me salta el contestador—. Tiene el teléfono apagado —murmuro llamando a mi hermana esta vez. Suena varias veces hasta que se corta la llamada. Nadia tiene la mala costumbre de dejar el móvil siempre en casa—. ¡No sé para qué demonios tienen teléfonos si aun así están incomunicadas! ¡Dios! ¡Estas dos me van a escuchar! Diles a los inútiles esos que peinen cada centímetro del rancho, y manda a otro grupo de hombres a buscar en los alrededores. ¡Hay que encontrar a Donald inmediatamente!

Salimos a toda velocidad hacia la casa y al llegar allí, Patrick organiza varios grupos de búsqueda mientras yo intento contactar con mi hermana y con Jo sin ningún éxito. No quiero ni pensar que ese desgraciado haya podido hacerles daño. Siento como un nudo se me instala en la garganta al imaginarme a cualquiera de las dos heridas, o peor aún, él podría... Estoy a punto de ir a por ellas al pueblo cuando Patrick llama mi atención.

—Lobo, lo han encontrado. Están trayéndolo para aquí.

Suspiro aliviado y me paso la mano por el pelo sintiendo como me saco un gran peso de encima.

—¿Cuánto tardarán?

—Están llegando a la cabaña.

—Bien, sube —ordeno apuntando hacia mi coche.

Patrick se introduce en el vehículo y salgo disparado hacia el lugar a donde van a llevar a Donald. Si antes estaba enrabiado, ahora tengo un cabreo encima que no me aguanto ni yo.

Unos minutos después, entramos en la cabaña. Estas cabañas son utilizadas en su mayoría por los trabajadores del rancho. Las más cercanas a mi casa están ocupadas por ellos y muchos viven ahí con sus familias, pero las más alejadas permanecen vacías o se usan como almacenes. Ésta en particular, la utilizamos como almacén de herramientas.

Donald está pegado a una columna atado con las manos a la espalda mientras cuatro de mis hombres le rodean. Al verme entrar, los chicos agachan la mirada al suelo. Saben que la han cagado y van a escucharme, pero antes quiero pagar mi frustración con el hombre que secuestró y golpeó

a mi mujer.

—Lobo —susurra Donald mirándome con expresión de terror—, Lobo, puedo explicártelo. Te juro que...

—¡Silencio!

Donald se calla al instante y agacha la mirada empezando a sollozar.

—¿Estás llorando? —pregunto en tono calmado—. ¡Contéstame pedazo de mierda! —Levanto su cabeza tirándole del pelo e incrusto mi puño en su estómago provocando que se doble por la mitad.

Gime de dolor y sigue llorando mientras yo camino a su alrededor intentando controlarme, sé que si me dejo llevar soy capaz de matarle a golpes.

—Lobo, por favor...

—¿Por favor? ¡¿Ella también te pidió por favor que dejaras de golpearla?! ¡¿Por qué?! —Un nuevo golpe impacta esta vez en su cara, empieza a brotar sangre de su nariz—. ¡Contéstame! —Otro golpe—. ¡Habla! —otro más.

Me paso un buen rato golpeándole, hasta que casi no se puede reconocer su cara. Tiene cortes, hematomas y la ropa completamente bañada en sangre.

—Fue Summers —susurra justo antes de que vuelva a darle un nuevo puñetazo.

—¿Qué has dicho? —Me acerco a él para poder escucharle, tiene la cara tan hinchada que casi no puede vocalizar.

—Fue Summers, Josh Summers me dijo que lo hiciera.

—¿El veterinario? ¿Por qué?

—Sí, me dijo que le diera un escarmiento y... —Se atraganta con su propia sangre y empieza a toser fuertemente.

—¡Habla de una puta vez! —bramo tirando de su pelo nuevamente.

—Se quedó sin trabajo por culpa suya. Desde que ella apareció, y después que tú le despediste, ya nadie quería contratarlo.

—Claro que no. Yo me encargué de que nadie le diera trabajo porque es un incompetente de mierda.

—Él me dijo que tenía que darle una paliza y convencerla de que habías sido tú quien me había mandado hacerlo. Esa era la única forma de que la chica Callaghan se fuese de Black Mountain y así él recuperaría su trabajo.

—¡Hijo de puta! —grito dándole otro puñetazo en el estómago—. ¡¿Por qué lo hiciste?! ¡¿Qué ganaste tú con eso?!

—Me pagó —dice con voz ahogada—. Además, desde que ella volvió ya no hacíamos casi ningún trabajo extra y me hacía falta el dinero.

Resoplo caminando de un lado a otro frotándome el pelo. Sé perfectamente a qué se refiere con “trabajo extra”, así es como llaman los chicos al robo de ganado o a cualquier otra cosa ilegal que hacen bajo mis órdenes, y siempre han recibido un buen pago por ello.

—¿Casi matas a mi mujer por dinero?! ¡Eres un puto malnacido!

Empiezo a golpearle de nuevo y esta vez no me contengo, descargo toda la furia y rabia que tengo contenida desde el día que encontré a Jo tirada en ese bosque malherida. Mis puños impactan una y otra vez en su cuerpo mientras las imágenes de él golpeando a mi pequeña se repiten una y otra vez en mi cabeza.

—¡Lobo! ¡Lobo, tienes que parar!

Me revuelvo intentando soltarme del agarre de Patrick, pero dos hombres más le ayudan a inmovilizarme.

—¡Soltadme! ¡Es una puta orden!

—No puedo, lo vas a matar, Alec —dice Patrick sujetándome.

—Por supuesto que le voy a matar.

—¡Piensa en Johanna! ¿Qué diría ella si te viese así?

Al escuchar el nombre de mi pequeña, siento como si un interruptor se activara en mi cerebro. Dejo de revolverme y respiro profundamente para intentar tranquilizarme.

—Está bien, soltadme —digo en un tono calmado. Patrick le hace un gesto con la cabeza a los otros dos y me sueltan.

Uno de los chicos se acerca a Donald que está irreconocible e inconsciente por los golpes y le toma el pulso.

—Está vivo, pero no sé si sobrevivirá mucho más tiempo. Está muy mal herido.

—Soltadle y libraos de él. Dejadlo fuera de mis tierras.

—¿Quieres cargarle el muerto a los Callaghan? —pregunta Aarón, uno de mis hombres de confianza.

Si me hubiese preguntado eso hace unos meses, mi respuesta habría sido un rotundo sí. La idea de que Mathew Callaghan sea investigado por hacer algo como lo que acabo de hacer, resulta muy atractiva, pero le prometí a Johanna que cesaría esta guerra y no seguiría con mis planes de venganza.

—No, tiradlo lejos de mis tierras y de las de los Callaghan, y de esto ni una palabra a nadie.

Todos asienten y salen de la cabaña llevándose al despojo humano al que he convertido a Donald.

# Si te sirve de consuelo, es el segundo que interrumpo hoy

*Johanna*

Nadia y yo estamos sentadas frente a la mesa de un pequeño restaurante del pueblo. Hemos llegado hace más de una hora y estamos esperando a Chris, que por cierto, se está retrasando, y mucho. Ella se ha pasado todo el tiempo hablando de él, no hay que ser adivina para darse cuenta de que está completamente enamorada de mi hermano postizo.

—Ya se está retrasando mucho —dice mirando hacia la puerta del local.

—Tranquila, seguramente está ocupado con algo. Llámale por teléfono y pregúntale si va a tardar.

—¿Me prestas tu móvil? Yo siempre olvido el mío en casa.

—Claro —Saco mi teléfono del bolsillo de mi chaqueta y me doy cuenta que me he quedado sin batería—. Está muerto —susurro haciendo una mueca.

—Espero que no tarde mucho. Quizás me ha llamado para avisar que no iba a venir, pero estoy incomunicada.

Nadia suspira y vuelve a mirar hacia la puerta. Se nota preocupada, así que decido distraerla con su tema de conversación favorito, Chris.

—No te preocupes, si no lo ves hoy, podrás verlo mañana. Tenéis una cita ¿Verdad?

—Sí —contesta sonriendo abiertamente—. Vamos a ir a Ashville, Chris me va a llevar al teatro.

—¡Eso es genial! Después podéis alquilar una habitación por allí y volver solo a la mañana siguiente —Mi comentario hace que Nad se sonroje y agache la mirada. Quizás he metido la pata—. O no, ¿Aún no estáis en la fase de quedaros a pasar la noche juntos?

Me mira y se muerde el labio inferior de manera nerviosa. Sonrío dándome cuenta de que ese debe ser un gesto típico de los hermanos Wolfheart, ya que Alec también lo hace.

—En realidad, aún no hemos llegado a la parte ni de acostarnos juntos, menos aún levantarnos.

—¿Y eso? Creí que lo vuestro iba de viento en popa, ¿Es él quien no da el paso o tú?

—Los dos supongo. No sé... nos hemos enrollado unas cuantas veces, pero nunca llegamos a... Ya sabes.

Vuelve a sonrojarse y abro los ojos de par en par al darme cuenta de lo que sus gestos y expresiones me dicen.

—Nadia, ¿Eres virgen? —pregunto en un susurro. Ella vuelve a agachar la mirada y asiente levemente—. Eso no me lo esperaba— murmuro para mí.

—¿Por qué? ¿Tan extraño te parece?

—Hombre, extraño, pues sí, un poco. Tienes veintisiete años, lo habitual a esa edad es haber tenido ya relaciones.

—Dices eso porque no tienes un hermano mayor controlador como el mío —dice tras resoplar—. Es un grano en el culo. Durante mis años de instituto tenía que ir a todos lados acompañada y fui a la Universidad de Ashville, así que imagínate lo bien vigilada que me tenía.

Abro los ojos sorprendida por su confesión, ¿De verdad Alec ha sido capaz de hacerle algo así a la pobre de Nad? Una cosa es que la sobreproteja como hermano mayor, pero ¿de verdad no se da cuenta que no le ha hecho ningún bien? Todos tenemos derecho a vivir con un poco de libertad, conocer gente nueva y enamorarnos, varias veces si es necesario.

—¿Por qué se lo permites? —pregunto frunciendo el ceño.

—¿Lo preguntas en serio? ¡Es el Lobo! Todo el mundo tiene que hacer lo que él dice. Tú eres la única persona que he visto que se le enfrenta y le dice sus verdades a la cara —Bufa de nuevo peinándose la melena hacia atrás con la mano—. No me malinterpretes, Jo. Yo quiero a mi hermano, pero a veces no lo soporto. Me encantaría largarme de este pueblo de mierda y vivir mi vida sin tener que dar explicaciones a nadie.

—¿Por qué no lo haces? No pierdes nada con intentarlo.

—Ya, la verdad es que pensaba hacerlo, pero si me voy...

—No estarás con Chris —termino su frase entendiendo perfectamente su dilema—. Bueno, pues creo que ha llegado el momento de que empieces a plantarle cara a tu hermano. No es ningún ogro, si grita, pues que grite, y si de enfada, pues que se enfade.

—No me toma en serio —susurra en tono abatido—, sigue viéndome como a una niña y eso no va a cambiar. Antes creía que con el tiempo se le pasaría, incluso estudié contabilidad para ayudarle con el rancho y que así me tomara más en serio, pero ni por esas.

—Nad, el rancho también es tuyo. Si quieres trabajar en él, díselo a tu hermano.

—Alec es dueño del sesenta por ciento, y ya lo intenté. Le dije que quería trabajar, ¿Sabes lo que me contestó? Que no tenía necesidad de trabajar. Que

usara mi tiempo para ayudar a mi madre con la casa, que él se encargaba del rancho.

—¡La madre que lo parió! ¡Este tío es imbécil perdido!

—No te cabrees con él, Jo. La culpa ha sido mía, en realidad ha sido de todos. Mi madre, Carter y yo, nos quedamos destrozados tras la muerte de mi padre y fue él quien se hizo cargo de todo. Era demasiado joven para asumir no solo la responsabilidad de sacar adelante el rancho, también a toda su familia.

—Eso no le da derecho a comportarse como un capullo.

Nadia se encoje de hombros y tras pasar un rato más poniendo a parir a su hermano entre las dos y al darnos cuenta de que Chris ya no va a venir, comemos entre risas y bromas. Nadia me cae bien, es una muchacha que a primera vista parece muy tímida, pero en cuanto se suelta un poco, resulta ser muy divertida y dicharachera.

Cuando terminamos de comer, caminamos juntas por el pueblo hacia la casa de Camila. Sé que Nadia y Cam se conocen ya que llevan toda la vida viviendo en el mismo pueblo, pero no tienen mucho contacto y eso es algo que quiero cambiar. Nad me comenta que desde que terminó el instituto, no tiene muchas amigas y creo que Cami será una buena compañía para ella.

Toco varias veces a la puerta de Cam, pero nadie contesta, así que decido abrir con mi llave.

—¿Estás segura de que a tu tía no le importa que entremos en su casa sin avisar? —pregunta Nad cuando entramos en la casa.

—Tranquila, seguramente habrá salido a hacer algún recado o puede que haya ido a la escuela. No creo que tarde en volver, podemos esperarla dentro.

Nadia asiente y nos vamos adentrando en la casa. Según vamos acercándonos al salón, vemos varias prendas de ropa tiradas por el suelo. Qué raro, no es típico de Cami tener todo tirado por el suelo. Veo una camisa de hombre junto a un sujetador de encaje negro y en ese momento me doy cuenta de lo que está pasando.

—Creo que deberíamos irnos —susurra Nad aguantándose la risa.

Asiento aún sin creerme que la tía Cam esté en su casa con un hombre y veo como Nadia entrecierra los ojos mirando hacia una prenda de ropa que hay colgada sobre el respaldo del sofá. No consigo ver quienes están tumbados en el sofá, pero sí alcanzo a ver dos pares de pies desnudos apoyados en el reposabrazos.

—¿Qué pasa, Nad? —pregunto en el mismo tono que ella ha usado antes

al ver como palidece.

—Esa camiseta es de Chris —Apunta hacia allí, y al mirarla bien, la reconozco. Es la camiseta que llevaba puesta Chris esta mañana.

No puede ser, ¿Cami y Chris? No es posible ¿O sí?

—Vámonos Nad —susurro tirando de su brazo, pero ella no se mueve, respira profundamente y camina hacia el interior del salón—. ¡Nad! ¡Nadia, no!

Intento detenerla, pero es demasiado tarde, veo como Chris se levanta a toda prisa rodeando sus caderas con una manta y mira a Nadia sorprendido.

—¡Nad! ¡Mierda! —Cam se levanta y empieza a recoger su ropa del suelo y ponérsela a toda prisa mientras Chris empieza a darle una explicación a la pobre Nadia que intenta retener las lágrimas.

—¿A qué demonios estás jugando, Chris? —le pregunta en tono calmado, aunque es visible que está haciendo un gran esfuerzo por controlarse y no perder los papeles.

—No estoy jugando, yo... —Se pasa la mano por la nuca cambiando el peso de su cuerpo de una pierna a la otra—. Lo siento, de verdad. Yo no planeé esto, nunca quise hacerte daño.

—¿Sabes qué? Da igual, déjalo.

—Nad, lo siento. Déjame explicártelo.

—¡No! ¡Tú no sientes una mierda! ¡Sales conmigo mientras te follas a otra! ¡¿Qué mierda vas a explicarme?! Todo está muy claro.

Sale corriendo de la casa y yo me quedo mirando a mi mejor amigo y mi tía. Los dos agachan la mirada, en especial Cam que parece realmente afectada.

—Eres un capullo, Chris. No puedo creer que le hayas echo esto a Nadia.

—Jo, te juro que nunca fue mi intención hacerle daño.

Mira a Cam y puedo ver en su mirada un brillo especial. Está enamorado de ella.

—Si no querías hacerle daño, podrías haberle dejado claras tus intenciones desde un principio. Has jugado con sus sentimientos.

—¡No! Yo no... ¡Mierda! Yo de verdad quería sentir algo por ella, quería...

—No tienes que darme explicaciones —digo interrumpiendo su frase—. A mí me da absolutamente igual lo que haces con tu vida. Es a Nadia a quien acabas de romperle el corazón —Resoplo frotándome los ojos con las yemas de los dedos y me dirijo a mi tía apuntándole con el dedo—. Tú y yo ya

hablaremos, ahora voy a buscar a Nadia.

Niego con la cabeza y salgo de la casa corriendo. Recorro varias calles del pueblo buscándola hasta que la veo sentada en un banco que hay cerca de la entrada de La Casa de Muñecas. Me siento junto a ella en silencio y dejo que saque todo ese dolor que está sintiendo en forma de llanto. Lloro durante mucho tiempo, la gente se queda mirándola al pasar, pero a ninguna de las dos nos importa. Cuando parece tranquilizarse, me mira y niega con la cabeza.

—Soy una imbécil —dice con voz congestionada por el llanto.

—No, el imbécil es él. Si no sabe valorarte, es que no te merece —afirmo agarrando su mano.

Le sonrío levemente y Nadia asiente cuando escuchamos una voz a nuestra espalda.

—Pero mira quién tenemos aquí, son la señorita Wolfheart y la señorita Callaghan.

Me giro hacia la procedencia de esa voz burlona y me encuentro de frente con la amiguita de Alec. Creo recordar que su nombre es Linda.

—Perdona, ¿Nos conocemos de algo? —pregunto alzando una ceja.

—Sí, no finjas que no me recuerdas. Nos interrumpiste a mi hombre y a mí justo cuando estábamos en pleno acto pre sexual.

—¿Tú hombre? —Levanto la barbilla y no puedo evitar alzar la comisura de la boca en una sonrisa falsa.

—Sí, mi hombre. Mi Lobo. ¿No te lo ha dicho? Somos amantes desde hace casi diez años.

—¿Amantes? Y yo que creía que solo le servías para echar un polvo de vez en cuando... Debo haberle entendido mal. Me alegro de haberte saludado.

Tiro de la mano de Nadia para salir de allí, pero la fulana me corta el paso.

—¿Crees que puedes llegar aquí y reclamar lo que es mío?! —pregunta roja de rabia.

—Vamos a dejar una cosa clara, bonita —estoy perdiendo la paciencia por momentos y eso no augura nada bueno—. Ya he aceptado que Alec haya requerido tus servicios durante estos años, pero no voy a permitir que te metas en nuestra relación. Estoy segura de que tendrás muchos más clientes a los que acosar, así que si me disculpas... tengo cosas que hacer.

—¡Maldita zorra!

Ignoro su insulto e intento volver a pasar, pero vuelve a atravesarse en mi camino, y esta vez comente el enorme error de agarrarme del brazo. En un acto reflejo, la agarro por el pelo de la nuca y pego mi cara a la suya.

—¡Te lo he advertido por las buenas! ¡No te interpongas en mi camino! —siseo tirando de su pelo hacia atrás.

—¿Crees que él te quiere? No le conoces como yo. El Lobo no quiere a nadie, y mucho menos a una Callaghan. Te destrozará niñita. Acabará contigo y con cualquier Callaghan que se cruce en su camino.

Sus palabras me ponen los pelos de gallina, pero no se lo demuestro. La empujo contra la pared y me aliso la camiseta como si lo que acaba de decir no me hubiese afectado en absoluto.

—Déjanos en paz, Linda. No voy a volver a advertirte.

—¿Dejaros en paz? —Sonríe mientras se peina con los dedos su melena castaña—. ¿Crees que soy yo quien lo busco? —Suelta una carcajada más falsa que sus tetas y sonrío de manera cínica—. Es él quien viene a mí, preciosa. Cuando le veas, pregúntale lo bien que lo pasó anoche. Estuvimos haciendo el amor hasta el amanecer.

Miro hacia Nadia y ella me sonrío encogiéndose de hombros.

—Qué extraño —murmuro rascándome la barbilla—, juraría que anoche Alec y yo estuvimos en casa. Si mal no recuerdo, dormimos juntos toda la noche.

—Sí, yo creo que esta mañana lo vi salir de vuestra habitación y desayunamos todos juntos —añade Nad.

Linda nos mira a las dos y aprieta los puños lanzándome cuchillos con la mirada.

—Cuídate mucho, Callaghan. Estás advertida. Cuando el Lobo termine con tu familia, volverá a mí. Eso es un hecho.

Se da media vuelta y se mete en el burdel azotando la puerta a sus espaldas. Cuando nos quedamos solas, Nadia me mira entrecerrando los ojos.

—No irás a creerle ¿verdad?, mi hermano está loco por ti. Linda solo es una mujer despechada. Todo lo que ha dicho son mentiras.

—Sí, lo sé —contesto forzando una sonrisa.

Suspiro y cierro los ojos intentando sacarme esta inquietud del cuerpo. No puedo evitar pensar que quizás Linda tenga algo de razón. A ver, sé que Alec me ama, pero...

—Jo, no le des más vueltas —dice interrumpiendo mis pensamientos.

—Tienes razón, ¿Sabes qué? Vayamos a tomar un par de cervezas, creo

que las dos necesitamos distraernos un poco.

—¿Cervezas? ¿A dónde? —pregunta extrañada.

—No sé, a algún lugar.

—¿Solas? Si mi hermano se entera...

—¿De qué? ¿De que vamos a tomar una cerveza? No tengo que pedirle permiso, y tú tampoco.

—Ya, pero...

Pongo los ojos en blanco y tiro de su brazo hacia un bar cercano. Necesito distraerme un rato para dejar de pensar en tonterías. Alec me ama y eso no va a cambiar porque una fulana diga lo contrario.

Al final, el par de cervezas que nos íbamos a tomar, se convierten en unas cuantas más en el caso de Nadia. Llegamos a casa pasadas las once de la noche y mi compañera está bastante achispada. Yo solo me tomé dos, más que nada porque tenía que conducir y también porque no aguanto el alcohol. Si bebo más de dos cervezas, me desmeleno y empiezo a hacer tonterías.

Entramos en casa riéndonos de una tontería que ha dicho Nad y nos damos de frente con Alec que por su expresión parece estar furioso. Carter y Norah también están en el salón, pero parecen más preocupados que cabreados.

—Yo me voy antes de que empiecen los fuegos artificiales —murmura Carter saliendo del salón.

—¿Qué pasa? —pregunto perdiendo la sonrisa.

—¿Sabes qué hora es? —inquire Alec cruzándose de brazos. Su tono es calmado, pero le conozco, y sé que está intentando controlar su carácter.

—Hemos ido a tomar unas copas —contesta Nad con una enorme sonrisa de borrachina.

—¿Has bebido? —le pregunta su hermano.

Veo como Nadia levanta la barbilla y asiente con valentía.

—Sí, ¿qué pasa? ¿No puedo hacerlo? Soy mayorcita para hacer lo que se me venga en gana.

—¿Que eres mayorcita? —Alec empieza a caminar de un lado a otro del salón resoplando y pasándose la mano por el pelo. Está perdiendo el control —. ¡Una mierda eres mayorcita! ¡Son casi las doce de la noche y andabais las dos solas por la calle!

—Pero, Alec... —susurra Nadia perdiendo la valentía de la que antes hacía gala.

—¡Cállate! —Su grito provoca que ella pegue un respingo y yo me cruzo

de brazos alzando una ceja mientras veo como Alec empieza a regañar a su hermana a gritos como si estuviese hablando con una niña pequeña. Rectifico, a una niña tampoco se le habla así, se está pasando cuatro pueblos —. ¡Eres una irresponsable! ¡Una niñata caprichosa! ¡¿Sabes lo que podría haberos pasado?! Te dije que siempre que salgas del rancho tienes que ir acompañada, pero eso no es culpa tuya ¿verdad? —Se gira hacia mí y me fulmina con la mirada —. Estarás contenta. No solo te has puesto tú en peligro, también has arrastrado a mi hermana.

—No creo que hayamos corrido ningún tipo de peligro, y tu hermana tiene casi treinta años, creo que ella misma decide si dejarse arrastrar o no.

Nos retamos un rato con la mirada hasta que veo como vuelve a pasearse por el salón maldiciendo y resoplando.

—Escúchame bien, no vas a volver a salir de este rancho sin que alguno de los trabajadores te acompañe ¿entendido? No quiero ni peros, ni porqués, vas a hacer lo que yo te digo y punto. Contéstame Johanna, ¿Lo has entendido? —Le miro con una sonrisa burlona, pero no contesto. Era lo que me faltaba. Este tío va a venir a torear a mí ¡Ja! ¡Y una mierda!—. ¡Te he hecho una jodida pregunta! ¡Contéstame, maldita sea!

Desvió la mirada de mis uñas y clavo mis ojos en los suyos sin dejar de sonreír de manera burlona.

—¿Has terminado o vas a seguir con la rabieta? —pregunto.

—¡Johanna! ¡Estás acabando con mi puta paciencia!

Está temblando de rabia y mi actitud de pasota no está ayudando en nada, pero tengo que hacerle ver que a mí no me intimidan ni sus gritos ni sus órdenes. Camino hacia él y borro mi sonrisa de golpe.

—Si has terminado, ahora vas a escucharme tú a mí. Nunca, y repito, nunca más en tu puñetera vida vuelvas a hablarme en ese tono. Yo no soy uno de tus malditos perros falderos que besan el suelo por donde pisan. A mí me tratas con respeto y educación.

—Johanna —sisea con los dientes apretados.

—¡No he acabado, así que cállate y escúchame! Voy a ir y venir de esta casa siempre que me venga en gana, sola, acompañada o en pelotas si es lo que quiero, y ni tú ni nadie va a decirme lo contrario. Tú a mí no me das órdenes, ni ahora ni nunca. Respecto a tu hermana, deberías darte cuenta de una maldita vez que no es ninguna niña. ¡Por el amor de dios! ¡Tiene casi treinta años y acabas de humillarla dándole una regañina como si fuese una cría!

—¡La forma en la que yo trato a mi familia no es asunto tuyo, así que no te metas donde no te llaman! —brama.

¡Genial! Todo mi autocontrol acaba de irse a la mierda con su último grito. Doy un paso hacia él y clavo un dedo en su pecho.

—¡¿Dónde no me llaman?! ¡Tú me has llamado! ¡Tú has sido quien ha insistido en que me quede a vivir aquí! No voy a permitir que trates a tu hermana de esa forma en mi presencia. Si quieres hacerlo, vas a tener que echarme de tu maldita casa.

Mis palabras le hacen fruncir aún más el ceño e intuyo como la furia sigue creciendo en su interior.

—¡¿Eso es lo que quieres?! ¡¿Quieres marcharte?!

—¡No! ¡Lo que quiero es que dejes de tratar a la gente como a animales! ¡Quiero que dejes de creerte amo y señor del mundo! ¡Nadia es tu hermana, no tu hija!

—¡¿Sabes por qué la trato como si fuese mi hija?! ¡Porque no tiene padre! ¡Porque tú maldito padre se encargó de m...!

—¡No te atrevas a terminar esa frase, Wolfheart! ¡Juro por dios, que como lo hagas, me largo de aquí y no vuelves a verme en tu vida!

Mi amenaza parece surtir efecto, traga saliva y se pasa la mano por el pelo retrocediendo un par de pasos. Los dos nos hemos alterado de tal manera, que nos estábamos gritando a la cara totalmente enfrentados. Hemos perdido el control por completo. Miro hacia Nadia que está llorando mientras su madre la consuela y respiro profundamente. Yo no quiero esto. Acabo de llegar a esta casa y he conseguido ponerla patas arriba. Ahora mismo me siento como una intrusa y no tengo ganas de seguir aquí.

Agarro la chaqueta que dejé sobre el respaldo del sofá y me giro dispuesta a irme.

—¿Dónde vas? —pregunta Alec.

Sigue furioso, pero también hay un rastro de preocupación en su tono de voz.

—A tomar el aire. Necesito salir de aquí —contesto esquivándole y caminando a largas zancadas hacia la puerta principal.

—Johanna, Johanna estamos hablando... ¡Johanna!

Una vez en el exterior, sigo escuchando sus gritos así que camino a toda prisa hacia el establo. No me puedo creer que haya perdido los estribos de esa manera. Yo no soy así, pero ese hombre consigue sacar lo peor de mí. Entro en el establo pensando en las diversas formas en las que puedo asesinar al

chucho capullo y arrogante que tengo por novio, cuando un ruido me hace girar la cabeza hacia la derecha. La imagen que tengo ante mí me deja paralizada. Creo que no habría sorprendido tanto si me encontrara al mismísimo Harry Potter dándose el lote con Dumbledore. Veo a Patrick y a Carter besándose apasionadamente, los dos están sin camiseta, Carter acaricia la entrepierna de Patrick y este le agarra por el trasero pegándolo más a él. No sé qué hacer, pero no puedo quedarme aquí parada como una mirona. Empiezo a retroceder lentamente, pero toco sin querer una pala que está colgada y el sonido que hace al golpear la pared, llama la atención de los amantes furtivos que se separan a toda prisa y me miran sorprendidos.

—Lo siento. Yo... no quería... Ya me voy.

Doy media vuelta y salgo a toda pastilla de ese lugar. ¿Qué más me va a pasar hoy? ¿Carter es gay? ¿Patrick es gay? ¿Qué demonios está pasando aquí?

—Johanna, ¡Jo! —escucho a Carter llamarme a los lejos y acelero el paso.

Rodeo el establo y me siento sobre un enorme tronco que hay tirando en el suelo. Escucho las pisadas de Carter y unos segundos después, se sienta a mi lado. Ya lleva la camiseta puesta, pero no me mira ni me habla. Esta situación resulta bastante incomoda.

—No quise interrumpir —me atrevo a decir para romper el hielo—, no sabía que... creí que no había nadie en el establo.

—No te preocupes, no es culpa tuya. Debimos haber sido más cuidadosos.

—Ya, bueno... eh...

—Esto es muy incómodo para ti ¿eh? —pregunta haciendo una mueca.

—¿Qué? ¡No! —Respiro profundamente y niego con la cabeza—. No, no es incómodo, solo sorprendente. Nunca imaginé que tú y Patrick... ni siquiera sabía que erais... Bueno...

—¿Gay? ¿Homosexual? Puedes decirlo Jo, no pasa nada. Créeme, a mí me costó decirlo durante mucho, mucho tiempo. Hoy en día, aún me cuesta.

—Lo siento, es que me está costando un poco asimilarlo. Tú siempre has sido un mujeriego, ya hace diez años vivías en La casa de muñecas.

—Ya, bueno, no todo lo que reluce es oro. El que me gusten los hombres no quiere decir que no pueda... ya me entiendes.

—¿Follar con mujeres? —pregunto alzando una ceja.

Carter suelta una carcajada y asiente.

—¿Sabes? Siempre me has caído bien, desde que eras una cría. Recuerdo que la primera vez que te vi, me di cuenta enseguida del carácter fuerte que tenías. Lo sigues conservando desde entonces. Eres clara y directa y no te andas con rodeos. Eres una valiente, y eso me hace envidiarte.

—¿Por qué? —Lo pienso durante un par de segundos y me doy cuenta de lo que está hablando—. Estamos en el siglo veintiuno ¿Sabes? La homosexualidad está a la orden del día, ya nadie se escandaliza por eso.

—Tú acabas de hacerlo.

—No, no me he escandalizado. Solo me has tomado por sorpresa, pero pasado el shock inicial, ya no me parece tan raro.

—Ojalá todos fueran como tú. Esto es un maldito pueblo perdido en el culo del mundo, la gente no tiende a ser tan abierta de mente.

—¿Y te importa lo que diga la gente?

—No, no toda la gente, pero sí mi familia, y lo mismo le pasa a Patrick.

—Tú y Patrick... ¿Lo vuestro va en serio?

Veo como sonrío como un bobo y aunque no me conteste, ya sé la respuesta a esa pregunta.

—Le quiero desde que era un adolescente. Crecimos juntos en este rancho, y siempre me sentí atraído por él. Durante muchos años no hice nada al respecto. Me negaba a mí mismo mis sentimientos e intentaba convencerme de que lo que sentía por él no estaba bien, a menudo la forma de auto convencerme era acostándome con cualquier mujer que se me pusiera delante.

—¿Cuándo decidiste hacer algo al respecto?

—Hace poco más de diez años —contesta perdido en sus pensamientos—. Un día estábamos él y yo en el establo y no pude aguantarme las ganas, le besé y él me correspondió.

—¿Lleváis juntos diez años? —pregunto sorprendida.

—No, después de ese día... eh... da igual. El caso es que nos distanciamos y volvimos a fingir que no sentíamos nada el uno por el otro, hasta hace un par de meses.

—Estás loco por él ¿eh? —pregunto golpeando mi hombro contra el suyo.

—Sí, lo estoy.

—¿Por qué no hablas con tu familia? Estoy segura que si hablas con tu hermano, él lo entenderá. No es ningún monstruo, Carter.

—Cuñadita, he escuchado la forma en que os gritabais hace un rato —

dice estrechando los ojos.

—Ya, bueno, las parejas discuten, pero eso no quiere decir que yo no le quiera. Solo tengo que dejarle claro que no soy de su propiedad, y que soy libre de hacer lo que quiera y cuando quiera.

—Así se habla —dice sonriendo—. Tengo que pedirte un favor.

—No te preocupes, Carter. Soy una tumba. Nadie va a saberlo por mí.

—Muchas gracias, cuñadita.

—¡Deja de llamarme así!

—¡No! Me gusta.

—Siento haberte jodido el polvo.

—Da igual, ya lo recuperaré después —comenta divertido.

—Si te sirve de consuelo, es el segundo que interrumpo hoy.

Los dos empezamos a reír y me doy cuenta de lo mucho que se está perdiendo Alec. Tiene una familia maravillosa que le quiere con locura, y no sabe apreciarlo. Su forma de demostrarles cariño es sobreprotegiéndoles en extremo y dirigiendo sus vidas como si así pudiese librarlos de cualquier mal.

## La cago y pido perdón

### *Alec*

Sigo gritando el nombre Johanna incluso cuando ya se ha marchado azotando la puerta al salir con un gran estruendo. Mi intención es seguirla, pero mi hermana Nadia se interpone en mi camino cortándome el paso. Tiene los ojos hinchados y las mejillas húmedas por las lágrimas que ha derramado, pero la mirada furiosa que me clava, me hace ver por primera vez en mucho tiempo, el carácter que esconde.

—Sigue así hermano. Vas a perderla, lo perderás todo y acabarás solo como un perro.

Se larga corriendo escaleras arriba dejándome con la boca abierta. Nadia nunca me había hablado así. Ella siempre ha sido dulce y sumisa, por eso me extraña tanto su actitud. Miro hacia mi madre y por su expresión corporal intuyo que también está cabreada conmigo.

—¿Qué?! ¿Tú también vas a ponerte en mi contra?

—¿En tu contra? —Niega con la cabeza—. No hijo. Yo siempre voy a estar de tu lado, pero ya es hora de que las cosas cambien en esta casa.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que Johanna tiene razón. No puedes dirigir la vida de todo el mundo a tu antojo. Sé que en parte yo soy la culpable de que seas así, siempre te lo he permitido. Cuando murió tu padre, yo estaba demasiado ocupada intentando consolar a tus hermanos y no te presté la atención necesaria. Te veía tan fuerte y luchador que dejé que tú tomaras las riendas, no solo del rancho, también de nuestras vidas, de la de todos nosotros.

—Mamá, yo solo hice lo que tenía que hacer.

—Lo sé, y lo hiciste bien, pero... —Suspira negando con la cabeza—. Eres tan parecido a tu padre... Con él también todo tenía que ser blanco o negro. Existen los grises, hijo. Cuando eras pequeño pasabas tanto tiempo con él, que tenía miedo de que llegaras a convertirte en una sombra de tu padre. Ahora veo que ese miedo se ha convertido en una realidad.

—Si vas a hablarme mal de papá, será mejor que te calles. No entiendo cómo puedes hablar así de él.

—Tú padre no era un santo, Alec. Tenía sus virtudes y sus defectos como todo el mundo, pero créeme cuando te digo que sus defectos eran mucho más grandes que sus virtudes.

—¡Cállate! No te permito que hables así de él —siseo apuntándole con el

dedo. Veo como mi madre da un respingo por mi grito y me arrepiento al instante de haber perdido así los papeles—. No quería gritarte.

—Ya, igual que no querías gritarle a Johanna ¿verdad?

Resoplo pasándome la mano por el pelo y hago una mueca al mover la mano. Tengo los nudillos de ambas manos desollados. A pesar de haber lavado y desinfectado los cortes y raspones, aún tienen algo de sangre seca y me duelen bastante.

—No, tampoco quería gritarle a ella, pero es que consigue sacar lo peor de mí.

—Y también lo mejor —susurra mi madre—. Ve a buscarla, habla con ella. Esa mujer es demasiado buena como para dejarla escapar, y si lo haces, nunca te lo perdonarás.

Asiento y mi madre se va dejándome solo en el salón. Aún estoy demasiado alterado así que decido tomarme una copa antes de ir a buscarla. Sé que no se ha ido muy lejos porque sus llaves están junto a la mesa del sofá. No puede usar su coche y no va a arriesgarse a salir con Tormenta en mitad de la noche. Probablemente esté en el establo o fuera, sentada bajo un árbol o en algún lugar intentando tranquilizarse como lo hago yo.

Después de beberme un par de whiskies, respiro profundamente para infundirme valor y salgo a buscarla. No está en el establo, pero la encuentro fuera, en la parte trasera, sentada sobre el tronco de un árbol y acompañada de mi hermano Carter. Los dos ríen a carcajadas y por algún motivo que desconozco, eso me alegra. Es raro, si Johanna estuviese sola en mitad de la noche, riéndose con cualquier otro hombre, ese tipo podría darse por muerto, pero es Carter quien está con ella, y a pesar de haber afirmado lo contrario en muchas ocasiones, confío plenamente en él.

—¿Intentas quitarme a mi chica? —pregunto cruzándome de brazos.

Los dos se giran hacia mí, Carter sigue sonriendo, pero la expresión de Jo cambia a una mucho más seria.

—Hermano, como sigas así no va a hacer falta que nadie te la robe, ella solita se va a largar—dice Carter levantándose—. Por mi parte puedes estar tranquilo, ella no es mi tipo.

Le guiña un ojo y ella sonrío negando con la cabeza como si estuviesen hablando en clave de un secreto que solo ellos conocen. Eso sí me cabrea, no porque esté celoso, al menos no lo estoy de Jo. Lo que me jode es que mi hermano comparta secretos y confidencias con Jo, cuando casi no la conoce. Conmigo nunca lo hace. La última vez que compartimos un secreto, fue

cuando él descubrió que Jo y yo teníamos una relación, en ese entonces éramos solo unos adolescentes.

—¿Podemos hablar? —pregunto cuando Carter se va dejándonos solos.

Jo se encoge de hombros y me mira alzando una ceja.

—¿Vas a seguir gritándome?

—¡¿Yo?! Te recuerdo que tú también has gritado.

Al darme cuenta de que he alzado la voz de nuevo, resoplo y me siento a su lado apoyando los codos en las rodillas y hundiendo la cara en mis manos.

—¿Qué se supone que te ha pasado en las manos? —pregunta Jo.

Me miro los nudillos y hago una mueca.

—Ya sabes que cuando me cabreo, suelo descontrolarme un poco. Esta vez la pagué con una pared.

—Tiene mala pinta —susurra mirándome de reojo.

Suspiro y agarro una de sus manos girándome hacia a ella.

—Lo siento, pequeña. Se me fue la cabeza. Estaba muy preocupado por vosotras, te llamé docenas de veces, pero tenías el teléfono apagado y Nadia, como siempre se dejó el suyo en casa.

—Entiendo que estuvieses preocupado, y lo siento. Debí haberte llamado aunque fuese de un teléfono público, ni siquiera lo pensé. Pero eso no te da derecho a tratarme de la forma en que lo hiciste.

—Lo sé, perdóname por favor. Ya sabíamos que esto iba a ser difícil, y recuerda que te pedí paciencia para las veces que voy a meter la pata.

—Ya, yo también te dije que la paciencia no es una de mis virtudes.

Resopla y les da la vuelta a nuestras manos, de ese modo queda mi mano por encima y puede observar con detenimiento todos los cortes y raspaduras.

—Eres un salvaje. Podrías haberte roto la mano.

—Bueno, esta tarde dijiste que los salvajes somos la leche, así que voy a tomármelo como un cumplido —digo sonriendo de medio lado.

Jo levanta la mirada y alza una ceja con cara de mala leche.

—No te rías que sigo cabreada contigo. No pensarás que por decir lo siento, vamos a hacer como si no hubiese pasado nada ¿Verdad?

—Pues sí, esa era la idea. La cago y pido perdón —Me suelta la mano y se cruza de brazos frunciendo el ceño—. Vale, está bien, ¿Qué tengo que hacer para que me perdones?

—No sé, quizás podrías empezar por tratar mejor a tu familia, empezando por Nad. La pobre lo está pasando mal.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa a mi hermana?

—¿Aparte de tener un hermano mayor que es un capullo redomado? Está teniendo problemas con Chris.

—¿Qué coño le ha hecho Einfield? Voy a...

—¡Tú no vas a hacer nada! ¡A esto me refiero, joder! No puedes ir solucionándole la vida a todo el mundo. Nadia es mayorcita y perfectamente capaz de arreglar sus propios asuntos.

Aprieto los puños cagándome en Chris Einfield y en toda su santa estampa, pero asiento como un niño bueno. Si quiero que me perdone, voy a tener que ceder en muchas cosas.

—Está bien. Nada de meterme en sus asuntos, ¿Qué más?

—Ahora que lo mencionas, estaría muy bien que tu hermana pudiese trabajar con la contabilidad del rancho. Tiene una carrera a la que no le da uso porque tú no se lo permites.

—Nadia no tiene necesidad de trabajar. Yo puedo hacerme cargo del rancho sin problema.

—Alec, no se trata de necesidad. Lo único que ella quiere es sentirse útil, y de esa manera, harías a tu hermana una mujer muy feliz.

—Está bien, hablaré con ella y dejaré que me ayude con la contabilidad. ¿Algo más?

—¿Estás haciendo una lista o algo así?

—No —contesto sonriendo—, solo intento hacer algunas concesiones. Soy consciente de que tengo que cambiar algunos aspectos de mi vida para que tú encajes en ella, y estoy dispuesto a hacerlo. No puedo perderte de nuevo, pequeña.

Veo como su gesto se suaviza y acaricia mi barba con sus dedos.

—Tienes una familia maravillosa, Alec. Intenta no perderles a ellos también.

Asiento y acerco mi cara a la suya.

—¿Puedo besarte ya? —susurro contra sus labios.

—Deberías —contesta mirándome directamente a los ojos.

Su mirada refleja tantos sentimientos, cariño, deseo y sobre todo, un infinito amor. Así es como quiero que me mire siempre, y si para eso tengo que cambiar mi forma de vida, que así sea. Pego mi boca a la suya y la beso suavemente, quiero disfrutar del tacto de sus labios moviéndose contra los míos, del sabor de su lengua y la mía enredándose en el interior de nuestras bocas.

—Te quiero, pequeña —susurro cuando nuestras bocas se separan.

—Y yo a ti, Alec.

—Vamos dentro, empieza a hacer frío aquí fuera.

—Sí, vamos a curarte esas heridas. No me puedo creer que te hayas echo eso contra una pared. Tienes que atar en corto a ese lobo, Alec, o al final acabarás haciendo daño a alguien.

Asiento y sonrío falsamente. Ya he hecho daño a alguien, quizás hasta lo haya matado. Me siento mal por mentirle, pero sé que si se lo cuento, no lo entendería. Donald es, o era, un cabrón sin sentimientos, pero estoy seguro de que Jo no aprobaría lo que le he hecho y eso nos costaría una nueva discusión

—Para eso estás tú, pequeña. Mantienes a raya al lobo malo.

—Eso espero —Deposita un beso en el centro de mi pecho y sonrío—, algún día llegaré a amarlo, tanto como amo al bueno.

Escucharle decir eso me llena de orgullo y de esperanza. Una vez más, Johanna me demuestra el gran corazón que tiene. No está pensando en cambiarme, en que deje de ser como soy. Lo que ella quiere es aceptarme con mis virtudes y mis defectos. Soy un imbécil. Se lo estoy poniendo difícil con mi arrogancia y mi alarde de poderío, eso tengo que cambiarlo ya.

—Vamos —digo tras besar su frente.

Tiro de su mano para que nos levantemos y empezamos a caminar hacia la casa abrazados.

—Iba a pedirte que me tocaras algo con la guitarra, pero con el destrozo que te has hecho en las manos, dudo que puedas hacerlo.

Sonrío apretándola más contra mi costado.

—Te prometo que cuando se recuperen un poco, te tocaré lo que quieras.

—¿Lo que quiera? —pregunta alzando una ceja.

—Vale, he hecho una mala elección de palabras. De la música que a mí me gusta, tocaré el tema que quieras.

Suelta una carcajada y yo frunzo el ceño al no entender a qué viene tanta risa.

—Cielo, serás muy listo, pero te cuesta bastante entender cuando una mujer te hace una insinuación sexual.

—¿A qué te refieres? Tú has dicho que... —Me paro un segundo a pensar en sus palabras. Yo dije que le tocaría lo que ella quisiera y... —. Vale, lo he pillado.

—Te ha costado ¿eh?

—¿Sabes lo que a ti no te va a costar nada? —pregunto besando su cuello.

—¿El qué? —Un gemido sale de sus labios cuando muerdo el lóbulo de su oreja.

—Gritar mi nombre cuando te corras.

Agarro su mano y tiro de ella hacia el interior de la casa. Quiero tenerla en mi cama cuanto antes para poder cumplir esa promesa.

## *Johanna*

Estoy en el dispensario ordenando los medicamentos que acabo de recibir del laboratorio, cuando mi teléfono empieza a sonar. Miro la pantalla y al leer el nombre de mi tía, no puedo evitar dejar escapar un suspiro. Ya hace una semana desde el incidente con Chris. Al día siguiente fui a verla, pero se negó a decirme lo que estaba ocurriendo, así que me marché de su casa de mala leche y no he vuelto por allí.

—Hola —digo nada más descolgar.

—¿No piensas venir a verme nunca más? —pregunta Cam a modo de regaño.

—¿Para qué? Se supone que yo tengo que contarte toda mi vida, pero tú eres incapaz de confiar en mí como para contarme que tienes una relación con Chris.

—No tengo ninguna relación, yo... —Resopla al otro lado de la línea—. Es complicado, Jo.

—¿Por qué? Explícame que tiene de complicado. ¿Te gusta Chris?

—Sí, claro que me gusta, pero... ¿Podemos hablar de esto personalmente?

Suspiro sujetando el móvil con el hombro y desembalando una nueva caja de medicamentos.

—Pasaré esta tarde por tu casa.

—Bien, te espero para merendar.

—Nos vemos, Cam.

Cuelgo el teléfono y lo tiro sobre la mesa.

—¿Qué te ha hecho el pobre teléfono? —pregunta Alec sobresaltándome.

—¡Dios! Me has asustado —grito llevándome la mano al pecho.

—Lo siento, no quería interrumpir tu llamada.

—¿Qué has escuchado?

—Según he entendido, tu tía Camila está liada con Chris, y eso explica por qué Nadia está tan rara últimamente.

—Ya, bueno, el otro día nos encontramos con Chris en casa de Cam,

estaban en cierta situación algo comprometida y Nadia estaba conmigo.

—¿El día que llegasteis a casa tarde?

—Sí, ese mismo.

—¿Por qué no me lo dijiste? No me puedo creer que Chris haya estado jugando con mi hermana.

Frunce el ceño y aprieta los puños empezando a resoplar.

—No te sulfures, Alec. Según tengo entendido, Chris ya habló con Nadia y se disculpó, ella se lo ha perdonado y han decidido seguir como amigos, así que...

—Que no me meta, lo sé. Mi hermana es mayorcita y puede resolver sus problemas ella sola.

Sonrío de oreja a oreja alzando una ceja.

—Parece que pasar más tiempo con Nad te está ayudando a entenderla un poco. Me alegro mucho, cariño.

—Sí, bueno, está bien tener a alguien ayudándome con la contabilidad y se le dan realmente bien los números.

Amplió aún más mi sonrisa acercándome a él y rodeando su cuello con mis brazos.

—Estoy muy orgullosa de ti, y te amo muchísimo ¿lo sabes?

—Me hago una idea —contesta agarrando mi cintura. Va a besarme, pero me aparto rápidamente.

—De eso nada, si me besas ahora, acabaremos encerrados en esta habitación y desnudos en solo unos minutos, y tengo muchas cosas que hacer

—Mi retirada no hace demasiada gracia y así me lo hace saber con un gruñido —. ¿Acabas de gruñir? —pregunto divertida.

—Sí, y te voy a morder como sigas escapando de mí.

—No me escapo, pero es que tengo mucho trabajo. Aún me queda todo esto por guardar y quiero empezar hoy a tratar a los terneros con la PCA.

—Bien, entonces pongámonos manos a la obra —dice abriendo una de las cajas de cartón.

—¿Vas a ayudarme? ¿No tienes trabajo que hacer?

—Sí, pero quiero que termines cuanto antes aquí y acompañarte a reunir a los terneros.

—Muy bien, pues empecemos.

Vamos vaciando las cajas una a una hasta que solo quedan unos pocos medicamentos.

—Esto también es la proteína ¿verdad? —Veo cómo va a guardarla en el

lugar donde están los frascos de PCA, así que lo detengo.

—No, esos no los pongas ahí. El frasco es igual, pero esto no es la proteína y no quiero que se mezclen, podría confundirlos y sería desastroso.

—¿Por qué? ¿Qué es esto?

—Es un potente desparasitante. No es peligroso, pero si es suministrado en una dosis alta como es la de la proteína, lo más probable es que resulte mortal para los terneros.

—Bien, entonces manténgamelos bien alejados.

Le quito la caja de medicamentos de las manos y la guardo apartados de los otros.

—Bien, creo que esto es todo —Meto en mi maletín unos cuantos frascos de PCA y salimos del dispensario.

—¿Qué te parece si hacemos algo esta tarde? Podríamos ir a dar un paseo a caballo o a bañarnos a la poza.

Sonrío de manera pillita al darme cuenta de lo que está insinuando. Hace un par de días, fuimos a dar un paseo a la poza, Alec quería volver a tallar nuestros nombres en nuestro árbol, y así lo hizo, después nos dimos un baño y acabamos haciendo el amor bajo la cascada.

—¿Tienes calor, Lobo? —pregunto con voz seductora.

Alec niega con la cabeza sonriendo y dándome por imposible, y yo suelto una carcajada. A veces parece tan tímido, que es como si estuviese viendo al Alec adolescente. Antes de subir a nuestras monturas, mi teléfono vuelve a sonar, es Meg.

—Hola, loca —digo a modo de saludo.

—Hola, ¿Dónde andas?

—Pues ahora mismo en el establo —contesto divertida.

Miro a Alec que me hace señas para que me dé prisa y levanto un dedo pidiéndole un minuto más.

—¿Te importa si nos pasamos esta tarde por ahí?

—¿Por aquí? —pregunto extrañada. Megan está al tanto de mi cambio de domicilio ya que hablamos casi todos los días por teléfono—. ¿Estás en Black Mountain?

—En el rancho Anderson. Llegué ayer por la noche.

—¿Por qué no me avisaste que venías?

—Fue algo impulsivo —contesta, pero por su tono de voz, intuyo que hay algo más. Espero que no tenga problemas con Rob, por lo que me ha contado por teléfono, su relación va muy bien a pesar de la distancia.

—Por la tarde tengo que ir a casa de Cam. Si quieres, nos vemos en el pueblo.

—En realidad, prefiero que sea algo más privado. Si prefieres pásate tú por aquí.

Tapo el móvil con la mano y me giro hacia Alec. Supongo que mi cara debe denotar preocupación, porque me está mirando con los ojos entrecerrados.

—¿Te importa si Megan y Rob se pasan por aquí? —pregunto susurrando.

—Claro que no —contesta—. Esta es tu casa, pequeña. Puede venir quien tú quieras. Es más, diles que vengan a comer.

Sonrío y le lanzo un beso antes de contestarle a mi amiga.

—Meg, pasaos a mediodía y coméis con nosotros.

—Bien, nos vemos en un rato.

Antes de que cuelgue, intento indagar un poco. Esta actitud no es propia de Megan. Ella siempre está sonriente y alegre, todo lo contrario que ahora.

—Meg, ¿Qué es lo que pasa? ¿Estás bien? ¿Va todo bien con Robbie?

—Sí, todo va genial, es que... —Suspira y conociéndola, apuesto a que está mordiéndose las uñas—. Hablaremos después ¿vale? Hay algo importante que tú y Alec tenéis que saber.

Al ver que no voy a conseguir sacarle nada más de información, me despido y cuelgo el teléfono.

—¿Todo bien, pequeña? —pregunta Alec mirándome con preocupación.

—Sí, vendrán a comer. Meg está muy rara, dijo que hay algo que tú y yo tenemos que saber.

—Algo, ¿cómo qué?

—No tengo ni idea.

—Quizás está preñada.

—¿Qué?! ¡No! ¿Tú crees? —Se encoge de hombros—. ¿Megan embarazada? No lo veo, la verdad. Ella es doña calculadora, tiene todo planeado. Compromiso, después boda y entonces los niños, creo que tres, y hasta sabe cómo va a llamarlos.

Alec me mira alucinado sentado sobre el lomo de Kitchi.

—Estás de coña ¿no?

—No, así es Megan. —contesto sonriendo.

—¿Y tú? ¿Has hecho planes? —pregunta reteniendo una sonrisa.

—Nada que implique vestido de novia ni pañales a corto plazo —Me

subo de un salto al caballo y le observo. Su mirada está clavada en sus manos y es como si pudiese ver los engranajes de su cerebro funcionando a toda velocidad—. Alec —Me mira sacudiendo la cabeza levemente—, ¿Pasa algo?

—No, nada. Vamos, tenemos que darnos prisa si queremos estar de vuelta a la hora de la comida.

No estoy del todo satisfecha con su respuesta, pero asiento y salimos cabalgando hacia uno de los corrales donde ya están dispuestos un par de docenas de terneros a los que he hecho una revisión médica estos últimos días.

Alec se apea de su montura y empieza a pegar gritos dando órdenes a los trabajadores que se encuentran en el lugar. No son muchos, unos siete u ocho, que se ponen a trabajar de inmediato al escuchar a su jefe. Pongo los ojos en blanco por su alarde de poderío y bajo del caballo, me acerco a Patrick y le sonrío.

—Buenos días, Patrick.

—Hola, Johanna —dice desviando la mirada.

Desde la noche en el que interrumpí su encuentro con Carter en el establo, ha estado evitándome.

—¿Vas a seguir evitándome? —pregunto alzando una ceja.

Él me mira y veo cómo se sonroja.

—No, es que... Yo... —Resopla y me mira directamente a los ojos—. Carter me dijo que había hablado contigo, pero... Yo... Quiero disculparme. Lo que viste...

—¿Disculparte? —Asiente—. Bien, vamos a hacer una cosa. Yo te “disculpo” si dejas de evitarme. No tengo muchos amigos aquí ¿sabes? Y tú me caes bien —Veo como una sonrisa empieza a tirar de sus labios—. Además, no sería tan raro que nos pillaras a Alec y a mí en una situación similar, así que yo me “disculpo” de antemano —Su sonrisa se expande y asiente.

—Todos tuyos, pequeña —dice Alec a mi espalda—. ¿Crees que puedes arreglártelas sola por aquí? Patrick y yo tenemos que ir a los pastos del Este.

—Claro, déjame un par de hombres y me apañó.

Alec mira hacia sus trabajadores y frunce el ceño.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Antes de irme, quiero dejar las cosas claras —contesta. Tira de mi mano y caminamos hacia la valla del corral, pega un grito llamando a todos los trabajadores y todos corren hacia dónde estamos y se quedan de pie frente

a nosotros formando medio círculo. —. Muy bien. Vamos a dejar algo claro. Aquí la Doctora Callaghan, se va a encargar de los animales. Ella es la veterinaria del rancho y quiero que todos os pongáis a sus órdenes, esto decírselo también a los demás. Sus órdenes valen igual o más que las mías. Si ella dice algo, se hace sí o sí. ¿Entendido?

Todos asienten y yo no sé dónde meterme de la vergüenza. Prácticamente me está nombrando dueña y señora del rancho, algo que me parece demasiado excesivo ya que no soy más que una simple veterinaria.

—¿Esto era necesario? —pregunto cuando los trabajadores vuelven a sus tareas.

—Totalmente. No quiero que vuelvas a tener problemas con ninguno de los muchachos, y para eso es necesario que sepan quién manda.

—Lo que tú digas —murmuro encaramándome a la valla para pasar al interior del corral.

—Espera, ¿Te has cabreado?

—No, solo que me parece algo totalmente innecesario. Dudo que le hayas dado tanto poder a cualquiera de los veterinarios que han trabajado para ti.

—Ninguno de esos veterinarios eran mi mujer. Necesito saber que vas a estar segura entre mis hombres cuando yo no estoy a tu lado.

—Ya, bueno... Pues ya ves. Segura como una compresa —me burlo—. Marchaos ya. Recuerda que hemos quedado para comer.

Me voy a girar para marcharme, pero su voz me detiene.

—Johanna, ven aquí —su tono de voz autoritario me hace alzar una ceja en su dirección. Al ver que no me muevo, insiste—. He dicho que vengas aquí.

—Y yo ya te he dicho que no soy un perro que acata tus órdenes sin rechistar.

Resopla y se pasa la mano por el pelo mirando hacia los muchachos que siguen trabajando, pero no nos quitan la vista de encima. No entiendo a qué viene ese tonito, pero no me gusta un pelo. Es enormemente contradictorio que acabe de poner a sus hombres a mis órdenes y un par de minutos después, me trate como a uno más de sus trabajadores. Veo como suaviza su expresión y extiende su brazo con la palma de la mano hacia arriba en mi dirección.

—Lo siento —susurra—, no quise hablarte de esa manera. Ven aquí, por favor.

Agarro su mano y camino hacia él. Quedamos separados únicamente por

la valla, tengo que mirar hacia arriba para poder mirarle a los ojos.

—¿Qué pasa?

—Nada, ¿me das un beso? —pregunta en voz baja. Me pongo de puntillas y beso sus labios de forma fugaz—. ¿Por qué estás cabreada? ¿Qué he hecho esta vez?

—Nada —contesto en un susurro—, hablamos después en casa ¿vale?

Asiente y me otro beso rápido antes de marcharse seguido de Patrick y algunos de los hombres.

Me paso el resto de la mañana trabajando. Mientras voy suministrándole la PCA a los terneros, mi cabeza no para de darle vueltas a la actitud cambiante de Alec. En esta semana hemos conseguido llevarnos bastante bien, pero creo que hay algo que no me está contando. A la mañana siguiente de nuestra gran discusión, el Sheriff Mason apareció por el rancho y Alec se fue con él, cuando le pregunté a que había venido, me soltó la mala excusa de que uno de los trabajadores se había metido en una pelea en un bar, intenté insistir en el tema, pero se negó totalmente a hablar de ello y eso nos causó una mini discusión. A parte de ese incidente, mi vida en el rancho Wolfheart no podría ser mejor. Desempeño un trabajo que me gusta, la familia Wolfheart es encantadora conmigo y estoy creando una buena amistad con sus hermanos, su madre también me trata de manera muy cariñosa y estamos cogiendo mucha confianza, tanto es así que, estoy pensando preguntarle acerca de la foto que encontré en el sótano de la casa de mi padre, aún la conservo así que quiero enseñársela a ver si ella puede darme alguna explicación o arrojar algo de luz a todas las incógnitas que me surgen cada vez que miro ese trozo de papel. De mi padre no he sabido nada, no se ha puesto en contacto conmigo en ningún momento y por lo que me ha contado Chris, está de peor humor, pero sigue trabando como siempre y no me menciona en ningún momento. Como él mismo me dijo, yo ya no soy su hija.

## Es culpa tuya estar demasiado bueno

*Alec*

Cuando llego a casa Jo aún está en el campo. Decido pegarme una ducha antes de que lleguen nuestros invitados que no son otros que su mejor amiga Megan, y Rob Anderson. Aún no sé exactamente cómo tratar a Anderson, nunca me ha caído demasiado bien porque sabía que quería algo con mi chica, pero esta nueva situación no me la esperaba. Supongo que ahora que tiene una relación con Megan podré relajarme un poco con respecto a él y sus intenciones con Jo.

Relajarme, eso es algo que deseo hacer desde hace más de una semana, desde el día en que casi mato a Donald. Al día siguiente el Sheriff Mason vino a informarme que le habían encontrado en una cuneta, le habían llevado al hospital dónde actualmente permanece postrado en una cama, está en coma. Quizás debería sentirme culpable o tener algún tipo de remordimiento, pero no lo hago. Obviamente no hay ningún indicio en mi contra y mucho menos una prueba que indique que yo he tenido algo que ver con lo que le ha sucedido, incluso si fuese así, el Sheriff no haría nada al respecto, me teme demasiado para emprender alguna acción policial en mi contra, yo conseguí hacerle Sheriff y sabe perfectamente que tenerme en contra suyo significaría perder su trabajo y el poder que ese puesto le proporciona. Por otra parte, temo el momento en el que Jo descubra lo que le ha pasado a Donald. La conozco y sé que no tardará en atar cabos, y eso va a traerme más de un problema. No quiero mentirle, pero no veo otra opción, al menos hasta que consiga encontrar al maldito Josh Summers. Tengo a mis hombres buscándolo por todos lados, pero se esconde bien como la maldita cucaracha que es.

Estoy tan perdido en mis pensamientos que al doblar la esquina del pasillo de la planta superior, me choco de frente con Nadia.

—Lo siento —digo agarrándole por el brazo para que no se caiga hacia atrás.

—No pasa nada. ¿Estás bien? Pareces algo preocupado.

—Estoy bien —contesto pasándome la mano por el pelo—. Van a venir Rob Anderson y Megan, la amiga de Jo a comer en un rato.

—Creí que Anderson no te caía bien.

—Ya, pero está saliendo con Megan, y ella es importante para Jo, por ende también es importante para mí.

Nadia sonríe de manera burlona y asiente.

—Me encanta lo que Jo está haciendo contigo, cada vez te pareces más a mi hermano Alec.

Carraspeo incómodo y vuelvo a pasarme la mano por el pelo.

—Ya... bueno... tengo que ir a ducharme.  C omo vas con las nóminas de este mes?

—Terminadas. Lo tienes todo en tu despacho, solo falta que des la orden al banco para hacer los ingresos a los trabajadores.

—Sí, lo haré hoy mismo, también voy a autorizarte ante ellos para que puedas hacerlo tú el próximo mes.

—Espera...  Vas a dejarme manejar las cuentas del rancho?  Conf ıas en mí para eso?

—Sí, bueno... ya has demostrado que eres capaz de arregl artelas en ese tema, así que... Solo si tú quieres.

—Claro —dice emocionada—, por supuesto. Gracias por confiar en mí, hermanito.

—Ya, voy a ducharme, no creo que tarden en llegar —Doy un par de pasos hacia la puerta de mi habitación, pero antes de entrar me giro de nuevo hacia mi hermana—. Por cierto, si quieres puedo darle una paliza al imbécil de Einfield.

Nadia pierde la sonrisa al instante y niega con la cabeza.

—No te preocupes, puedo arreglármelas sola.

—Lo sé. Chris tiene que estar ciego para no darse cuenta de lo que está perdiendo.

Nadia vuelve a sonreír y la verdad es que algo dentro de mí se remueve al verla sonriendo por algo bueno que yo le he dicho. No estoy acostumbrado a eso.

—Lo dicho, hermano. No dejes escapar a esa mujer.

—No lo haré —Le sonrío de vuelta y entro en mi habitación.

Me quito la ropa y me meto en el baño, abro el grifo de la ducha y mientras espero a que el agua coja temperatura, me miro al espejo pasándome la mano por mí tupida barba. Quizás debería afeitarme, no llevo la barba muy larga, pero es muy frondosa y oscura y me cubre toda la cara. Normalmente le paso la máquina y me rasuro un poco, pero hoy... Sonrío pensando en la cara que pondr a mi pequeña al verme. Sé que le gusta mi barba y quizás la cague, pero quiero hacer la prueba.

## *Johanna*

Al entrar en casa no veo a Alec por ningún lado. Espero que se haya acordado de la comida con Megan y Robbie, sino me va a escuchar. Subo las escaleras a toda prisa hacia la planta superior, tengo poco tiempo antes de que lleguen y antes quiero darme una ducha. Al llegar a nuestra habitación, veo su sombrero sobre la cama y sus botas desperdigadas por el suelo. Es un desastre, siempre las deja tiradas en cualquier lado, da igual las veces que se lo digas, siempre hace lo mismo, las recojo y las coloco junto a la puerta una al lado de la otra y preparo algo de ropa para cambiarme después de la ducha.

Escucho como el agua deja de correr en el baño, así que me acerco a la puerta y la abro sin más. No estaba preparada para la imagen que se presenta ante mí, Alec está de espaldas con tan solo una toalla rodeando su cintura, las gotas de agua caen de su pelo mojando sus hombros y haciéndome la boca agua. Está para comérselo, es perfecto, los músculos de su espalda se contraen mientras se gira dejándome aún más sorprendida. ¡Se ha afeitado! No hay rastro de su frondosa barba negra, y en su lugar hay una cara limpia y suave que contrarresta sus duras facciones volviéndole aún más atractivo si eso es posible. Me sonrío de medio lado, esa sonrisa, mi sonrisa preferida, y juro que siento como me derrito como un helado en un día de calor.

—¿Qué...? —Carraspeo para aclararme la garganta que se me ha secado nada más verle— ¿Qué has hecho?

—¿Te gusta, pequeña? —pregunta pasándose la mano por la barbilla—. No sabía si te iba a gustar, pensé que quizás... Pero me apetecía un cambio y... —No le dejo terminar la frase. Camino hacia él a toda prisa y doy un salto rodeando su cintura con mis piernas y pegando mi boca a la suya. Le tomo desprevenido, pero aun así me coge al vuelo, sus manos no tardan en aferrarse a mi trasero y su lengua en abrirse paso entre mis labios—. Creo que esto significa que te gusta —afirma entre beso y beso.

—Me encanta —Muerdo su barbilla y lamo su cuello hasta llegar a su nuez que sube y baja repetidamente—. Joder, eres un pecado con piernas. Me enciendes como una jodida antorcha.

Un gruñido sale de su garganta cuando tiro del borde de su toalla arrancándosela y agarro su duro miembro.

—Debería rechazarte como hiciste tú esta mañana en el dispensario —dice entre dientes cerrando los ojos cuando mi mano empieza a moverse a lo largo de su miembro.

—Sí, deberías, pero no vas a hacerlo.

—No tengo tanta fuerza de voluntad.

Sus manos amasan mi trasero y se gira caminando hacia el mueble del lavamanos, me deja sentada sobre él y desabrocha mi pantalón a toda prisa arrastrándolo por mis piernas junto a mis bragas, no tarda en deshacerse de mi camiseta y mi sujetador. Cuando los dos estamos completamente desnudos, agarro de nuevo su miembro y yo misma lo guio a hacia mi hendidura mientras Alec ataca uno de mis pechos con su boca. Sus dientes rozan mi pezón produciéndome un relámpago de placer y se hunde en mi interior con un golpe de caderas dejándome sin aliento.

—Tiene que ser rápido, Meg y Rob no tardarán en... —La fuerza con la que me penetra no me deja seguir hablando. Sus caderas cobran vida y empieza a bombear en mi interior a una velocidad vertiginosa— ¡Alec!

—¿Así de rápido, pequeña? —pregunta antes de arrasar mi boca robándome las palabras.

Solo soy capaz de asentir mientras una sensación que conozco muy bien se va formando bajo mi ombligo. Me encanta este hombre. Me hace sentir como nunca nadie ha podido. Cuando estaba con Mike o con Jason, el sexo era bueno, pero nada comparado con esto. Este vértigo y sensación de estar más allá del mundo que conocemos, solo Alec es capaz de hacerme llegar ahí.

—Alec, estoy...

—Lo sé, yo también —susurra sin parar de moverse.

De pronto siento como si el mundo dejara de girar y el tiempo se detuviese en el mismo instante que en el que un poderoso orgasmo sacude todo mi cuerpo. Alec se estremece, acalla mis gemidos con un beso voraz y se vacía en mi interior clavando sus dedos en mis caderas.

—Decidido, voy a afeitarme todos los días —dice Alec riendo contra mi cuello.

Suelto una carcajada y le doy un último beso antes de apartarlo de mí y bajar del mueble de un salto.

—Tengo que ducharme, por tú culpa vamos a llegar tarde.

—¿Mi culpa?! Casi me violas y ¿es culpa mía?

—Sí, es culpa tuya estar demasiado bueno —contesto dándole una palmada en su duro trasero.

Me meto en la ducha dejando la mampara abierta y como esperaba, un par de segundos después, Alec me acompaña bajo el chorro de agua. Nos duchamos entre risas, besos y caricias y yo soy la primera en salir antes de

acabar cediendo a sus proposiciones, entre ellas, avisar a Meg y Rob de que se cancela la comida y pasarnos toda la tarde retozando en la cama.

Me visto a toda prisa y bajo al comedor dónde encuentro a mi amiga charlando amigablemente con Norah mientras Rob bromea con Carter.

—¡Ya estáis aquí! —exclamo abrazando a mi loca amiga.

—Acabamos de llegar. Te he echado muchísimo de menos —afirma haciendo pucheros.

Sonrío negando con la cabeza. La verdad es que yo también la echo de menos, incluso su tendencia para el drama. Cuando finalmente consigo que me suelte, saludo a Robbie con un abrazo que es interrumpido por mi chico que entra en el comedor vestido con un vaquero azul oscuro y una camisa negra que le sienta como un guante.

—Anderson, más te vale mantener tus manazas alejadas de mi chica —Tira de mi mano para apartarme de Rob y me rodea la cintura con su brazo. Pongo los ojos en blanco arrancándole una carcajada a Carter y Rob se encoje pegándose a Megan como si ella pudiese protegerle del temido Lobo.

Cuando miro hacia Meg, veo que no le saca la vista de encima a Alec, e incluso podría jurar que se le está cayendo la baba. No me extraña, Alec con barba es guapo, le da un aire salvaje y peligroso, pero con la cara destapada puedes ver la perfección de sus rasgos faciales volviéndole un hombre increíblemente atractivo.

—Hijo, menudo cambio —señala Norah con una sonrisa.

—Sí ¿Verdad?, está guapísimo —digo acariciando su mejilla con el dorso de la mano.

Alec sonrío y agarra mi mano dejando un beso sobre mi palma. Robbie le da un toque con el codo a Meg y ella parece salir del trance en el que estaba, comiéndose con la mirada a mi chico, carraspea y le sonrío a su novio encogiéndose de hombros.

—¿Qué era eso tan importante que queríais decirnos? —pregunto.

Megan mira a Rob y él agacha la mirada. Vale, esto empieza a ser muy extraño, y no solo lo pienso yo, el brazo de Alec tensándose alrededor de mi cintura, me hace ver que él también ha notado que algo raro está pasando.

—Chicos, la comida ya está lista —dice Norah—, ¿Por qué no comemos primero y después charláis los cuatro tranquilamente?

Todos asentimos y nos sentamos cada uno en su lugar. Nadia se une a nosotros y charlamos de todo un poco mientras degustamos un delicioso plato de solomillo de ternera. El tema de conversación gira sobre todo en torno a

mi vida en Charlotte durante los últimos diez años. Mi amiga se encarga de contar con pelos y señales casi todas mis vivencias en la universidad y después de ella.

—¿De verdad acabaste bailando sobre una mesa? —pregunta Nad partiéndose de risa.

Asiento y me encojo de hombros.

—En mi defensa tengo que decir que fue mi primera experiencia con el tequila. Ese día descubrí el poco aguante que tengo con el alcohol.

Alec me mira negando con la cabeza, intenta mantenerse serio, pero puedo ver como una sonrisa tira de sus labios.

—Tendríais que haber visto la cara del pobre Mike, creí que le iba a dar algo viendo como su novia bailaba borracha perdida encima de una mesa con casi todo el equipo de fútbol babeando a su alrededor —continúa Meg.

Puedo notar el momento en el que para Alec la anécdota ha dejado de ser divertida, y no es otro que el instante en el que la bocazas de mi amiga ha mencionado a mi exnovio. Pongo una mano en el muslo de Alec bajo la mesa y le doy un apretón, él me mira e intenta fingir una sonrisa, pero le sale algo como una mueca desagradable.

Megan sigue hablando de Mike y después empieza con Jason, veo como Alec ha dejado de comer y su cara se ha transformado en una máscara impenetrable de puro cabreo. Intento hacerle gestos a Meg para que deje ya el tema, pero mi amiga, como siempre, no se da cuenta de que su enorme boca está cabreando a Alec.

—Megan, la vida amorosa de mi cuñada es muy interesante —la interrumpe Carter en tono divertido—, pero como sigas hablando de los hombres con los que ha estado, mi hermano va a explotar en cualquier momento como una jodida bomba nuclear.

Megan mira a Alec y después a mí que le estoy asesinando con los ojos y agacha la mirada.

—Ups, creo que he metido la pata ¿verdad?

—No mujer, tú sigue hablando de lo bien que se lo ha pasado Johanna en Charlotte —salta Alec. Se pasa la mano por el pelo y resopla moviendo la pierna compulsivamente—, ¿Por qué no nos haces una lista de los tíos a los que se ha tirado? Así acabamos antes.

—¡Alec! —grito llamando su atención.

—¡¿Qué?! Tu amiga está contando la historia de tu vida, solo intento ser amable —dice con una sonrisa irónica.

—¡No! ¡Lo que estás intentando y logrando es comportarte como un verdadero cretino!

—Chicos, haya paz —intercede Carter.

—¡Cállate! —decimos Alec y yo a la vez asesinándole con los ojos.

Él se encoje de hombros y sigue comiendo como si nada mientras nosotros nos retamos con la mirada.

—¿Sabes hermano? Hay que tener mucha cara para reclamarle a Jo nada, cuando tu examante, barra prostituta, no hace mucho la insultó en mitad de la calle y le dijo un montón de cosas horribles —añade Nadia.

Alec mira a su hermana sorprendido y después se gira hacia mí con su típica cara intimidatoria. ¡Genial Nadia! Si antes estaba cabreado, ahora está furioso.

—¿¿Se puede saber de qué demonios está hablando mi hermana?! —me pregunta a gritos.

—¡Antes de nada, baja la puñetera voz! —digo en su mismo tono—, hablamos de eso en otro momento.

—¿En otro momento?! Pero...

—¡Alec! —Respiro profundamente para intentar tranquilizarme y susurro —: después lo hablamos, a solas.

Asiente apretando la mandíbula y mira a Megan y a Robbie con cara de mala leche.

—Muy bien, ya hemos terminado de comer, ¿se puede saber de una vez que es eso tan importante que tenéis que decir?

Rob mira a su novia y niega con la cabeza. No sé qué es ese gran misterio, pero el pobre Rob parece bastante asustado. Quizás este no sea el mejor momento para soltar algo que pueda aumentar el cabreo de Alec.

—Creo que será mejor que volvamos en otro momento —susurra Robbie dejando su servilleta sobre la mesa.

—No, ya estáis aquí ahora, y me estoy cansando de tantos misterios. Di de una vez lo que tengas que decir y déjate de dramas de una puta vez —contesta Alec.

Rob traga saliva y tras echarle una mirada a Meg, asiente con la cabeza. Nad, Carter y Norah se retiran de la mesa para dejarnos algo de intimidad y Robbie nos mira. Todos podemos notar como su estado de nervios va en aumento.

—Verás, sé que debería haber dicho esto hace mucho tiempo, pero... ¡Joder! Fui un imbécil. Me comporté como un niño y no medí las

consecuencias de mis actos. Ahora lo veo y sé que ya es demasiado tarde. Tendría que haber hablado hace tiempo, pero para que negarlo, me acojonaba decirlo y que... Si no fuese por Megan, probablemente nunca lo confesaría, pero ella y Jo son amigas y no quiero que lo que yo hice sea un problema y bueno... yo... —habla sin parar gesticulando con las manos de un lado a otro mientras Alec y yo le miramos sin entender nada.

—A ver, Rob. Baja una marcha —digo haciéndole un gesto con las manos para que se tranquilice—. Empieza desde el principio, ¿Qué fue eso que hiciste?

Rob resopla de nuevo, mira a hacia Meg y ella asiente animándole a seguir hablando.

—Vale, allá va —Clava sus ojos en los míos y cuando creo que va a decir algo que resuelva de una vez este embrollo, lo que sale de su boca es una pregunta que me deja algo descolocada y aún más confusa— Jo, ¿Recuerdas la noche que fuimos juntos al baile de invierno?

—Eh... Sí, eso fue hace más de diez años.

—¡Genial! Uno más a la lista —masculla Alec ganándose una mirada de pocos amigos de mi parte.

—Esa noche estuvimos bailando, y hubo un momento en el que tú desapareciste, ¿lo recuerdas? —Rob sigue con otra pregunta ignorando el comentario de Alec. Sigo sin saber a dónde quiere llegar, pero asiento afirmativamente. Recuerdo que desaparecí porque cierto chico de aire lobuno prácticamente me obligó a encontrarme con él en una zona escondida de la plaza—. Bien, al ver que tardabas, decidí ir a buscarte. Te vi con él, os estabais besando —Mira a Alec que de pronto parece haberse puesto en guardia—. Lo siento mucho, no sé en qué estaba pensando. En ese momento podría haberme excusado diciendo que estaba celoso, pero la verdad es que únicamente tenía mi orgullo herido. Viniste conmigo al baile, pero te escapaste para ir a besarte con él y... ¡Joder! Mi ego no lo soportó.

—Vale, lo siento, yo nunca quise herirte Rob, pero no entiendo a dónde quieres llegar.

—¡Fuiste tú! —brama Alec golpeando la mesa con el puño. Se levanta tirando la silla al suelo con un estruendo y agarra a Rob por el cuello de la camisa pegando su cara a la de él—. ¡Maldito hijo de puta! ¡¿Tienes idea de lo que hiciste?! ¡Por tu puta culpa la perdí! ¡Su padre vino a buscarnos a Ashville y mi padre también!

En ese instante, como si se tratara de un rompecabezas, todas las piezas

empiezan a encajar. Rob nos vio besarnos a Alec y a mí en el baile, su orgullo salió herido y... ¡Él fue quién le contó a mi padre lo mío con Alec hace diez años!

—Lo siento, Lobo —gimotea Rob—, te juro que si fuese hoy...

—¡No me jures nada, cabrón! ¡¿Sentir?! ¡Lo que vas a sentir va a ser la paliza que te voy a dar!

Veo cómo levanta el puño para golpearle, me levanto a toda prisa y le sujeto del brazo cogiéndole por sorpresa e interponiéndome entre los dos.

—¡Alec para! —grito para llamar su atención, pero como cada vez que se cabrea, el lobo negro toma el control y mira hacia Rob como si quisiera matarlo—. ¡Alec! —Pongo mis manos sobre sus mejillas y giro su cara hacia mí—. Alec, cariño mírame. Nene, por favor.

Sus ojos se clavan en los míos y veo como su cuerpo se relaja un poco, pero sigue con la mirada encendida de rabia.

—Johanna, sal de en medio, no quiero hacerte daño —sisea entre dientes.

—Pues para, no voy a irme, si quieres hacerle daño a Rob, vas a tener que hacérmelo a mí.

—¡¿Por qué coño le defiendes?! —grita apartándose de mí, se lleva las manos al pelo y empieza a caminar de un lado a otro del comedor como un león enjaulado. Miro a Megan que parece muy asustada y le hago un gesto para que se tranquilice. El peligro ya ha pasado, ahora solo hay que esperar a que se calme un poco—. ¡¿No lo entiendes?! ¡Fue culpa suya! ¡Fue él quien le contó a tu padre lo nuestro! ¡Por su culpa nos pillaron!

—Lo sé —afirmo en tono calmado.

Alec se para y me mira abriendo mucho los ojos.

—¡¿Lo sabes?! ¡¿Y qué?! ¡¿Te da igual?! —

—No, no me da igual —contesto cruzándome de brazos—. Me duele que haya sido Rob quien lo hizo porque le tengo cariño, pero no le culpo. Fue la reacción de un chaval de veinte años y eso no define la persona que es ahora. Las personas cambian, Alec. Tú más que nadie deberías saber eso. Además, si no hubiese sido él, habría sido cualquier otra persona. La situación se nos fue de las manos, no podíamos seguir ocultándolo durante más tiempo, y lo sabes.

—No me puedo creer que te tomes esto así. ¡Es increíble! Este tipo te miente, te engaña, y te hace daño, y tú le perdonas como si nada.

—Alec, tú también me has mentado, engañado y eres la persona que más daño me ha hecho nunca y aquí estoy, viviendo en tu casa y durmiendo en tu

cama cada noche.

Al escucharme, se echa hacia atrás como si mis palabras le hubiesen dolido más que una bofetada, lo que me hace arrepentirme al instante de haberlas dicho. En mi empeño por defender a Rob, he acabado haciéndole daño a Alec y esa no era mi intención.

—Eso ha sido un jodido golpe bajo —murmura mirándome con gesto dolido.

—Lo sé, perdóname, no quise decir eso.

—¿Sabes qué? Da igual. Será mejor que me vaya acostumbrando a esto. Probablemente no sea la última vez que me lo echas en cara.

Tras soltar esas palabras cargadas de veneno, mira a Rob una última vez y resopla antes de salir del comedor a largas zancadas. Quiero ir tras él, pero sé que en el estado en el que se encuentra, solo acabaré complicando aún más las cosas. Tiene que tranquilizarse, y después hablaremos de ello como personas medianamente civilizadas. Buff... ¿A quién quiero engañar? Acabaremos discutiendo y gritándonos de todo, y solo después nos pararemos a disculparnos el uno con el otro por todas las barbaridades que nos soltamos. No puedo quitarme de encima la sensación de que estoy en una especie de montaña rusa sentimental desde que volví a Black Mountain. Sin ir más lejos, hace poco más de una hora, Alec y yo estábamos haciendo el amor en el cuarto de baño, felices y totalmente en paz, y ahora no nos podemos ni mirar a la cara.

## *Alec*

Soy consciente de que no debería estar aquí, ni siquiera sé por qué he acudido a este lugar, supongo que hay costumbres que no se pierden. Llevo diez años viniendo a La Casa de Muñecas cada vez que tenía un problema o algo me turbaba. Este siempre ha sido una especie de santuario para mí, un lugar dónde venir a lamer mis heridas, o más bien a que me las laman.

Camino hacia la barra y le hago un gesto a Laura que se acerca a mí frunciendo el ceño.

—Lobo, ¿Se puede saber qué haces aquí y no en tu casa con tu chica? —pregunta cruzándose de brazos.

—¿Desde cuándo tengo que darte explicaciones de mi vida? —suelto de malos modos—. Dame una botella de Moonshine y dile a Linda que la espero en mi habitación.

—Muchacho, ¿Estás seguro de lo que estás haciendo? A veces para no

enfrentarnos a un problema, conseguimos meternos en otro aún más grande. Créeme, sé de lo que hablo.

—Laura, no recuerdo haberte pedido tu opinión —digo en tono cortante—. Haz lo que te he pedido y deja de sermonearme de una puñetera vez.

—Muy bien, Lobo. Como tú ordenes —Asiente y deja mi botella de Whisky en la barra con un golpe seco.

La agarro por el cuello y ni siquiera me molesto en pedirle un vaso, la abro y bebo directamente de ella mientras camino hacia al pasillo que da a las habitaciones. No debería estar aquí. Si Jo se entera de esto, nunca me lo perdonará, pero estoy demasiado cabreado para enfrentarme a eso ahora mismo. No puedo creer que se pusiera de parte del maldito Anderson, y que además me echara en cara mis errores del pasado. ¡No es justo, joder!, Vale, puede que sea justo. Yo le he hecho más daño que nadie, pero no esperaba que me lo dijese de esa manera, como si estuviese haciéndome un favor al estar conmigo.

Entro en mi antigua habitación y suspiro antes de darle un nuevo trago a mi botella. Aquí todo sigue igual. Laura ha arreglado la habitación después del ataque de ira que tuve la última vez que estuve en este lugar y todo vuelve a estar en su sitio, hasta ha repuesto el equipo de música que destruí. Me acerco a él y le doy al play, las primeras notas de la canción “Happy Tragedy” de Saint Asonia empiezan a sonar y hago una mueca al darme cuenta de lo mal que he tratado a la única persona que siempre ha estado a mi lado cuando la he necesitado. Laura Turkel es lo más parecido que tengo a una amiga y cómo siempre hago con todos aquellos que me importan, he herido sus sentimientos. ¡Joder, soy un puto cabronazo! Ahora mismo debería estar en mi casa con Johanna y no en este tugurio emborrachándome y compadeciéndome de mí mismo.

Le doy otro trago a la botella de Wishky y no tardo en empezar a notar el efecto del alcohol corriendo por mis venas. Quizás debería dejar a Jo, estaría mucho mejor sin mí. Lo haría si no fuese un puto cobarde y un egoísta. Sí, egoísta, soy lo suficientemente cabrón como para mantenerla a mi lado aun sabiendo que ella sería más feliz sin mí. Desde que nos conocimos no he dejado de hacerle daño una y otra vez, pero aun así soy incapaz de dejarla marchar. No podré hacerlo nunca, la amo demasiado como para renunciar a ella otra vez. Es irónico, ahora que soy el temido Lobo al que todo el mundo respeta y tiene miedo, soy más cobarde que cuando era solo un chiquillo. En ese entonces decidí dejar a Jo por su propio bien, porque sabía que tarde o

temprano acabaría destruyéndola.

Me tumbo boca arriba sobre la cama y cierro los ojos escuchando la letra de la canción. No sé cómo, pero siempre encuentro la música adecuada para recordarme a mí mismo lo mierda que soy.

*Well can you hear that sound of my insides turning out* (¿Puedes escuchar ese sonido? Es el de mi interior siendo apagado)

*The meaning of my life will never be found* (El significado de mi vida, nunca será encontrado)

*I'm playing life's little games* (Estoy jugando a los pequeños juegos de la vida)

*Seeing faces without names* (Viendo rostros sin nombres)

*And all around me people change while I just stay the same* (Y a mi alrededor las personas cambian mientras yo sigo siendo el mismo)

*So for your own good* (Así que por tu propio bien)

*Write me off* (Bórrame)

*Let me go It's obvious to me* (Déjame ir, es obvio para mí)

*I'll never be the one you need* (Que yo nunca seré el que necesitas)

*So leave me now* (Así que ahora abandóname)

*Don't turn around* (No te des la vuelta)

*I'm just a living casualty* (Solo soy una víctima viviente)

*I'm your happy tragedy* (Soy tu feliz tragedia)

*Your happy tragedy* (Tu feliz tragedia)

*Will you bring me in Watch the scaling of your skin* (¿Me harás quedarme? Solo mira cómo se te cae la piel)

*The meaning of my thoughts are so far within* (El significado de mis pensamientos, está en lo más profundo)

*You want to play my game* (Quieres jugar mi juego)

*Watch the crazy* (Observa la locura)

*Watch me sane* (Obsérvame cuerdo)

*And all the while you're rearranging, I just stay the same* (Y mientras tú estás reordenándote, yo sigo siendo el mismo)

*So for your own good* (Así que por tu propio bien)

*Write me off* (Bórrame)

*Let me go It's obvious to me* (Déjame ir, es obvio para mí)

*I'll never be the one you need* (Que yo nunca seré el que necesitas)

*So leave me now* (Así que ahora abandóname)

*Don't turn around* (No te des la vuelta)

*I'm just a living casualty* (Solo soy una víctima viviente)

*I'm your happy tragedy* (Soy tu feliz tragedia)

*I've never been enough for you* (Nunca he sido suficiente para ti)

*Everything I said I'd do* (Todo lo que digo, lo hago)

*I've never been enough for you* (Nunca he sido suficiente para ti)

*It's never been enough* (Nunca es suficiente)

*Write me off* (Bórrame)

*Let me go It's obvious to me* (Déjame ir, es obvio para mí)

*I'll never be the one you need* (Que yo nunca seré el que necesitas)

*So leave me now* (Así que ahora abandóname)

*Don't turn around* (No te des la vuelta)

*I'm just a living casualty* (Solo soy una víctima viviente)

*I'm your happy tragedy* (Soy tu feliz tragedia)

*Can you hear the sound of my insides turning out* (¿Puedes escuchar ese sonido? Es el de mi

*interior siendo apagado)*

*There's no meaning I'm just your happy tragedy (No hay significado, solo soy tu feliz tragedia)*

*I'm playing life's little games (Estoy jugando a los pequeños juegos de la vida)*

*Seeing faces without names (Viendo rostros sin nombres)*

*I'm your happy tragedy (Soy tu feliz tragedia)*

*I'm your happy tragedy (Soy tu feliz tragedia)*

—Sabía que tarde o temprano volverías a mí.

La voz de Linda me sobresalta. Estaba tan concentrado en la letra de la canción que no la he escuchado entrar, aunque supongo que la media botella de licor que me tragado mientras sonaba el tema, también ayuda a que mis reflejos auditivos no estén en su mejor momento.

—Lindaaaa —digo arrastrando la última letra de su nombre—, justo contigo quería yo hablar.

—¿Hablar? Estoy segura que podemos encontrar cosas mucho más interesantes que hacer que ponernos a charlar. Te he echado de menos, Lobo.

Se acerca a mí contoneando las caderas de forma sensual y sonrío de manera coqueta.

—Acércate preciosa —susurro sonriendo.

**Continuará...**

### *Agradecimientos*

Ha llegado el momento en el que empiezo a tirar de memoria para poder recordar los nombres de todas aquellas personas a las que tengo tanto que agradecer. Esta vez no voy a extenderme demasiado. Quiero agradecer a mis Bipolares por estar siempre ahí apoyándome, sois las mejores, chicas. Por otro lado, están mis Ninfas Olímpicas, unas chicas maravillosas a las que adoro y sin las que ya no podría vivir.

Quiero hacer una mención especial y darle las gracias a Mara, mi compañera y ayudante en esta aventura. No sé qué habría hecho sin ella. Hay que tener una paciencia infinita para aguantar todas mis locuras. A Toñi, mi trilliza maravillosa, gracias por tu aplastante sinceridad.

La música es muy importante en mi vida, pero para esta novela, he contado con la ayuda de una gran amiga. Tengo que remarcar que cuando empecé a escribir esta historia, no conocía ninguna de las canciones, todas salieron de mi querida y maravillosa amiga Vee. Ella se ha encargado de ponerle banda sonora a este libro, y la verdad es que he terminado amando cada una de las canciones que menciono en el libro.

No quiero dejar pasar la ocasión de agradecerle a RachelRP, una compañera de afición a la que tengo el honor de llamar amiga. La preciosa portada y la maquetación, son obra suya. Gracias por estar ahí, estoy segura que esta es la primera de muchas.

No puedo olvidarme de mi Patita, mi mejor amiga y compañera, la que siempre está a mi lado. Tú sabes lo mucho que te quiero. A mi luchador, el amor de mi vida, gracias por apoyarme y aguantar todas mis locuras, te quiero Manu.

Por último, pero ni de lejos menos importante, quiero daros las gracias a vosotras las lectoras, a todas aquellas que me siguen en las redes sociales, y las que no. Sois muchas las que me demostráis vuestro cariño, y no puedo ser más feliz por ello. Sé que algunas estaréis esperando la segunda parte de esta novela. No es propio de mí dividir una historia en dos partes, pero tuve que hacerlo por lo extensión del libro. No os preocupéis, no tendréis que esperar demasiado para volver a saber de Alec.

cada libro, cada volumen  
que ves aquí, tiene un alma  
el alma de la persona que lo escribió  
y de aquellos que lo  
leyeron, vivieron y soñaron con él.

